

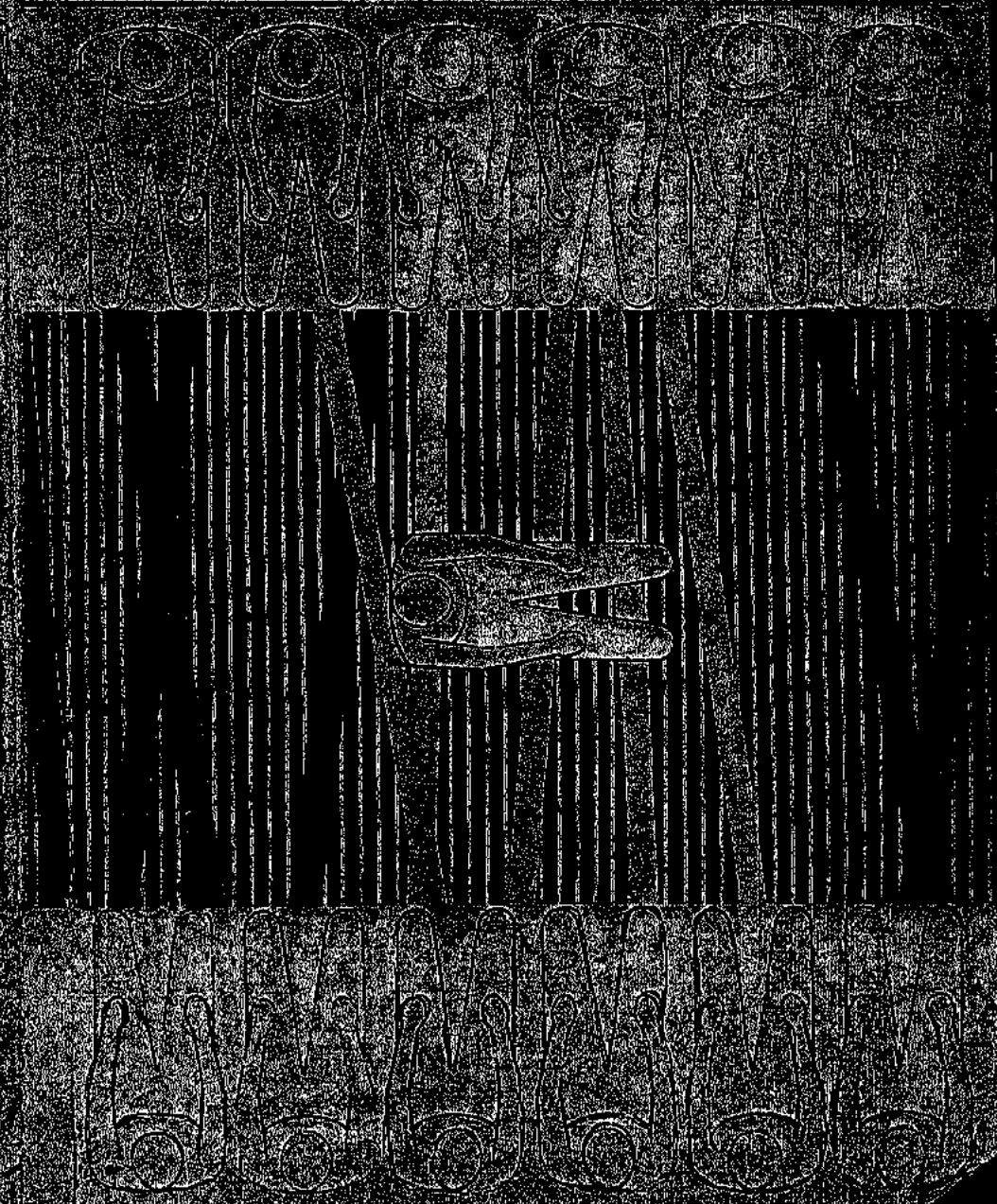
PSICOLOGIA HUMANISTA ACTUALIDAD Y DESARROLLO

Para todo psicólogo, o persona no especializada, hay algunas preguntas importantes en la vida: ¿por qué vive el ser humano?, ¿qué los diferencia del resto del mundo animal, y lo hace vivir, construir y crear su mundo material y espiritual? Hay escuelas psicológicas, como el psicoanálisis, que señalan como fuerzas motrices de este trabajo a los instintos, mientras que otras, como el conductismo, hablan del medio y sus estímulos.

Este libro se dedica a presentar las posiciones teóricas y metodológicas de los psicólogos humanistas, quienes responden al cuestionamiento referido con las capacidades humanas para la autorrealización; por eso también se les llama psicólogos de la tercera fuerza. Esta obra, de alto valor teórico, metodológico y conceptual, va dirigida tanto a los especialistas como al público en general.

PSICOLOGIA HUMANISTA ACTUALIDAD Y DESARROLLO

Fernando González Rey - Hilar Vaidés Casal



En su concepción sobre el conocimiento de la personalidad como objeto de estudio, G. Allport postula una posición epistemológica que denomina realismo heurístico. «El realismo heurístico, aplicado a nuestro problema, sostiene que la persona que tenemos ante nosotros posee dentro de sí tendencias generales a la acción (o rasgos) y que nuestro cometido es descubrir científicamente en qué consisten. Cualquier forma de realismo supone la existencia de una estructura externa (que está «allá afuera»), independientemente de nuestras deficiencias en abarcarla» (11; 181).

Con esta afirmación Allport se enfrenta a cualquier forma de idealismo, orientada a identificar la personalidad con la existencia de la conciencia o al planteamiento de la personalidad como una construcción conceptual inexistente fuera del contexto de la suposición hipotética.

Por otro lado, reconoce la complejidad de la personalidad como objeto de estudio de nuestra ciencia y las limitaciones metodológicas para su investigación, hechos éstos que han limitado su conocimiento por la ciencia psicológica. Ante esto, se plantea con decisión que el único camino ante el científico es la continuación de las investigaciones en esta dirección, para llegar a un verdadero conocimiento sobre la personalidad.

Allport, al referirse a su posición para estudiar la personalidad, a partir del realismo heurístico, escribe: «Sin embargo, el auténtico realista prefiere no abandonar su empresa de averiguar cómo es realmente el prójimo. Sabe que en su intento no saldrá del todo bien librado, debido en parte a la complejidad del objeto estudiado y, en parte, a la insuficiencia de los métodos actuales. Pero a diferencia de Kant, quien decía que la cosa en sí está condenada a permanecer desconocida, opta por creer que al menos es cognoscible en parte o aproximadamente» (11; 181).

Por la objetividad y cognoscibilidad que confiere Allport a la personalidad en su condición de objeto de estudio de la psicología, él asume una posición materialista ante su conocimiento muy similar a la expresada en la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico.

El realismo heurístico asumido por Allport en el estudio de la personalidad se expresa en esencia en los presupuestos siguientes:

PSICOLOGIA HUMANISTA ACTUALIDAD Y DESARROLLO

FERNANDO GONZALEZ REY es doctor en Ciencias Pedagógicas (1986). Profesor titular y vicedirector de la Universidad de La Habana, presidente de la Sociedad de Psicólogos de Cuba. Ha participado en eventos científicos en Cuba y el extranjero. Ha publicado: *Motivación moral en adolescentes y jóvenes*, *Motivación profesional en jóvenes y adolescentes*, coautor de *Psicología de la personalidad* e *Investigaciones de la personalidad en Cuba*, así como artículos en revistas nacionales e internacionales especializadas.

HIRAM VALDES CASAL se licenció en Psicología en la Universidad de La Habana, en 1973. Defendió el grado de Candidato a Doctor en Ciencias Psicológicas en 1985. En la actualidad es profesor auxiliar y jefe del Departamento Docente Metodológico en el Instituto Superior de Cultura Física "Manuel Fajardo". Es autor principal del libro *Introducción a la investigación científica en la cultura física y el deporte* que sirve de libro de texto en el centro de estudios donde labora. Ha publicado artículos en la *Revista Cubana de Psicología* y ha sido ponente en eventos científicos de carácter nacional e internacional.

Edición: Liliانا Martínez Pérez
Diseño: Santiago Ramírez Pérez
Corrección: Natacha Fajardo Álvarez
Lucía Arendt Linares

© Fernando González Rey e Hiram Valdés, 1994
© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 1994

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

Instituto Cubano del Libro, Editorial de Ciencias Sociales, calle 14 no. 4104
Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

INDICE

Nota de los autores / 1
Introducción / 3
Principales influencias teóricas y metodológicas de la psicología humanista o tercera fuerza / 18
Posiciones teóricas y metodológicas de la psicología humanista o tercera fuerza / 30

ANDRAS ANGYAL

Posiciones teóricas / 40
Balance crítico de sus concepciones teóricas / 61
Posiciones metodológicas / 64
Balance crítico de sus concepciones metodológicas / 68
Conclusiones / 69

GORDON W. ALLPORT

Posiciones teóricas / 71
Aspectos metodológicos / 89

ABRAHAM HAROLD MASLOW

Posiciones teóricas / 94
Balance crítico de su concepción teórica / 114
Posiciones metodológicas / 116
Balance crítico de sus concepciones metodológicas / 124
Conclusiones / 126

CARL ROGERS

- Critica de la sociedad capitalista norteamericana / 128
- Posiciones teóricas / 130
- Balance crítico de su concepción teórica / 144
- Posiciones metodológicas / 152
- Balance crítico de sus concepciones metodológicas / 160
- Conclusiones / 161

ROLLO MAY

- Posiciones teóricas / 164
- Balance crítico de sus concepciones teóricas / 182
- Posiciones metodológicas / 183
- Balance crítico de sus aspectos metodológicos / 187
- Conclusiones / 188
- Particularidades de la psicología humanista norteamericana* / 193
 - La concepción psicológica de Viktor Frankl / 195
 - Diferencias entre la conceptualización de Frankl y el humanismo norteamericano / 204
 - Conclusiones / 207
- La psicología humanista y la orientación marxista en psicología* / 209
- Anexo. Psicología de orientación marxista y psicología crítica* / 226
- Bibliografía / 229

NOTA DE LOS AUTORES

Desde el momento en que, por decirlo de alguna manera, nos «embullamos» con la idea de elaborar este libro, hasta entregar el borrador a la Editorial, hubimos de superar muchas dificultades, tanto externas como subjetivas; no obstante, en ninguna ocasión nos cruzó por la mente la idea de abandonar la redacción —que se ha extendido durante cuatro años—, dedicándole los momentos de menor ocupación en nuestras actividades laborales cotidianas.

Este empeñamiento por terminar un libro sobre los principales autores norteamericanos que desarrollaron la corriente de pensamiento psicológico denominada psicología humanista o tercera fuerza, se debió a diversas razones:

La capacidad de sobrevivencia y maduración de esta escuela en el mundo burgués contemporáneo, en dura competencia contra las concepciones psicoanalíticas y conductistas, es una señal de que sus planteamientos son suficientemente valiosos como para intentar su estudio sistemático.

Además, la psicología marxista de la personalidad debe estudiar al ser humano a partir de un elevado criterio de su dignidad y de la alta capacidad de sus actitudes transformadoras y de autodeterminación; entonces, los posibles puntos de contacto entre la teorización de la tercera fuerza y la nuestra debían ser resaltados, para permitir la asimilación crítica de los hechos y mecanismos que los humanistas revelan.

Es decir, si una razón para el estudio de esta corriente es su importancia en el pensamiento psicológico actual, otra, no menos poderosa, es intentar realizar una comparación, en profundidad, de los planteamientos de la psicología humanista con los de la psicología marxista de la personalidad —tanto desde

el punto de vista teórico como metodológico— para asimilar de manera crítica, las concepciones de la tercera fuerza.

Aunque a lo largo del libro, tanto en los capítulos iniciales como en los dedicados a cada autor, se expresan valoraciones sobre la psicología humanista en general y sobre la teoría y la práctica de cada científico en particular, decidimos intentar una crítica integral, expuesta en el último capítulo.

Otra de nuestras intenciones es divulgar, entre los psicólogos cubanos, los principales aportes de estos autores a la psicología, pues en el país existe poca bibliografía sobre los mismos al alcance de los profesionales. Por ello, decidimos realizar una exposición extensa sobre cada autor y disponer una buena cantidad de citas de cada uno, para lograr transmitir no sólo sus ideas, sino también la conceptualización característica de cada psicólogo.

Nuestro sentimiento hacia lo logrado es realmente ambivalente. De una parte, consideramos que es una contribución al desarrollo de nuestra ciencia, por la información resumida y el juicio crítico emitido. Por otra, creemos que si lo comenzáramos de nuevo, en gran medida, sería diferente. Quizás haya ocasión de reescribirlo; pero hoy es más importante su lectura que intentar gratificar nuestra perfeccionismo.

Si la presencia de este libro estimula la elevación de la cultura de nuestros psicólogos y la de otros profesionales afines —como el esfuerzo de redacción contribuyó a la nuestra—, nos sentiremos conformes.

Los autores

INTRODUCCION

Quando se intenta realizar un análisis crítico de una corriente del pensamiento psicológico contemporáneo, el investigador debe conocer, por lo menos, la cantidad de irregularidades del terreno que pisa y su naturaleza, y declararse, de antemano, incapaz de allanarlas por completo.

Para hablar de la psicología humanista o tercera fuerza, en psicología, es necesario referirse a las fuerzas primera y segunda: psicoanálisis y conductismo, respectivamente.

El psicoanálisis —como toda corriente del pensamiento psicológico— no es un conjunto coherente, homogéneo y sistemático de ideas. La inmensa cantidad de problemas psicológicos y de carácter social que estudió su iniciador, Sigmund Freud, el enfoque clínico de sus escritos y la forma iterativa de su teorización, produjeron una gran cantidad de interpretaciones y nuevas lecturas de su obra.

Por eso, ante la pregunta: ¿qué es el psicoanálisis?, es difícil responder con precisión. Deben tenerse en cuenta, junto a las obras de Freud, las de Adler y Jung; y también, los representantes de la teorización neopsicoanalítica: Lacan, o la interpretación a la teoría psicoanalítica de grupos profesionales progresistas de América Latina, entre otros.

Con el conductismo ocurre algo muy parecido. Desde que John B. Watson lanzara su *Manifiesto Behaviorista*, hasta el presente, se sucedieron diversos enfoques hasta alcanzar el clímax de madurez y radicalidad con los planteamientos de B. F. Skinner. No obstante, esta escuela se ha transformado con las interpretaciones de Kantor, Bandura, Mowrer y otros investigadores contemporáneos.

Quizás lo más preciso que pudiera plantearse sobre el psicoanálisis y el conductismo es la importancia concedida a la vida pulsional inconsciente y la omisión del sujeto de la conducta, respectivamente.

Por todo lo planteado, y a riesgo de parecer esquemático, se debe partir, en nuestra opinión, de modelos teóricos tanto del psicoanálisis como del conductismo, fieles a los escritos representativos de Freud, Watson y Skinner, iniciadores y representantes conspicuos de estas teorías. Además, consideramos que los psicólogos humanistas escogen este mismo punto de referencia para fundamentar sus posturas críticas. Estos esquemas —desde el punto de vista metodológico— deben tener en cuenta también los señalamientos e interpretaciones que, sobre los mismos, se han ido estableciendo en la literatura internacional.

No se trata de hacer un estudio del psicoanálisis o del conductismo en sí mismos, sino de situar los linderos entre los cuales —y, en cierta medida, a partir de los cuales— surge la corriente psicológica humanista.

En líneas generales, el conductismo trató de establecer un nexo entre el organismo y el medio, excluyendo los conceptos y realidades subjetivas mediatizadoras de esta relación, tales como: voluntad, idea, pensamiento y otras, los cuales quedaron, por obra y gracia de la teorización conductista, fuera del léxico «científico» de la psicología. De esta manera, el objeto de la psicología era, con entera exclusividad, la conducta.

El trabajo científico psicológico, por tanto, sólo debe buscar las relaciones entre los estímulos procedentes del medio, o los manipulados en la investigación, y las respuestas observables del organismo. Tal posición psicológica es radicalmente determinista, y sus intenciones básicas no pueden considerarse incorrectas, pues responden a un afán de objetividad extremo. La necesidad, sentida por los científicos, de tratar con hechos observables; poder demostrar, más allá de toda duda, sus relaciones; y huir de los conceptos, según ellos, obstáculos para construir la psicología sobre bases objetivas por su carácter inferible, son los motivos principales de esta tendencia.

La idea de controlar estímulos y medir respuestas —todo absolutamente objetivo—, y luego poder predecir la conducta y, por

tanto, modificarla según los deseos del investigador, era, en el momento histórico en que se produjo, demasiado arrojante en sí mismo. A su vez, el desarrollo de las ciencias naturales y sus proyecciones sociales hicieron de esta corriente casi un derrotero a seguir por los psicólogos.

Los postulados filosóficos del conductismo parten del positivismo y de una concepción de la naturaleza humana que considera a la persona como una máquina capaz de aprender asociaciones y cuyo desarrollo psicológico se debe a la acumulación de asociaciones y hábitos.

La consecuencia más dramática de esta postura no es el carácter mecanicista de la teoría, sino la posibilidad de estimular en la ciencia psicológica los intentos de manipulación de la conducta humana.

Si la autodeterminación moral del individuo no es significativa en la conducta humana (pues algo así no existe en el léxico conductista), y si es técnicamente posible, mediante el control de los estímulos, obtener una conducta concreta: el hombre se convierte, en la obra de los conductistas, en un organismo moldeable según interés que ni siquiera conoce o comparte. Y a la pregunta hecha por Rogers: «¿quién será controlado, quién ejercerá el control, qué tipo de control será ejercido? Lo más importante de todo: ¿hacia qué fin, qué propósito o buscando qué valor se ejercerá el control?» (46, 44); la respuesta de los conductistas es: un poder con maravillosos fines y que sólo vela por el bienestar y la felicidad del hombre, a quien, en última instancia, sirve.

Sin embargo, tal consideración omite el análisis clasista y se ubica fuera del contexto del desarrollo histórico social. De hecho, esta concepción pone este poder en manos del capitalismo y le reserva el derecho a un voluntarismo político ideológico absoluto.

Los argumentos conductistas no son, necesariamente, burdos, graseros o mal contruidos. Todo lo contrario. Intentan dar la idea de la felicidad tras el condicionamiento.

B. F. Skinner, dice: «Yo no estaba discutiendo una entidad filosófica llamada libertad, sino más que eso, la conducta de quienes luchan por ser libres. Es parte de la dotación genética el hecho de que cuando una persona actúa de tal manera

para reducir estímulos aversivos (por ejemplo, potencialmente peligrosos), es más probable que lo haga de nuevo. Así, cuando otra gente intenta controlarlo, por medio de una amenaza de castigo, aprende a escapar de ella o a atacarla, a fin de debilitarla. Cuando triunfa se siente libre y termina la lucha. Pero ¿es realmente libre? Estar de acuerdo con John Stuart Mill en que la libertad consiste en hacer lo que uno desea es pasar por alto los determinantes de deseos. Hay ciertas clases de comportamiento bajo los cuales la gente se siente perfectamente libre» (48, 195-196).

Es decir, el condicionamiento puede hacer que la gente se sienta libre. En apariencia, pudiéramos estar de acuerdo con ello; pero, en esencia, ésta resulta una aseveración de carácter absoluto. La verdadera pugna del conductismo con la psicología humanista radica en el señalamiento de esta última: el condicionamiento, cuando se realiza contra las fuerzas internas del organismo, sólo puede dar un falso sentimiento de libertad que, más tarde o más temprano, se vuelve contra el propio individuo, quien se ha traicionado a sí mismo en sus reacciones más íntimas.

Otro argumento de B. F. Skinner, destaca: «La lucha por la libertad no ha reducido o eliminado el control, simplemente lo ha corregido. Pero ¿qué es un buen control y quién va a ejercerlo? La pregunta: ¿quién tendrá el control?, no debe contestarse con un nombre propio, o con la descripción de una clase de persona (por ejemplo, un dictador benevolente), o de sus habilidades (por ejemplo, un ingeniero de conducta). Hacerlo así es cometer el error de ver la persona en lugar de ver el medio ambiente que determina su conducta (...). El siguiente paso puede tomarse sólo a través del diseño explícito de una cultura que vaya más allá de los intereses inmediatos de quienes estén a cargo del control y del contracontrol» (48, 196-197).

Aquí, evidentemente, se pasa por alto el carácter objetivo de las leyes que rigen la sociedad. Se trata de «decidir», diseñar una cultura (voluntarismo), y «crearla», sobre la base del condicionamiento (psicologización). Una utopía tecnocrática.

El otro postulado conductista es de carácter hedonista: la obtención del placer y la evitación del dolor. Estos son el sustrato orgánico que «explica» la mecánica de unión de

estímulos y respuestas, y, por tanto, de la conducta. Esta concepción explicativa de la conducta humana la reduce, fundamentalmente, a su condición egoísta. Así, es imposible, o al menos incongruente, pensar en una conducta humana motivada por el altruismo, el amor al prójimo y el desinterés, como resultado de su desarrollo social.

Las generalizaciones de esta teoría a nivel social, en esencia, son pesimistas y reaccionarias, y su construcción justifica la irresponsabilidad y el egoísmo humano.

El psicólogo humanista Rogers comparte esta crítica del conductismo: «Me he dado cuenta que la diferencia principal entre los enfoques humanista y conductista de los seres humanos reside en una elección filosófica. Ésta, ciertamente, se puede discutir, pero no arreglar con pruebas. Si se toma la [posición] de Skinner de hace algunos años —y creo que éste sigue siendo su punto de vista—, entonces el medio, que forma parte de una secuencia causal, es la base determinante de la conducta individual, que de nuevo es así una cadena irrompible de causa y efecto. Todas las cosas que Skinner o yo hacemos son, sencillamente, resultados inevitables de nuestro condicionamiento. Como él lo ha dicho, el hombre actúa como se ve forzado a hacerlo, pero como si no se viera forzado a ello. Llevado a su conclusión lógica, esto quiere decir, como ya apuntó John Calvin, que alguna vez se dio cuerda al universo como si fuera un gran reloj y que desde entonces ha caminado por un camino inexorable. Debido a esto, lo que creemos son nuestras decisiones, selecciones y valores son meras ilusiones. Skinner no escribió sus libros porque hubiera decidido presentar sus puntos de vista o para señalar el tipo de sociedad que valora, sino simplemente porque fue condicionado para hacer ciertos signos sobre el papel. Sorprendentemente para mí, admitió todo esto en una sesión en la que ambos participamos» (45, 89-90).

Ahora bien, la teoría conductista no ha dejado de sentir el impacto de la realidad. Nada mejor para determinar la veracidad de una teoría que su choque con la práctica social: el conductismo ha tenido que revisar sus posiciones, porque sus postulados ahistóricos han recibido la presión de la experiencia social.

En ningún momento hubo un acuerdo total entre los conductistas en relación con la tesis de la no existencia de un sus-

trato mental en el hombre. No obstante, la asunción de este acuerdo se impuso un principio, al menos de carácter metodológico, para todos sus seguidores. Esto se conoce como reduccionismo metodológico, y consiste en buscar la explicación del comportamiento en términos de conductas y respuestas, con independencia de la existencia, objetiva o no, de fenómenos mentales. De hecho, la investigación se realiza y la teoría se construye asumiendo que estos procesos mentales no existen.

Sin embargo, la necesidad de considerar esos fenómenos mentales, que tanto rehuyeron los conductistas, es reconocida cada vez más por muchos psicólogos, herederos del conductismo filosófico, conceptual y técnico. Para ellos, los procesos mentales no pueden ser considerados inexistentes o epifenómenos por definición —ni aun metodológicamente—, cuando se trata del hombre. De ahí que el tratamiento de lo cognoscitivo, de los estilos de cognición y, en este contexto, de las emociones, sean introducidos en la obra de los psicólogos conductistas contemporáneos. De hecho, el mismo Skinner, quiéralo o no, introduce variables motivacionales en el condicionamiento.

De todas formas, y con independencia de las brechas que la investigación ha abierto en la estructura de la teoría conductista, estos psicólogos mantienen consideraciones como el carácter básicamente adaptativo de la conducta humana, la inmediatez del medio social y el reduccionismo, ahora referidas a lo cognoscitivo de la dimensión humana.

Por otra parte, el psicoanálisis no se limitó al estudio del psiquismo consciente, sino que intentó encontrar, tras las manifestaciones conductuales y aun las puramente mentales —como los sueños y fantasías—, causas del orden mental que escapaban al control del psiquismo consciente y aun lo dominaban, las cuales entraban en relaciones contradictorias.

La teoría psicoanalítica distingue dos fuerzas motrices fundamentales en la conducta humana: la sexual (*Eros*) y la agresiva (*Tanatos*). Estas fuerzas tienen, en teoría, un sustrato eminentemente biológico. La energía correspondiente a los impulsos sexuales recibe el nombre de *libido*. Ambas posibilitan el movimiento de la personalidad; son responsables de su dinamismo, el cual es sometido a dos principios fundamentales: el principio del placer y el principio de la realidad.

La personalidad, según el psicoanálisis, al enfrentar las demandas del mundo exterior, busca el equilibrio entre la obtención de placer y la evitación del dolor. O sea, para esta teoría es posible considerar la postergación de la satisfacción inmediata en beneficio de la adaptación.

El desarrollo de la personalidad pasa por diversas fases, determinadas por la dinámica biológica de la libido. Sin embargo, sus fijaciones están condicionadas por la relación con el mundo exterior, de tal forma que las pulsiones sexuales expresan el compromiso entre las tendencias biológicas y los requerimientos de la vida social.

En esta evolución son muy importantes las primeras relaciones paterno-filiales, en las cuales el sujeto encuentra su primer objeto sexual y donde, por primera vez, surgen los conflictos entre el principio del placer y el principio de la realidad. Estas relaciones iniciales dan lugar al complejo de Edipo, complejo universal. La solución de este complejo determina, en gran medida, el desarrollo libidinal y, por tanto, de la personalidad del sujeto.

La personalidad, que se construye sobre este flujo y reflujo de pulsiones —en parte condicionado por el medio—, se estructura en tres instancias, de acuerdo con el modelo propuesto por Freud: el *ello*, el *superyo* y el *yó*.

El *ello* es el estrato donde se acumulan las energías sexuales agresivas; donde el principio del placer tiene vigencia absoluta, y resulta un componente inconciente de la personalidad. El *superyo* está constituido por la interiorización de normas morales de la sociedad, que han sido asimiladas durante el proceso del desarrollo personal —sobre todo a partir de la expresión del complejo de Edipo—, y puede operar de manera consciente, preconciente o inconciente. Y el *yó* tiene el objetivo de establecer un equilibrio entre el *ello*, el *superyo* y las condiciones externas; puede operar consciente, preconciente o inconcientemente, y está dominado por el principio de la realidad.

La conducta es, entonces, la resultante de la lucha de estos tres sistemas. Esta lucha conduce, con frecuencia, a la represión de ciertos contenidos hacia las profundidades inconcientes; contenidos que no pierden su energía, de ahí que tengan posibilidades de seguir influyendo en la conducta.

Esta energía psicológica, vinculada a contenidos inconscientes, puede alcanzar una salida cultural y moral aceptable; entonces, mediante el proceso denominado *sublimación*, se hará responsable de las creaciones científicas, artísticas, técnicas, etc. No obstante, puede ocurrir que la *sublimación* no sea posible; en este caso, la personalidad deviene neurótica.

Ante la personalidad neurótica, el psicoanalista se propone como objeto —mediante la llamada técnica de asociaciones libres— concientizar las ideas reprimidas y lograr el equilibrio del sistema.

A partir del estudio del proceso de *sublimación*, la teoría psicoanalítica penetró en las ciencias sociales; así realizó interpretaciones, psicoanalíticas, de la historia y la cultura. Por supuesto, estos análisis fueron, por necesidad, psicologistas, y estuvieron desligados del acontecer sociohistórico y sus leyes objetivas.

El esquema freudiano es reduccionista, biologicista y mecanicista por la esencia de sus postulados y el funcionamiento de su sistema. Todo ello estuvo condicionado, también, por el nivel de desarrollo de las ciencias que sirvieron de punto de partida a su autor al intentar comprender ciertas enfermedades psíquicas.

Se ha señalado, en nuestro criterio con acierto, el carácter termodinámico del modelo freudiano. Y, desde el punto de vista filosófico, la presencia clara en el psicoanálisis de la huella del irracionalismo, pues supone al ser humano dominado por los instintos. Sin embargo, más allá de las posibles debilidades teóricas, queremos subrayar que el legado nefasto del psicoanálisis son sus consecuencias ideológicas.

La teoría freudiana nos entrega una visión del hombre, una concepción de su naturaleza, no sólo unilateral, sino eminentemente pesimista. El hombre es un hedonista dominado por impulsos, sobre los cuales tiene muy poco control: un ser irresponsable.

Una cita de Jung quizás nos permita ver, con mayor claridad, la esencia de la posición freudiana: «La actitud de Freud sobre el espíritu me parecía muy dudosa. Dondequiera que salía a colación, en una persona u obra de arte, una expresión de espiritualidad (en el sentido intelectual, no el sobrenatural) sospechaba e insinuaba que no era sino sexualidad reprimida. Cualquier cosa que no pudiera interpretarse como sexualidad

la calificaba de psicosexualidad. Yo protestaba aduciendo que tal hipótesis, llevada a su conclusión lógica, conduciría a un juicio aniquilador de la cultura. La cultura parecería entonces ser una nueva farsa, la consecuencia mórbida de la sexualidad reprimida. Sí —asentía—, así es; y es precisamente una maldición del destino en contra de la cual nos sentimos impotentes para luchar» (25, 147).

Los humanistas en sus criterios sobre el psicoanálisis plantean ideas similares a las nuestras; Gordon Allport señala: «Este cuadro general de la motivación hace de la personalidad, casi totalmente, un producto reactivo resultante de dos fuerzas arcaicas. Concede preponderante importancia al período inicial de la vida, época en la que se construyen en gran parte las frustraciones, represiones y catexis. Decía Freud que las líneas directrices del carácter de una persona están establecidas a la edad de tres años.

«Naturalmente, aceptamos de buen grado que las motivaciones adultas reflejan a menudo los impulsos instintivos sexual y agresivo; también reconocemos que pueden hallarse huellas de motivaciones infantiles en alguna conducta adulta (especialmente de tipo neurótico). Pero no creemos que esta interpretación de Freud pueda explicar la diversidad, unicidad y contemporaneidad de la mayor parte de la motivación adulta» (7, 251).

Rogers, por su parte, afirma del psicoanálisis: «Primero, me parece que Freud estaba comprensiblemente muy emocionado con su descubrimiento —un descubrimiento formidable para su época—, que detrás de un exterior convencional o “bueno” el hombre abrigaba todo tipo de sentimientos e impulsos sexuales y agresivos que infructuosamente había escondido tanto para sí mismo como para los demás.

«Este continuó siendo el foco, a pesar de que la propia experiencia de Freud con sus pacientes debe haberle mostrado que una vez que estos sentimientos “malos” fueran conocidos, aceptados y entendidos por el individuo, se podía confiar en que fuera una persona socializada, normalmente autocontrolada. Al calor de la controversia sobre el psicoanálisis, se descuidó este último punto de vista, y Freud se pronunció en favor de lo que, en mi opinión, es una visión de la naturaleza humana demasiado superficial» (44, 33).

Con todo, esta teoría nos dejó, como herencia positiva, una nueva valoración de la importancia de los factores sexuales en el desarrollo de la personalidad; la revitalización de un problema psicológico complejo como el inconsciente; el intento de establecer la técnica psicoterapéutica sobre bases científicas; y el ejemplo de la osadía y el valor intelectual de su autor, que no son nada despreciables cuando analizamos las circunstancias históricas de su creación y la forma iterativa con que trató el objeto de su trabajo, en esencia desconocido.

Al estudiar el conductismo y el psicoanálisis se observan, tras las diferencias notables en términos de su construcción teórica, una visión del hombre con algunos puntos de contacto. Para ambas escuelas de pensamiento, el hombre es un ser irresponsable por esencia, pues se encuentra determinado por fuerzas que escapan a su control: el medio —los estímulos externos—, en el caso de los conductistas; y los instintos, en el psicoanálisis.

En ambas corrientes el carácter histórico del desarrollo se sustituye por la inmediatez de la educación humana; por su capacidad de adaptación a estimulaciones cuya esencia no sufre cambios históricos. El ser humano —quien se adapta— y los estímulos externos no se transforman históricamente, y, por tanto, esta inmovilidad se transfiere al mecanismo de adaptación del individuo. Por esta razón, en los dos enfoques se nota un énfasis en lo reactivo más que en la conducta propositiva.

No obstante, existe una importante diferencia entre el psicoanálisis y el conductismo, que hace declararse deudora del primero, en muchos aspectos, a la psicología humanista.

Si bien el psicoanálisis y el conductismo nos entregan una concepción del hombre como ser irresponsable de sus actos —contra la cual veremos batallar a la psicología humanista—, se debe reconocer que mientras el conductismo luchó por demostrar las posibilidades de control de la conducta humana, en nombre de una felicidad y un bienestar cuyo alto precio serían la libertad y la dignidad del individuo, el psicoanálisis no tuvo nunca como objetivo tal control.

El psicoanálisis, al esforzarse por hacer reconocer en el ser humano sus afectos reprimidos y buscar, mediante su técnica, el logro de un equilibrio de las fuerzas mentales que lo mueven a actuar, trató siempre de trasladar al enfermo de un estado irresponsable al de responsabilidad por sus actos. Es decir, fundamentó la esperanza de que el individuo, bajo tera-

pia, desarrollase cierta capacidad de autodeterminación, basada en el conocimiento de su propia naturaleza, aunque fuera dentro de los límites estrechos que esta misma naturaleza tenía en su teoría.

Antes de enfrentar la crítica a las concepciones de la psicología humanista, es necesario hacer explícitos, al menos en cierta medida, los principios y conceptos que orientarán la misma con cierta rigurosidad.

Decir que nuestro punto de referencia es la psicología marxista, o psicología que se estructura sobre la base de los principios generales del materialismo dialéctico, es tan vago e inexacto como hablar del psicoanálisis o del conductismo en un sentido absoluto.

Para todos los que estamos familiarizados con el tema resulta claro que Vigotsky, Rubinstein, Leontiev, Bozhovich, Anasiev y Lomov, por sólo citar a algunos psicólogos marxistas, no dicen exactamente las mismas cosas. Luego, la psicología marxista es también una corriente del pensamiento psicológico actual, producto del trabajo de diferentes investigadores que, pese a tener una orientación marxista, no enfocan de forma idéntica el estudio de los fenómenos psíquicos.

A veces se siente la falsa impresión de una identidad que a nuestro juicio está dada por las tergiversaciones teóricas. Así se supone que la psicología marxista toma sus categorías y principios de los ya elaborados por el materialismo histórico o bien se limita a una interpretación donde prima el reduccionismo fisiológico sobre la base de los trabajos de I. P. Pavlov.

En realidad, ocurre que, a partir de los principios generales del materialismo dialéctico, los psicólogos marxistas se esfuerzan por definir sus categorías y principios particulares. Para ello se basan en los resultados de las investigaciones empíricas y teóricas, y se mantienen a distancia tanto del reduccionismo fisiológico como del sociologismo.

Una orientación inicial tan general no puede menos —si no se esquematiza arbitrariamente— que producir matices y conceptualizaciones diferentes. Lo contrario representa la parálisis y, por tanto, la ineficacia de la ciencia en la solución de los problemas teóricos y prácticos.

Las concepciones de la tercera fuerza que pretendemos estudiar se refieren a la personalidad. Por ello señalaremos, como punto de partida crítico, los principios definidos por los psicólogos marxistas en la psicología de la personalidad, a partir de la investigación psicológica concreta.

Por supuesto, la selección de estos principios lleva la impronta de nuestro criterio. De todas formas, hemos intentado mantener un nivel tal de generalidad que permita a muchos psicólogos marxistas, que trabajan el tema de la personalidad, reconocer los mismos como principios representativos de los utilizados en las obras clásicas sobre esta área de conocimiento en la psicología marxista.

Con la exposición de un conjunto de principios se corre el riesgo de la esquematización. En realidad la teorización psicológica marxista no se reduce sólo a éstos, y los diversos matices se pierden. No obstante, son válidos como criterios metodológicos en el análisis a emprender y, en última instancia, nos excusan un tanto de los esquemas expuestos sobre el conductismo y el psicoanálisis: hemos hecho a nosotros mismos lo que a los demás.

La determinación histórico-social de la personalidad es un principio que entronca con el materialismo dialéctico e histórico; y matiza, de manera permanente, los restantes principios y categorías.

En un sentido filogenético, este principio considera al ser humano actual como un producto del desarrollo histórico de la humanidad. Y, cuando se trata de un individuo en una sociedad concreta, enfatiza en que no puede ser separado de su contexto social, sino como una abstracción. El hombre, la sociedad y su historia se hayan en intervinculación, pues la sociedad y la historia son, a su vez, un producto de la actividad transformadora de la humanidad. Este principio es la piedra angular de la concepción marxista del ser humano. Una concepción psicológica de la personalidad debe ser consecuente con este, pero el estudio psicológico no puede reducirse al mismo, pues, dialécticamente, el momento a enfatizar por la psicología es el aspecto psicológico del proceso de condicionamiento histórico-social, que determina el sentido de las normas y valores, y la cultura en general, del individuo concreto. Las vías de este

proceso son múltiples, y siempre tienen al hombre como sujeto, y no como objeto del mismo.

La conciencia es, para todos los psicólogos marxistas sin excepción, un momento cualitativo del desarrollo del psiquismo: ella marca el tránsito de la actividad adaptativa del animal a la propositiva del ser humano.

Su papel preminente en cualquier concepción marxista de la personalidad, no excluye aceptar su parcialidad o la existencia de contenido no concientizado por el hombre. Su lugar principal se debe al reconocimiento de su importancia en el surgimiento y desarrollo de la forma humana de vida, pues sin ella no se entiende el carácter cualitativamente diferente del hombre en el curso del desarrollo biológico. En este momento es necesaria una pequeña digresión fuera del terreno no psicológico.

La conciencia, no sólo como categoría psicológica, sino en su connotación histórico-social, es también un punto de contacto muy importante entre la teoría y la práctica psicológica y la construcción del socialismo según el marxismo-leninismo. El establecimiento de la sociedad socialista necesita, y así lo ha demostrado su práctica, la participación voluntaria y conciente de todos los individuos en su construcción.

El trabajo teórico en las ciencias sociales se ha retrasado en comparación con la práctica del socialismo, lo cual impide una óptima dirección en su construcción. Sin embargo, este retraso relativo no puede superarse con la introducción de concepciones extrañas, en principio, a la ideología marxista —como es el caso del psicoanálisis— para abordar problemas especiales de la construcción del socialismo. El salto teórico debe tener en cuenta muchos factores y hechos psicológicos, sociales y económicos nuevos, pero su reelaboración teórica debe partir, necesariamente, de los principios del marxismo, so pena de alterar, de forma unilateral, el reflejo teórico de la construcción del socialismo.

En el campo psicológico, tampoco es posible el injerto arbitrario, o la yuxtaposición, de concepciones que niegan o minimizan el papel de la conciencia en la actividad del individuo. La reestructuración de las relaciones de lo conciente y lo no conciente, en el plano teórico, no se puede realizar fuera de los principios de la psicología marxista, so pena, ahora, de

construir una teoría unilateral del psiquismo humano que no sirva como instrumento práctico en la construcción de la sociedad socialista.

La fundamentación del carácter activo de la personalidad, en nuestro criterio, exige el estudio de la autoconciencia y la propiedad de autodeterminación relacionada con ella, las cuales constituyen también criterios fundamentales en el análisis marxista de la personalidad.

El principio de la personalidad, formado a partir de la investigación psicológica concreta, delimita varios rasgos esenciales de la categoría personalidad en la psicología marxista. La personalidad constituye el nivel regulador más elevado del comportamiento. Comprender la regulación a este nivel sólo es posible si se consideran, como componentes sistemáticos, formaciones psicológicas complejas que entrañan un cambio cualitativo en la regulación comportamental, y expresan, cada una en su integridad, la unidad cognitivo-afectiva de la personalidad. Estos niveles sintéticos, e incluso sus contenidos, pueden operar en relaciones variadas con la conciencia. Las distintas aproximaciones concretas al sistema de la personalidad, en cuanto a niveles y formaciones, son hasta el momento hipótesis que orientan metodológicamente la investigación. Es decir, el sistema se mantiene abierto a los hechos y conceptualizaciones, producto de la investigación empírica o teórica.

En cuanto a las vías de relación de la personalidad con la realidad circundante y, a su vez, como principios metodológicos fundamentales en la construcción de la psicología marxista y, en particular, de su psicología de la personalidad, debemos señalar la actividad y la comunicación, aunque su definición e importancia relativa en la formación de la personalidad no sea concebida de la misma forma por todos los psicólogos marxistas.

El intento de estudiar con profundidad las ideas generales de la tercera fuerza, impide partir de un esquema teórico similar al que hemos utilizado para hablar sobre el conductismo, el psicoanálisis y la psicología marxista, pues éste elimina sus matices, elementos muy importantes en el trabajo crítico. La psicología humanista, como veremos, tampoco constituye un modelo único, acabado y libre de contradicciones, sino un conjunto de proposiciones susceptibles a diferentes lecturas y énfasis disímiles.

Hemos preferido, entonces, realizar un estudio más detallado de las obras fundamentales de la psicología humanista, en particular la producida en Estados Unidos, donde este enfoque psicológico ha cobrado la mayor relevancia; aunque partimos de una noción general de sus conceptos e influencias. Este procedimiento evita convertir las ideas estudiadas en un esquema teórico rígido y definitivo.

Por supuesto, las conclusiones de este trabajo no buscan la negación absoluta de las ideas humanistas, para lo cual no merecería el análisis de los autores.

Más bien intentan, por una parte, validar los principios de la psicología marxista, a partir del material fáctico que ofrecen estas concepciones, y, por otra, precisar algunas limitaciones de orden teórico y metodológico y señalar los conceptos y métodos que pudieran ser asimilados por el quehacer investigativo de la psicología marxista de la personalidad.

La posibilidad de realizar tal trabajo se debe, precisamente, a la apertura del sistema de principios y categorías elaborado por los psicólogos marxistas y el intento de reflejar en su desarrollo complejos matices de la vida psicológica humana.

PRINCIPALES INFLUENCIAS TEORICAS Y METODOLOGICAS EN LA PSICOLOGIA HUMANISTA O TERCERA FUERZA

El objetivo de este capítulo no es rastrear en la historia de la filosofía y la psicología el inicio de cada una de las ideas presentes en las teorías de la tercera fuerza, y, mucho menos, agotarlas en profundidad. En realidad, servirá para exponer algunos datos sobre los grandes movimientos filosóficos y psicológicos, así como de ciertas personalidades y del trabajo experimental, que, por una u otra vía, aportaron las ideas centrales alrededor de las cuales se constituyó el cuerpo teórico y metodológico del conjunto de autores humanistas.

Una de las corrientes psicológicas de mayor influencia en la psicología humanista, como ya se señaló, fue el psicoanálisis. De esta escuela, las concepciones básicas de Alfred Adler fueron las más utilizadas por los humanistas.

Maslow, por ejemplo, expresó: «Para mí Alfred Adler tiene más razón con el transcurso de los años. A medida que van llegando los datos, ellos dan más y más apoyo a su imagen del hombre» (31, 30).

Este tema ha sido tratado con agudeza por H. I. Ansbacher en su artículo: «Alfred Adler y la psicología humanista» (24). Una de las más importantes coincidencias entre Adler y las nuevas corrientes humanistas, es la comprensión del ser humano como un animal evolutivo. Adler parte de la hipótesis de la existencia de una fuerza creadora de sí mismo, por ello señala: «No olvide que el factor más importante es que ni la herencia, ni el medio, son factores determinantes; ambos se limitan a proporcionar el marco de referencia y la influencia a las que el individuo responde según el estilo de su fuerza creadora» (el subrayado es nuestro) (24).

El esquema adleriano propone un hombre activo y autodeterminado, y afirma: «la psicología individual insiste en que para

comprender todos los fenómenos psicológicos es indispensable la finalidad. Las causas, las fuerzas, los instintos, los impulsos y similares no pueden servir como principios explicativos. Sólo puede servir el fin último» (15, 4).

No obstante, para A. Adler, las conductas humanas, en última instancia, son explicadas como compensaciones negativas, y ello, que lleva en sí mismo la posición freudiana, es un punto de separación con los teóricos de la tercera fuerza, para quienes el impulso creador y la finalidad no implican, por necesidad, una compensación. Aún más, para ellos la compensación es la excepción más que la regla.

Una corriente filosófica de gran peso en la teoría y metodología de la tercera fuerza es el existencialismo. La obra de algunos humanistas recuerda a casi todos los filósofos existencialistas, e incluso a sus antecesores inmediatos: Shopenhauer, Kierkegaard, Husserl y Nietzsche. Sin embargo, esta presencia se hace más directa con los existencialistas modernos, entre los que pueden señalarse, con toda seguridad, a Buber y Heidegger; representantes de dos direcciones diferentes del existencialismo: la religiosa y la atea, respectivamente.

Las principales preocupaciones del existencialismo, sus problemáticas centrales, son la angustia del hombre, el temor a la muerte, la intencionalidad, la responsabilidad individual y la libertad. Por ser estos temas de eminente contenido humano, la psicología se ha visto atraída por el existencialismo. Recordemos, por ejemplo, las dicotomías existenciales de Fromm, o el énfasis de los psicólogos de la tercera fuerza en la intencionalidad, la necesidad de la libertad de elección y la responsabilidad. Sin dejar pasar por alto la influencia del irracionalismo —antecesor histórico del existencialismo— en la creación del psicoanálisis.

La temática existencialista es reseñada de la siguiente forma por Allport: «Los términos más comúnmente usados por los existencialistas son, tal vez, los de angustia, miedo y alienación. El hombre se halla arrojado a un mundo incomprensible. Apenas le es posible evitar una corriente subterránea de miedo con remolinos de agudo pánico. Vive en una vorágine de inestabilidad, soledad y sufrimiento, bajo la amenaza del espectro de la muerte y la nada. Querría escapar del agobio, de la ansiedad, pero también quisiera saber su sentido. La falta de sentido es más

temible que la angustia, porque si existe un propósito definido en la vida es posible soportar la angustia y el terror» (7, 647).

No obstante, la tercera fuerza no recoge, con el mismo énfasis, todas las inquietudes temáticas del existencialismo. La psicología humanista incorpora, sobre todo, la idea de la responsabilidad humana, la intencionalidad y la libertad de elección. Y, por otra parte, en su teoría trata de demostrar, precisamente, que el hombre puede evitar la soledad y el sufrimiento, que, según ellos, dependen del resultado de ciertos procesos intrapsíquicos.

Desde el punto de vista teórico, el trasplante de estas concepciones a la psicología no provoca nada diferente a lo ya presupuesto en la filosofía existencial: la contraposición del individuo y la sociedad produce una visión del desarrollo individual egoísta e individualista. En estas teorías, el hombre, contrapuesto a la sociedad, no puede modificarla, y se repliega sobre sí mismo; entonces, de hecho, debe ajustarse o adaptarse a la misma. La influencia directa de estas ideas en la psicología humanista la convierte, quieralo o no, en heredera directa de sus consecuencias.

Si bien en el prisma existencialista las soluciones teóricas se basan en la contraposición del individuo y la sociedad; metodológicamente, se asientan en el uso del método fenomenológico de B. Husserl.

En el existencialismo, un antecedente metodológico importante fueron las tesis de Brentano. Este autor puso de relieve la importancia del estudio de la intención. Para él la conciencia es intencional: todo acto consciente tiende hacia un objetivo y, por tanto, esto permite a la conciencia orientarse hacia objetivos significativos. De esta forma, Brentano hizo de la intención la unidad de la vida psíquica, y posibilitó una comprensión no reactiva del individuo.

B. Husserl es quien profundiza y lleva hasta sus últimas consecuencias las posiciones de Brentano. Para él la conciencia es lo que verdaderamente constituye el mundo; de hecho, la experiencia se concibe como una forma de remodelación continua del mundo. Husserl plantea al sujeto considerar el objeto en toda su complejidad, haciendo, a la vez, el esfuerzo de apartar los sentimientos y conocimientos tradicionales, para lograr un conocimiento lo menos mediatizado posible por las características (emotividad, parcialidad, etc.) humanas.

Algunas de estas conclusiones constituyen, en efecto, un verdadero aporte al conocimiento del carácter activo del hombre mediatizado por su conciencia; y, además, supone el establecimiento de un principio metodológico cardinal de la investigación científica. Pero esta tesis se desvirtúa al expresarse desde una postura típicamente idealista y con matices agnósticos. Aceptar el método fenomenológico sin variar, desde el punto de vista filosófico, su fundamentación, y recoger el arsenal del pensamiento teórico existencialista, sin crítica, implicará asumir sus posiciones filosóficas.

El método fenomenológico parte del supuesto filosófico que apoya la imposibilidad de realizar una afirmación definitiva hasta eliminar el equívoco entre lo que recibimos por los canales sensoriales y nuestra interpretación de los hechos; para lo cual no se puede apelar a la práctica como criterio de veracidad, sino al ego trascendental que nos permitirá una visión intuitiva directa de la realidad.

El existencialismo, al utilizar el método fenomenológico, sustituye consecuentemente con sus presupuestos, la explicación por la comprensión. El estudio de la existencia de otros es sólo posible; entonces, experimentando en nosotros mismos, en el proceso de comunicación, los temores, ansiedades y dificultades de elección del otro. Martin Buber, en su filosofía del diálogo, se centra en la relación yo-tú, y la considera paradigma de la relación. Esta sólo puede establecerse entrando con todo el ser en otro. Gabriel Marcel, por su parte, adjudica a esta relación el nombre de intersubjetividad. Y Heidegger señala al respecto: si no existe un orden inmutable de cualidades naturales características de la especie, ni esencia alguna del hombre, al otro es posible entenderlo sólo como partícipe en una relación yo-tú.

Esta posición es evidente en la terapia no directiva de Rogers y en el énfasis en la comprensión taoísta de Maslow o su estudio de las experiencias cumbres, por ejemplo.

Las posibilidades técnicas del enfoque metodológico basado en el existencialismo son sintetizadas y criticadas por Gordon Allport de la siguiente forma: «De modo que, en el fondo, la actitud existencialista en el estudio del hombre es insistentemente ideográfica. Sin embargo, no nos ha ofrecido hasta ahora métodos especiales para representar la estructura única de las personas. Naturalmente, el método adoptado es el fenomenológico, pero es difícil precisar cómo puede usarse para una

apropiada comprensión configurativa. Se han empleado la ficción y el drama (Camus, Sartre) y el estudio de casos (Minkowski, Binswanger). Pero no se han elaborado en este movimiento métodos auténticamente nuevos para la representación de la individualidad» (7, 648).

Allport alude aquí, certeramente, a la contradicción que se expresa, en los hechos, entre dos concepciones metodológicas fundamentales para la psicología humanista: de un lado, los métodos fenomenológicos y taoísta; de otro, el énfasis en revelar, científicamente, la configuración ideográfica de la personalidad. Esta afirmación implica, por supuesto, la insuficiencia metodológica de la fenomenología para descubrir, de manera científica, la estructura psicológica individual.

Otra corriente del pensamiento filosófico cuyas huellas se notan en la psicología humanista, porque ha contribuido o ha tenido convergencia con sus formulaciones teóricas, es la filosofía oriental, tanto china como hindú; y, principalmente, el Zen y la doctrina del Tao.

Una máxima del filósofo chino Lao-Tse demuestra y resume algunas de las conclusiones fundamentales de la psicología humanista: «Si yo dejase de estorbar a las personas, ellas se ocuparían de sí mismas. Si yo dejase de mandar a las personas, ellas obrarían por sí mismas. Si yo dejase de sermonear a las personas, ellas se perfeccionarían a sí mismas. Si yo dejase de imponerme a las personas, ellas se convertirían en sí mismas» (51, 67).

En esta cita hay dos planteamientos fundamentales, bien apreciados por la psicología humanista. Primero, la evitación de cualquier tipo de conducta coercitiva sobre el hombre propicia su propio desarrollo humano. Segundo, la firme creencia en la existencia de fuerzas internas en el ser humano, las cuales, si se les permite obrar, determinan el desarrollo positivo del individuo.

Otra formulación importante, propia de la filosofía hindú, se basa en describir los deseos fundamentales que rigen las distintas etapas de la vida humana. Así, el placer predomina en la infancia; el éxito, en la juventud; el deber, en la madurez; y por último, el deseo de comprensión y significación filosófica que nace del afán de liberación de las fases anteriores, pone al sujeto en concordancia consigo mismo; es decir, es una búsqueda de la propia autenticidad.

Esta visión, además de tener en cuenta múltiples factores de desarrollo —como quizás no los tenga en cuenta ninguna filosofía occidental—, incluye la posibilidad de llegar a vivir según la propia naturaleza, lo que fue retomado con énfasis por la psicología humanista.

Por supuesto, la tercera fuerza no ha partido, desde el punto de vista filosófico, sólo del existencialismo y la filosofía oriental. Si bien es cierto que ante el paciente, cliente, sujeto de investigación, o como quiera llamársele, para los humanistas es importante la intersubjetividad, y se defiende, decididamente, la fenomenología; cuando se trata de investigaciones complementarias o de relacionar los hechos psicológicos conocidos con sus teorías, mantienen una actitud positivista y ecléctica como regla, aunque algunos, en determinados momentos, tienen expresiones dialécticas. Esto se aprecia con claridad en la forma utilizada por Maslow para fundamentar su teoría de las necesidades, o en los datos escogidos por Rogers en pro de su teoría, tomados de investigaciones psicológicas ajenas a sus propios trabajos. El uso del método fenomenológico unido a las posiciones eclécticas es, en sí mismo, un proceder metodológico ecléctico. Debido a su formación —sobre todo en Estados Unidos—, la tradición positivista y el análisis y metodología eclécticos tienen necesariamente que influir en estos autores; es su más pura herencia.

Esta combinación ecléctica de enfoques filosóficos y de datos sólo produce, en la ciencia, variantes de teorías conocidas, porque lógicamente el eclecticismo no puede conducir a un enfoque cualitativamente nuevo. Una actitud modificada sólo es capaz de producir nuevos datos, aunque estimables, aislados.

Una escuela psicológica, que indudablemente tiene parentescos conceptuales y metodológicos con la psicología humanista, es la psicología comprensiva. Sus representantes de mayor renombre son Dilthey, Spranger y Jasper, quienes, en el terreno filosófico, se sitúan entre la filosofía de la vida y el existencialismo; corrientes de difícil diferenciación. Jasper, en específico, es un importante exponente del existencialismo alemán.

La inquietud fundamental de esta corriente es de índole histórica; y la misma suponía que una psicología bien estructurada podía ser el fundamento real de la historia y las ciencias del espíritu.

Desde el punto de vista teórico psicológico, esta escuela no centra su atención en un sujeto universal, sino en el hombre condi-

cionado por su clase, profesión, actitudes, cultura, época o edad. Intenta aprehenderlo en la propia vida, es decir en lo comprendido, en lo vivido, en sus expresiones y actuaciones; y lo sitúa como un todo que tiene conexiones de sentido con lo histórico, social y moral. De este intento, vagamente definido por estos autores, surgen las nuevas categorías psicológicas por ellos utilizadas: la estructura, el carácter teleológico y casual del hombre y su libertad.

La psicología comprensiva pretende, entonces, captar al hombre en sus rasgos típicos y su autonomía, sus fines e intenciones; y sólo después situarlo como parte de la sociedad y el mundo material. El estudio psicológico de esta corriente se extiende no sólo a lo vivenciado conscientemente, sino a lo preconciente e inconciente.

Desde el punto de vista metodológico, su orientación es fenomenológica. No obstante, el comprender, según ellos, no necesita de las facultades empáticas, sino que se trata de aprehender la vida espiritual humana en su integridad, remitiéndola siempre a estructuras que traspasan su existencia inmediata y permiten darle un carácter objetivo a los hallazgos psicológicos.

En Jasper, por ejemplo, este método logra adquirir la connotación estática y también la genética. No obstante, reconoce las limitaciones de esta posición metodológica y señala la necesidad de utilizar métodos diversos para prevenir la generalización absoluta de conocimientos parciales.

En el contexto del pensamiento psicológico no puede pasarse por alto la influencia del destacado William James, quien opinaba: «No tengo duda alguna de que la mayoría de los hombres viven —física, intelectual y moralmente— en un círculo en verdad restringido, en lo que se refiere a su propio potencial. . . el llamado "individuo normal" del mundo de las finanzas, el filisteo próspero, es sólo un extracto del ser potencialmente realizable que representa; y cada uno de nosotros posee, para ser explotadas, reservas vitales de cuya existencia ni siquiera sospecha» (51).

Para este autor las personas no viven al máximo de sus posibilidades excepto cuando son presas de una gran excitación, producto de acontecimientos exteriores, ideas o sentimientos. La inexistencia de excitaciones puede inducir al hombre a no realizar ningún acto de voluntad, esto es, a sumirse en la apatía. Aunque, en su opinión, no había prueba psicológica de la libre voluntad,

reconocía que el hombre se percató de ella cuando realiza un esfuerzo.

En la obra de James se expresa, también, el problema de lo que la mente es capaz de enfocar (dirección de la atención). Por ello, se refirió a la relación entre la mente conciente y subconciente, las cuales deben mantener la armonía suficiente para lograr el rendimiento máximo de los individuos.

Un hecho interesante, señalado por Colin Wilson, es que siendo James un pragmático, históricamente reconocido como tal, su psicología vaciló entre el pragmatismo y el introspeccionismo de su época, de un lado, y el método fenomenológico, de otro. Así, en la teorización, su análisis fue, ante todo, fenomenológico (51).

Las ideas de James sobre el potencial humano, su intuición del papel de la voluntad en su desarrollo, y su forma de entender la relación de lo conciente y lo inconciente para alcanzar el máximo de las potencialidades humanas, son concepciones que lo convierten en un antecesor directo de la psicología humanista actual. Con independencia de su opacamiento posterior —debido a diferentes causas como la relevancia de su pragmatismo o el surgimiento de nuevos movimientos que lo desplazaron de la atención de los pensadores—, sus sugerencias más importantes han influido, de forma poderosa, en muchas generaciones de psicólogos norteamericanos, entre los cuales los de la tercera fuerza no son una excepción.

La psicología de la Gestalt también sirvió de fuente al desarrollo de la psicología humanista. No sólo por la residencia de Wertheimer o Koffka en Estados Unidos, o por sus contactos personales con Abraham Maslow u otros teóricos, sino por el contenido de sus conceptos e ideas.

Esta escuela fue una verdadera reacción contra la psicología de Wundt, que consideraba la experiencia como la suma de sensaciones.

En 1912, el fenómeno fi, descubierto por Max Wertheimer, Kurt Koffka y Wolfgang Köhler en sus investigaciones sobre percepción, dio un golpe mortal a la corriente estructuralista de Wundt. Esto era la base objetiva para demostrar que el todo es más que la suma de las partes.

El fenómeno fi no es más que la ilusión de movimiento producida por dos líneas presentadas en una rápida sucesión tempo-

ral. La ilusión consiste en la visión de una sola línea en movimiento.

Estas investigaciones dieron lugar a una nueva teoría del aprendizaje, que enfatizaba en el *insight* o comprensión súbita de relaciones. Kochler la desarrolló a partir del estudio psicológico experimental con monos. Estos experimentos reflejaron que, dadas ciertas condiciones, es posible aprehender, de manera directa, una significación; el aprendizaje es, entonces, una reorganización del campo perceptual.

La siguiente cita de Koffka ejemplifica el problema central del campo psicológico: «En una tarde invernal, entre una enorme nevada, un hombre a caballo llegaba a una hospedería, feliz por haber alcanzado un descanso tras horas de cabalgar por la llanura barrida por el viento, cuyos caminos y tierras estaban cubiertas por un manto de nieve. El posadero que le abrió la puerta contempló al forastero con sorpresa y le preguntó de donde venía. El hombre señaló en una dirección inmediata a la casa, después de lo cual el posadero, lleno de temor y de sorpresa dijo: ¿Sabe usted, que ha cabalgado a través del Lago Constanza? Y el caballero cayó inerte a sus pies. ¿En qué ambiente, entonces, tuvo lugar la conducta del forastero? En el lago Constanza (...) y sin embargo (...) existe un segundo sentido de la palabra ambiente según el cual nuestro jinete no cabalgó a través del lago, sino a través de una llanura barrida por el viento de ordinario. Su conducta consistía en cabalgar sobre una llanura, pero no sobre un lago» (26, 27-28).

La captación de significados es, dentro de la psicología humanista, una concepción importante, pues ella constituye una psicología de valores. De hecho, la psicología de la Gestalt y el desarrollo de su teoría del aprendizaje aportaron datos suficientes para afirmar la posibilidad de la comprensión del significado de una situación.

La tercera fuerza, sin embargo, no acepta la suposición gestaltiana de la espontaneidad en la captación de los significados. Los psicólogos humanistas consideran verdadera la tesis de la aprehensión de significados, pero como un acto esencialmente voluntario.

Por otra parte, mientras los conductistas sostenían que el ambiente del sujeto se conformaba con estímulos objetivos, la Gestalt hacía énfasis en la organización intermedia entre el estímulo y la respuesta. Para éstos, existe una diferencia entre el am-

biente real y lo que el ser humano experimenta como su ambiente. El mundo no aparece en la experiencia directa, sino que es producto de los procesos de organización del organismo; esto es, del campo psicológico.

Para la psicología de la personalidad, el campo psicológico, desde el punto de vista lógico, permite realizar un estudio de la organización que el sujeto aporta a su experiencia, al menos, desde dos puntos de partida diferentes. Primero, previa reformulación del concepto campo tal como lo hizo Kurt Lewin, a partir del método experimental. Segundo, utilizando el método fenomenológico, preferido por los psicólogos humanistas.

En esta presentación de antecedentes no puede faltar una pincelada relativa a Kurt Golstein, pues como plantean Lindzey y Hall, «Existe un libro que ha tenido influencia determinante en la generación actual de psicólogos: *The Organism*, de Kurt Golstein» (27, 209).

Con la proclamación del holismo, Golstein llamó la atención de los psicólogos sobre una posición prometedora. Ésta tuvo gran importancia para las concepciones metodológicas de la tercera fuerza por su aporte a la interpretación de la organización cualitativa del todo. Según este autor, el conocimiento biológico no puede avanzar por «la adición de más y más hechos individuales» (23, 30). Los hechos incorporados gradualmente al todo como partes nunca pueden ser evaluados sólo cuantitativamente; mientras más partes seamos capaces de determinar, tanto más sólido será nuestro conocimiento. Por ello reitera: «En biología todo hecho tiene siempre una significación cualitativa» (23, 30). Es evidente en esta cita la influencia de la psicología de la forma al estudiar las Gestalt biológicas.

Golstein resume su enfoque metodológico con tres exigencias fundamentales: 1) Considerar inicialmente todos los fenómenos presentados por el organismo sin dar preferencia a ninguno en la descripción. 2) Descripción correcta de los fenómenos observables con un análisis cabal de las causas de tales efectos; del éxito o del fracaso en determinada tarea, por ejemplo. 3) No considerar fenómeno alguno sin antes hacer referencia al organismo en cuestión y a la situación en que aparece (23, 146).

Del estudio de combatientes de la Primera Guerra Mundial con lesiones corticales y sus formas de adaptación, este autor hipotetizó dos funciones esenciales del organismo: la adapta-

ción o negociación con el ambiente y la realización de uno mismo. En su opinión, la vida humana posee un propósito implícito, y busca lo competitivo, la percepción, el desarrollo completo. Dice Golstein: «El organismo posee potencialidades definidas y por esta razón precisa realizarlas» (23, 172).

Todos estos conceptos, definidos con claridad en la obra del médico Golstein, son básicos en la psicología humanista. Él es, prácticamente, un contemporáneo de los psicólogos humanistas. Su libro *The Organism* fue publicado en 1939. No obstante, sus ideas se gestaron antes del inicio del movimiento humanista y, de otra parte, su obra tiene más de postura y programa que de teoría, señalaron con acierto Lindzey y Hall.

La psicología experimental, y en específico los estudios con animales, ha alcanzado un poderoso desarrollo, del cual ha dependido, en lo fundamental, la teoría conductista.

Entre los hallazgos de la psicología humanista y la psicología animal, existe un divorcio absoluto sólo en apariencia. De hecho, uno de los psicólogos humanistas de mayor trascendencia, A. H. Maslow, fue durante un período de tiempo investigador de experimentación animal. Por tanto, resulta válido preguntarse qué ha obtenido la tercera fuerza de la psicología experimental con animales.

En el plano metodológico, la diferencia es radical. La fenomenología, como método principal, es contraria; en sus raíces epistemológicas, al modelo de conocimiento mediante el cual se desarrolla la psicología experimental en general, y con animales en particular.

No obstante, en cuanto a contenido, las investigaciones experimentales del propio Maslow revelan puntos de contacto entre los hallazgos de la psicología experimental y la psicología humanista. Algunos datos de la psicología animal son considerados antecedentes de la psicología humanista, tanto cronológicamente como por su valor para hacer pensar en nuevas posibilidades humanas, aparte de las reseñadas por el conductismo y el psicoanálisis.

En el trabajo con monos, los investigadores observaron que los simios se dedicaban a resolver aburridos problemas y, con frecuencia, después de resolverlos no hacían caso de la recompensa alimentaria. Sin embargo, de acuerdo con la teoría de la motivación, prevaleciente entre estos investigadores, el alimento

debía ser el único motivo estimulante para la solución de los problemas. Mas tarde se comprobó que, si se sustituía el alimento por pedazos de madera, los animales trabajaban igualmente bien, aunque menos tiempo. Por último, Maslow y sus colaboradores demostraron que los monos eran capaces de trabajar sólo por la satisfacción de resolver acertijos.

Otras investigaciones corroboraron también que esto no era una característica exclusiva de los monos, sino que ocurría también al trabajar con cerdos. N. F. Dove observó, por su parte, que si se permite a los pollos elegir su dieta, un pequeño porcentaje de ellos elige los alimentos necesarios para crecer sanos y grandes.

Estos hallazgos desbordaban las teorías motivacionales conductistas en boga y, por tanto, bien entendidos, podían provocar el despliegue de la psicología en una dirección diferente.

Collin Wilson opina de estos experimentos: «Lo que parece concluirse de estas observaciones sobre monos, cerdos y pollos, es que existe un impulso fundamental en los seres sanos hacia el conocimiento, poder y perspicacia. Parece ser natural en el individuo sano pugnar por serlo más aún; y sus elecciones son, en general, buenas para el resto de la especie» (51, 76). Estas conclusiones son parte integral de las posiciones de la tercera fuerza.

En las escuelas y personalidades, psicológicas y filosóficas, que hemos reseñado están contenidas, con mayor o menor rigor y desarrollo, las ideas teóricas y metodológicas fundamentales presentes en la psicología de la tercera fuerza.

Por supuesto, no en todas las teorías humanistas han influido, de igual manera, cada una de las posiciones teóricas y metodológicas comentadas. Tampoco es posible describir todas las influencias en cada personalidad del movimiento. Y, por otra parte, han quedado sin explicar conceptos y elementos que utilizan algunos autores de la tercera fuerza, como, por ejemplo, el uso en las concepciones sociales de Maslow del concepto de sinergia, clave en su teorización, que proviene de Ruth Benedict.

POSICIONES TEORICAS Y METODOLOGICAS DE LA PSICOLOGIA HUMANISTA O TERCERA FUERZA

La psicología humanista es, ante todo, una concepción del hombre y la naturaleza humana, contraria a la del conductismo y el psicoanálisis. Se gestó en contacto con la filosofía existencialista y se reforzó con ciertas ideas psicológicas generales y psicoanalíticas en particular.

Su popularidad ha crecido cada vez más. Quizas, su abierta contraposición a las corrientes psicológicas dominantes es un factor determinante en su capacidad de penetrar el pensamiento de innumerables psicólogos. Por otra parte su extensión en el ambiente no profesional se debe a que responde a numerosas preguntas que se formulan a sí mismos las personas, y lo hace en un lenguaje claro y directo, siempre invitando a la confianza en el futuro.

Sin embargo, de su aparente simplicidad no puede derivarse falta de seriedad. Las teorías están bien construidas y apoyadas en un gran número de hechos científicos. Los profesionales de la psicología humanista ponen en práctica ciertos principios, sobre todo en la psicoterapia, aunque no exclusivamente, y continúan la teorización sobre la base de sus resultados empíricos. De esta forma desarrollan y perfilan sus categorías y métodos y, por tanto, definen cada vez con mayor rigor, el enfoque humanista en la psicología.

La psicología humanista puede considerarse ya un movimiento maduro dentro de la psicología, con historia, principios, técnicas, asociaciones profesionales, órganos de difusión, movimientos sociales psicoterapéuticos, inspirados en su concepción humana.

La Asociación Americana de Psicología Humanista comenzó a trabajar en 1962 y cuenta con miles de miembros. El primer

número de la *Revista de Psicología Humanista* se editó en 1961 (22; 158). El programa *Matt* de guía vacacional fue aplicado en Michigan con el objetivo de tratar problemas criminales; la fundación *Yonan Codex* ha tratado delincuentes y alcohólicos; la fundación *Synanon* y la *Daytop Village* se han dedicado al tratamiento de drogadictos. Todas se basan, en gran medida, en los principios de la psicología humanista y parecen haber logrado algunos éxitos, aunque no espectaculares (22; 163, 164, 170, 171).

La psicología humanista se considera a sí misma una tercera fuerza en la psicología porque se contrapone al conductismo y al psicoanálisis, las otras dos fuerzas fundamentales. Otra interpretación de este calificativo, más de contenido, señala que mientras el conductismo centra su atención en el medio, y el psicoanálisis, en lo biológico-pulsional, la tercera fuerza lo hace en la capacidad interior del hombre, para avanzar en un sentido positivo.

Los representantes de este movimiento trabajan y producen científicamente, en su gran mayoría, en Estados Unidos, y los más sobresalientes han sido publicados y traducidos en diversos idiomas.

Muchos de los términos utilizados por los psicólogos de la tercera fuerza, aunque diferentes, se refieren a los mismos procesos, cualidades o mecanismos psicológicos. Otras veces los términos señalan diferentes matices de un mismo hecho, sin llegar a un acuerdo sobre la importancia relativa de cada matiz. Tal situación es natural en cualquier movimiento psicológico, y resulta reconocida por sus personalidades más eminentes. No falta entre ellos quien diga que lo más interesante está aún por venir. Por supuesto, estas diferencias pueden tener causas más profundas, las cuales trataremos de analizar más adelante. De todas formas, como acostumbramos a enjuiciar una teoría no por las letras de sus términos sino por su contenido, creemos necesario describir las posiciones comunes en la psicología humanista, como escuela de pensamiento psicológico, lo cual ayudará al análisis individual de los teóricos presentados en capítulos posteriores.

La psicología humanista considera al hombre en su singularidad. La persona es singular e irrepetible y, por tanto, sólo puede estudiarse como una unidad. Esto significa un énfasis en el holismo y, además, en el enfoque ideográfico. De acuerdo con

ello, se invalida en gran medida, aunque no de igual forma en cada representante de esta corriente, el valor de la teoría general o nomotética y, aun, las consideraciones particulares. De hecho, se busca la dialéctica entre lo general, lo particular y lo singular, para expresarlo en categorías del materialismo dialéctico.

Por otra parte, el ser humano en estudio no puede igualarse a un objeto, como hace el conductismo, ni ser considerado un manejo de instintos, como propone el psicoanálisis, sino que debe valorarse como una persona. La consideración personal implica el respeto, en cada momento, a la capacidad de decidir, y a las decisiones, del hombre. La tercera fuerza ha eludido términos, al parecer intrascendentes, que de una u otra forma hacen referencia al sometimiento o acatamiento de decisiones por el hombre, ajenas a su voluntad y deseo. Es el caso de Rogers, cuando en lugar de usar para sus casos el término paciente utiliza el de cliente. Se supone que el individuo no se enfrenta o somete con paciencia a nadie, o se comporta como objeto de decisiones tomadas por el terapeuta, sino que su destino y el curso mismo de sus males será alterado positivamente por él mismo, cuando se le brinden condiciones para ello, como sujeto de sus decisiones. El mismo rechazo encuentra el concepto de enfermedad mental, que implica padecer, de manera pasiva, el malestar psicológico.

La persona singular y unitaria debe ser tratada como tal. Ella puede decidir su vida, debido a que es portadora de fuerzas dirigidas al mantenimiento y/o recuperación y desarrollo de su salud psíquica: fuerzas hacia la autorrealización. (Algunos autores traducen autoactualización, pero al parecer la traducción correcta debe ser autorrealización.)

La enfermedad aparece cuando, producto de determinadas circunstancias, estas fuerzas interiores se bloquean. Sin embargo, ellas están siempre dispuestas a liberarse y permitir a la persona llegar a los máximos planos de la salud psíquica; con todas sus consecuencias en términos de amor, felicidad y creatividad.

Las posibilidades de estas fuerzas, en esencia creadoras, han sido inferidas tanto por Rogers, mediante la descripción del comportamiento de sus clientes sometidos a psicoterapia, como por Maslow, en su estudio de individuos muy sanos, quienes llevan una vida feliz y creativa y que él denomina actualizadores de

yo, pues en ellos el comportamiento de las fuerzas creadoras interiores aparece como amplificado.

Los representantes de este movimiento han demostrado, mediante evidencia empírica, la injerencia de estas fuerzas personales en la salud psíquica. Así, al hablar de la toma de decisiones por parte de las personas, de la autodeterminación como mecanismo fundamental del desarrollo psicológico, los humanistas sustituyen las causas aducidas por conductistas y psicoanalistas por los propósitos e intenciones. Ello introduce una concepción teleológica en esta psicología.

Para entender el comportamiento humano dan prioridad a los valores y significados. Según ellos, hay valores comunes a toda la especie humana, dados por ciertas necesidades humanas muy enraizadas en su constitución biológica, y valores conformados de manera unilateral. Pero los verdaderos valores culturales son los acordes, de manera plena, con las necesidades humanas. Es decir, se establece un criterio personal para juzgar la calidad de un valor. Los «valores» culturales que el individuo puede rechazar son los opuestos al desenvolvimiento pleno de sus particularidades. Valores así no serían tales, sino más bien artefactos, producto del carácter represivo de la cultura.

El énfasis en la autodeterminación y los valores humanos implica una postura en esencia diferente al conductismo y al psicoanálisis en términos de responsabilidad humana. Para los humanistas el hombre es responsable de sus actos, de su vida y su futuro. En cierto sentido, esta psicología representa también una psicología de la voluntad.

Para los psicólogos de la tercera fuerza la formulación de los propósitos, su maduración y el proceso de elección que lo determina y lleva aparejado su consecución práctica, es un proceso eminentemente intrapsíquico, subjetivo. De hecho, al clamar por el respeto a la persona se defiende el respeto a su subjetividad.

Esta posición ante la subjetividad trae, quizás, una de las mayores dificultades para entender estas teorías: el cambio en la forma científico-natural tradicional de concebir la aprehensión de la realidad psicológica. O sea, en la concepción humanista no se reduce la explicación a determinadas causas, sino que se precisa comprender, con respeto, la subjetividad del otro. Ello implica una visión totalizadora del otro por una vía en lo fundamental empática. Es un encuentro entre subjetividades donde es

necesario, y posible, vivir, en cierta forma, las aspiraciones y malestares del otro sin interferirlos.

Esta forma de estudio, fenomenológica en su esencia, se diferencia, radicalmente, de la formalización teórica empleada en la ciencia, incluida la psicología. En ella es menos importante la inferencia que la empatía y la intuición; se trata de comprender en lugar de explicar, en el sentido que este concepto tiene en la ciencia tradicional. Todo esto supone, también, el compromiso del investigador o el terapeuta de participar del cambio del sujeto, en lugar de determinarlo.

El poco conocimiento de los fenómenos empáticos e intuitivos hace bastante audaz el planteamiento de estos procesos como técnica fundamental, y explica, perfectamente, el escándalo de la psicología académica burguesa ante el cambio de procedimientos tan estudiados, por procesos de los cuales se puede decir muy poco. No obstante, esta cuestión metódica no nos parece escandalosa en sí misma. La ignorancia de procesos como la empatía y la intuición se debe a la relegación de los mismos por la ciencia psicológica; y, fuera del conductismo, ningún psicoterapeuta o educador, medianamente cuerdo, negaría su papel en algún momento de su actividad.

En nuestra opinión el problema radica en que al volver sobre el método fenomenológico, se pierde la comprensión del papel del desarrollo histórico-social en la explicación del psiquismo humano. El reconocimiento de la subjetividad y la autodeterminación no significa, para los humanistas, el aislamiento social. En esta corriente un criterio de salud psicológica es el interés social y el desempeño personal en función de los demás.

Por último, una posición común en todos los psicólogos humanistas —tanto existencialistas, como personalistas o de valores— es su tendencia metodológica ideográfica o morfogénica, contrapuesta a los enfoques nomotéticos, blancos constantes de sus críticas.

Mas, modernamente esta posición pudiera ser caracterizada como sistémica, pues este concepto general subyace en las consideraciones sobre el estudio unitario de casos, destacado por los psicólogos humanistas. El objetivo no es conocer determinados aspectos que el sujeto expresa en su actividad de manera aislada, sino comprender qué relación tiene cada uno de estos aspectos entre sí.

Son evidentes los puntos de contacto entre esta concepción y la visión totalizada del hombre que podría lograrse por vía empática. Aunque la utilización de la empatía como método, contrapuesto a la inferencia, tiene diversas connotaciones de acuerdo con los distintos autores: los existencialistas se atienen a la empatía con exclusividad; mientras los personalistas son eclécticos y buscan un equilibrio en el uso de la empatía y la inferencia.

Las posiciones descritas llevan a la sustitución de la concepción mecánica de la naturaleza humana por una visión antropomórfica. Ello está en plena contradicción tanto con la teoría psicoanalítica, como con el conductismo.

Muy unido a lo anterior, desde el punto de vista conceptual, puede decirse que esta corriente tiende a superar la visión del hombre como un ser irresponsable de sus actos y trata de fundamentar una concepción optimista de la naturaleza humana, dadas las posibilidades que confiere a la personalidad, en el sentido de su desarrollo hacia la salud psíquica, mediante la autodeterminación.

G. W. Allport puede ayudarnos a situar la tercera fuerza en el contexto de la psicología burguesa, con cierta precisión. En un artículo donde compara la psicología británica y la norteamericana con la de Europa continental capitalista, establece, entre otras, las siguientes distinciones (3; 3-27):

«1. Existe una diferencia básica en las premisas filosóficas sobre la naturaleza de la vida mental: la tradición de Locke es dominante en Inglaterra y Norteamérica; la de Leibniz y Kant, en el continente.

«2. Las teorías del continente tienden a enfocar el "hombre total"; las teorías angloamericanas, por contraste, se interesan a menudo por las partes del todo (rasgos, actitudes, factores o conductas).

«3. Las teorías americanas están marcadas por el optimismo, y la posibilidad de mejoramiento humano, mientras en el continente la psicología tiene, con frecuencia, una nota de fatalismo y pesimismo.

«4. Las teorías americanas hacen más referencia a la interacción social que las del continente.

«5. El ideal de riguroso positivismo parece prevalecer en Inglaterra y América del Norte en mayor medida que en el continente.»

Si comparamos las características de la tercera fuerza con estas diferencias bipolares establecidas por Allport, no sería difícil encontrar las siguientes peculiaridades:

1. El hombre es capaz de aprender y cambiar, y posee aspectos internos definidos que propician estos cambios.
2. Las teorías humanistas conciben el hombre total.
3. Son optimistas y confirman el mejoramiento humano.
4. La interacción social es tema obligado en la construcción de las teorías humanistas.
5. El operacionalismo es un medio para probar las ideas que preceden a la validación de la teoría, las cuales provienen, en lo fundamental, de *insights* obtenidos en el consejo, la psicoterapia y la educación.

Por tanto, no estamos ante típicas teorías angloamericanas del momento, ni se trata de interpretaciones osteóricas europeas *standard*. Más bien, el tiempo, ayudado por la interacción teórico-práctica entre estos mundos científicos, ha producido una síntesis de ambos en la teoría burguesa de la personalidad. Por supuesto, en cada teórico humanista se observan estas características con diferentes énfasis, y no son ajenas, tampoco, a las discrepancias y a la contradicción; pero existe una real posición intermedia irreductible a la contraposición conductismo versus psicoanálisis, en tanto estas corrientes del pensamiento sólo son productos conspicuos de la producción psicológica del mundo burgués.

La síntesis de estos complejos problemas, no puede basarse sólo en la lógica formal como instrumento de construcciones. Por esto, y ello se expresa con la mayor claridad en Allport, el curso del pensamiento al estudiar los problemas teóricos fundamentales resulta dialéctico. No se trata sólo de contraponer conceptos y tomar el más adecuado para lograr una síntesis ecléctica, y por ello superficial; sino de destacar la importancia de un concepto, o un hecho, en ciertas condiciones y para determinadas necesidades, que luego se desvanece, cuando, producto de la lógica interior del objetivo de estudio, el sistema de referencia necesita ser variado.

Este análisis dialéctico no tiene el mismo rigor en todos los teóricos humanistas, ni se utiliza igual en los diferentes problemas tratados por ellos. No asistimos al uso conciente de la dialéctica como instrumento de trabajo, sino, más bien, al uso

inteligente del pensamiento, que busca una vía para sintetizar hechos, conceptos y regularidades contradictorios, pero necesarios en la comprensión y explicación del objeto.

Un análisis marxista de la concepción humanista de la tercera fuerza no puede ser abstracto. No puede estudiarse este movimiento, su surgimiento, desarrollo y popularidad sólo en términos internalistas, de lucha teórica, más o menos satisfactoria, contra las corrientes psicológicas del conductismo y el psicoanálisis.

Tras el surgimiento de esta corriente es necesario ver, también, las contradicciones socio-económicas que motivan esta labor científica en el campo psicológico: los problemas de la base económico-social, en última instancia, determinan estas nuevas manifestaciones ideológicas.

Los teóricos de esta corriente, fundamentalmente los norteamericanos, son concientes de factores como: la desigual apropiación de la riqueza y la profunda desigualdad social aparejada a esta realidad; las contradicciones entre los ideales democráticos teóricos que sustenta el sistema social donde viven y la práctica capitalista, tanto en el plano interno como internacional; el carácter explotador de este régimen, que enajena a los ciudadanos, y los sume en una soledad cuyas vías de escape son las manifestaciones antisociales; el conservadurismo social acérrimo cuyas realizaciones no se encuentran en equilibrio con el alto grado de desarrollo tecnológico alcanzado.

Las sociedades enfermas deterioran al hombre, y ante las manifestaciones de vida insatisfecha, estos teóricos reconocen que la solución, a nivel psicológico, no puede ser la actitud de irresponsabilidad promulgada por el conductismo o el psicoanálisis. De esta posición se ha derivado una actitud progresista en el plano social por parte de estos autores, aunque la misma tiene sus limitaciones, pues ellos no han llevado estas ideas hasta su consecuencia final: la destrucción de la formación económico-social capitalista, cuyas dificultades son fuente esencial de los trastornos psicológicos en esta sociedad.

A estas alturas de nuestra discusión se impone, metodológicamente, dejar establecidos, con claridad, los motivos fundamentales de esta revisión crítica de la psicología humanista.

Las posiciones de la tercera fuerza son valiosas, sugerentes y relativamente nuevas en el contexto de la psicología burguesa contemporánea, sobre todo en Estados Unidos. Ello es aún más importante en el contexto psicológico de estas sociedades, donde el psicoanálisis y el conductismo, en sus más diversas variantes, luchan por aparecer, cada cual, como la ciencia psicológica única e irrefutable.

Esto se aprecia, con claridad, en la siguiente cita de Maslow: «En verdad fue el credo optimista de John B. Watson lo que me llevó a mí y a otros muchos al terreno de la psicología. Sus escritos programáticos prometían un camino despejado. Con gran gozo pensé que garantizaban el progreso. Si podía haber una creencia real de la psicología, algo macizo y confiable de que depender para avanzar firme e irreversiblemente de una certeza a la siguiente.

«Ofrecía una técnica (el condicionamiento) que prometía resolver todos los problemas, y una filosofía maravillosamente convincente (positivismo) que era fácil de entender y aplicar y que nos protegía contra todos los errores del pasado. Pero en la medida que yo era psicoterapeuta, analizado (psicológicamente), padre, maestro y estudioso de la personalidad, es decir, dado que me ocupaba de personas completas, la "psicología científica" me fue pareciendo de poca utilidad. En este reino de personas hallé un apoyo mayor en la psicodinámica, en particular en las psicologías de Freud y Adler, que ciertamente no eran científicas según las definiciones de la época» (33; 15-16).

La psicología marxista, por tanto, aprecia y respeta la psicología humanista occidental, pues representa una tendencia hacia la confianza en el hombre y su desarrollo tan cara al marxismo. Pero, esta actitud no nos exime del deber científico de realizar un balance de la misma, a partir de nuestras posiciones teóricas y metodológicas, pues esta corriente refleja, por necesidad, la conciencia social de la sociedad donde ha sido elaborada.

El psicólogo marxista debe tratar de estudiar con profundidad todo lo producido en su ciencia en cualquier parte del orbe, con independencia de las discrepancias de principios teóricos o metodológicos. De todas formas, estas discrepancias sólo pueden surgir del análisis teórico.

Ahora bien, es inadmisibles caer, como lo hacen los psicólogos burgueses —y, entre ellos, los llamados humanistas—, en afirmaciones condenatorias de una psicología que no se conoce en pro-

fundidad y de la cual se habla, entonces, superficialmente. Un ejemplo en la siguiente cita de Maslow: «Según entiendo la psicología marxista, ésta defiende también la obtusa idea de que la psiquis es un espejo de la realidad» (32; 49).

Desde el punto de vista teórico y metodológico nuestras incongruencias con estas teorías surgen porque no asumen el estudio de la correlación entre el ser y la conciencia a partir del desarrollo sociohistórico. Según ellas, existe la contraposición entre el individuo y la sociedad, considerando al primero, fundamentalmente, en su esencia biológica. Por esta razón, regresan a los errores del conductismo y del psicoanálisis, a los cuales se pretende superar; adoptan la posición del hombre adaptativo y psicologizan la realidad.

Para los humanistas, un cambio social se efectúa sólo cuando ciertas estructuras impiden la autorrealización, lo cual excluye toda consideración objetiva. Es decir, la necesidad objetiva de los cambios sociales se simplifica y enmascara tras un problema de índole psicológico, y, por tanto, los cambios sociales sólo devienen parciales, sin comprometer los fundamentos del sistema. El hombre continúa siendo un ser adaptativo, y aunque ganó en teoría el derecho a perseguir y conseguir hasta cierto punto sus propósitos, éstos están constreñidos a los de superación individual.

Por otra parte, su forma ecléctica de sintetizar los resultados que sirven de base a sus teorías; su falta de aproximación filosófico-científica y de un método rigurosamente observado, que aporte la coherencia teórica necesaria a esta nueva posición, provocan una posición vacilante y de énfasis, más que novedosa. Esto implica la proliferación de actitudes teóricas más o menos cercanas a las corrientes que pretenden superar, sobre todo al psicoanálisis.

Pese al carácter revolucionario que se autoadjudica, la tercera fuerza es un conjunto de posturas teóricas en un continuum de posiciones, lógicamente posibles, entre el conductismo y el psicoanálisis. Por sus determinaciones teóricas no puede conducir a la psicología de la personalidad al salto cualitativo necesario y esperado.

POSICIONES TEORICAS

Andras Angyal es un psicólogo, lamentablemente, desconocido entre nosotros. Su agudeza de criterios y rigurosidad en las definiciones hacen su lectura placentera e indispensable. En nuestra opinión, al hablar de la psicología humanista es imposible prescindir de su obra, pues en los resultados de Maslow, Allport o Rogers están presentes las ideas de este hombre.

En el prólogo al libro de Angyal, *La neurosis y su tratamiento*, A. H. Maslow dice: «Para los profesionales, la principal importancia teórica de este libro es que es uno de los esfuerzos más amplios para integrar la psicodinámica con la teoría holística».

«Quizás otros lectores serían fascinados, como yo lo he sido, al descubrir cuánto del tratamiento de Angyal de los problemas de la neurosis es consistente con el enfoque psicológico existencial» (13).

La obra fundamental de este psicólogo es una verdadera plataforma filosófica para los humanistas norteamericanos. Los *Fundamentos para una ciencia de la personalidad* es un intento de desarrollar los principios más generales del estudio de la personalidad, a partir de criterios biológicos y existenciales. Ésta nos permite una comprensión más profunda de la tendencia a la autorrealización, o el desarrollo de las potencialidades humanas, que encontraremos en otros autores humanistas.

En un sentido histórico estricto, no puede decirse que el pensamiento de Angyal sea anterior al de los restantes humanistas. Su primera obra fue publicada en 1941, y sus ideas fundamentales, divulgadas por diversas vías en 1937; mientras, la obra básica de Allport, *Personality*, fue publicada en el año 1937, y las ideas de Maslow eran conocidas antes del año 1949. Sin embargo, desde el punto de vista lógico, el pensamiento de Angyal introduce elementos teóricos y metodológicos indispensa-

bles para el desarrollo de las teorías humanistas, formalizadas e integradas por primera vez por él, en un sistema de pensamiento.

El pensamiento humanista norteamericano en la psicología se formó y divulgó, aproximadamente, entre los años 1935 al 1950, incluyendo, como una de sus partes integrantes, el pensamiento de Angyal. Su obra constituye una parte esencial del pensamiento humanista, que no fue revisada, modificada o superada con posterioridad por ningún otro autor, sino que se asentó, con toda naturalidad, como un pilar formidable. Si en algún momento un autor humanista pierde coherencia, simplifica la explicación de algún fenómeno complejo o no profundiza como debe alguna cuestión, esto puede explicarse en muchas ocasiones por el distanciamiento de principios o definiciones subrayadas por Angyal.

A pesar de repasar casi todos los aspectos importantes de la personalidad, el autor mantiene su intención de no acuñar términos nuevos, si no resulta indispensable. No obstante, se deben estudiar con precaución las definiciones de cada término, pues casi siempre el vocablo conocido no coincide, en su obra, con el contenido tradicional del mismo en la literatura psicológica.

Para el psicólogo marxista, interesado —debido a su formación profesional y a su práctica social— por la fundamentación de las relaciones sujeto-objeto, la estructuración por niveles de las manifestaciones de la vida psíquica, en dependencia de los factores objetivos condicionantes y su surgimiento histórico, el debate sobre las relaciones entre lo biológico y lo social y otros temas semejantes, la obra de Angyal le deparará muchas sorpresas.

No trata este autor de buscar, de manera conciente, una posición entre el psicoanálisis y el conductismo. La denominación de tercera fuerza se reservará para Maslow. Sin embargo, de hecho, intenta fundamentar una tercera posición que contenga, en lugar de rechazar, los hechos psicoanalíticos, gestálticos y conductistas. En este sentido, su crítica al psicoanálisis y al conductismo resulta en especial aguda, abriendo nuestra mente a nuevos desaciertos de estas corrientes; nuevos, porque son poco utilizados por los críticos.

LA TENDENCIA AL INCREMENTO DE LA AUTONOMÍA

Para Angyal, el organismo es un todo dinámico. El problema fundamental es: ¿cuál es el patrón general que sigue el proceso organizativo?

En un organismo, cada órgano por separado trabaja para sí mismo y para el resto de los órganos que lo componen. Pero esta concepción, explicativa de la vida según el mecanismo del equilibrio, se mantiene en un círculo vicioso: el proceso de cada parte tiene la función de asegurar la vida; la vida es una agrupación de procesos parciales. Este proceso circular, según Angyal, tiene dos puntos de apertura: la asimilación y la producción.

La asimilación se define como el proceso mediante el cual un factor, en su origen, externo al organismo se convierte en parte funcional de él. Este fenómeno, de acuerdo con la definición, resulta más general que la asimilación de alimentos. La producción, como categoría, designa lo creado por los organismos vivos, lo cual trasciende sus propios límites. Por ejemplo, la reproducción de la especie, o las creaciones artísticas, científicas o de otro tipo. La asimilación y la producción tienen un significado biológico, para el organismo, de expansión a expensas de su ambiente. La utilización de instrumentos es un ejemplo de expansión de las capacidades naturales del hombre. Por tanto, la vida es un proceso de autoexpansión: un proceso que marca una dirección definida de desarrollo del organismo. Todas las funciones parciales del organismo están subordinadas a esta tendencia.

La vida no tiene lugar en el interior del organismo, sino entre el organismo y el medio. Por eso, «el organismo no representa meramente un punto inactivo, en la cual se interceptan varias cadenas causales —como asumen los filósofos mecanicistas—, sino es, en gran medida, una entidad autodirigida» (12; 32-33). Esta tendencia general de la vida busca la autonomía.

Pero el organismo vive en ciertas condiciones exteriores heterónomas (heteronomía), desde su punto de vista. Él está sujeto a las leyes del mundo físico como los restantes objetos, pero se opone, por su autodeterminación (autonomía), a las fuerzas exteriores.

Cada parte organizativa, así como la vida en su totalidad, es siempre resultante de dos componentes: la autonomía y la hete-

ronomía. Si representamos por a la autonomía y por h la heteronomía, la vida sólo será posible cuando a y h sean positivos y superiores a cero (a/h); según los diversos valores de a y h . Si la razón se reduce a cero, no tendremos un organismo vivo, sino un cuerpo físico. Esta razón varía de individuo a individuo y entre las diversas especies.

La tendencia general del organismo será siempre la de incrementar su autonomía. Ello no fija un objetivo, sino sólo una dirección general del proceso. Por supuesto, los casos de regresión están presentes. Pueden ocurrir por dos razones: cuando las fuerzas heterónomas son mayores que las autónomas, y cuando hay un retroceso estratégico. En ambos casos la tendencia del organismo es la misma.

Esta teoría tiene, en resumen, las siguientes consecuencias (12; 50):

1. El organismo no es considerado como una estructura estática, sino como una organización dinámica.
2. La vida es un proceso que no transcurre en el organismo, sino entre el organismo y su ambiente.
3. La vida no es un proceso inmanente, sino autotranscendente.
4. El proceso de la vida tiende al incremento de la autonomía del organismo.
5. La tendencia a la autonomía no es una entidad, sino un patrón del proceso de la vida.
6. Estos conceptos no son teleológicos, sino sólo direccionales. «No es la meta lo que define la dirección, sino, por el contrario, el patrón intrínseco de dirección define qué objeto puede devenir una meta» (12; 55).

Esta conceptualización puede ser importante para el psicólogo marxista, pues el organismo humano es por naturaleza, biológico, y, por tanto, esto debe tenerse en cuenta. No obstante, este enfoque biológico puede hacerse unilateral y cerrar el paso al análisis de importantes procesos de tipo social.

LAS FUNCIONES PSICOLÓGICAS

«Avanzamos e intentamos justificar la tesis de que la función de los llamados procesos mentales es esencialmente semántica.

Con ello expresamos que el contenido psicológico funciona como símbolo y que los procesos psicológicos son operaciones con estos símbolos» (12; 56).

«El simbolismo se basa en un tipo de relación muy particular, si el término relación se aplica totalmente. El rasgo característico del simbolismo consiste en el hecho de que un A dado —el cual frecuentemente tiene sólo una muy remota relación primaria con B, y a veces ninguna relación apreciable— se pone en lugar de B, representa a B. El símbolo algunas veces es una abreviatura del objeto primario; otras veces está remotamente relacionado con el objeto. Alguna conexión original entre un objeto y aquello que deviene su símbolo puede ser frecuentemente establecida de forma histórica.

«Sin embargo, las conexiones reales no son esenciales o necesarias al simbolismo» (12; 47).

«El simbolismo es una constelación triádica cuyos términos son: el objetivo primario, su símbolo, y un tercer miembro, el sujeto, para quien el símbolo significa el objeto» (12; 57).

«El rasgo característico de lo psicológico es su naturaleza simbólica, la cual lo distingue de todos los otros fenómenos del mundo. Yo no deseo establecer sólo que el simbolismo es una característica de gran importancia en la vida mental, sino también enfatizar que todas las funciones psicológicas pueden ser entendidas como procesos de simbolización: la actividad psicológica puede ser también denominada la función simbólica del organismo» (12; 58-59).

Dada la riqueza de detalles del objeto, el símbolo tiene un alto valor económico, para la percepción. En este proceso el organismo no es pasivo; él elabora y modela la percepción.

La percepción es simbólica, pero los símbolos no son etiquetas. Ellos tienen una gran cercanía a la personalidad. Una percepción no sólo significa el objeto, sino cómo el objeto es visto por el organismo.

En el pensamiento, el símbolo es aún más efectivo. Un símbolo puede representar series enteras de objetos y relaciones.

Las percepciones y las imágenes son símbolos que se refieren, en primer lugar, al ambiente. Pero al lado de estos símbolos hay un amplio espectro de fenómenos psicológicos que indican los estados y necesidades del organismo. La principal forma de expresión de estos estados son las emociones. Por emoción entiende el autor la «experiencia del estado y la situación de la perso-

na bajo el aspecto del valor» (12; 71-72). El hecho primario es una situación con valor positivo o negativo para la persona; el valor de esta situación objetiva es experimentada en forma de emoción.

El colorido emocional no siempre indica una correcta significación de la situación biológica.

La discrepancia entre emoción y significación se explica por dos fuentes de error:

1. Las emociones informan sobre situaciones originales y standard.
2. Las emociones informan sobre la situación inmediata y no sobre las consecuencias futuras.

En todos los procesos psicológicos, los dos factores esenciales del proceso organísmico pueden ser representados simbólicamente en la mente: tanto el individuo como su ambiente. La vida resulta así desarrollada en un nivel simbólico, pero sin cambio en su tendencia general dinámica. En el dominio psicológico la vida tiene lugar no mediante la interacción del individuo concreto y su ambiente concreto, sino en la interacción de símbolos que representan al individuo y su ambiente. Con el desarrollo de la función simbólica, el centro de gravedad de la vida se inclina cada vez más al reino de lo psicológico. Dicha inclinación hacia lo psicológico tiene un gran significado para el organismo.

La actividad psicológica es un importante órgano que permite una gran eficiencia de la actividad humana, pues dota al organismo de nuevos medios y métodos para alcanzar la autonomía.

Es interesante hacer notar en la conceptualización de Angyal analogías, casuales, con la psicología marxista.

La significación biológica de los objetos y situaciones y la posibilidad de simbolización de los mismos, desde las formas más elementales hasta la elaboración consciente, se acerca a los planteamientos de Leontiev, con las diferencias terminológicas evidentes.

De la misma manera, extender la actividad mental como un órgano de la actividad del organismo, que permite al hombre la utilización de nuevos medios o métodos, es una idea importante en la construcción de la psicología marxista.

Además, considerar lo psicológico como nivel de la vida, cuyo peso cada vez mayor cambia el centro de gravedad de la misma, implica la posibilidad de una explicación materialista del sur-

gimiento y desarrollo del psiquismo, principio de la teoría marxista de la personalidad.

La vida del sujeto, según Angyal, es el aspecto objetivo que expresa la dirección y el significado de los sucesos psíquicos. Al intentar explorar las causas de la neurosis dice: «Sin embargo, examinando de cerca el modo total de vivir de la persona, uno puede determinar si ésta sigue una trayectoria de estrechamiento o de genuina expansividad.

«Esta posibilidad de verificación objetiva es una de las ventajas de definir el fenómeno central de la neurosis en términos de una situación vital en lugar de en términos de sus reflejos emocionales, como el sentimiento de ansiedad y otros» (13; 77).

EL ORGANISMO Y EL MEDIO

La vida es un proceso que transcurre entre el organismo y el medio, lo cual determina el carácter inseparable de estos factores y exige definir cuál es la frontera entre el organismo y su medio.

Los distintos enfoques sobre los límites del organismo y el medio aportan, por lo general, definiciones artificiales de los mismos y ofrecen pocas posibilidades de explicar múltiples situaciones. Estos límites son morfológicos y lo importante es establecer límites funcionales.

«El organismo y el ambiente no son estructuras estáticas y separables en el espacio, sino direcciones opuestas del proceso biológico total» (12; 92).

«No podemos decir si una estructura pertenece al organismo o a su ambiente, pero podemos determinar en qué medida es orgánica o ambientalmente dirigida» (12; 95).

En teoría, no existe un organismo «puro»; ello no es una realidad biológica, aunque puede ser considerado un límite teórico. Esto es un corolario de la definición según la cual la tendencia general de lo vivo es a incrementar su autonomía y expandirse. Su expansión se realiza siempre a expensas del medio.

El concepto de mundo exterior es separado, por el autor, del concepto ambiente. El mundo exterior puede ser llamado ambiente sólo cuando está en interrelación con un organismo. De ahí que no existe ambiente sin organismo.

«Todo proceso que es un resultado del interjuego entre la autonomía del organismo y la heteronomía ambiental es parte del proceso de la vida, con independencia de si transcurre dentro del cuerpo o fuera de él» (12; 98).

Por tanto, en la teoría de Angyal, no son sólo procesos biológicos alimentarse, sino también recoger vegetales, así como utilizar un medio de locomoción, o construir una vivienda.

Según el autor, «El término biológico no es usado como opuesto a cultural, el término se refiere también al fenómeno cultural» (12; 98).

En la construcción de una casa, en cierto sentido, no sólo las manos, sino el martillo, son partes del organismo. «Los instrumentos artificiales y los órganos del cuerpo son ambos herramientas al servicio de la vida, y la relación instrumental de las partes con el todo es precisamente uno de los factores esenciales que caracterizan ciertos sistemas llamados organismos» (12; 99).

El límite de la vida no aparece mientras un organismo tiene posibilidades de ejercer influencia en los eventos del mundo. A este espacio, Angyal lo denomina biosfera. La biosfera incluye al individuo y su medio; no como partes integrantes o constituyentes, sino como aspectos inseparables que sólo pueden ser independizados mediante la abstracción.

Esta definición es verdaderamente radical y define la vida como proceso unitario, como un todo. «El sujeto, objeto de nuestras consideraciones, no es el proceso orgánico y sus influencias ambientales, sino los sucesos biosféricos en su realidad integral» (12; 101).

En la biosfera pueden distinguirse dos direcciones: la autonomía orgánica y la heteronomía ambiental. Ambas direcciones se ubican entre dos polos. En uno, la autonomía es la más potente y se extiende hasta el polo opuesto como un gradiente decreciente. En el otro, impera la heteronomía, que se extiende hasta el polo opuesto también en la forma de un gradiente decreciente.

De acuerdo con el carácter dominante de una u otra dirección (autonomía o heteronomía), la biosfera puede ser diferenciada en dos campos: el sujeto, factor gobernante, y el objeto, lo opuesto al sujeto.

Por sujeto no se entiende un factor psicológico, sino biológico, en el sentido amplio del término. Este sujeto es simbólicamente elaborado por el organismo, y aparece como con-

ciencia de sí mismo. Así, puede definirse el sí mismo como el sujeto biológico, mientras la representación simbólica del sí mismo constituye la conciencia de sí mismo.

En la conciencia de sí mismo se incluye la percepción del cuerpo, la actividad psicológica y otros factores externos como las ropas y las propiedades en general. Aquello que esté más cercano de la dirección autónoma tendrá más posibilidades de formar parte del sí mismo. Los grados de proximidad y distancia del yo son la representación simbólica de los gradientes de autonomía y heteronomía. De la misma forma pueden ser explicados los estados de pérdida de dominio de uno mismo o de la referencia del yo.

Ciertos aspectos que nos ponen «fuera del sí», o un fenómeno como la inspiración, no son reconocidos con frecuencia como parte de uno mismo. Como no son dirigidas por la voluntad, la conciencia de sí mismo tiende a establecer su dirección autónoma, aun siendo una simbolización sólo de algunos aspectos del yo. El sí mismo simbólico deviene un estado dentro de otro estado, y se crea una grieta en la organización del sujeto. De hecho, trata de imponer su hegemonía y esto puede causar serios trastornos, ya que no posee las características necesarias para dirigir todo el proceso biológico.

La conciencia de sí mismo, debido al grado de economía implícito en la simbolización, adquiere una independencia relativa del sí mismo (real). La pérdida de la simbolización (represión) está ocasionada por la incongruencia entre el organismo y la autoconciencia. No sólo ciertos factores de la personalidad no alcanzan, por ello, el nivel de simbolización, sino también ciertos factores simbólicos no pueden penetrar en las profundidades de la personalidad. Esto es, la contrapartida de la represión: la resistencia total de la personalidad para aceptar ciertos hechos simbólicos.

Estos interesantes planteamientos de Angyal se delinean con claridad en su filosofía biológica y, al mismo tiempo, dan espacio a la introducción de una conceptualización diferente: se mantiene siempre una clara diferencia entre la realidad objetiva, que incluye el propio organismo biológico, y su simbolización, que contiene la conciencia de sí mismo. Entre la realidad objetiva y la simbolización se establece un nexo de determinación, cuya complejidad es creciente. Aunque no se concibe en estos tér-

minos, se llegan a conclusiones similares si aplicamos a esta cuestión la teoría marxista del reflejo.

A esta altura de la descripción de la teoría de Angyal, surgen aspectos muy polémicos en relación con los puntos de vista de la psicología marxista.

La concepción biosférica se basa en el principio de la unidad de contrarios; pero, al considerar los instrumentos materiales del hombre como parte de su sistema biológico, pierde de vista su especificidad cultural. Esto la convierte en una interpretación superficial del papel de los instrumentos elaborados por el hombre, su surgimiento e importancia específica para el desarrollo del mismo. Esta conceptualización impide tener en cuenta los factores sociales a la hora de explicar cómo el hombre ha llegado a ser tal como existe hoy. Por tanto, es simplista; y si bien para ciertos propósitos funciona, introduce un serio obstáculo para una comprensión más profunda de la naturaleza humana en su carácter biosocial y nos remite a la aceptación de una condición humana apriorística.

En la concepción marxista el instrumento —relacionado, por una parte, con la satisfacción de necesidades biológicas, que surge a partir de una conformación biológica determinada—, supone también un grado de desarrollo psicológico, socialmente mediatizado. En el instrumento cristalizan capacidades típicamente humanas y se aprende a utilizar mediante la intervención de otro ser humano.

Esta tesis es la base de la teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas, que tiene en cuenta, de manera armónica, la estrecha relación de lo biológico y lo social en el desarrollo humano, y resulta incompatible con la idea sobre el instrumento como una simple extensión del aparato biológico, lo cual nos lleva a las consecuencias teóricas antes mencionadas.

La explicación del fenómeno represivo, sin embargo, resulta atractiva desde el punto de vista dinámico y permite considerar los hechos aducidos por el psicoanálisis bajo una óptica teórica diferente. El fundamento de este mecanismo está en las relaciones entre el psiquismo y la realidad objetiva, donde lo psíquico representa una simbolización de los sucesos biosféricos.

Esta explicación de la represión es, en esencia, la misma de otros psicólogos humanistas.

DINÁMICA DE LA BIOSFERA

La tendencia a incrementar la autonomía es sólo un patrón general, que asume formas concretas en dependencia de la actividad del sujeto. El organismo ejerce su autonomía de forma diferente cuando busca comida, pelea con un enemigo, o escapa a un peligro.

En la unidad biosférica se distinguen tres aspectos: el sujeto, el objeto y una dinámica específica de relación entre ambos. Esta dinámica específica se denomina tensión, y no pertenece ni al sujeto, ni al objeto.

Sólo una parte de las tensiones son simbolizadas. La experiencia psicológica de la tensión biosférica se denomina interés. «Los intereses, como fenómeno psicológico en general, no son entidades independientes. Son elaboraciones simbólicas de los estados biosféricos de tensión; y ya que "reflejan" estos estados de tensión pueden ser vistos como indicadores de dichos estados» (12; 127).

Las tensiones biosféricas vistas desde el polo del sujeto se denominan impulsos; y desde el objeto, demandas del medio. (Fuerzas del campo, según expresión de Lewin.)

En un organismo los impulsos se ramifican como un árbol, estableciendo niveles que especifican la tendencia general del organismo. Por esa razón, es problemático para diversos autores la clasificación de los impulsos, instintos y tendencias.

La estructura de la personalidad resulta más plástica hacia la periferia y más rígida en tanto nos acercamos a impulsos más centrales.

Los impulsos no alcanzan siempre el nivel de la simbolización, pero cuando lo hacen son concienzializados como anhelos o deseos.

El concepto impulso tiene un carácter limitado en el tiempo: el sujeto posee un impulso sólo cuando, por ejemplo, tiene hambre. Sin embargo, el organismo se caracteriza por la disponibilidad de ciertos tipos de conducta; o sea, ciertas formas específicas de comportarse, denominadas actitud. De esta forma, la estructura dinámica del organismo es un sistema de actitudes, y no un sistema de impulsos.

Las actitudes son sistemas de mayor o menor complejidad y siempre representan una economía para el sistema organizmico. La organización de las actitudes es en esencia jerárquica. Si par-

timos de la periferia hacia el interior de la personalidad, las actitudes son cada vez más amplias en su contenido, hasta llegar en cada persona a un número limitado de actitudes muy amplias. Estas son verdaderos axiomas de conducta para la personalidad.

«Las axiomas de la conducta no son formulaciones intelectuales sino actitudes generales, principios activos que se manifiestan por sí mismos en direcciones más o menos consistentes con la dirección de la conducta total de la persona (...) Una persona puede no saber nada de estos axiomas, pero se comporta de acuerdo con éstos. Ellos pueden ser intelectualmente formulados y en este caso hablamos de máximas de la conducta personal» (12; 145).

Al igual que diferencia en otros conceptos la realidad biológica de la psicológica, Angyal establece el sistema de axiomas de una parte, y de otra, el sistema de máximas, de la personalidad (filosofía personal). Por supuesto, aquí aparecen diversos grados de coherencia entre uno y otro fenómeno en la regulación conductual.

Cuando se explica la actividad se coloca el sistema de referencia en el objeto. La biosfera, vista desde este ángulo, se presenta como un sistema de atracciones y repulsiones ambientales, las cuales no son fuerzas físicas, sino de la biosfera. (Esta es la base del sistema de Lewin.)

Los impulsos y las demandas del medio son conceptos correlativos. Se habla de impulso y, de manera explícita, se refiere a la relevancia de un objeto, y viceversa. «Ninguna de las dos maneras de considerar el fenómeno tiene más justificación que la otra, y no podemos decir que una sea más real que la otra. Usar uno u otro tipo de descripción es una cuestión de conveniencia» (12; 151).

La disponibilidad para la tensión, vista desde el ángulo del sujeto, es la actitud. Desde el objeto, es la relevancia biológica del factor ambiental y se observa como incitación. Cuando la incitación se hace conciente para el sujeto hablamos de valencia del objeto para el sujeto. El contenido de un objeto no sólo se define por las ideas del sujeto sobre éste, sino por las actitudes que tiene hacia el objeto.

El núcleo de la personalidad es un conjunto de axiomas (actitudes de máxima generalidad) y de máximas correlativas. Para Angyal, esto es tan cierto como lo es para nosotros la limitación de las tendencias vitales del sujeto a un reducido número

de ellas. No obstante, en su conceptualización se aclara, en gran medida, la discrepancia entre las tendencias del sujeto, como son expresadas por él, y su conducta, a partir de las diferencias entre tendencias y actitudes. De forma oscura aún se manejan categorías análogas a significado y sentido, que cobran importancia en su descripción de la dinámica general de la personalidad.

LA TENDENCIA HACIA LA HOMONOMIA

Hasta el momento, la teoría de Angyal ha hecho referencia sólo al comportamiento individual. Pero a partir de la observación biológica, este autor propone la tendencia hacia la homonomía; esto es: «la tendencia a estar en armonía con unidades supra-individuales, el grupo social, la naturaleza, Dios, el orden ético del mundo o cualquier otra cosa que la persona pueda formular» (12; 172). El antagonismo entre la tendencia a la autonomía y a la homonomía es sólo aparente. «Entrar en un grupo social no significa la pérdida de la personalidad, sino su apertura más allá de límites puramente individuales» (12; 174).

Según el autor, esta tendencia hace surgir deseos de contacto humano, amistad, belleza, etc. El objeto de la misma no es el medio en general, como colección de factores desordenados, sino un todo significativo del cual la persona se siente parte o desea serlo.

La organización social es dividida por Angyal en dos niveles: simbiótico y cultural.

El nivel simbiótico es el más simple. En éste la sociedad es una organización cooperativa basada en la división del trabajo y el intercambio de valores. Las relaciones humanas, en este nivel, no son profundas.

La cultura, por su parte, define el significado de los objetos y de diversas formas de conducta, y les otorga valores positivos o negativos. Además, introduce el problema del ajuste; la cultura no es sólo un factor externo al cual hay que adaptarse, «ella deviene un factor interno, una parte de la persona» (12; 96).

La cultura posee dos funciones: primero, tiene una utilidad económica; y segundo, función más importante, provee una salida a la tendencia a la homonomía, asunto que no es un lujo, según el autor, sino una necesidad muy importante del hombre.

Los planteamientos de Angyal en relación con la cultura y el carácter social del hombre, aunque de mayor profundidad que en otros autores, son limitados. El autor acepta el carácter social del hombre y, según un razonamiento positivista, lo hace corresponder con una tendencia. No se profundiza en la necesidad social del hombre en términos de su surgimiento y desarrollo. En la práctica se limita el contenido social de la personalidad, a la posibilidad de asimilar una moral o un comportamiento social, pero no se explora su importancia en otras esferas (por ejemplo, la cognitiva), y las implicaciones para el desarrollo humano en específico.

No obstante, sus ideas superan la concepción adaptativa repressiva de la cultura, presente en muchos autores, incluidos algunos de la tercera fuerza, quienes sobrevaloran las limitantes culturales.

LA INTEGRACIÓN

La estructura del todo no puede ser descrita en términos de relaciones, sino de sistema, según Angyal. La formulación lógica del estado de un sistema dado implica establecer el principio sistémico del todo.

La personalidad posee tres dimensiones: la dimensión vertical con los diversos elementos dispuestos de la periferia a la profundidad, de forma tal que los más superficiales son concreciones de los más profundos; la segunda dimensión forma una organización de medios y fines; y la tercera tiene sus factores dispuestos en forma de organización sinérgica.

Con lo dicho sobre las tendencias generales del organismo y cómo ellas se expresan en actitudes generalizadas, queda clara la organización de la primera dimensión, no obstante debemos insistir en las dos restantes.

La meta de la conducta es crear una constelación biosférica que represente la satisfacción de los deseos. Por lo general, esto no se puede realizar por completo en un solo paso, sino mediante una serie sucesiva de fases que nos acercan a la meta. Ésta es la dimensión de progreso donde cada fase constituye un medio para pasar a la siguiente. De esta forma se construye una organización medios-fines.

Según Angyal, al tener en cuenta estas dimensiones el proceso conductual puede ser descrito así: «... una tendencia general mediante una serie sucesiva de especificaciones alcanza la superficie en forma de impulso. Éste es un curso lineal que lleva de la profundidad a la superficie. Al alcanzar la superficie tiene lugar un cambio de dirección, impulsando la actividad a lo largo de la dimensión de progreso en la forma de una organización medios-fines. Esto puede ser visualizado como una dimensión perpendicular a la vertical» (12; 268).

Cuando nos movemos de la profundidad a la superficie, las tendencias del organismo devienen no sólo más específicas sino más numerosas. La misma tendencia general puede buscar expresión de maneras diversas.

Estas formas específicas no están subordinadas unas a las otras, sino más bien existen una al lado de la otra; y se distribuyen en una dimensión transversal, perpendicular a las otras.

Un ejemplo de Angyal puede servir para aclarar el asunto: «Una persona desea abandonar una casa y por eso busca su sombrero. Este movimiento está compuesto por un número de contracciones musculares coordinadas (dimensión transversal). Esta actividad es al mismo tiempo una fase en términos de la organización fines-medios (dimensión de progreso). Además, es una expresión concreta de alguna tendencia del organismo, la cual puede ser explicada por tendencias más y más generales (dimensión vertical)» (12; 270).

La personalidad puede llegar a la diferenciación de sus componentes, tanto como a la integración de los mismos. Aunque Angyal no establece ninguna expresión teórica clara de estos fenómenos, sí esclarece la posibilidad biológica de la ocurrencia de estos procesos.

La personalidad, según el autor, es un sistema constituido por una jerarquía de sistemas (subsistemas). Al estudiar estos sistemas es conveniente distinguir la dinámica dentro de cada sistema y entre sí. Angyal sostiene que la dinámica dentro de un sistema no está basada en las relaciones entre sus partes, sino es una acción sistémica definida.

Los sistemas difieren unos de otros de acuerdo con sus posibilidades de ocupar diferentes posiciones en la jerarquía (rigidez y plasticidad). Este rango de variabilidad tiene las siguientes implicaciones:

1. Un rango pequeño de variación significa una gran uniformidad de funciones.

2. Las funciones uniformes son adecuadas sólo cuando las condiciones ambientales son relativamente constantes.

3. La variabilidad se relaciona también con la automatización. Mientras menor sea la variabilidad, mayor será la automatización del sistema.

4. La función de gran variabilidad puede ser directamente influida por la conciencia.

En el funcionamiento biológico un mismo elemento puede ser componente de varios sistemas. La no interferencia sólo es posible si cada parte, después de dispuesta en un sistema, funciona de una forma definida de acuerdo con el principio del sistema.

Una parte puede depender de un subsistema A, o de los sistemas A y B o A, B y C; en dependencia de las condiciones y en forma sucesiva a esto se denomina funcionamiento vicario. Y al mismo tiempo, puede ser parte de los tres sistemas, o sea, funcionamiento cruzado.

El organismo tiene mecanismos para disponer determinadas partes en un sistema y subordinarlas al principio dinámico del sistema; o disolver un sistema y reutilizar sus partes para establecer uno nuevo.

La competencia entre diversos sistemas para utilizar una misma parte funcional puede provocar perturbaciones en uno de éstos y en el funcionamiento del organismo.

LA TEORIA DE LA AMBIGUEDAD UNIVERSAL

Según Angyal, el hombre no se entiende a partir de sus rasgos o patrones específicos, sino de acuerdo con el patrón general que organiza estos rasgos y sus conexiones.

«La aseveración general más importante que puedo hacer como resultado de esa investigación, es que mientras la personalidad es pluralista en detalles de funcionamiento, en su aspecto general es una organización dualista» (14; 228). Dado que no todas las experiencias de la vida son positivas o traumáticas con exclusividad, la personalidad se desarrolla sometida a una doble influencia. La personalidad se establece como una *Gestalt* ambigua.

De la misma forma que en una misma imagen puede verse una copa o dos perfiles humanos (conocido ejemplo de la escuela de la Gestalt), así la misma organización puede expresarse como normalidad o neurosis.

Los cambios del predominio de una u otra estructura se observan, precisamente, en la terapia, cuando una organización normal intenta imponerse sobre una neurótica, o viceversa. Obsérvese que al introducir este concepto se apunta a las diferencias cualitativas entre salud y enfermedad, aunque ambas se expresen en una persona.

A partir de esta teoría, Angyal explica múltiples hechos de la vida psicológica y el comportamiento. Por ejemplo, el autor explica el doble significado de un motivo o un rasgo.

«Dado que la personalidad es una organización múltiple, cada elemento del comportamiento puede servir como expresión de una variedad de motivos y ser parte de una multitud de subsistemas, incluso dentro de la misma persona. Todos esos significados múltiples, empero, son subsistemas de uno de los dos patrones principales» (14; 234).

También se explica lo que ocurre cuando dos motivos, uno sano y otro neurótico, tienen un patrón conductual común; en este caso los dos significados pueden fundirse. «Cuando el patrón se emplea en función de la organización dominante, activa el significado que le atribuye en el latente, de lo cual puede resultar un empate inhibitorio» (14; 235).

Los mecanismos de defensa son considerados productos de las dos orientaciones incompatibles en lucha por alcanzar el predominio.

La división de consciente e inconsciente a la luz de esta teoría es inconsistente; pues, tanto en el sistema de la salud, como en el de la enfermedad, existen factores conscientes e inconscientes.

En cuanto a la definición del superyo freudiano, o más ampliamente, en cuanto al papel de la moral en el individuo, Angyal se sitúa en una perspectiva muy interesante, así dice: «No hay dudas de que el temor al castigo existe en todos nosotros y que muchos de los principios morales que sentimos como propios se originan en ese temor, pero en la conciencia hay algo más. Hay otro aspecto que no depende de aceptar algo que la sociedad nos impone a la fuerza, sino que expresa ciertas actitudes de valor inherentes a la naturaleza humana. Derivo ese factor de la tendencia a la homonomía, necesidad de per-

tener y de identificarse con personas, grupos o causas. La culpabilidad que se genera en esa conciencia se puede denominar culpabilidad real» (14; 239).

La «culpabilidad real» está basada en el amor, radicalmente diferente a la basada, sólo, en el temor al castigo.

Este autor también interpreta la angustia como resultado de su teoría de la dualidad universal. «La angustia aparecerá siempre que la organización dominante se halle amenazada por la disolución, independientemente de si la amenaza va dirigida contra el patrón de neurosis o de salud» (14; 240).

La teoría de la ambigüedad universal es la causa teórica fundamental que explica la emergencia de patrones sanos o enfermos en una misma personalidad. Esta concepción se aplica por entero a su visión de la neurosis.

LA NEUROSIS

La primera cuestión a solucionar por el autor estriba en la explicación de la génesis de la dualidad.

La formación del núcleo neurótico parte de un trauma. Según Angyal, «un trauma es una interferencia persistente con los patrones básicos de vida de la persona, la cual no puede ser gobernada por él de acuerdo con estos patrones» (13; 118).

A este concepto, para poder explicar la conducta neurótica, es necesario adicionarle la característica de la generalización, como precondition de éste. La generalización «está presente siempre que un objeto o suceso singular es visto por la persona como representativo de una condición más amplia» (13; 120).

A partir de estos dos factores, el autor explica, en su teoría, la aparición del patrón neurótico.

La neurosis se mantiene, desde su surgimiento, debido a su naturaleza holística, sistémica. Todos los mecanismos de defensa son intentos de hacer perdurar el sistema.

Esta conceptualización teórica general permite al autor estudiar diversos patrones de vida neurótica en su especificidad, sobre todo la histeria y la neurosis obsesiva, formas específicas de patrones propios de la neurosis, según el individuo.

EL TRATAMIENTO DE LA NEUROSIS

La consecuencia fundamental de la concepción de Angyal para el tratamiento es que los cambios positivos en el estado de salud deben proceder del todo, y no de un cambio en las partes. Es decir, el cambio está mediatizado por el llamado *insight holístico*. Mientras más amplio sea el contenido de las actitudes bajo tratamiento, más completa será la mejoría.

Resulta pertinente tomar uno de los ejemplos del autor para esclarecer el funcionamiento de estos conceptos en la terapia: «Un paciente que me visitó luego de un análisis incompleto con otro terapeuta tenía aversión a las marcas de nacimiento. Si descubría una mancha en la piel de una persona la rehuía. Me dijo patéticamente, pero con un sentimiento de triunfo velado, que todas las interpretaciones previas, como una posible conexión entre los estigmas y el calor del pezón, fallaron en resolver el problema. Este hombre en su vida diaria mostraba un grado inusual de crítica neurótica y gastaba gran cantidad de tiempo en echar lodo sobre la gente. Él podía encontrar rápidamente algún defecto en cualquier persona, idea o causa hacia la cual se sentía atraído, y esto lo hacía rechazarlo completamente. Mientras estaba preocupado con los estigmas, él no era consciente de la obvia destructividad de su vida. Él veía su tendencia a encontrar faltas como un valioso talento crítico» (13; 205-306).

En este caso, tratar de manera directa la preocupación, sin entrar en el análisis de una actitud más general, impide llegar a la curación. Tampoco resulta decisivo encontrar relaciones genéticas, aunque puedan existir.

EL TRATAMIENTO

Angyal divide la terapia en tres grandes períodos, de acuerdo con la fuerza relativa de los patrones sanos o enfermos.

En el primer período, donde el patrón enfermo es dominante, se realiza la exploración del paciente y se le hace reconocer de manera gradual la destructividad implícita en su vida. En este momento se le ayuda a descubrir los factores de salud contenidos en sus patrones neuróticos.

El segundo período se dedica a lograr que el paciente llegue a un estado en el cual ambos patrones, normal y enfermo, contengan una fuerza similar.

En el tercer período, el patrón de salud asciende con rapidez y el paciente comienza a dominar sus dificultades. Aunque no es posible establecer una separación total y exacta de cada período, ellos ayudan a dar una idea de las formas y los objetivos a lograr durante el tratamiento.

En la primera etapa existe un momento destructivo en la labor del terapeuta; él debe mostrar y enfatizar al paciente sus evasiones, la futilidad y desesperanza de su forma de vida. Ésta es una labor que se realiza tratando de dañar lo menos posible al paciente, pero es inevitable. La labor de demolición del patrón neurótico termina cuando el paciente experimenta la total bancarrota a que lo ha llevado su neurosis.

La destrucción de la neurosis es, a la vez, una tarea reconstructiva: ganar una comprensión profunda de la neurosis propia implica situarla en perspectiva y, por tanto, contemplarla un poco desde fuera, en lugar de ser agobiado por ella. Sin embargo, lo más importante es que el paciente comprenda que los patrones de vida normales enquistados en el patrón neurótico pueden brotar. Cada manifestación neurótica es una expresión distorsionada y encubierta de un rasgo saludable.

La terapia, dice Angyal, «no es cirugía sino un trasplante gradual de las actitudes y rasgos del paciente de un patrón a otro» (12; 229).

El paso de la primera a la segunda etapa puede caracterizarse de la forma siguiente: cuando el paciente admite la quiebra de su neurosis, pasa, por lo general, a través de un período tormentoso más o menos largo. Los sentimientos más frecuentes son la culpa y la ansiedad, que deben ser manejados con cuidado y considerados por el terapeuta como obstáculos opuestos a la curación, en tanto esta culpa o ansiedad están relacionadas con el abandono de los patrones neuróticos de vida. Si en estos momentos el patrón normal tiene suficiente fuerza, el paciente podrá comenzar a luchar por su salud de manera decidida. El recrudecimiento de la culpa y la ansiedad no es más que un reflejo de la lucha fiera entre los patrones normales y enfermos de vida.

El paciente ha comenzado la tercera etapa de la terapia cuando el patrón de salud se hace dominante y comienza a desarrollarse con rapidez.

En esta exposición teórica de la terapia, Angyal utiliza varios conceptos con connotaciones específicas: *insight*, resistencia, el sí mismo, transferencia y relación terapéutica.

El *insight* es un fenómeno multidimensional, que va parejo al crecimiento personal: «En el curso de la terapia él cambia y se expande en contenido; desde una percepción fragmentaria de conexiones simples, el *insight* crece hasta incluir la interrelación compleja, el patrón total de la neurosis» (13; 262).

Clasifica los *insights* en dos grupos: los que pertenecen a la génesis de la neurosis y los que reflejan la estructura actual de ésta. El psicoanálisis se centró en los primeros, pero los segundos son esenciales: «el presente puede cambiar el pasado, el futuro es influido por el pasado y el pasado es ahora» (13, 246).

Resistencia se denominan todas las maniobras del paciente que obstruyen la terapia, la emergencia de los patrones de salud. La resistencia no es sólo inercia: es una autodefensa activa del patrón neurótico. La resistencia se expresa, de acuerdo con su criterio, de seis formas diferentes: devaluando o haciendo irreal el progreso en la terapia o los *insights* obtenidos; uso sistemático del humor; focalización, esto es, concentrar las discusiones en puntos de escasa importancia; acuerdo sistemático con cualquier argumento del terapeuta; creando una atmósfera de confusión donde él olvida lo dicho o no entiende lo que se le dice; y hacer de la terapia un juego intelectual, haciendo conexiones y buscando lo que está detrás de cada uno de sus actos, lo cual lo desvía del *insight* holístico.

En términos del sistema de Angyal, el sí mismo real es el que forma la personalidad en concordancia con el principio de confianza y autoaceptación; gobierna el sistema básico de salud. Desde el punto de vista fenomenológico, el sí mismo real no es experimentado como inmanente, sino como una parte de una serie de todos, ricos en significado.

Según Angyal, «la relación entre el paciente y el terapeuta tiene dos aspectos: la transferencia y la relación real» (13; 302).

«El fenómeno usualmente denominado transferencia no está limitado a la proyección sobre el terapeuta de los padres u otros prototipos, o de las expectativas directamente resultantes de esas imágenes. La aproximación del paciente al terapeuta refleja

también aquellos métodos de tratar con la gente que son los resultados finales de una secuencia compleja de maniobras neuróticas y que no tienen una correspondencia biunívoca con las experiencias tempranas del paciente» (13; 303).

«El terapeuta no puede limitarse a sí mismo a trabajar con la transferencia porque tiene una función más importante que cumplir (...) el terapeuta se mantiene cerca del paciente a través de todas sus tribulaciones neuróticas, permanece fuera de la neurosis del paciente y esta es una de sus más importantes funciones. Pero para usar plenamente este aspecto ventajoso, él debe permitirse a sí mismo ser humano y no autolimitarse al rol del observador neutral» (13; 305).

En esta relación el terapeuta tiene, entonces, dos funciones fundamentales: ser un experto promotor de *insights* holísticos y fuente de una genuina relación interpersonal.

BALANCE CRITICO DE SUS CONCEPCIONES TEORICAS

Para A. H. Angyal, Freud era demasiado atomista, demasiado inclinado a dividir, a dicotomizar y a reducir; mientras la Gestalt era demasiado «fría», «poco profunda» e insuficientemente dinámica. Él mismo consideraba que no había dejado de ser psicoanalista, sino que era psicoanalista y algo más.

En sus libros, Angyal también podría suscribir estas aseveraciones: el holismo, en su teoría, está muy lejos de la dicotomización o el reduccionismo freudiano; y su insistencia en los patrones generales de la vida y su especificidad en el ser humano concreto, muy distante de la frialdad o superficialidad gestáltica. Por otra parte, si bien usa términos desarrollados por el psicoanálisis, no es menos cierto que todos son sometidos a críticas, ampliadas y profundizadas, hasta ser coherentes con una visión sistemática de la personalidad.

Entre su primera obra, en extremo abstracta y más bien gramática, y su último libro, lleno de ejemplos que nos ponen en contacto con la personalidad neurótica, medió un largo camino de experimentación y reflexión. No hubo un cambio de principios, sino un enriquecimiento constante a partir de su práctica social. Este autor aportó al enfoque humanista una fundamentación teórica seria, ciertos conceptos claves para abordar la problemática de la personalidad desde el punto de vista sisté-

mico. Por tanto, los interesados en conocer la psicología humanista con profundidad no pueden prescindir de su lectura.

Angyal realiza un trabajo teórico de envergadura al señalar que la personalidad se desarrolla sobre la base de la vida humana, y comienza un intento de caracterización de esa vida de cuyos avatares dependerá la integración, en una u otra forma, de una personalidad concreta. No obstante, esta caracterización, que incluye de manera acertada el componente biológico del proceso, hace caso omiso de sus elementos sociales irreductibles, que pudiéramos denominar no sólo vida, sino vida humana, debido a su alta especificidad.

Se revela la poca importancia que otorga el autor al carácter no natural del medio humano, esto es, a la característica de haber sido creado por el propio hombre y al cual le imprime de manera profunda sus cualidades humanas, que debe asimilar en su desarrollo. Esta cuestión se pone de manifiesto, en un plano más específico, en la consideración de los instrumentos de trabajo como parte de la dotación biológica humana.

Cuando Angyal entiende el psiquismo humano como función de simbolización, él opera con el concepto de reflejo, rechazado de manera radical por Maslow sin aducir razones de peso. Aunque su conceptualización no alcanza el refinamiento de este concepto en la obra de los psicólogos marxistas a partir del concepto leninista, ello nos indica la presencia en este autor de una concepción materialista determinante del psiquismo: por una parte, un organismo capaz de simbolizar y, por otra, una vida material que se simboliza.

A nuestro juicio, lo más valioso en la psicología de Angyal es la forma en que, de manera rigurosa y sostenida, mantiene una concepción sistémica. Para ello, en principio, se apoya en los conceptos gestálticos, pero sin que su obra resulte contaminada con las limitaciones de esta concepción, es decir, los utiliza de manera creativa. Las partes de la personalidad adquieren la estructura de subsistemas muy unidos entre sí en un todo único: la personalidad.

Estructuras completas pueden transformarse unas en otras, a partir del principio gestáltico de figura-fondo. Así, la personalidad sana es tan sistémica como la personalidad neurótica, y se explican las diferencias cualitativas entre una y otra, y la posibilidad, siempre presente, de su transmutación. Ninguno de los

restantes humanistas resulta tan claro y profundo en este sentido como Angyal.

Por otra parte, no se ha elaborado una explicación que pueda reunir todas estas características de forma integral. Aunque no coincidimos en aceptar que la conformación gestáltica explica de manera conveniente el fenómeno, pensamos que constituye una descripción correcta de los hechos, inevitable en cualquier explicación futura.

La dinámica de la personalidad se explica en las obras de este psicólogo por tres tendencias básicas: heteronomía, autonomía y homonomía. Esto responde a una descripción de lo que ocurre, lo cual es realmente preferible a caracterizaciones instintivas que suponen una explicación real de los fenómenos observados. El problema de las tendencias, instintos, motivos y otros vectores de la personalidad debe investigarse aún más, pero resulta útil para la comprensión de la personalidad este análisis que describe los fenómenos como hipótesis de trabajo, lo cual evita al pensamiento teórico trabarse ante lo desconocido. En este sentido el modelo de Angyal es un ejemplo de cordura. Como aspecto positivo esencial queda el hecho de considerar la cultura no sólo como un aspecto represivo, sino estimulante de la vida humana hacia metas superiores, con independencia de la superficialidad de la conceptualización del autor.

La teoría de Angyal muestra, con profundidad y rigor difícil de encontrar en otros humanistas, las limitaciones inherentes al psicoanálisis. Muchos de los conceptos de esta teoría han sido trabajados por él y en todos muestra su inconformidad con la visión estrecha de su uso tradicional por el psicoanálisis —su creador— y descubre los principios que han provocado el error.

Aunque la teoría ha sido elaborada por el autor para explicar hechos clínicos conocidos o encontrados por él, su conceptualización general posee el mérito de no resultar sesgada, como la visión freudiana; por ejemplo, todas las proposiciones básicas han sido pensadas atendiendo a la factibilidad de su aplicación a la personalidad normal. Ésta se ha tenido en cuenta con profundidad, dado que la dinámica propuesta por Angyal, la transmutación de la estructura neurótica en normal y viceversa, resulta posible: unos patrones coexisten con los otros de forma permanente.

Angyal sigue de cerca los conceptos psicoanalíticos y en esta crítica introduce las conexiones humanistas. Quizás ésta

es la razón más importante para introducirlo en este trabajo. El es quien ejemplifica, de forma más evidente, en el plano teórico del humanismo, el inmenso trabajo de revisión y crítica que lleva a la ruptura con las concepciones psicológicas anteriores y permite pasar a una labor teórica más libre, donde los puntos de referencia teóricos antecedentes no son constantemente recordados, sino que devienen implícitos: así será en Allport, Maslow y Rogers.

POSICIONES METODOLOGICAS

FUNDAMENTOS METODOLÓGICOS PARA ESTABLECER UNA CIENCIA DE LA PERSONALIDAD

Según Angyal, es indispensable elaborar una ciencia sobre la personalidad, base de la psiquiatría y otras ciencias del hombre. De acuerdo con sus ideas, los hechos psicológicos, fisiológicos, sociológicos y otros datos particulares no son suficientes, pues la persona es un todo organizado que tiene todos esos atributos estructurados como un sistema. En esta justificación funciona, como principio metodológico cardinal, la máxima gestáltica de que el todo no puede ser explicado por la suma de las partes. Por esta razón, debe construirse una ciencia holística de la personalidad.

Esta ciencia no puede constituirse de inmediato. Primero, se debe tener un cuadro del organismo en su totalidad, aunque sea vago o inexacto. Las conceptualizaciones procedentes de esta primera visión forman la teoría de partida. Ella, a su vez, servirá para determinar el significado de los hechos posteriores.

Esta conceptualización del desarrollo de la teoría, será retomada más tarde por Maslow, en su concepción iterativa de los síndromes con todas sus implicaciones metodológicas.

Desde el ángulo filosófico constituye una aceptación plena de la relatividad del conocimiento y una aplicación del movimiento general del conocimiento de lo abstracto a lo concreto.

Según Angyal, es un error pensar que la concepción holística no permite el análisis. Éste destruye el todo si su división es extraña a la naturaleza de ese todo. La solución de este pro-

blema consiste en realizarlo de acuerdo con la articulación estructural real del todo.

Sobre esta cuestión Angyal nos dice: «Un verdadero análisis holístico de la personalidad en sus partes internamente determinadas nunca ha sido hecho. La vía convencional de análisis consiste en la división de la personalidad mediante la abstracción en varios aspectos —el fisiológico, el psicológico y el social— y entonces buscar sus unidades en campos artificialmente definidos (...). La división holística de la personalidad rompe con la clasificación convencional, y las unidades que se obtienen por el análisis no coinciden con unidades psicológicas o fisiológicas. Por ejemplo, lo que se considera como unidad fisiológica puede pertenecer a más de una parte de la personalidad, y viceversa» (12; 15).

Por ello, el autor considera que una teoría holística debe desarrollar su propio conjunto de categorías: Éstas deben tener un carácter psicofisiológico neutral, como planteaba Stern. Desarrollar estas categorías especiales es el elemento central de la teoría holística de la personalidad.

Algunos conceptos neutrales, desde el punto de vista psicofisiológico, fueron introducidos al describir la teoría. Entre ellos pueden citarse los de tensión, impulso, actitud y contenido. De hecho, el organismo como un todo es quien responde a su ambiente y estos conceptos tienen componentes psicológicos y fisiológicos. Con esta conceptualización la personalidad es concebida de forma monista.

No obstante la claridad e importancia de estos conceptos, debe señalarse la importancia de las determinaciones teóricas de partida a la hora de lograr conceptos realmente neutrales y al efectuar los cortes del todo según su naturaleza real. Como las consideraciones parten, en lo fundamental, de las causas biológicas, los conceptos de Angyal desconocen el contenido social del proceso, mucho más rico y profundo de lo que se admite en su teoría, basada en la supuesta neutralidad de los conceptos básicos. En esto, el análisis del todo llamado ambiente no se realiza a partir de la articulación real de sus componentes en el proceso de la vida.

EL ESTUDIO DE LA PERSONALIDAD CONCRETA

En el estudio de la personalidad, Angyal es un defensor de lo que denomina método biográfico, sobre el cual sus reflexiones son profundas e interesantes.

En la fundamentación del método biográfico se parte de considerar la vida del sujeto como un todo temporal (obsérvese el manejo de concepto holístico). La cuestión esencial es que cada asunto de una biografía adquiere sentido por su inclusión en el todo vivido y sólo de acuerdo con él podrá predecirse el futuro comportamiento.

El desarrollo personal es el proceso de formación de una Gestalt, pues el deseo de autorrealización nos hace que consideremos nuestra vida como un todo lleno de significado, lo que le da coherencia y unidad a la historia de ésta.

El desarrollo es un producto de la tendencia a la autonomía y la heteronomía. Los elementos heterónomos indican las oportunidades del sujeto. Ambos factores deben tenerse presentes en el análisis biográfico.

El desarrollo holístico es predecible en cierta medida, si se tienen en cuenta los factores determinantes. El determinismo biológico define un rango de posibilidades, aunque éste siempre está limitado. En la medida que el patrón de vida se consolida, se dan menos variaciones: el sujeto trata de ser consistente con su biografía, a veces hasta de manera conciente.

LA EXPLORACIÓN PSICOLÓGICA DEL NEURÓTICO

En Angyal, el concepto de síndrome, al igual que en Maslow, posee un papel esencial. «El primer escalón hacia el descubrimiento de las variantes idiosincráticas de las actitudes neuróticas es reducir el vasto espectro de síntomas, peculiaridades y otras manifestaciones de la neurosis, agrupándolas en unidades amplias o síndromes» (13; 207-208).

Este proceso no es arbitrario, según el autor: «Asumimos que el síndrome es más que el significado literal de sus términos (...) el hecho de que ellos marchen juntos puede indicar que ellos pertenecen juntos a una gran unidad dinámica y entonces

pueden servir como signos de actitudes amplias y potentes de la persona» (13; 208).

Como ejemplo, Angyal analiza la eyaculación precoz, que, como sistema, puede ser parte de un síndrome complejo. Pero como estos síndromes pueden ser muy diversos es necesario un paciente estudio de la persona a partir de hipótesis sobre los distintos síndromes a los que puede pertenecer el síntoma.

La eyaculación precoz puede, según él, corresponderse con los siguientes síndromes: la incapacidad de esperar, el miedo de hacer algo prohibido y punible, el miedo de herir o dañar, el deseo hostil de frustrar a la pareja, o sentirse incapaz de dar lo que se quiere de uno.

La técnica de exploración, con esta conceptualización, se desenvuelve en el ámbito de la relación paciente-psicoterapeuta, a partir de la observación de la interrelación en el comportamiento de ambos, pero sin la técnica depurada utilizada por Rogers, con posterioridad.

Algunos de los conceptos de Angyal pueden resumirse de la forma siguiente:

1. No centrar la discusión sólo alrededor de los síntomas, sino buscar un material de mayor amplitud.
2. Prestar atención a los detalles que no guardan proporción con la historia contada, o que son contradictorios o dan base para opiniones inconsistentes.
3. El terapeuta debe aprender a ver los patrones de conducta que caracterizan los múltiples hechos expuestos por el paciente, sin partir de concepciones teóricas o relaciones entre los hechos impuesto *a priori*.
4. El terapeuta debe atender tanto a los detalles, como al todo que surge de la historia del paciente.
5. Las interpretaciones deben ser siempre adaptadas al *insight* logrado por el paciente y su tolerancia a la ansiedad.
6. Las interpretaciones no deben ser misteriosas ni oscuras y el paciente deberá participar en ellas de manera activa.
7. El terapeuta debe asumir que el paciente es el único que conoce la verdad acerca de sí mismo y debe ser capaz de encontrarla.

Como puede apreciarse, Angyal ofrece una relación de consejos basados en su experiencia clínica y en la utilización del método holístico. No aparece una estructuración rigurosa del mé-

todo, que vendrá más tarde, pero de hecho estos consejos se nutren ya, de forma muy completa, de los principios básicos de la psicología humanista.

BALANCE CRITICO DE SUS CONCEPCIONES METODOLOGICAS

En nuestro criterio, Angyal logra en la psicología humanista una teorización a partir de los criterios elaborados por Golstein, y sintetiza los aportes del psicoanálisis y la Gestalt, lo cual constituye una ruptura con las concepciones anteriores. Ello es posible por una posición metodológica que parte de la utilización del holismo como categoría central.

Por otro lado, el manejo de esta categoría hace surgir, al ser aplicada con rigurosidad, conceptos dinámicos fundamentales para la teoría humanista, que permiten, a su vez, metodológicamente, captar las diferencias esenciales entre el funcionamiento del organismo y el funcionamiento psicológico. La vida psíquica es un estado superior que surge, de manera paulatina, sobre la base de la actividad humana. Así, con un poco de imaginación, y sin lugar a dudas con mucho trabajo, se pueden comprender de manera más exacta las diferencias con las corrientes entre las cuales se coloca la tercera fuerza.

Con estos logros Angyal tenía asegurado un lugar cimero en la historia de la psicología humanista. Sin embargo, su influencia sobre los restantes psicólogos humanistas no se reduce a ello.

La utilización de los principios gestálticos lo lleva a pensar en la íntima coexistencia de los patrones sanos y enfermos, que alcanza luego una expresión teórica más acabada en la teoría de la ambigüedad universal. Pero lo más importante, en términos de influencia metodológica, es que la coexistencia de patrones sanos y enfermos define los límites y características de la personalidad normal. Esta razón da lugar al estudio de Maslow sobre la persona autorrealizada, que destruye el sesgo de la teorización psicoanalítica.

El trabajo con la categoría de síndrome, también retomada por Maslow, resulta fructífero e implica la posibilidad de llegar a lo general a través de lo particular y lograr el análisis de lo singular con la ayuda del conocimiento general. La falsa contra-

posición entre lo ideográfico y lo nomotético, tiene aquí un concepto metodológico clave para su solución.

En la exploración clínica, están contenidos los principios para el desarrollo de la «terapia centrada en el cliente», que será desarrollada con gran rigurosidad por Carl Rogers.

CONCLUSIONES

El esfuerzo teórico de Angyal es grande y fructífero, pero sus logros se deben, ante todo, a su capacidad para desarrollar con precisión su instrumental metodológico. Con ello queremos significar el extraordinario equilibrio teórico-metodológico de su obra, de extensión limitada pero crucial, para el desarrollo de la psicología humanista.

No hay dudas, como pensaba A. H. Maslow, que Angyal logró unificar de manera exitosa los principios holísticos y dinámicos, síntesis de la cual, pensamos nosotros, se han nutrido los humanistas norteamericanos.

A lo largo del capítulo se han señalado algunas tesis incompleta de la cual, pensamos nosotros, se han nutrido los humanistas con mayor profundidad al tratar las teorías de otros humanistas. Estos elementos se repiten, pues al integrar los enfoques gestálticos y dinámicos, la síntesis lleva consigo algunas de las distorsiones de la psicología de la forma y el psicoanálisis, las cuales no pueden ser evadidas si no se introducen principios cualitativamente diferentes.

Preferimos ahora señalar los puntos compatibles con los resultados de la búsqueda investigativa de la psicología marxista, los cuales sirven para reforzar y aun esclarecer nuestros criterios.

En este sentido cuatro cuestiones nos parecen esenciales:

Primero, el concepto de síndrome como una formación psicológica compleja, el conjunto sistémico de los síndromes, que constituye, sin ser dicotomizado en sus componentes de otra naturaleza, la personalidad. Y unido al concepto, la forma iterativa que adopta su exploración científica.

Segundo, el principio de unidad cognitivo, afectivo y conductual expresado en el síndrome resulta un aspecto de especial relevancia.

Tercero, la conformación de la estructura de la personalidad es vista como una función dependiente de la actividad vital del sujeto, es decir, constituye sus reflejos. Con independencia de la absolutización teórica, en nuestro criterio indebida, del carácter biológico de esta interacción, es un producto de la utilización del determinismo materialista.

Por último, consideramos que Angyal resuelve en la práctica, de forma callada pero consecuente, el problema de la contraposición entre lo ideográfico y nomotético, de lo singular y lo general, posiblemente con un acierto y una elegancia mayor que las restantes teorías humanistas.

GORDON W. ALLPORT

POSICIONES TEORICAS

Gordon W. Allport, psicólogo norteamericano (1897-1969), representó un momento muy importante en la psicología norteamericana, pues abrió una nueva vía para el estudio del hombre, que trascendía el positivismo imperante en dicha psicología.

Si bien se incluye a Allport entre los psicólogos de la tercera fuerza, en el contexto de la psicología humanista, en la cual su nombre aparece asociado a otras importantes figuras de esta corriente, como Carl Rogers y Abraham Maslow, deseamos destacar algunas especificidades de su obra, que en nuestra opinión hacen de Allport el psicólogo más importante de esta corriente.

Gordon Allport practicó la psicoterapia; sin embargo, se adentró mucho más en las cuestiones de la psicología general que los otros representantes de la psicología humanista, lo cual posibilitó su análisis crítico y riguroso de las corrientes más importantes de su época sobre la motivación y la personalidad.

Allport, a pesar de su eclecticismo y otras limitaciones que analizaremos más adelante, desarrolló un conjunto de ideas originales y novedosas sobre la personalidad humana y las vías para su conocimiento, las cuales no pueden desestimarse en el momento actual del estudio de tan complejo fenómeno.

POSICIÓN FILOSÓFICA

Allport se plantea con claridad la relación necesaria entre la psicología y la filosofía, y en este sentido escribe: «Es miopía de los psicólogos negar que su pensamiento sobre la naturaleza humana depende de la rama de la filosofía con la que está estrechamente relacionado» (4: 37).

Con esta afirmación Allport rompe con la «neutralidad» tan proclamada por los positivistas para las ciencias particulares y de forma conciente orienta su reflexión hacia una filosofía que le permite apoyar su posición en la psicología.

Allport se identifica, de manera conciente, con el personalismo, y ve su punto de contacto con esta filosofía, según sus propias palabras, en lo siguiente: «El punto de coincidencia de las dos disciplinas [se está refiriendo al personalismo en filosofía] es su convicción de que la persona ocupa el centro del cuadro, ya sea éste explorado desde el nivel psicológico o desde el nivel filosófico» (4; 41).

Su identificación con el personalismo radica en la importancia que esta corriente filosófica le otorga a la persona, como unidad integral del comportamiento. Sin embargo, Allport se aparta de un conjunto de principios esenciales, definitorios del personalismo en filosofía, que en nuestra opinión no permiten encasillarlo en esta posición filosófica.

De acuerdo con Brightman, uno de los exponentes más relevantes de esta corriente filosófica, «personalismo es la teoría de que sólo las personas son reales». Allport critica esta posición y afirma: «definido así, el personalismo es básicamente una doctrina metafísica» (4; 37).

Allport considera los elementos esenciales del personalismo como idealistas, y comparte los intereses del personalismo sólo en relación con la importancia que éste le otorga a la persona como objetivo de estudio de la psicología.

Critica la absolutización del papel de la conciencia por los filósofos personalistas al afirmar: «ante esa sobrecarga de conciencia amontonada sobre la persona, el psicólogo se alarma y siente el temor de ser arrastrado hacia el campo del mentalismo puro y de perder la unidad orgánica del funcionamiento de la personalidad que él conoce» (4; 83).

Allport se plantea con precisión que la relación entre la filosofía y la psicología debe garantizar el intercambio entre ambas disciplinas y no puede convertirse en un proceso mecánico, en el cual la filosofía elabora todo su aparato conceptual sin tener en cuenta el dato de la ciencia concreta. Esta idea, Allport no logra acabarla; sin embargo, su fina intuición teórica lo aproxima al carácter de esta relación definido en la filosofía marxista, a pesar de su desconocimiento y falta de identificación con el marxismo.

Con relación a los filósofos personalistas, Allport critica su distanciamiento de la psicología en la elaboración de sus generalizaciones. Sobre esto señala: «Pero si no me equivoco, los personalistas filosóficos no usaron mucho los hallazgos de la psicología para comprobar sus teorías. Y a la inversa, casi todo ese material psicológico fue acumulado sin aprovechar las laboriosas especulaciones de esos filósofos que, con igual intensidad, pusieron su centro de atención en la persona» (4; 38).

Este párrafo confirma el carácter necesario que Allport le otorga a la relación entre filosofía y psicología para la investigación concreta en la rama psicológica, cuyos resultados también deben servir de soporte a la elaboración filosófica.

Aunque Allport se plantea con claridad esta relación, no discrimina entre elementos teóricos y metodológicos «generalizables de la filosofía a la psicología como ciencia particular y los contenidos concretos que pueden ocupar a psicólogos y filósofos de muy distinta orientación teórica» (4; 87).

En el caso de su relación con el personalismo, Allport la define por la atención de esta corriente filosófica a la categoría persona, a pesar de que la aproximación de estos filósofos a la persona como objeto de estudio no coincide, ni en lo teórico, ni en lo metodológico, con la posición de Allport.

Gordon Allport, ante las propias exigencias de considerar la personalidad como objeto de estudio de la psicología, desarrolla reflexiones filosóficas cercanas a las planteadas por el marxismo, sobre todo, en lo referido a la objetividad de la personalidad como objeto de estudio de la psicología y la relación entre lo general y lo particular en la ciencia psicológica.

Rompe tanto con «el empirismo», como con el «idealismo especulativo» en psicología, aunque por sus propias limitaciones no llega a la solución de muchos de los problemas que critica de manera tan aguda.

Al no encontrar un soporte filosófico sólido, que oriente de manera congruente su reflexión y su acción sobre la persona como objeto de la investigación psicológica, Allport busca en el eclecticismo una alternativa a muchas de sus interrogantes. De todas formas, en general, aborda con originalidad y congruencia aspectos esenciales para el estudio de la personalidad, por lo que constituye una posición definida dentro de esta dirección y es en la actualidad una premisa necesaria para la investigación contemporánea sobre el tema.

En su concepción sobre el conocimiento de la personalidad como objeto de estudio, G. Allport postula una posición epistemológica que denomina realismo heurístico. «El realismo heurístico, aplicado a nuestro problema, sostiene que la persona que tenemos ante nosotros posee dentro de sí tendencias generales a la acción (o rasgos) y que nuestro cometido es descubrir científicamente en qué consisten. Cualquier forma de realismo supone la existencia de una estructura externa (que está «allá afuera»), independientemente de nuestras deficiencias en abarcarla» (11; 181).

Con esta afirmación Allport se enfrenta a cualquier forma de idealismo, orientada a identificar la personalidad con la existencia de la conciencia o al planteamiento de la personalidad como una construcción conceptual inexistente fuera del contexto de la suposición hipotética.

Por otro lado, reconoce la complejidad de la personalidad como objeto de estudio de nuestra ciencia y las limitaciones metodológicas para su investigación, hechos éstos que han limitado su conocimiento por la ciencia psicológica. Ante esto, se plantea con decisión que el único camino ante el científico es la continuación de las investigaciones en esta dirección, para llegar a un verdadero conocimiento sobre la personalidad.

Allport, al referirse a su posición para estudiar la personalidad, a partir del realismo heurístico, escribe: «Sin embargo, el auténtico realista prefiere no abandonar su empresa de averiguar cómo es realmente el prójimo. Sabe que en su intento no saldrá del todo bien librado, debido en parte a la complejidad del objeto estudiado y, en parte, a la insuficiencia de los métodos actuales. Pero a diferencia de Kant, quien decía que la cosa en sí está condenada a permanecer desconocida, opta por creer que al menos es cognoscible en parte o aproximadamente» (11; 181).

Por la objetividad y cognoscibilidad que confiere Allport a la personalidad en su condición de objeto de estudio de la psicología, él asume una posición materialista ante su conocimiento muy similar a la expresada en la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico.

El realismo heurístico asumido por Allport en el estudio de la personalidad se expresa en esencia en los presupuestos siguientes:

En su concepción sobre el conocimiento de la personalidad como objeto de estudio, G. Allport postula una posición epistemológica que denomina realismo heurístico. «El realismo heurístico, aplicado a nuestro problema, sostiene que la persona que tenemos ante nosotros posee dentro de sí tendencias generales a la acción (o rasgos) y que nuestro cometido es descubrir científicamente en qué consisten. Cualquier forma de realismo supone la existencia de una estructura externa (que está «allá afuera»), independientemente de nuestras deficiencias en abarcarla» (11; 181).

Con esta afirmación Allport se enfrenta a cualquier forma de idealismo, orientada a identificar la personalidad con la existencia de la conciencia o al planteamiento de la personalidad como una construcción conceptual inexistente fuera del contexto de la suposición hipotética.

Por otro lado, reconoce la complejidad de la personalidad como objeto de estudio de nuestra ciencia y las limitaciones metodológicas para su investigación, hechos éstos que han limitado su conocimiento por la ciencia psicológica. Ante esto, se plantea con decisión que el único camino ante el científico es la continuación de las investigaciones en esta dirección, para llegar a un verdadero conocimiento sobre la personalidad.

Allport, al referirse a su posición para estudiar la personalidad, a partir del realismo heurístico, escribe: «Sin embargo, el auténtico realista prefiere no abandonar su empresa de averiguar cómo es realmente el prójimo. Sabe que en su intento no saldrá del todo bien librado, debido en parte a la complejidad del objeto estudiado y, en parte, a la insuficiencia de los métodos actuales. Pero a diferencia de Kant, quien decía que la cosa en sí está condenada a permanecer desconocida, opta por creer que al menos es cognoscible en parte o aproximadamente» (11; 181).

Por la objetividad y cognoscibilidad que confiere Allport a la personalidad en su condición de objeto de estudio de la psicología, él asume una posición materialista ante su conocimiento muy similar a la expresada en la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico.

El realismo heurístico asumido por Allport en el estudio de la personalidad se expresa en esencia en los presupuestos siguientes:

1. La personalidad posee tendencias generales a la acción dentro de sí, realidad independiente del sujeto que la estudia.

2. El fin del científico es descubrir la realidad que se oculta a la inmediatez de nuestros sentidos, pues ésta es una realidad cognoscible.

3. La comprobación empírica es un aspecto importante del realismo heurístico, pues se trata de un empirismo constreñido por dogma, a través de consideraciones racionales.

La proximidad entre la posición epistemológica asumida por Allport para estudiar la personalidad y la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico, se ratifica en los presupuestos enumerados, los cuales se orientan tanto contra el idealismo en la comprensión de la personalidad, como contra el extendido positivismo y empirismo de la psicología norteamericana.

En estos presupuestos se expresan de manera implícita un conjunto de elementos esenciales de la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico; como son: la autonomía del objeto con relación al sujeto del conocimiento; las categorías de esencia y fenómeno, muy bien expresadas en el presupuesto 2; y, por último, el papel de lo empírico, orientado siempre por la racionalidad de la teoría.

Esta posición filosófica general encierra un gran valor metodológico, y expresa cómo, a pesar de que este investigador en ningún momento asume de forma consciente una posición marxista, la propia lógica que el objeto de investigación plantea ante él, determina posiciones epistemológicas generales próximas al materialismo dialéctico. Un objeto de la complejidad de la personalidad exige necesariamente, desde el planteamiento mismo de su investigación, trascender el positivismo y pasar a un nuevo nivel en el conocimiento de lo psíquico.

G. W. Allport critica la acepción de la categoría *general* en la filosofía y la psicología positivista, lo que se expresa en sus distintos momentos; así, en uno de sus análisis sobre esta cuestión escribe: «El intrincamiento de la estructura interna de las vidas concretas raramente constituye un reto o nos detiene. Lo que nos preocupa son los lugares comunes, las posibilidades de comparar entre las personas» (11; 166).

Cuando Allport se refiere a las posibilidades de comparar entre las personas, tiene en cuenta la psicología diferencial tradicional, que basa sus comparaciones en un conjunto de atribu-

tos *standard*, en supuestos generales a todos los hombres, que se expresan a través de distintas combinaciones cuantitativas en cada individuo concreto. En muchos casos estos atributos se presentan a un nivel fenoménico, sin lograr en ningún caso una visión integral y coherente de cómo la personalidad regula el comportamiento.

En uno de sus últimos trabajos, al cual hicimos referencia en la cita anterior «Lo general y lo individual en la ciencia psicológica» (10), Allport reconoce la posibilidad de considerar lo general, siempre que lo individual sea primario, lo cual supera su propia posición, sostenida en otros trabajos, de que lo general no tiene valor en el estudio de la personalidad.

En el trabajo a que nos referimos, Allport pregunta: «¿Por qué no comenzar en el comportamiento individual, como fuente de conjeturas (como hemos hecho en el pasado), y luego buscar las generalizaciones (también como hemos hecho en el pasado), para regresar por fin al individuo, no para la aplicación mecánica de leyes (como hacemos ahora), sino para una evaluación más completa y suplementaria de cuanto hemos podido dar hasta aquí?» (10; 166).

Con estas reflexiones Allport comienza a desarrollar una nueva comprensión de lo general. Éste se determina a través de elementos esenciales de lo individual, que permiten la generalización del conocimiento. Esta generalización no se define porque fenoménicamente se repite, sino por las regularidades esenciales similares, leyes internas del objeto de estudio, y que pueden tener expresiones fenoménicas diferentes.

En esta aproximación al conocimiento de lo general, Allport se acerca mucho a la comprensión de lo general en la filosofía marxista, así como al camino del conocimiento de lo concreto a lo abstracto y, de ahí, a lo concreto pensado, representado por el objeto en forma de leyes y categorías del conocimiento base real de toda generalización científica.

G. W. Allport fue un agudo opositor del positivismo en la psicología norteamericana y sus batallas contra esta corriente filosófica fueron un elemento importante en su avance en el análisis filosófico.

Este autor plantea, de manera muy acertada, la necesidad de una práctica empírica apoyada por la racionalidad de una teoría, combina lo teórico con lo empírico: «El empirismo galopante que es la enfermedad ocupativa de que ahora adolecemos, se

arranca como un jinete sin cabeza. No tiene objetivo racional alguno. No emplea método racional que no sea matemático; no llega a conclusiones racionales. Deja que los datos discordantes canten en su tonada» (10; 182); más adelante, opone el realismo heurístico a sus consideraciones sobre el positivismo: «Mientras deseemos que nuestra causa de los rasgos descansa sobre pruebas empíricas, el área de estudio que escudriñamos ha de estar concebida racionalmente, probada mediante métodos racionales, y los resultados se han de interpretar también de ese modo» (10; 182).

Al enjuiciar la utilización de la categoría de lo general por los psicólogos positivistas, Allport escribe: «Supongamos que un grupo de cien delincuentes presos oye a un guardián de la prisión estas palabras: vuestras vidas en la prisión son una preparación para vuestro regreso a la sociedad. Es muy probable que noventa y nueve presos se rieran en su interior de esta frase. Los psicólogos estadísticos formularán la ley: las exhortaciones a la buena conducta no surten efecto. En cierto sentido, tienen razón:

«Pero supongamos que en uno de los reclusos las palabras mencionadas despierten eco y lo ponen en el camino de una auténtica rehabilitación; ¿qué dirá el psicólogo estadístico? Dirá que es debido a la casualidad o que se trata de un hecho que "carece de significación estadística". Esta respuesta sería absurda. Lo cierto es que en el caso positivo que consideramos existe una importante relación causal. Puede tratarse de un hecho raro e incluso único, pero está de acuerdo con la ley del individuo. Vemos que es un hecho inevitable si consideramos la configuración interior de la persona que escuchó aquellas palabras» (7; 28).

Cuando escribió este libro, Allport aún separaba de manera radical el caso individual, como único e irrefutable, sin haber llegado a la conclusión de que en las regularidades de lo individual están contenidas las leyes de lo general, aunque estas leyes difieren en cada caso individual por su expresión fenoménica. No obstante, Allport se opone al criterio, muy extendido entre psicólogos de distintas posiciones teóricas, de que la verdad científica se basa en la significación estadística.

Otras ideas de Allport opuestas al positivismo, las analizaremos en el epígrafe siguiente, así como en el dedicado a las consideraciones metodológicas en su obra.

EL PROBLEMA DE LA PERSONALIDAD EN LA PSICOLOGÍA

Allport le otorga un lugar central a la categoría personalidad en la psicología, para él: «El descubrimiento de la personalidad es uno de los acontecimientos de la psicología más destacados del siglo actual. La personalidad, dejando de lado todo lo demás que pueda ser, constituye la unidad fundamental y concreta de la vida mental que tiene formas categóricamente singulares e individuales» (5; 12).

Una adecuada teoría de la personalidad, según Allport, debe tener, por lo menos, cinco tesis fundamentales:

1. La personalidad está «intergumentada», es decir, centralizada en el organismo.
2. El organismo está lleno, no vacío.
3. El motivo es un hecho de estructura y función actuales, no sólo una consecuencia de fuerzas anteriores.
4. Emplear unidades de análisis capaces de hacer síntesis vivas.
5. Admitir el fenómeno de la autoconciencia, pero no confiar sólo en él.

En estas consideraciones, vemos la orientación de Allport a comprender la personalidad como una categoría psicológica interna, con lo cual se opone a la negativa del positivismo de reconocer a la personalidad como objeto de estudio de la psicología.

Sobre el contenido interno de lo psíquico cuando habla del organismo como algo «lleno», Allport refiere: «El postulado resultante del organismo vacío lo conocemos ahora todos y es el credo científico de algunos. Si se lleva a su extremo lógico, este razonamiento rasgaría el propio concepto de personalidad, situación que, para decirlo de una vez, me parece absurda» (10; 179).

A su vez, Allport también se opone a las concepciones que, como el psicoanálisis, consideran los motivos como fuerzas interiores, invariables, determinantes de todo el mundo actual de la personalidad.

Una preocupación central de Allport, en relación con el estudio de la personalidad, fue la búsqueda de unidades de análisis capaces de hacer síntesis vivas. Allport insistía en la necesidad de encontrar contenidos que fueran un reflejo de los com-

plejos mecanismos del comportamiento humano. Esta posición lo contrapone a los enfoques estáticos propios de la psicología diferencial. Este presupuesto para el estudio de la personalidad, expresado por Allport, mantiene hoy una gran vigencia.

Para este autor: «Hemos de tratar a la personalidad como una unidad que existe ante nosotros, que está ahí, que posee en sí una estructura interna. Toda formulación está llena de peligros, pero, buena o mala, nuestra definición es la siguiente: personalidad es la organización dinámica en el interior del individuo de los sistemas psicofísicos que determinan su conducta y su pensamiento característicos» (7; 47).

En su libro *Psicología de la personalidad*, Allport nos brinda la misma definición de la personalidad, sólo señala «que determinan sus ajustes únicos al medio» (6; 65).

Al referirse a los ajustes únicos al medio, Allport expresa: «Por sobre todo, el ajuste no debe ser considerado como la mera adaptación reactiva, tal como la que pueden ejercer los animales y plantas. Los ajustes del hombre contienen una gran medida de conducta espontánea y creativa respecto del ambiente. El ajuste al mundo físico, al igual que el ajuste al mundo imaginativo o ideal —factores ambos dentro del ambiente conductual— exige dominio y no sólo adaptación pasiva» (6; 67).

Como vemos, aunque Allport utiliza en su primera definición sobre la personalidad el concepto de ajuste, enfatiza su carácter activo, creativo y transformador. Estos factores lo llevan con posterioridad a una definición más adecuada, que expresa el determinismo de la personalidad a través de sus diferentes formas de expresión: la conducta y el pensamiento. Esta definición abre un camino esencial para el estudio de la personalidad, no limitado por las relaciones parciales entre determinados elementos psicológicos y la conducta, entendida como acción concreta del hombre hacia el mundo exterior, como comportamiento externo; tendencia de las investigaciones de la personalidad, sobre todo, en la psicología diferencial.

Asumir el pensamiento y la conducta como vías de expresión de la personalidad tiene importantes consecuencias metodológicas que el propio Allport comienza a desarrollar, y que imponen un reto a la psicología contemporánea.

La consideración del pensamiento como vía de expresión de la personalidad, presupone desarrollar técnicas para la investigación y el diagnóstico de la personalidad a partir de las for-

mas más complejas de reflexión, elaboración y valoración de hombre.

Aceptar la personalidad como dinámica y flexible, y no como un conjunto de contenidos estáticos y estandarizados, también se enfatiza en su definición. Sobre este asunto Allport escribe «Pero esta organización [se refiere a la personalidad como organización dinámica] debe ser considerada como algo en constante desarrollo y cambio, que es motivacional y se autorregula; de ahí la calificación de dinámica» (6; 65).

Allport considera esencial en la personalidad la función autorreguladora.

La categoría personalidad fue el centro de la elaboración teórica y metodológica de Allport, y sus agudas reflexiones sobre esta área, si bien no se expresan de manera congruente en la investigación empírica, ni en una teoría acabada de la personalidad, son importantes premisas teóricas y metodológicas sobre los problemas esenciales del desarrollo de esta esfera del conocimiento psicológico.

PRINCIPALES CATEGORÍAS DESARROLLADAS POR ALLPORT EN EL ESTUDIO DE LA PERSONALIDAD

Concepto de rasgo o disposición personal

G.W. Allport utilizó el concepto de rasgo como unidad básica constitutiva de la personalidad, y trató esta categoría con gran amplitud y riqueza. Sin embargo, en nuestra opinión, quiso integrar tantos contenidos y funciones en esta categoría, que la misma resultó pequeña para estos fines, aunque en su obra no pudo reemplazarla por otra categoría más idónea.

En su elaboración sobre los rasgos, Allport está muy influido por William Stern, de él refiere la cita siguiente: «Tenemos el derecho y la obligación de desarrollar un concepto de rasgo como doctrina definitiva, ya que en toda la actividad de la persona hay, además de una porción variable, una porción intencional constante y a esta última la aislamos mediante el concepto de rasgo» (6; 305).

El sentido de esta cita está presente en toda la reflexión de Allport sobre la categoría rasgo; en su opinión, la unidad com-

pleja que expresa la integridad e individualidad de la personalidad.

Allport no identifica el rasgo con un tipo específico de comportamiento. Este puede apreciarse en actos contradictorios en apariencia, de ahí que el rasgo no se defina sólo por observación.

El rasgo no se iguala con el hábito, ni con ninguna otra forma puramente conductual y fija de expresión. Para él: «Sin duda los rasgos tienen valor de estímulo, pero esto no significa que sean sólo categorías para la clasificación de hábitos» (6; 306). O: «Este ejemplo da a entender bastante correctamente, que un rasgo surge, en parte, por lo menos, por la integración de muchos hábitos específicos que tengan en común no ya elementos idénticos, sino el mismo significado adaptativo para la persona» (6; 310).

Por tanto, el rasgo expresa el sentido psicológico del sistema de adaptación de la personalidad, más que la coincidencia fenoménica, conductual, de sus posibles elementos integrativos.

El empleo de la palabra adaptativo, por Allport, tiene implicaciones activas que trascienden el término. Esto lo obliga a cambiarlo en su definición de personalidad.

Allport le da un sentido psicológico al rasgo a través de su integración en la personalidad; éste no representa una variable fragmentaria, rígida, con un valor en sí mismo fuera de la personalidad. Allport aplica con rigor el principio de la personalidad en el análisis de los distintos elementos psicológicos que plantea, y en este sentido, su análisis sobre los rasgos no constituye una excepción.

Así, opina: «El sistema entero constituye un todo [se refiere al sistema de la personalidad]. Si el impulso biológico desempeña un papel (sed, hambre, sexo) en el proceso, ese papel no es el de motivos sino el mero estado irritable de tejidos corporales, integrado dentro de un sistema psicofísico intrínscado y personalizado.

«Por ejemplo, los motivos llamados de ordinario sexuales suponen, sin duda, una capacidad biológica común, pero el funcionamiento concreto de esta capacidad en cada vida es muy diferente» (6; 310).

En estas consideraciones no se diferencia entre el concepto de rasgo y motivo, pues para Allport los rasgos son motivos con un elevado potencial dinámico sobre el comportamiento. Sin

embargo, reconoce la existencia de rasgos más estadísticos cuyo potencial movilizador sobre la conducta es menor.

El concepto de rasgo en Allport tiene una gran amplitud, expresada en su última definición sobre esta categoría: «Una disposición personal es una estructura neuropsíquica generalizada (peculiar del individuo) que posee la capacidad de convertir a muchos estímulos en funcionalmente equivalentes y de iniciar y guiar formas consistentes (equivalentes) de conducta adaptativa y estilística» (7; 443).

Esta definición explica la amplitud manifestada por Allport al analizar un contenido psíquico como rasgo: «Los intereses, las ambiciones, las fobias, las compulsiones, las actitudes generales, las inclinaciones, los hobbies, los gustos, las predilecciones y tantas otras formaciones similares son todos rasgos y, al mismo tiempo, motivos. No obstante, no es correcto decir que todos los motivos son rasgos» (7; 339).

Por tanto, se trata de una formación motivacional de la personalidad, que alcanza su condición de motivo en su implicación necesaria con complejos sistemas reguladores de la personalidad.

Desde el punto de vista dinámico, el concepto de rasgo presentado por Allport ofrece importantes elementos para el estudio de la esfera motivacional, en el contexto de la personalidad; sin embargo, como expresamos al comienzo del presente epígrafe, las intenciones del autor trascienden las posibilidades concretas de utilizar la categoría rasgo en la psicología.

El yo y su influencia en la personalidad. Sentido de sí mismo

Al igual que los otros conceptos esenciales desarrollados por Allport para estudiar la personalidad, el yo, que dio lugar al concepto de propium y de personalidad madura, es portador de una importante fuerza dinámica en la regulación de la conducta.

El yo tiene un activo papel en los procesos de integración propios de la personalidad. Participa de manera activa en el sentido psicológico de los distintos hechos de la vida para el individuo; y no depende de los estados y vivencias psicológicas de ningún elemento parcial o aislado de la personalidad.

A partir de una cita de John E. Anderson, Allport expresa: «Adviértase especialmente la afirmación de Anderson, de que "el éxito obtenido en un área puede compensar con creces el

fracaso de muchas otras". Esa amplia compensación sólo se puede explicar con la egopsicología. La salud mental y la felicidad no dependen de la satisfacción de ningún impulso determinado, sino, más bien, de que la persona encuentre en algún lado alguna área de buen éxito. Hay que satisfacer al ego, no al impulso de hambre, ni al impulso sexual, ni al impulso material, por insistentes que a ratos puedan ser esas tensiones seccionales» (9; 43).

En esta valoración del autor, se advierte como los estados generales característicos de la personalidad dependen, según su criterio, del sentido que tiene una determinada vivencia para el yo del sujeto, en su condición de elemento activo, donde convergen las tendencias esenciales de la personalidad. Ningún estado aislado que exprese una vivencia parcial de placer o displacer, sobre la base de elementos parciales de la vida psíquica, puede definir estados generales de la personalidad.

La idea de Allport sobre el valor motivacional del yo es de especial trascendencia para el estudio de la personalidad, así como para la comprensión de la motivación en la personalidad. Allport escribe sobre el papel del yo en la motivación: «Sí, digo que hay dos formas de motivación, una con intervención del ego y la otra sin ella; y quiero mostrar, citando repetidamente diversos experimentos, la diferencia que las distingue...» (9; 48).

Esta posición de Allport representa una de las cuestiones más actuales de la psicología de la personalidad, base de la compleja cuestión de la jerarquía de motivos. Es indudable que las motivaciones que implican de forma conciente la acción del yo, tienen un poder movilizador sobre el comportamiento más elevado.

La implicación del yo en la motivación también está asociada, de acuerdo con Allport, al comportamiento del nivel de aspiración: «Abreviando, diremos que siempre parece ser la existencia del ego del individuo lo que determina la conducta del nivel de aspiración. Hay sujetos audaces y cautelosos; sus egos reclaman distintas clases de satisfacciones, y esto es lo que se refleja en el resultado de los experimentos» (9; 54).

En este sentido, Allport considera el nivel de aspiración como una expresión compleja de la personalidad, en la que tiene un importante papel el yo. Esta posición es de extraordinario valor y muchos psicólogos en el momento actual no la han logrado asimilar y presentan el nivel de aspiración como una manifes-

tación inmediata de la vivencia de éxito, asociada a un tipo de motivo concreto.

G. W. Allport destaca cómo la intervención del ego en cualquier esfera de la personalidad aumenta las potencialidades del sujeto, asociadas a dicha función; así por ejemplo, con relación a procesos cognitivos e intelectuales, señala: «En lo que respecta a la memoria, comprobamos que la retentiva con inclusión del ego es típicamente superior (...) En cuanto a la inteligencia, notamos que para obtener desempeños óptimos es indispensable la intervención del ego» (9; 56).

Los contenidos del ego y su lugar en la personalidad son situados por Allport en referencia a la construcción conceptual psicoanalítica: «Todos los autores concuerdan en que el ego no es más que una porción, una región —o, como dicen los freudianos, una “instancia”— de la personalidad (...) Los autores coinciden en considerar que el ego es la parte de la personalidad que se encuentra en relación inmediata con el mundo externo; siente las amenazas, las oportunidades y el significado de supervivencia de los hechos externos e internos» (9; 58).

En estas reflexiones sobre el ego, se observa como Allport, a pesar de sus diferencias esenciales con el psicoanálisis en cuanto al papel dinámico del yo en la personalidad y su participación activa en la regulación de la conducta, no logra superar las propuestas freudianas sobre la estructura del yo, y suscribe, junto a ellos, que el yo es la región de la personalidad con una relación más inmediata con el mundo externo.

Al compartir esta posición, Allport acepta, implícitamente, la división en regiones profundas y superficiales de la personalidad, con lo cual comparte el concepto estructural psicoanalítico de ésta. Esto se rompe de manera radical con su propuesta cualitativamente diferente del carácter de las unidades psicológicas constitutivas de la personalidad.

El eclecticismo conduce a este tipo de contradicciones, pues, al aceptar el significado parcial de un elemento o categoría profundamente arraigado en un sistema, es muy difícil evitar el conjunto de consecuencias lógicas propias de su utilización. Este tipo de contradicciones se evidencia en distintos momentos de la obra de Allport.

Con posterioridad, Allport desarrolla aún más sus reflexiones sobre el yo, las que integra en sus consideraciones sobre el sí mismo.

Los elementos principales del sí mismo son los siguientes:

1. Sentido de sí mismo corporal.
2. Sentido de una continua identidad de sí mismo.
3. Estimación de sí misma, amor propio.
4. Extensión del sí mismo.
5. Imagen del sí mismo.
6. Sí mismo como solucionador racional.
7. Esfuerzo orientado.

Algunos de ellos se explican por sí solos, pero queremos referirnos a los que tienen un sentido muy específico en la posición de Allport.

Allport considera la «extensión del sí mismo» como el reflejo del proceso mediante el cual el hombre se compromete con su mundo circundante, lo que le aporta una significación personal a su vida. La extensión del sí mismo se ubica en las edades de 4 y 6 años, cuando este proceso es aún muy primitivo y se refiere sólo a los objetos que el niño siente como suyos.

La extensión del sí mismo en esta edad, según Allport, se presenta de la manera siguiente: «Dijimos que el sentido de competición no aparece hasta los tres años. Surge con el sentido de posesión: esta pelota es mía, este triciclo es mío, etc. Estas cosas son sentidas como partes del sí mismo, intensamente sentidas como propias. El niño no puede extenderse, claro está, hasta abarcar su país, su iglesia, su profesión. Pero están sentadas las bases de esta importante extensión del sí mismo» (7; 155). Más adelante, analizaremos la forma de esta extensión del sí mismo en la personalidad madura.

El sí mismo como solucionador racional es utilizado por Allport para designar el momento en que el individuo concientiza su capacidad de pensar, la cual hace suya y usa de manera activa en la dirección de su comportamiento. Con relación a esto, Allport escribe: «Hasta entonces pensaba [se refiere al niño], pero en este período de edad piensa en el pensamiento» (7; 157).

El esfuerzo orientado es la expresión de la capacidad de «intencionalidad» de la personalidad: la posibilidad del hombre de integrar todas sus potencialidades de forma estable en una dirección bien definida. Con esta categoría Allport enfatiza el importante papel movilizador del futuro sobre la conducta del presente del individuo, principio constante a lo largo de su obra.

Sobre esta cuestión Allport señala: «Para que un adolescente y más todavía un adulto, sea normal, necesita tener un objetivo definido, un camino que se dirija a lo que anhela. No es necesario que el individuo se oriente a objetivos rígidamente fijados; basta que exista un tema central en los esfuerzos realizados» (7; 110).

La capacidad de la personalidad para formularse planes futuros es un criterio esencial de su madurez y un elemento muy importante de su función reguladora. Él afirma: «Hay muchachos que atraviesan toda la adolescencia y entran en la edad adulta sin haber desarrollado de un modo apreciable el sentido de orientación a un objetivo. En tales casos, podemos afirmar que la personalidad es de tipo "oportunista" e inmaduro» (7; 166).

Es interesante como Allport no asocia las funciones esenciales de la personalidad con la edad, sino con su propio desarrollo cualitativo, lo cual conduce a la idea de distintos niveles de regulación en la personalidad, que él no desarrolló, limitando su criterio a la división gruesa de personalidad madura o inmadura.

Propium

Por la ampliación funcional y de contenido que tienen los asuntos enumerados por Allport, dentro del sentido de sí mismo, en relación con la utilización tradicional del concepto de yo o ego en la psicología, Allport plantea integrar estos aspectos en una nueva categoría: el propium.

Al definir el propium, Allport enfatiza la unidad entre su contenido y su potencial dinámico, motivacional, sobre lo cual escribe: «... proponemos el término propium para designar el sí mismo como objeto de conocimiento y sentimiento» (7; 161).

En su definición de las funciones del propium destaca su participación activa en el comportamiento de la personalidad, la cual, según su criterio, no siempre es consciente. Sobre la participación del propium en la regulación del comportamiento dice: «Interesa señalar que el propium no es consciente en todo momento. Derivamos el concepto de experiencias del sí mismo de las que somos plenamente conscientes. Pero las huellas de estas experiencias continúan siendo eficaces cuando no las observamos. Es característico el hecho de que en el esfuerzo, el individuo no se acuerda de sí mismo porque está profundamente absorto; únicamente se da cuenta de lo que está haciendo. Pero no por

ello es menos cierto que un interés que implica al yo desempeña un papel persistente» (7; 162).

Resulta muy interesante la presencia que Allport le atribuye al propium en las esferas donde se implica, aun cuando en el momento concreto de la acción el hombre no concientice esta intervención. El propium dinamiza el comportamiento del sujeto de forma inconciente. Pensamos que, precisamente por la integración de elementos cognitivos y afectivos que Allport le atribuye a este concepto, en un momento determinado de su función, en esencia motivacional, no presupone de forma necesaria la presencia conceptual consciente del contenido de esta función psicológica.

Personalidad madura

En su planteamiento sobre la personalidad madura, Allport anticipa la necesidad de establecer distintos niveles de funcionamiento de la personalidad, los cuales puedan definirse por la integración necesaria de un conjunto de indicadores psicológicos. Estos, en su interrelación, definen un nivel de integridad que permite caracterizar a la personalidad en su unidad dinámica, sin por ello homogeneizar la riqueza de sus múltiples alternativas individuales.

En su primera presentación sobre esta compleja temática, Allport señala: «No es fácil describir la riqueza distintiva y la coherencia de una personalidad completamente madura. Hay tantos modos de desarrollo como individuos en crecimiento y en cada paso el producto final es único. Pero si se buscan criterios generales para distinguir una personalidad completamente desarrollada de otra inmadura, existen tres características diferenciadoras que parecen indispensables y universales» (6; 231).

En este primer intento de aproximarse a la definición cualitativa de un nivel de desarrollo de la personalidad, calificado como personalidad madura, Allport expresa tres indicadores de este nivel: en primer lugar, variedad de intereses autónomos socialmente orientados. Sobre esto escribe: «En primer lugar, la persona desarrollada tiene una variedad de intereses autónomos; esto es, puede entregarse al trabajo; la contemplación, la recreación o la lealtad para con los otros. Participa con calor y vigor en toda empresa que ha adquirido valor para él (...) Paradójicamente, la "autoexpresión" requiere la capacidad de elvi-

darse de sí mismo en el esfuerzo por alcanzar objetivos no referidos en primera instancia al yo. Toda vida parece deficiente e inmadura a menos que esté dirigida hacia afuera, hacia fines socializados y culturalmente compatibles, a menos que esté absorbida en causas y objetivos superiores al egoísmo y la vanidad» (6; 231).

Es importante el componente social que atribuye Allport a las motivaciones de la personalidad madura, lo cual constituye un aspecto central en la investigación actual sobre la personalidad y que, quizás, pueda definirlo en la interacción de las investigaciones en esta área, como eslabón integrador entre el nivel de desarrollo de un conjunto de indicadores funcionales de la personalidad y sus contenidos.

El segundo indicador señalado por Allport en el funcionamiento de la personalidad madura, es la «auto-objetivación». Para él: «el desprendimiento que muestra la personalidad madura cuando examina sus propias pretensiones en relación con sus habilidades, sus objetivos presentes en relación con los objetivos posibles para él, sus propias dotes en comparación con las dotes de los demás (...) Esta capacidad supone una comprensión de sí mismo que podemos llamar introvisión...» (6; 232).

La función y contenidos asociados a la auto-objetivación están muy vinculados con la autovaloración adecuada, aspecto central de la personalidad trabajado por distintos autores marxistas.

En tercer lugar, señala como indicador de la personalidad madura, la filosofía unificadora de la vida, sobre la cual plantea: «pero cualquiera de estas personalidades [se refería al predicador, el ingeniero, el poeta], si es ya madura, actúa y medita, vive y ríe, de acuerdo con alguna filosofía abarcadora de la vida, desarrollada de acuerdo con sus propios requerimientos y que le muestra su lugar entre todas las cosas» (6; 232).

En este sentido, la filosofía unificadora de la vida se asemeja a la concepción del mundo, formación psicológica de una alta elaboración conceptual propia de un nivel alto de desarrollo de la personalidad.

Aunque Allport define y sintetiza este nivel elevado de desarrollo de la personalidad, olvida otras manifestaciones psicológicas de un nivel inferior de desarrollo: «Llevado por su interés en las personalidades maduras [se refiere al psicólogo] no debe caer en la irrealidad y olvidar las restricciones del desarrollo de la personalidad resultantes de la baja inteligencia, la emoción

incontrolada, el infantilismo, la regresión, los estereotipos, etc.» (6; 232).

Además de estos atributos, Allport destaca en las personalidades maduras el papel de la dimensión futura en la regulación del comportamiento, y expresa: «El planeamiento, inteligente y perspicaz del futuro es siempre una característica importante de toda vida madura» (6; 236).

La conformación de indicadores relevantes de la personalidad en sistemas constituye, sin lugar a dudas, una alternativa de plena actualidad en este campo.

ASPECTOS METODOLOGICOS

Allport fue uno de los primeros psicólogos que mostró su inconformidad con los test de personalidad, orientados a brindar una imagen estandarizada y cuantificada de la personalidad humana. En relación con estas técnicas, la siguiente expresión resume con precisión su punto de vista: «El intrincamiento de la estructura interna de las vidas concretas, nuevamente constituye un reto a nos detiene. Lo que nos preocupa son los lugares comunes, la posibilidad de comparar entre las personas» (10; 166).

Por primera vez, planteó el valor metodológico de todas las manifestaciones del individuo para un estudio y del papel de las técnicas abiertas, desestimadas durante mucho tiempo por los psicólogos de la personalidad.

En esta dirección, manifestó: «Cuando se le indicó a un niño que escribiera una composición escolar sobre un tema como "A qué héroe me gustaría parecerme" o "Mis ambiciones personales" a menudo se obtiene una cantidad sorprendente de información» (6; 394).

En este sentido, no resulta ajena para él la tendencia al falseamiento de la información en pos de una imagen positiva, lo que expresa al afirmar: «Pero cuando se emplea este método hay que determinar si el autor de la composición está dando una nueva respuesta convencional a una exigencia del trabajo escolar o si está revelando espontáneamente su imagen conductora» (6; 394).

Así, deja inaugurado un importante camino metodológico para el estudio de la personalidad, que sintetiza de manera precisa la necesidad de mostrar un objeto de estudio para nuestra

ciencia, con temas tan complejos como la personalidad madura los cuales trascienden sin lugar a dudas las potencialidades metodológicas de la psicología tradicional de la personalidad.

Además de su orientación y técnicas de naturaleza diversa para el estudio de la personalidad, Allport promovió el estudio de casos como una vía esencial para conocer las regularidades de la personalidad, el cual se realiza mediante la aplicación intensiva de técnicas variadas, sobre los cuales señala: «El estudio de casos es el método más completo y más sintético de todos los métodos con que puede contar el estudio de la personalidad (...) Puede incluir datos provenientes de test, experimentos, registros poligráficos, análisis profundos y estadísticos» (6; 410).

A pesar de enfatizar la idea de la integración de técnicas diversas en el estudio de la personalidad —lo cual es indiscutible como principio para su estudio—, y congruente con su eclecticismo en el análisis de algunas cuestiones teóricas, se revela una integración mecánica de diferentes técnicas, con distintos sistemas conceptuales.

Si bien Allport concluye en la necesidad de desarrollar nuevos instrumentos para el diagnóstico e investigación de la personalidad, sobre todo de naturaleza no estandarizada, no logra sin embargo, articular un sistema de interpretación para analizar el material brindado por estas técnicas, congruente con muchos de los aportes teóricos que en su obra se explicitan, lo cual no le permite presentar una alternativa metodológica acabada.

En su planteamiento sobre el estudio de casos, Allport supera, en un plano metodológico, la contraposición entre el enfoque nomotético e ideográfico, que en el plano teórico aparece de forma explícita, por primera vez, en su trabajo «Lo general y lo particular en la ciencia psicológica» (10). En este sentido señala: «El valor del estudio de casos no termina con su tratamiento sintético de la personalidad individual. El análisis y la comparación de muchos de estos estudios permiten pasar a la construcción de leyes psicológicas y a nuevas hipótesis» (6; 411).

El concepto ley apunta al descubrimiento de regularidades esenciales en los casos individuales, los que encierran el potencial de generalización base para la construcción de leyes generales sobre el comportamiento humano, a partir del tratamiento de los resultados obtenidos en una multiplicidad de estudios de casos.

Esta interpretación permite a Allport orientar la comprensión de los elementos esenciales de su objetivo de estudio: la personalidad; y criticar, de forma acertada, las desviaciones propuestas por los enfoques dimensionalistas y factorialistas cuyas unidades de análisis de la personalidad son, sobre todo, estadísticas.

Entre sus consideraciones sobre el intento de definir las unidades psicológicas de la personalidad por vía estadística, en referencia a los items de un test cuyas respuestas definen el factor «sentimiento de culpabilidad/confianza», escribe: «No se ve por ninguna parte la coherencia de estas respuestas entre sí ni tampoco con el nombre dado al factor. Esta oscuridad en el sentido es frecuente en las unidades compuestas estadísticamente» (7; 393).

En sus señalamientos a la estadística, Allport critica la falta de sentido, tanto teórico como metodológico, de buscar en la objetividad del artefacto matemático la objetividad del conocimiento psicológico, cuando tanto lo que se mide, como las vías que se utilizan para medir, resultan ajenas por completo a los verdaderos contenidos o indicadores psicológicos de la personalidad. Este autor expresa: «Dos tipos de enfoque predominan en la psicología angloamericana. Nos referimos a los métodos de estímulo-respuesta y a los estadísticos. La unidad considerada por la psicología del estímulo-respuesta es el hábito. La unidad estadística es el factor. Ambas adolecen de marcadas limitaciones, siendo la más importante su alejamiento respecto a la estructura de la vida humana, tal como la observamos ordinariamente» (7; 394).

En esta cita se refleja la preocupación de Allport por superar lo fenoménico y lo estático en la comprensión de la personalidad, lo cual es congruente con todo su pensamiento metodológico, orientado a la búsqueda de técnicas que impliquen al hombre de manera activa en sus respuestas. En su obra prefirió estas últimas, aunque fuera de forma imperfecta, más que adscribirse a los métodos tradicionales, en su opinión a la zaga de la verdadera complejidad del objeto de estudio.

De esta forma, rompió con el positivismo imperante en la psicología norteamericana, y se planteó un nuevo camino metodológico para el estudio de la personalidad, fuera de los cánones establecidos en los enfoques tradicionales.

El afán de estudiar la personalidad humana por las vías más activas y complejas, que reflejaran ésta, se expresa de forma bien definida en su obra, tanto en sus reflexiones sobre los instrumentos para el estudio y diagnóstico de la personalidad, como sobre la forma en que se estructuraban las categorías que permitían integrar los resultados de la búsqueda metodológica.

Sobre los instrumentos dimensionales, dijo: «Para decirlo sin rodeos, vale la pena preguntarse si hemos de buscar únicamente la validación objetiva de nuestros instrumentos de medición. Por qué no buscar de igual modo, siempre que sea posible, la validación subjetiva, preguntando a nuestro sujeto qué piensa él del diagnóstico dimensional que hemos hecho (...) Rara vez consultamos la más rica de todas nuestras fuentes de información, que es, a saber, el conocimiento que el sujeto tiene de sí mismo» (10; 171).

La importancia de estas valoraciones trasciende su propio contenido concreto y apunta a un camino fundamental y muy actual en el estudio de la personalidad: la utilización de las reflexiones, las valoraciones, del sujeto como fuente para su estudio, así como la implicación necesariamente activa de éste en las propias técnicas por las que resulta estudiado, lo cual es un elemento presente en la situación metodológica que debemos explotar cada vez más y aprender a interpretar.

Muchos de los problemas actuales que confronta el estudio de la personalidad se desprenden de la estereotipia y la rigidez de los investigadores, quienes al tratar de precisar sus instrumentos se alejan del hombre, lo cual conduce a procedimientos poco fiables, no por la objetividad de su construcción, sino por la desmotivación del sujeto que lo responde y la falta de sentido de los mismos para él.

Sobre las categorías utilizadas en la práctica clínica, Allport escribe: «Es cierto que los psiquiatras y los psicólogos clínicos saben desde hace mucho que deben tomar como punto de partida lo que el propio sujeto dice. Pero casi de inmediato redactan lo que se les dice en categorías generales desmembrando los factores complejos de la vida en dimensiones *standard* (capacidades, necesidades, inventarios de intereses y cosas parecidas) y se apresuran a dar puntuaciones a sus variables favoritas» (10; 171). Este proceso de «objetivización» y cuantificación, distor-

siona el carácter «vivo» y de síntesis que deben tener las categorías sobre las que se apoya el estudio de la personalidad, sin lo cual su valor heurístico es bajo o nulo, al constituir análisis parciales establecidos de manera arbitraria.

ABRAHAM HAROLD MASLOW

POSICIONES TEORICAS

TEORIA DE LA MOTIVACIÓN Y CLASIFICACIÓN DE LAS NECESIDADES

El núcleo de la psicología de la personalidad de Maslow es su teoría de la motivación (31; 80), que recoge la tradición funcionalista de W. James y J. Dewey, y se fusiona con el holismo y la psicología de la Gestalt, y con Freud y Adler desde el punto de vista dinámico. Esta teoría sintética puede ser considerada como holístico-dinámica.

Según Maslow las necesidades humanas se ubican en niveles que corresponden a necesidades básicas. De las necesidades inferiores a las superiores tenemos:

Nivel de las necesidades fisiológicas: las necesidades más potentes del ser humano. Su frustración puede causar una obsesión al individuo que lo haga desconocer cualquier otra necesidad. «Si estas necesidades están insatisfechas, todas las otras necesidades pueden devenir no existentes o ser empujadas hacia la reserva» (31; 32).

Nivel de las necesidades de seguridad: si las necesidades fisiológicas son relativamente bien gratificadas, entonces emergen las necesidades de seguridad. El organismo puede ser absolutamente dominado por ellas, pues son casi tan potentes como las necesidades fisiológicas. Su frustración hace evidentes sus efectos en toda su complejidad; pero si la frustración no es total ellas pueden explicarnos los deseos de tener un trabajo estable aunque de inferior salario; el ahorro; o el seguro. Otras actividades más complejas, como profesar una religión o tener una filosofía omnicompreensiva, también pueden ser explicadas por su frustración relativa.

Nivel de las necesidades de pertenencia y amor: si las necesidades fisiológicas y de seguridad están «bastante bien gratificadas, entonces emergen las necesidades de amor y pertenencia y el círculo completo ya descrito se repite con un nuevo centro

(31; 89). El individuo es susceptible entonces de sentir la necesidad de amigos, amor, una esposa e hijos. Según el autor, en la sociedad occidental, la frustración de estas necesidades es la base del desajuste psicológico. La conducta sexual puede ser plurimotivada: por necesidades fisiológicas, de seguridad, o de amor.

Nivel de las necesidades de estimación: luego de la gratificación relativa de los niveles anteriores se puede expresar éste. Éstas se clasifican en dos conjuntos fundamentales: a) el deseo de competencia, maestría, realización, independencia y libertad; y b) reputación, prestigio, reconocimiento, etc. La frustración de estas necesidades produce sentimientos de inferioridad y debilidad.

Nivel de las necesidades de autorrealización: si las necesidades mencionadas con anterioridad no han sido frustradas, puede surgir este nivel. Se define como: «lo que un hombre puede ser debe serlo» (31; 91). Claro está, en este caso, se refiere a la tendencia humana a realizar sus potencialidades.

Los deseos de conocer y comprender y las necesidades estéticas se ubican en los más altos niveles de la motivación, aunque con poca precisión. De estos deseos, según el autor, casi no se conoce, porque no han sido considerados importantes en la práctica clínica.

El grado en que un deseo o meta parcial es importante está relacionado con su cercanía a las necesidades básicas.

Estos niveles se elaboran con el intento de clasificar, de manera racional, una serie de hechos clínicos y experimentales y, por tanto, sólo en apariencia, la síntesis teórica se ha producido de manera inobjetablemente científica. Sin embargo, es evidente la posición positivista. Por esto, la clasificación resulta arbitraria, aunque intente reflejar la realidad: los hechos han sido agrupados bajo los distintos rubros por su apariencia fenoménica, sin profundizar en sus rasgos esenciales.

Por ejemplo, al nivel de las necesidades fisiológicas encontramos que la conducta sexual puede ser plurimotivada, según el propio Maslow. El problema real, que el positivismo no permite apreciar, es que la conducta sexual, en el ser humano, no es sólo biológica, sino una necesidad social.

Y, al nivel humano, todas las necesidades están socializadas, si no se realiza una abstracción poco científica y objetiva que

estudie a un ser humano solitario, es decir, fuera de un contexto específicamente humano.

Si nos adentramos en la psicología infantil, de donde Maslow obtiene innumerables datos para la afirmación del nivel de las necesidades de seguridad, ¿tenemos que recurrir a la postulación de una necesidad para explicarnos sus conductas? Por este camino sólo se alcanza nominalizar un proceso complejo y eliminar la posibilidad de verlo con más profundidad.

Es cierto que el pequeño normal rehúye situaciones desconocidas, y la razón fundamental es su desconfianza o desconocimiento de los instrumentos conductuales a su disposición para enfrentarlas. Auxiliado por el adulto en su actividad, conoce y es capaz de orientarse sólo en ese mundo. Aquí estamos ante un hecho social primario que posibilita al niño recibir los elementos culturales para hacer frente a una situación.

En esta cuestión, un cambio de énfasis desde el punto de vista de la conceptualización filosófica produce una conceptualización psicológica diferente. En el positivismo sólo se puede considerar al niño como un pequeño animal, e inferir una necesidad y nominalizarla. Desde el punto de vista marxista, podemos profundizar en la esencia del complejo proceso por el cual el niño asimila la cultura y de esta forma socializa sus necesidades.

Es curioso plantear, como lo hace Maslow, que las frustraciones de las necesidades de pertenencia y amor se encuentran en la base del desajuste psicológico en la sociedad occidental, sin plantearse la comprensión de la incidencia en la persona de la estructura social productora de esta no-pertenencia y desamor. Para ciertos propósitos clínicos puede establecerse una explicación causal mediante el diagnóstico de una necesidad insatisfecha, pero desde el punto de vista de la comprensión científica de las dolencias psicológicas, señalar una necesidad insatisfecha no nos dice nada de los complejos factores implicados en la insatisfacción.

Reconocer el desarrollo de las potencialidades del hombre, sus necesidades de conocer y estéticas, constituye una especie de oasis intelectual en un país marcado por el pesimismo freudiano y la manipulación conductista; pero es cuestionable la localización de estas necesidades en un nivel propio de edades relativamente avanzadas.

Nos enfrentamos de nuevo a una postulación de necesidades a partir del positivismo masloviano, lo cual no permite enfrentar el problema del desarrollo de la personalidad. Además, al considerarlas biológicas se desconoce su carácter socialmente condicionado. Maslow se cierra a sí mismo la vía para profundizar en los mecanismos del hombre pleno, que busca por definición.

La solución del problema de la motivación humana, en síntesis, no puede reducirse a su estructuración en niveles rígidos y jerárquicos, cuyo nivel superior se desarrolle sobre la base de la satisfacción de los anteriores. La motivación superior se expresa en complejas unidades funcionales en las cuales se integran las más diversas tendencias y necesidades de la personalidad, formando orientaciones rectoras de su actividad. Las características de estas unidades funcionales expresan el nivel jerárquico específico de la personalidad actuante. En contraposición con Maslow, Allport se acerca de manera decidida a esta concepción en su visión de la personalidad madura.

La génesis de niveles similares de regulación puede ser distinta, lo cual es un hecho que debe esclarecer la investigación concreta. Por tanto, los motivos no deben describirse como determinantes de los niveles funcionales en que se expresan. Su capacidad movilizativa y reguladora es una función del nivel de regulación en que participan.

DETERMINACIÓN DE LAS NECESIDADES BÁSICAS

Toda esta construcción descansa sobre el concepto de la necesidad básica. Según Maslow, estamos en presencia de una necesidad básica si: 1) su carencia alimenta la enfermedad, 2) su presencia impide la enfermedad, 3) su restitución cura la enfermedad, 4) bajo determinadas (y muy complejas) situaciones de libre elección es preferida por la persona afectada de su carencia a otras satisfacciones y 5) se encuentra inactiva, en retroceso, o funcionalmente ausente en la persona sana (32; 52).

Esta definición clínica se basa en conductas observables de muy diverso género, y no incluye elementos teóricos que establezcan vínculos entre lo biológico y lo social. Por tanto, se mantiene una conceptualización biológica de las necesidades.

En efecto, Maslow aduce, por lo general, una analogía biológica: "Afirmaría que éstas son enfermedades por carencia que

están en el mismo continuo que el escorbuto, la pelagra, el síndrome de Spitz. Aquí debo agregar que la manera clásica de demostrar una necesidad corporal de vitaminas, minerales aminoácidos básicos, consiste en enfrentarse primero a una enfermedad de causa desconocida y luego buscar su causa. Es decir que algo es considerado como una necesidad si su carencia produce enfermedad» (34; 52).

Es evidente que esta definición no se atiene a los hechos, y paradójicamente, Maslow tiende a reconocerlo así, cuando acepta que las necesidades superiores pueden surgir después de un esfuerzo voluntario de renunciación o supresión de la gratificación de las necesidades básicas; o que en algunos individuos la autoestima puede ser más importante que el amor, mientras en otros la creatividad es dominante.

La insatisfacción de urgencias fisiológicas, el miedo, no encontrar pareja, no ser reconocido o ver bloqueadas las potencialidades propias, puede causar neurosis; y todo ello se atiene a la definición masloviana. Pero esto no autoriza, amparado en una analogía biológica, a postular necesidades y a jerarquizarlas. Según hemos señalado, el propio autor reconoce que se puede renunciar a la gratificación de necesidades básicas sin que ocurra nada perjudicial. La falta de vitamina C produce escorbuto, pero nadie puede evitar tomar, de manera consciente, vitamina C sin que el escorbuto aparezca. Por tanto, la analogía biológica no es más que una superficialidad.

Con todo derecho nos podemos cuestionar si, en lugar de considerar las desviaciones como una excepción de la regla, no pudiéramos lograr, como regla, la renuncia consciente a la gratificación de una necesidad, sin menoscabar la estructura de la personalidad. De hecho, en algunas situaciones sociales esto ocurre así.

CARACTERÍSTICAS DE LAS NECESIDADES BÁSICAS. NECESIDADES SUPERIORES E INFERIORES

Además del concepto de necesidad básica y su nivel jerárquico, es útil caracterizar, de forma más completa, el tema de las necesidades según la visión de Maslow. Para él, como ya hemos podido inferir, las necesidades tienen un carácter instintivo.

En su opinión, la teoría del instinto ha fallado, ante todo, por utilizar los instintos animales como paradigma, y plantear que

los instintos humanos, al igual que los animales, son fuertes inmodificables, malos en sí mismos y no jerarquizados (31; 145).

Este autor reconoce las consecuencias negativas en lo social e ideológico de tal consideración, pero plantea que pueden evitarse si los instintos se consideran débiles, modificables, neutrales o buenos en sí mismos y jerarquizados en su potencia y aparición. De esta forma, el problema se localizaría en una nueva dimensión, y «los instintos tienen que temer más a la civilización que la civilización a los instintos» (31; 145).

Si esta inversión es posible desde el punto de vista lógico, desde el punto de vista biológico sustentado por el autor es un acto de magia. No existe argumento de orden biológico que autorice a suponer que los instintos humanos son en esencia diferentes a los animales.

Los primeros instintivistas plantearon dos esencias separadas: el hombre y sus necesidades, y la sociedad. En efecto, la comprensión de los instintos como fuertes, inmodificables y negativos en estas teorías, producían una concepción autoritaria de la sociedad, pues ellos podían perjudicarla o destruirla al desencadenarse.

Maslow cambia de manera arbitraria las características de los instintos y esto transforma la dirección de la agresión: es el hombre quien debe protegerse de la sociedad.

El problema fundamental: el condicionamiento recíproco del hombre y la sociedad, su unidad y contradicción dialéctica, no ha sido siquiera esbozado. En su concepción continúan existiendo dos esencias: el hombre y la sociedad.

Otra característica importante de las necesidades básicas es su carácter inconsciente. De acuerdo con la forma de plantear los niveles de la motivación y las búsquedas a que la presión de las necesidades impelen, es difícil entender en qué consiste el carácter inconsciente de las necesidades. Es decir, por qué adjudica a éstas (y a la motivación de la conducta) un carácter inconsciente absoluto, sin considerar los diversos niveles de concienzialización presentes, de manera efectiva, en las motivaciones de la conducta.

Si bien en su libro *El hombre autorrealizado*, Maslow dedica largos análisis a los sistemas defensivos del ser humano, en ningún caso se analizan las condiciones de la concienzialización, excepto la frustración de la necesidad básica correspondiente. Por ello, no atiende al problema de sus mecanismos concretos.

Por otra parte, no se comprende, en teoría, cómo se produce esta situación a nivel intrapsíquico; cuál es su mecanismo. Como retorna al inconsciente de Freud, no le preocupa detenerse a explicar en qué consiste su concepción.

En su conceptualización de las necesidades básicas, Maslow enfrenta el problema de las necesidades superiores e inferiores, considerando las primeras como instintoides, para resaltar su carácter humano. Cuando intenta diferenciarlas es porque piensa que existe la forma de operacionalizar esta diferencia. Los criterios para ello son los siguientes: 1) las necesidades superiores aparecen al final de la escala filogénica y del desarrollo ontogénico; 2) las necesidades inferiores son menos imperativas para la supervivencia; su gratificación puede ser pospuesta y aun desaparecer de manera permanente (como el caso de la desaparición de la necesidad de amor en el psicópata), las necesidades superiores son, por tanto, subjetivamente sentidas como menos urgentes; 3) por el contrario, la gratificación de las necesidades superiores produce efectos subjetivos más profundos (serenidad, felicidad, riqueza interior y otros); 4) las necesidades superiores devienen relativamente independiente de las inferiores; 5) inversamente a las superiores, las necesidades inferiores son más localizadas y tangibles, y están bien establecidas y pueden devenir relativamente independientes de las superiores (31; 154).

Para la explicación de esta última característica, Maslow acepta el principio de la autonomía funcional, expuesto por Gordon Allport, como complementario. Pero niega la ruptura que la aplicación de este principio puede establecer en el interior del esquema de las necesidades presentadas por él, pues la aparición de características que se independizan de las gratificaciones iniciales sólo es posible cuando las necesidades básicas han tenido suficiente gratificación.

Para Maslow la autonomía funcional es aplicada a la personalidad como un todo, cuando ésta alcanza la plenitud de su desarrollo.

LO COGNITIVO Y LO AFECTIVO EN EL SER HUMANO

Con independencia de las críticas apuntadas, las nuevas características adjudicadas a los instintos le permiten a Maslow ana-

lizar las relaciones entre lo cognitivo y lo afectivo; dentro de ciertos límites.

Según este autor, y de acuerdo con su concepción de las necesidades básicas de carácter instintivo, la dicotomía entre lo racional y lo irracional es incorrecta. Lo racional y lo irracional en el ser humano no son antagónicos, sino que establecen relaciones sinérgicas. Su «antagonismo» es un artefacto introducido por el estudio de personas enfermas.

Otro aspecto que el autor considera falseado en este problema es determinar una jerarquía dentro de la personalidad entre lo racional y lo afectivo. A este problema lo llama obsoleto, y equivale a preguntar: «¿Quién debe ser el jefe en un matrimonio bien llevado, el esposo o la esposa?» (31; 132).

Para Maslow, las capacidades cognitivas son «un conjunto de herramientas ajustables las cuales tienen, entre otras funciones, la satisfacción de nuestras necesidades básicas» (31; 92). Por otra parte, «el deseo de saber o comprender son en sí mismos conativos» (31; 97). Sin embargo, el autor basa todas estas consideraciones sobre la naturaleza instintiva de las necesidades: «si lo conativo es en su naturaleza también cognitivo, y si lo cognitivo es en su naturaleza también conativo, la dicotomía entre ellos debe ser descartada» (31; 151).

Si bien la conclusión es correcta las premisas de partida son criticables. Desde nuestro punto de vista es una forma simplista y reduccionista de solucionar el problema. Su consideración del ser humano sometido a leyes biológicas de desarrollo y autónomas respecto a la sociedad, aunque permite concebir la unidad cognitivo-afectivo interior del ser humano, impide investigar toda la complejidad de esta unidad en la persona y plasmarla a nivel teórico.

La unidad interior del ser humano basada en lo instintivo biológico es una abstracción sin base objetiva.

PAPEL DE LA GRATIFICACIÓN DE LAS NECESIDADES HUMANAS Y SU RELACIÓN CON LAS DECISIONES HUMANAS

Intentemos ahora dar una idea sobre cómo en la teoría masloviana se produce el desarrollo motivacional, esto es, como se alcanzan los diferentes niveles motivacionales.

«El principio rector que anima la vida motivacional es el surgimiento de necesidades en una jerarquía de menor a mayor prioridad o potencia» (31; 107). Se da por supuesto en dicho principio que las necesidades surgen en la medida en que las anteriores han sido relativamente satisfechas. Ello coloca, de manera estructural, las necesidades en una jerarquía de acuerdo con su potencia, en la cual la satisfacción de la más inferior y a la vez más potente permite la aparición de las siguientes en jerarquía. «Las necesidades se ubican en una jerarquía bastante definida sobre la base del principio de potencia relativa» (31; 146).

Una formulación tal del «principio dinámico rector» de la vida motivacional resulta incompleto, si sólo tiene en cuenta el lado biológico del proceso, aunque el autor haya planteado enfatizar de manera conciente su componente biológico.

En la teoría, el principio necesita ser completado a partir de un sujeto que tiende biológicamente al desarrollo, pero que en interacción con los que le rodean tiene o no la posibilidad de saltar a un nivel cualitativamente superior de desarrollo.

Maslow resume este proceso en la forma siguiente:

1. El niño espontáneo por salud, en su espontaneidad, que parte de su interior, se proyecta hacia el medio circundante a través de su curiosidad e interés, y expresa todas sus habilidades.

2. En la medida en que se ve libre de la amenaza del miedo, se siente lo bastante seguro como para atreverse a hacerlo.

3. En este proceso, lo placentero aparece por azar o por ofrecimiento de las personas que le ayudan.

4. Debe sentirse con suficiente seguridad y aceptarse a sí mismo lo bastante, como para escoger estos placeres en vez de sentirse asustado por ellos.

5. Si puede escoger estas experiencias referidas por la experiencia del placer, entonces podrá volver a ellas, repetir las saborearlas hasta alcanzar la plenitud, saciedad o cansancio.

6. En este momento, manifestará la tendencia a avanzar hacia experiencias más complejas, más ricas, en el mismo sector (también en este caso si se siente con seguridad para atreverse).

7. Tales experiencias no sólo suponen un movimiento de avance, sino también un efecto de control sobre el ego al pro-

ducirse un sentimiento de seguridad (esto me gusta; lo otro de ninguna manera), de capacidad, dominio, autoestimación.

8. En esta serie interminable de elecciones en que consiste la vida, la dirección suele ser siempre, de acuerdo con el mismo patrón, entre seguridad (o de modo más general, posición defensiva) y desarrollo.

Si sólo carece de la necesidad, de seguridad, el niño que ya la ha satisfecho se inclina por la elección del desarrollo. Sólo él puede permitirse el atrevimiento.

9. A fin de poder elegir de acuerdo con su propia naturaleza y desarrollarla, debe permitirsele registrar las experiencias subjetivas de placer y cansancio, como criterios necesarios para una elección correcta. El criterio alternativo estriba en realizar la elección en términos de los deseos de otra persona. El ego pierde cuando esto sucede. Por otra parte, esto supone reducir las posibilidades a una sola: la elección de la seguridad; pues el niño renunciará a confiar en su propio criterio por miedo (de perder la protección, amor, etcétera).

10. Si la elección es realmente libre, el niño no se traumatiza, y entonces podremos esperar de él una inclinación por el progreso hacia delante.

11. La evidencia indica que lo que produce placer al niño sano, lo que le sabe bien, es también, en la mayor parte de los casos, lo «mejor» para él en relación con los objetivos lejanos, tal como son perceptibles para el observador.

12. En dicho proceso el medio (padres, terapeutas, maestros), tiene mucha importancia en diversos aspectos, aun cuando la elección definitiva es decidida por el mismo niño (31; 94-96).

Es conveniente subrayar algunos elementos sugerentes de esta teorización; son ellos: la tendencia al desarrollo, la participación de los que rodean al niño en su desarrollo psicológico y la necesidad de la elección verdaderamente libre del niño ante las alternativas que la vida le plantea, como mecanismo de desarrollo psicológico.

Sin embargo, este análisis es un claro ejemplo de las contradicciones de la psicología de Maslow. El autor ha expuesto una estructura rígida de necesidades, sometida a principios para su expresión, y en toda su explicación utiliza sucesos que en su teoría serían inadmisibles.

Si en teoría la tendencia hacia la autorrealización es el último nivel en aparecer, junto a los deseos de comprender y de carácter estéticos, y ésta sólo puede aparecer después de ser gratificados los restantes niveles de manera suficiente, incluso el inmediato anterior, y además ello ocurre a avanzada edad; cómo, en el primer acápite de la definición de este proceso, el niño es espontáneo y se proyecta al medio con curiosidad y ciertas habilidades. Puede preguntarse si no es éste un nivel de la autorrealización en el niño, con toda legitimidad. Entonces, de hecho, el impulso al desarrollo proviene del último nivel señalado por la teoría.

En el punto 9, después de afirmar que el conflicto es entre seguridad y desarrollo, se afirma que el niño renunciará a confiar en su propio criterio por miedo a perder la protección, el amor, etc. Entonces ¿cuáles son las verdaderas necesidades y cómo están implicadas? ¿Son las de seguridad o pertenencia y amor? Es difícil la respuesta, luego de haberse propuesto un esquema tan simple.

En opinión de Maslow, el niño se guía en sus elecciones por el placer, y evita las situaciones que afecten una necesidad básica, las cuales en teoría resultan inconcientes. Si atentar contra la satisfacción de una necesidad bloquea el desarrollo, quiere esto decir que aunque los instintos se han postulado débiles, resultan compulsivos. Entonces, no es una simple analogía decir que Maslow utiliza el principio del placer según el psicoanálisis.

¿Qué ocurre cuando una necesidad no se satisface en el proceso de desarrollo descrito? Según el autor esto provoca una neurosis, y el individuo, después de haber superado una etapa de desarrollo cronológico, sigue aferrado a la búsqueda de satisfacciones para las necesidades no gratificadas.

En ciertas condiciones, luego de haber alcanzado un alto nivel motivacional, el individuo no gratificado suficientemente puede volver a un estado más primitivo, o nivel inferior de las necesidades.

En ambos casos, según la teoría, el nivel de la autorrealización no podría expresarse, con las consecuencias negativas subsiguientes para el desarrollo.

De acuerdo con el uso dado en esta teoría al inconciente y el principio del placer, tenemos derecho a sospechar que los conceptos de fijación y regresión psicoanalíticos también están presentes en la teoría de Maslow.

Por último, en el proceso descrito puede apreciarse el papel que Maslow adjudica a los restantes miembros de la sociedad en relación con la educación del niño: seres pacientes que deben, ante todo, respetar la elección de éste. Y nada más. Esta descripción externa y superficial de la relación social y su importancia en el desarrollo psicológico es, simplemente, un corolario del biologismo masloviano, y refleja una vez más el mantenimiento en su teoría de la concepción instintivista que separa, de manera radical, el hombre de la sociedad.

EL DESARROLLO DEL NIVEL MOTIVACIONAL SUPERIOR

Veamos ahora cuáles son las prácticas que conducen al desarrollo del nivel superior de la motivación humana, tal como lo plantea Maslow en su artículo «La autorrealización y más allá de ella» (27; 322).

1. Autorrealización significa experimentar de forma total, sin arrogancia, de forma humana y cabal. Es necesario olvidar defensas y timidez.
2. Realizar, de manera acertada, las elecciones que la vida nos presenta cotidianamente: mentir o ser honesto, robar o no robar, ser bondadoso o cruel, etcétera.
3. Escucharnos a nosotros mismos, la voz de nuestras necesidades y no inhibirnos constantemente.
4. La realización significa prepararse y trabajar de manera sistemática para dominar la actividad en que nos gusta más ocupar el tiempo.
5. Averiguar, mediante el constante análisis, quién es uno: qué le gusta, para qué sirve, etcétera.

En *El hombre autorrealizado*, Maslow escribe: «Una sociedad o una cultura pueden ser factores coadyuvantes del desarrollo o factores inhibidores del mismo» (32; 278).

Por supuesto, es difícil no estar de acuerdo con muchos de estos planteamientos, y otros, de gran sensatez dentro de su obra. Pero no se trata, en este caso, de estar o no de acuerdo con posiciones del sentido común, respaldadas además por una larga experiencia clínica y terapéutica, sino de cómo estos planteamientos pueden ser obtenidos a partir de su teoría.

Para arribar al estadio de autorrealización, el hombre pasa por un proceso muy penoso: un organismo, con un instinto en teoría muy débil, que no puede desarrollarse si no se gratifican las necesidades del nivel inferior; una cultura agresiva y represiva, que sólo puede modificarse a partir del cambio de las instituciones por individuos autorrealizados.

Estamos en presencia de un círculo vicioso. En la relación de un instinto débil con una cultura represiva, es casi un milagro la producción de un hombre autorrealizado. Si existe, no se debe seguramente a la facilidad de la teoría para explicarlo sino a que estos hombres autorrealizados representan las tendencias más progresistas de la sociedad en que viven. Y, si son tan pocos los hombres autorrealizados: ¿cómo cambiar el carácter de la cultura mediante la transformación de los hombres? Desde el punto de vista ideológico, la concepción masloviana nos lleva a la inmovilidad social y la imposibilidad del desarrollo.

LA COMPRESIÓN DE LA CULTURA

En esta teoría psicológica el individuo se relaciona con la sociedad de forma mecánica, por intermedio de los hombres que lo rodean cuando niño, quienes le facilitan o le impiden su desarrollo. Sin embargo, esta revisión conceptual no sería completa si no subrayamos el concepto clave que describe la sociedad, esto es, la sinergia. Adquirido por Maslow de la obra de su maestra en cuestiones antropológicas: Ruth Benedict.

Según Benedict: «Hablé de sociedades con alta sinergia social cuando sus instituciones aseguran que se obtengan mutuas ventajas de sus empresas; y de sociedades de baja sinergia, cuando la ventaja de un individuo se convierte en una victoria sobre el otro y cuando la mayoría no victoriosa debe cambiar como puede» (31; 195).

Por esta razón, Maslow plantea: «Ahora ya deben haberse dado cuenta de que en nuestra sociedad hay una sinergia mezclada. Tenemos instituciones de alta sinergia y de baja sinergia.

«Tenemos una amplia penetración de alta sinergia en la filantropía, por ejemplo, lo cual no ocurre en muchas otras culturas. Nuestra sociedad es una cultura muy generosa y, frecuentemente, lo es de un modo agradable y seguro.

«Por otra parte, evidentemente hay instituciones en nuestra sociedad que nos ponen a unos contra otros, haciéndonos necesariamente rivales. Hay instituciones que nos ponen en una situación en la que es necesario quitar para obtener unos cuantos bienes» (31; 225).

En nuestra opinión, el concepto de sinergia es descriptivo y no analiza las causas profundas que determinan los comportamientos de alta y baja sinergia. No obstante, lo que interesa a Maslow es si ciertas microestructuras sociales permiten el desarrollo del individuo de acuerdo con su teoría, que limita las relaciones del hombre y la sociedad en el desarrollo de la personalidad. Además, el autor se interesa, ante todo, en el caso de ciertos tipos de individuos que pueden mejorar la sinergia del sistema social.

Esta aproximación teórica del autor a la sociedad encubre desde el punto de vista ideológico, el aspecto esencial: la simple descripción no demuestra que el sinergismo no es un problema de orden psicológico, ni social abstracto, sino una consecuencia del orden social capitalista.

El concepto de sinergia, obtenido de comparaciones interculturales abstractas, sin un análisis histórico profundo y sin relación con los determinantes económicos materiales de la sociedad, deviene una forma sutil de encubrir la explotación y la injusticia. Por las mismas causas, olvida señalar que estas formas sinérgicas mezcladas sólo pueden aparecer en ciertas instituciones de las sociedades capitalistas desarrolladas. La sinergia, en los países capitalistas subdesarrollados, es, con mayor frecuencia, igual a cero, y no puede ser de otra forma, por motivos externos al determinismo psicológico.

El carácter biologista de la teoría de Maslow y su comprensión de la sociedad tienen incidencia directa en uno de los temas centrales de su teoría: los valores.

LOS VALORES

Según Maslow, los valores humanos son dictados al sujeto de acuerdo con sus tendencias instintivas. Se desconoce la formación y el desarrollo histórico social de los mismos y su apropiación por parte de los seres humanos: «Soy de la opinión de que estos valores son descubiertos (...) que son intrínsecos

a la estructura misma de la naturaleza humana; que poseen una biológica y genética, del mismo modo que son desarrollados por la cultura...» (31; 225).

Los valores, entonces, no son formados por condicionamientos objetivos y múltiples de acuerdo con el desarrollo de las formaciones económico-sociales. Tampoco son objeto de conocimiento, reflexión y asimilación, ni fuente de motivación debido a la interrelación dialéctica entre el hombre y la sociedad, sino condicionados por la naturaleza biológica del ser humano.

Según el doctor Maslow, su posición tiene «consecuencias revolucionarias» porque permite ver con una nueva luz el proceso de formación de los valores. Desde el punto de vista psicológico, afirmar que el hombre es bueno por naturaleza y fundamentarlo mediante mecanismos calçados del psicoanálisis, no justifica, en nuestro criterio, el carácter revolucionario autoadjudicado, pues no se parte de principios cualitativamente novedosos. Desde el punto de vista ideológico, es imposible concebir el desinterés, la honestidad, etc., en una sociedad cuya premisa es la propiedad privada, subordinada, más allá de cualquier valor, a la ganancia.

Al enfrentar el dilema valores-sociedad, Maslow proyecta una vez más, como confirmación de lo planteado, su posición psicologizadora de la sociedad: «Claro que si la psicoterapia pudiera ser tremendamente extendida, si en lugar de tratar con algunas docenas de pacientes al año, los psicoterapeutas pudieran tratar con algunos millones de pacientes al año, entonces estas pequeñas fuerzas se harían perceptibles. Entonces la sociedad cambiaría sin dudas» (27; 323). Como en la práctica la utopía masloviana, de millones de pacientes en psicoterapia, no puede realizarse, tras su psicologización de la sociedad se levanta el fantasma de la inmovilidad social.

LA ENFERMEDAD MENTAL

La teoría de la neurosis —extendida a veces a la psicosis, con la inclusión de la esquizofrenia— tiene una relación muy estrecha con la teoría de las necesidades básicas.

La neurosis puede ser considerada un intento desesperado e ineficaz de satisfacer necesidades básicas no gratificadas suficientemente a lo largo del desarrollo psicológico de la per-

sona. Esta gratificación insuficiente de una necesidad, en el momento en que su desarrollo lo necesitaba, provoca la manifestación de estas necesidades, más tarde, de forma inflexible y compulsiva.

En esta teoría está concebido una especie de momento sensitivo óptimo para gratificar las necesidades, lo cual si no ocurre genera neurosis. De acuerdo con ello, Maslow expresa: «La satisfacción de las necesidades de tipo neurótico no alimenta la salud (...) El hecho de conceder poder a un neurótico no lo hace menos neurótico» (31).

El carácter inconciente de este proceso para el sujeto, y su incompreensión, lo conducen a una conducta que no alcanza la gratificación. Debido a la ineficacia de sus conductas para gratificar sus necesidades, lo cual puede percibirse de manera directa en la medida que el proceso neurótico avanza y se genera una profunda desesperanza sobre la posibilidad de resolver sus problemas, apatía y pasividad.

LA PSICOTERAPIA

La teoría de la enfermedad de Maslow supone dificultades enormes para llevar al individuo a la normalidad. Quizás en parte por esto, el autor ha preconizado la psicoterapia de personas sanas, en su opinión más productivo que invertir grandes cantidades de tiempo en gente irremisiblemente perdida.

Si en realidad la enfermedad proviene de una insuficiente gratificación de necesidades básicas en cierto momento del desarrollo, que es imposible gratificar más tarde, la curación parece imposible. No obstante, como alguna gente mejora y otros se curan, el valor de la psicoterapia no puede negarse de forma absoluta a partir de la teoría de las necesidades básicas.

Maslow recurre a otro mecanismo de su teoría: el carácter inconciente del proceso. Por ello, considera la autocompreensión el paso más importante para la salud mental.

En términos técnicos, Maslow es un terapeuta ecléctico. Para él, más importante que la técnica es la relación personal empática y tolerante. Por esta razón ha ensayado diversas técnicas terapéuticas; tales como: autoevaluación; reacondicionamiento mediante explicación y exhortación, cuando el caso no implica un defecto caracterológico esencial; y psicoterapia de grupo,

que en su opinión, no debe ser estructurada de manera rígida. Según él, tolerar la falta de estructura y la carencia de proyectos es terapéutico. La esencia de la psicoterapia de Maslow consiste en la actitud tolerante.

Su terapia, en apariencia, tiene muy poca relación con su teoría de la enfermedad, que parte, a su vez, de la teoría de las necesidades básicas. Sin embargo, no estamos en condiciones de responder si este hecho puede ser utilizado como argumentación contra su teoría o si se debe a falta de desarrollo de sus conceptos de enfermedad y terapia.

DESARROLLOS ULTERIORES DE SU OBRA

En su libro *Motivación y personalidad*, aparecido en 1954, el doctor Maslow presenta su teoría de la motivación, y los estudios iniciales que lo llevaron al concepto de autorrealización y a la caracterización de las personas autorrealizadas. Hasta su muerte, en el año 1970, se mantuvo activo como científico. En el lapso entre 1954 y 1970, su obra no sólo se precisó, sino que perfiló nuevos conceptos. Expondremos los más sobresalientes en nuestra opinión.

Toda la obra de Maslow es un esfuerzo por estudiar a los seres humanos que han alcanzado un desarrollo pleno; por ello, los conceptos más recientes en sus libros se refieren al nivel superior de la motivación.

EXPERIENCIAS CUMBRES

Las experiencias cumbres constituyen momentos de éxtasis, alegría hasta el arrebató, instantes en que el individuo siente emociones sublimes, y experimenta su poder e integración psicológicos.

Estos momentos pueden ser producidos por cualquier estímulo: la música, la victoria deportiva e intelectual, el acto sexual, el baile y otros.

Frank G. Goble los describe así: «por tanto, una experiencia cumbre es aquel momento en que el individuo funciona a plenitud y se siente fuerte, seguro, y en completo control de sí mismo; podría entonces compararse con una máquina que,

súbitamente, pone en marcha todos sus cilindros y se desempeña a la perfección, produciendo una verdadera marejada de poder...» (22; 69).

Goble aporta ejemplos extraídos de la obra de Maslow: «Una joven madre iba de un lado a otro de la cocina, preparando el desayuno para su esposo e hijos. El sol se volcaba en todos los rincones de la casa, mientras el padre jugaba con ellos (...) De pronto, al reparar en aquella situación que, debido a sus quehaceres había pasado inadvertida, la madre quedó hechizada contemplando la belleza de los niños y la gallardía del esposo; sobrecogida por el amor que éstos le inspiraban y por un rotundo sentimiento de ternura y felicidad» (22; 70).

Según Maslow este tipo de experiencia es frecuente entre los sujetos autorrealizados y puede ser un importante recurso terapéutico.

EXPERIENCIAS DE TRASCENDENCIA

«La trascendencia se refiere a los niveles más elevados inclusivos y holísticos de la conciencia, la conducta y las formas humanas de relacionarse como fines y no como medios con uno mismo, con otras personas significativas, con los seres humanos en general, con otras especies, con la naturaleza y con el cosmos» (32; 268).

Un ejemplo aportado por el propio Maslow puede sernos útil para captar mejor el concepto: «Por ejemplo, mi experiencia de sentirme aburrido durante una procesión académica y un tanto ridículo con la toga y el birrete y repentinamente caer en la sensación de ser un símbolo con un aspecto de eternidad, en lugar de ser sólo un individuo aburrido e irritado en ese momento y lugar específicos. Mi visión o imaginación de que la procesión académica se estiraba hacia el futuro, lejos, muy lejos, más allá de lo que yo podía ver que era encabezada por Sócrates, y supongo que la implicación era que muchas de las personas que estaban más adelante habían estado allí en generaciones anteriores y que yo era un sucesor y seguidor de todos los grandes académicos, profesores e intelectuales. Entonces, en la visión, la procesión se estiraba hacia atrás hasta un vago y borroso infinito en el que había personas que aún no habían nacido, que se unirían a la procesión académica, a la procesión

de estudiosos, de intelectuales, científicos y filósofos y me asusté de estar en semejante procesión y sentí la gran dignidad de ella y de mi toga y hasta de mí mismo como una persona que pertenecía a esa procesión. Esto es, me convertí en un símbolo; representaba algo externo a mi propia piel» (32; 259).

En los individuos autorrealizados, Maslow ha encontrado algunos con experiencias de trascendencia y otros en los cuales esas experiencias no se han hecho presentes. (Teoría Z.) También ha hipotetizado sobre las características adicionales de los sujetos autorrealizantes trascendentes.

El estudio de las experiencias cumbres y los estados de trascendencia no sólo es importante por la relación más o menos abstracta que puede tener con el proceso de autorrealización, sino porque estas relaciones descubren un aspecto energético de valor en el funcionamiento psíquico.

Collin Wilson, señala: «Por otro lado, el psicólogo post-freudiano Abraham Maslow creó una psicología básicamente optimista, reconociendo que la mayoría de las personas sanas experimentan una "retroalimentación positiva" —que denominó experiencia pico— todos los días de su vida. La importancia de su observación reside en que la gente sana ha aprendido el truco de regular su economía vital para producir experiencias pico. Erraríamos el tiro si dijéramos que viven experiencias pico porque tienen suerte de estar sanos. Lo que ocurre es que han aprendido la estrategia de hacer que la mente conciente responda a una sugestión positiva que extrae una respuesta de energía vital, pero también un sentido de propósito a la mente conciente, y no hay forma más certera de asegurar un subsidio de energía por parte del subconciente que posee un sentido de propósito, lo que a su vez garantiza la salud física» (52; 60).

Con esta cita queda aún más clara la respuesta de Maslow a la pregunta: quién debe ser el jefe en un matrimonio bien llevado.

Existe una estrecha relación entre lo conciente y lo inconciente, asegurada por un mecanismo de retroalimentación. Si la conciencia retroalimenta de manera positiva al inconciente, obtiene grandes cantidades de energía que la ayudan a formular nuevos propósitos, y garantiza así más energía para una vida sana. Si la retroalimentación es negativa, se dificulta el tránsito energético y la formación de nuevos propósitos, con un cierre creciente de la energía hasta llegar a la neurosis.

Este mecanismo, según Maslow, se aprende y, por tanto, puede ser influido por la psicoterapia. Tras ello aparece un mecanismo volitivo que se puede mover a conciencia. Resuena aquí la psicología de la voluntad de James. Pero ello tiene, además, una implicación para la sustentación y el estudio de los niveles de regulación conductual de la personalidad.

El disfrute producido por el reconocimiento de la gratificación de un conjunto de necesidades y la adecuación a ellas de los motivos, o el desdoblamiento en una vivencia simbólica, muy personal, de un acto en apariencia intrasubjetiva, son una expresión del sentido personal de motivos o situaciones. En esta expresión del sentido se manifiesta, de forma nítida, la unidad de lo cognitivo y lo afectivo, pues se logra una vivencia intensa vinculada al reconocimiento y reflexión sobre la gratificación profunda de necesidades y motivos de la personalidad.

El sentido personal, momento funcional de la motivación humana, puede expresarse a distintos niveles de regulación motivacional, aunque el ejemplo expuesto con anterioridad es típico de su manifestación en un alto nivel de regulación.

La existencia o no de experiencias cumbre o de trascendencia en los sujetos autorrealizados, puede decir mucho sobre el nivel de regulación donde se expresa el sentido y el conjunto de sus motivos. Pueden ser un poderoso indicador del desarrollo del nivel conciente volitivo de quien lo experimenta.

ESTUDIO DE LA META MOTIVACIÓN (VALORES-S)

Las meta-motivaciones son las que mueven a las personas autorrealizantes. «Las tareas a las que esas personas están dedicadas aparentemente pueden ser interpretadas como síntesis o encarnaciones de los valores intrínsecos (no como medios para alcanzar fines externos al trabajo mismo, ni como funcionalmente autónomas). Las tareas son amadas (e introyectadas) porque encarnan valores. Esto es, en última instancia, lo que se ama son los valores, no el trabajo como tal» (32; 259).

A medida que Maslow avanza en su obra se aleja de los ámbitos generalmente aceptados como propios de la psicología. Penetra en lo que a veces caracterizamos como filosofía personal y otras intimidades, porque ni siquiera tenemos nombres adecuados. Campo tan complejo, que su descripción parece mística.

Es cierto que el autor trata de abarcar demasiado, pues en realidad no tiene todos los datos en la mano, va a tientas; y este ángulo metodológico es criticable, aunque él mismo reconoce sus debilidades. No obstante, entrar en este terreno es, en nuestra opinión, un asunto vital para la psicología y debemos agradecer a Maslow haber puesto el primer escalón para intentarlo, rescatando para la ciencia los reductos más escondidos y sutiles de la mente humana.

BALANCE CRITICO DE SU CONCEPCION TEORICA

Más que intentar resumir las críticas formuladas a la conceptualización masloviana de la personalidad, quisiéramos valorar esta corriente del pensamiento psicológico en relación con las fuerzas que pretende superar: el psicoanálisis y el conductismo.

Para ello, hemos de utilizar, necesariamente, algunos de los criterios esbozados.

Se comprende bien, después del análisis efectuado sobre el desarrollo de las necesidades y las limitaciones que impone Maslow al principio de la autonomía funcional, cómo su esquema es freudiano en esencia.

La falta de gratificación, en la medida precisa, de las necesidades, hace que el individuo se fije a ellas de alguna forma. Los resultados y el proceso mismo tienen para el sujeto un carácter inconciente. La decisión de buscar las vías del desarrollo depende del placer experimentado por el individuo con sus acciones. Todo el desarrollo de la personalidad está profundamente determinado por la naturaleza biológica de éste y se contrapone a la cultura.

En la teorización de Maslow, el mecanismo represor ha sido puesto en el exterior, en la sociedad, en la cultura, cuando ésta no resulta gratificante. De hecho, el esfuerzo freudiano por establecer una dialéctica entre el funcionamiento biológico y la cultura, manifiesto a nivel psicológico, se pierde en la teoría masloviana; y la cultura queda como un represor o facilitador mecánico del desarrollo, pues en el individuo la solución del desarrollo depende de un sentimiento de agrado o displacer. Por ello, no es posible señalar con certeza la complejidad real de los actos psicológicos determinantes del desarrollo.

Si puede criticarse a Freud por el carácter inconciente del proceso represivo, que deja a la conciencia sin poder alguno sobre el mismo, también puede señalarse a Maslow por la misma razón. Dado el carácter inconciente de las necesidades y la interacción mecánica de éstas con una cultura represiva, sin un mediador psicológico que explique la dialéctica del desarrollo, es difícil comprender el verdadero papel de la autodeterminación de la personalidad y el yo en este proceso. Luego, la lógica de la construcción masloviana de la personalidad, aunque más simple, es inferior a la lógica interior de la construcción freudiana. En búsqueda de una visión humanista del desarrollo psicológico, elimina la posibilidad de comprenderlo.

Si comparamos ahora esta teoría con el conductismo, ¿cuál es el balance teórico que podemos realizar?

El conductismo ha sido criticado, con razón, por su carácter mecánico, por su incompreensión del comportamiento psíquico superior del hombre, por su olvido de los procesos concientes como manifestación del desarrollo humano y su importancia dentro de la autodeterminación de la personalidad. Pero el conductismo ha partido, de manera conciente, de posiciones metodológicas que niegan estos aspectos y, en congruencia con esas tesis, ha elaborado técnicas que funcionan en ciertos niveles del desarrollo psíquico. El conductismo ha estudiado las características de los reforzadores y analizado las condiciones en las cuales operan con éxito.

El conductismo se propuso el control de la conducta, dentro de cierta concepción de la psique y, en coherencia con sus principios de partida, ha obtenido éxitos allí donde esta concepción puede trabajar sin complicaciones: animales y determinados niveles de la psiquis humana y su desarrollo.

Sin embargo, Maslow, a partir de una teoría humanista, propone una interacción mecánica entre el individuo y la cultura, en la cual no puede comprenderse la mediación entre el individuo y la cultura, entre lo biológico y lo social y, por tanto, no puede explicarse el papel de la personalidad en el proceso de su propio desarrollo.

Esto último refleja incoherencia entre los objetivos iniciales y la teorización psicológica, y ello se manifiesta en la incongruencia entre la teoría y la práctica. En esto radica la inferioridad de esta teoría respecto al conductismo.

Entre estas dos monumentales teorías y prácticas, el conductismo y el psicoanálisis, pretende establecerse una tercera fuerza, entre cuyos representantes se encuentra Maslow. Pero el tercer camino no es cualquier camino.

Entre las consideraciones biológicas, con énfasis en los factores inconcientes, y la negación de la conciencia y la autodeterminación, no puede surgir una verdadera tercera fuerza, capaz de alzarse sobre estos grandes linderos teóricos y metodológicos de la psicología. Ésta sólo puede alterar algunos elementos en la construcción de una u otra teoría.

Es necesario la inclusión de una visión teórica que, al tener en cuenta nuevos factores y estudiar de forma radicalmente diferente las relaciones entre ellos, pueda llegar a una comprensión teórica y metodológica diferente y en esencia nueva.

Si a lo largo de nuestra exposición de la teoría masloviana hemos hecho énfasis en la relación del hombre y su cultura y la interpretación histórica del desarrollo del psiquismo humano, no es por casualidad. Precisamente sobre estas bases se asienta la psicología marxista, la cual cambia por completo las referencias teóricas y metodológicas respecto al conductismo y el psicoanálisis.

POSICIONES METODOLOGICAS

ACTITUD HACIA LA INVESTIGACIÓN EN LA PSICOLOGÍA

«De haber una regla primera de la ciencia —dice Maslow— ella sería, en mi opinión, la aceptación de la obligación de reconocer, confirmar y describir toda la realidad, todo lo que existe, todo lo relacionado (...) aceptar contradicciones, cosas ilógicas y misteriosas, lo vago y lo ambiguo, lo arcaico, lo inconciente...» (33; 79-80).

Estas afirmaciones constituyen la reacción de Maslow contra la tozudez de concretarse a técnicas bien establecidas, que rehúyen enfrentar los problemas fundamentales de la personalidad. Él aboga siempre por la investigación centrada en los problemas, en contraposición a la investigación centrada en el método.

En sus estudios, este investigador ejemplifica muy bien la reacción del científico sano contra la insuficiencia metodológica. Lo

importante son los problemas y para tratar con ellos es necesario crear las técnicas adecuadas. Pero si se teme a lo rudimentario de la técnica, entonces es imposible dar un paso: ni en el sentido teórico, ni en el sentido técnico o metodológico.

Es necesario sacudirse la obsesión positivista, que acosa a muchos investigadores, si se quiere información de primera mano sobre ciertos aspectos de la psicología humana. En nuestra opinión, Maslow presenta, de manera muy convincente y realista, los problemas que se presentan para abrir ciertos caminos en la ciencia general y la psicología en particular. De paso, es un reconocimiento muy acertado de hacia dónde ha conducido el positivismo a la ciencia psicológica.

Este autor argumenta, de forma sólida, sobre las actitudes humanas (y ya esto es psicología aplicada al trabajo científico), al abordar la creación científica en áreas poco desarrolladas teóricas y metodológicamente, pero de extraordinaria importancia para la comprensión científica de los seres humanos. En este contexto entendemos las palabras siguientes: «El conocimiento es una cuestión de grado. Cualquier aumento en él o en su confiabilidad es mejor que nada. Un caso es mejor que ninguno y dos son mejores que uno... No hay un lindero marcado que señale el fin de la tierra del conocimiento y el comienzo del océano del no conocimiento.

»Para los científicos de laboratorio es fácil criticar todo esto. Pero en último análisis estas críticas equivalen a una acusación de que aún no se alcanza el estado final del conocimiento! Por esto los inicios del conocimiento son torpes y ambiguos.

»El conocimiento debe cruzar esta etapa. No hay hoy otra alternativa conocida» (33; 135-136).

ENFOQUE IDEOGRÁFICO VERSUS NOMOTÉTICO

Según Maslow: «La técnica científica usual de disección y análisis reductor, que tan bien ha funcionado en el mundo inorgánico, es un estorbo cuando busco conocer a una persona. Y presenta graves deficiencias aun para estudiar a la gente en general» (33; 19).

Por esta causa, se convierte en partidario decidido del estudio ideográfico. Sin embargo, no le resta fuerza al estudio nomotético, sino que le impone ciertas limitaciones racionales: «Al

ataque a lo abstracto dicotomizado de lo concreto no debe confundirse nunca con el ataque a lo abstracto integrado jerárquicamente con lo concreto y con la experiencia (...) Aquí nos ayudará mucho distinguir entre una generalización o teoría empírica y una generalización o teoría *a priori*. La primera no es otra cosa que un esfuerzo por unificar el conocimiento experimental del mundo para que lo podamos abarcar con nuestro limitado cerebro humano. Las teorías *a priori* no hacen este esfuerzo; se tejen completamente en el interior de nuestra cabeza sin establecer referencia ni al conocimiento por la experiencia, ni a las áreas de ignorancia» (33; 74-75).

«En una palabra, se llega a la paradójica conclusión que el dato fundamental de la psicología es la complejidad original que los psicólogos han tomado para analizarla en elementos o unidades fundamentales.

«Sin embargo —según Maslow—, el problema no consiste en negar el análisis como método, sino "redefinir" estos conceptos de tal forma que ellos nos permitan realizar nuestro trabajo de forma más válida y últimamente» (33; 23).

«El problema no es realizar un análisis estático donde cada parte que obtenemos por vía analítica no es estudiada en sí misma, sino entender que cada parte lo es de un todo. El primer método puede ser considerado reductor-analítico, el segundo holístico-dinámico» (33; 24).

En la psicología burguesa, el deslinde entre lo ideográfico y nomotético es un gran combate en el cual los partidarios de una u otra posición se ven en la obligación de dedicar un considerable número de páginas para fundamentar teórica y empíricamente su enfoque, sobre todo si el predilecto es el ideográfico. Pero lo curioso de este asunto es que cada uno de estos combates termina, por lo general, con la adopción de una posición unilateral: o esto, o lo otro. Es decir, la imposición del enfoque preferido. Y Maslow no es una excepción. De esta forma se pierde lo esencial: determinar la importancia relativa de cada método y realizar el análisis objetivo que permita fundamentar por qué han surgido y se mantienen estos métodos.

Esto ocurre porque el problema abordado no es un asunto metodológico-psicológico más, sino una dificultad general que no puede resolverse a partir de la fundamentación empírica psicológica. El problema es de orden filosófico y, dada la ausencia de una teoría del conocimiento socio históricamente funda-

mentada, el análisis termina siempre en conclusiones unilaterales.

En la filosofía marxista, lo primero a considerar para resolver tal cuestión son las categorías de lo general, lo particular y lo singular. Mediante estas categorías puede expresarse cómo un objeto, la personalidad en este caso, tiene: propiedades generales, es decir comunes a todas las personalidades; propiedades particulares, comunes a un grupo dado formado por razones concretas, sean de clase, nacionalidad, ocupación laboral, edad u otra; y propiedades singulares, las cuales son privativas de una personalidad determinada.

En la personalidad, en su acepción más amplia, se encuentran estos tipos de propiedades, lo cual no implica cerrar el paso a un estudio psicológico, con independencia del tipo de propiedades que destaque; además, se ve cómo la psicología marxista debe y tiene que estudiar las propiedades singulares de una personalidad concreta, y su individualidad psicológica.

Por diferentes causas, la observación y medición de ciertos rasgos es la vía más útil, y a veces la única posible, para comparar sujetos.

Un segundo aspecto, son las relaciones entre lo abstracto y lo concreto, que permiten describir el movimiento de la investigación. En sentido general, no es casual que la psicología surja como ciencia realizando trabajos analíticos. El primer momento del proceso de desarrollo del conocimiento psicológico, como de toda ciencia, fue, precisamente, de análisis. El análisis de lo concreto, vivo, existente y objetivamente integrado, debe derivar, en un primer momento, en un conjunto de abstracciones. No puede concebirse la reconstrucción de lo concreto en el pensamiento sin un proceso de análisis que procure, aunque de manera distorsionada, una primera visión del objeto de estudio.

Largos análisis han llevado a la psicología al establecimiento de ciertas síntesis o escuelas de pensamiento, que en su mayoría tienen un carácter aún abstracto; pero no puede olvidarse que la psicología científica es un producto tardío del desarrollo histórico.

Sin embargo, Maslow pretende ir más allá: clama por un enfoque sistémico del estudio psicológico. Aquí, de nuevo la interpretación histórica es lo único posible. Es indispensable reconocer que el concepto de sistema es un producto reciente del desarrollo de la ciencia, y el conocimiento de su esencia y su

descripción formal son resultados de mediados de este siglo.

Todo lo expuesto tiene consecuencias apreciables: pese a que es el producto tardío del desarrollo del conocimiento, la psicología tiene innumerables técnicas nomotéticas, y sus aplicaciones, cuando de un estudio ideográfico se trata, están en pleno proceso de investigación.

En la etapa actual del desarrollo de la psicología, el problema es desarrollar los métodos ideográficos y orientar los estudios nomotéticos de manera que sean productivos en la solución de problemas teóricos fundamentales. Productivos, no en términos del número de investigaciones realizadas, sino en términos de aumento de conocimiento relevante. Recordemos, aunque sea de paso, que los autores comprendidos en la tercera fuerza han realizado trabajos interesantes de carácter nomotético.

Sobre la base de estas consideraciones podemos hacer algunos señalamientos respecto al estudio de la individualidad humana, de sus aspectos singulares y su idiosincrasia, de acuerdo con la posición masloviana.

Maslow recomienda una forma empática, global, taoísta, de aceptación incondicional, que nos permita captar la estructura individual y comprender la forma en que los distintos elementos de una personalidad concreta se vinculan entre sí.

A partir de nuestros principios filosóficos, y a pesar de su parentesco con la fenomenología, esta técnica no puede refutarse. La única exigencia posible a este método es que sea capaz de lograr un incremento de nuestro conocimiento, pues el marxismo no se adscribe a una técnica particular de investigación, ni puede hacerlo, en una esfera particular del conocimiento como es la psicología.

Sin embargo, sí deben plantearse los vínculos entre el conocimiento ideográfico y nomotético.

La primera relación que puede establecerse es que el método ideográfico tomó fuerza, entre otras cosas, por el fracaso del método nomotético para tratar el caso individual. Además, sería imposible la comprensión (obsérvese que utilizamos este término y no explicación, siguiendo a los psicólogos humanistas) del caso individual, sin una concepción de la personalidad fragmentada, históricamente, con todos los métodos disponibles.

En efecto, podemos intentar aprehender la estructura de la personalidad, pero el que comprende no es una tabla rasa, sino un hombre capaz de asimilar gran parte del conocimiento

psicológico actual, el cual ha sido logrado, en alguna medida, gracias al enfoque nomotético.

Por último, la indagación en un caso concreto (ideográfica), cuando se repite, nos aporta conocimientos de carácter nomotético. De hecho, cuando Maslow investiga las características de los seres autorrealizantes, logra una síntesis de elementos que considera generalizables. ¿No son estos mismos elementos por los que después intentará conocer más profundamente otros casos individuales? ¿o esto es estéril al abordar un caso?

Esto significa que no basta con proclamar el deseo de captar la estructura del otro, sino que para hacerlo, en cada momento histórico, se parte de conceptualizaciones en las cuales se integran elementos obtenidos por vía nomotética.

En nuestra opinión, gran parte de los desaciertos adjudicados al método nomotético son producto de la incompreensión de su papel en la historia del pensamiento psicológico y, sobre todo, a una reacción contra enfoques basados en teorías psicológicas incapaces de orientarlos, de manera adecuada, para la solución de los problemas teóricos de la psicología.

De la misma forma, la sobrevaloración de la comprensión global, taoísta, del individuo, como medio de conocimiento psicológico, se basa en la incompreensión de sus reales limitaciones en el estudio de la personalidad, cuando se aborda de manera histórica este problema metodológico.

En resumen, las críticas al enfoque nomotético y la sobrevaloración del enfoque ideográfico, o viceversa, es el resultado de un incorrecto enfoque filosófico, que no permite una solución equilibrada al problema del conocimiento psicológico, lo que redundo, a su vez, en interpretaciones metodológicas unilaterales.

EL CONCEPTO DEL SÍNDROME

Para Maslow la personalidad es un síndrome. Este concepto, de acuerdo con su definición y particularidades (31; 37-44), no puede equipararse con su significado para la medicina, sino que es semejante al concepto de estructura.

Una definición, ofrecida por él, señala: «...síndrome es un complejo estructurado y organizado de especificidades aparentemente diversas (conductas, pensamiento, impulsos a la acción,

percepciones, etc.), las cuales, sin embargo, cuando se estudian profundamente, se encuentra que tienen una unidad común» (31; 32).

Todo síndrome, con las características definitorias citadas, puede estar constituido por subsíndromes, cuyas cualidades tienen una relación dinámica con las necesidades básicas y que están muy relacionadas entre sí.

La conducta, según este autor, está determinada por la personalidad. Cada acto tiende a ser expresión de la totalidad de la personalidad. Esto significa, más específicamente, que cada acto está determinado por cada uno y todos los subsíndromes de la personalidad («en adición a otros determinantes...» (31; 54).

Esto provoca una reacción contra la idea de la determinación de la conducta por un solo rasgo; pero significa, también, una serie de posibilidades de conformación de la conducta, incluso las que tienen poca relación con la estructura del carácter, esto es, conductas producidas por las condiciones externas o hábitos culturales; por ejemplo: entre los extremos de determinación de la conducta pueden ocurrir algunas dadas por uno o dos subsíndromes: «...un particular acto bondadoso puede estar más fuertemente relacionado con el síndrome de seguridad que con cualquier otro» (31; 55).

Los síndromes se caracterizan por una serie de propiedades, como son: intercambiabilidad de sus partes, determinación circular, tendencia a resistir los cambios, tendencia a restablecerse después de un cambio; tendencia a cambiar como un todo, consistencia interna, etcétera.

Casi todos los interesados en el estudio de la personalidad la ven como una estructura o, más modernamente, como un sistema. Por supuesto, los elementos de la misma y sus funciones son un problema más complejo. La personalidad es fluctuación constante y estabilidad, y para complicar el problema, cada una agudiza sus rasgos propios, irrepetibles y singulares.

Algunos autores prefieren establecer ciertos «depósitos» estructurales cuyo contenido cambia; otros, ciertos niveles funcionales; y los restantes se deciden por rasgos, o combinaciones de éstos. En última instancia, todas estas posiciones intentan ser respuestas a los mismos problemas. Ahora se trata de enjuiciar el contenido mismo del concepto masloviano de síndrome.

El contenido del síndrome, según Maslow, contiene elementos contrapuestos, a veces, y subraya la unidad funcional de todos

los procesos. Así, conductas, percepciones y pensamientos, se ven enlazados en un mismo síndrome; están intrínsecamente unidos a un síndrome particular, propiedades y estados psicológicos, lo cual es un aspecto positivo. No obstante, la base real de todo síndrome son las necesidades básicas: éstas son el elemento unificador del síndrome. Por tanto, en Maslow, el síndrome deviene una función de las necesidades básicas, y se tiñe de todas las críticas hechas a este concepto con anterioridad.

LA DETERMINACIÓN DE UN SÍNDROME

En nuestro criterio, desde el punto de vista metodológico, más importante aún que la concepción misma de síndrome, arrastrada por la teoría de las necesidades básicas, es el proceso según el cual se puede determinar un síndrome.

La definición de un síndrome de la personalidad, según Maslow, es un proceso iterativo, el cual ejemplifica con claridad en los estudios realizados por él de las personas autorrealizadas (31; 201).

Este proceso comienza con una creencia no técnica, y se define mediante la aplicación sucesiva de ella, cada vez con mayor rigor, a lo que se quiere buscar. Antes de cada nueva aplicación del concepto se eliminan sus contradicciones lógicas en la práctica, su inconsistencia, y se añaden los elementos teóricos necesarios. Así, un concepto no científico en su inicio deviene cada vez mejor operacionalmente, aun si el proceso descansa en el análisis clínico como técnica de investigación.

En nuestra opinión, esto ofrece por lo menos dos consideraciones valiosas. En primer lugar, Maslow se rige, en la delimitación teórica del síndrome, por una relación dialéctica entre la teoría y la práctica investigativa, sin basarse en una recogida empirista de síntomas; no utiliza el dudoso criterio de la validez en forma absoluta, ni hace énfasis sólo en las conductas (recordar la definición del síndrome en su aspecto formal). Es decir, su forma de trabajo al utilizar la iteración sí constituye una ruptura con el conductismo y la testología tradicional.

En segundo lugar, la iteración, por su carácter de proceso, no sólo permite una definición conceptual, sino que ayuda a introducir en un estudio técnicas y poblaciones nuevas en función de la necesidad real de la investigación.

EL ESTUDIO DE SUJETOS AUTORREALIZADOS. EXPERIENCIAS CUMBRES Y TRASCENDENCIA

Coincidimos con Maslow sobre la importancia teórica de estos estudios y el valor de su orientación metodológica; más aún si se reconoce que muchas de las concepciones psicológicas en boga son producto de investigaciones sólo de personas enfermas. Las personas autorrealizadas y los estados de éxtasis, olvido de sí, felicidad inmensa, unidad cósmica, etc., no habían sido estudiadas hasta el momento. Sin embargo, a partir de nuestras discrepancias en relación con su concepción de las necesidades básicas, se abren algunas interrogantes. No basta con describir a estas personas o experiencias, es necesario establecer cuál es el proceso que lleva a la personalidad autorrealizada. Es imprescindible desentrañar las relaciones entre la autorrealización y la sociedad.

Si se quiere describir ante los ojos de todos hasta dónde puede llegar una persona psicológicamente sana, podemos estar de acuerdo con Maslow. Pero de lo que se trata, en realidad, es de saber, con exactitud, cómo llegar a poder expresarse de forma autorrealizante. Y, en este punto, su teoría de las necesidades básicas desempeña un papel inverso: no permite comprender cómo se llega a la autorrealización; cuáles son, de manera objetiva, sus determinantes esenciales. La teoría masloviana impide adoptar la estrategia científica correcta en este caso: se detiene en la descripción del estado.

Otro aspecto a valorar con cuidado es que la psicología debe tener una amplia base fáctica, para evitar el sesgo. El estudio exclusivo de las personas autorrealizadas puede condicionar tantos artefactos en la investigación psicológica, como la investigación exclusiva de los enfermos.

BALANCE CRITICO DE SUS CONCEPCIONES METODOLOGICAS

La característica más típica de las posiciones metodológicas de este autor es la flexibilidad. A los métodos objetivos y la obsesión por el control opone la importancia de los problemas, sin desconocer la significación del método y el control. Estos factores aparecen en su obra en relación dialéctica con el carácter de los problemas.

Estos presupuestos conducen al autor a una adecuación del método a los problemas y a la búsqueda de soluciones ingeniosas para lograr dicha adecuación. Soluciones estas que, a largo plazo, no descartan el logro de la objetividad científica. Ello se observa, con claridad, en el tratamiento que da a la obtención de síndrome. Logra así una verdadera ruptura y avance en relación con el conductismo y el psicoanálisis.

Maslow realiza un verdadero aporte metodológico a la psicología cuando fundamenta el estudio de personas en el nivel más alto de desarrollo motivacional y sus estados psicológicos concomitantes. La tendencia a considerar las potencialidades humanas más que sus limitaciones, implica también una ruptura con el psicoanálisis, empeñado más en adjudicar tareas inevitables a los seres humanos que a explorar las posibilidades de su futuro.

En el caso de Maslow, el calificativo de tercera fuerza se justifica más desde el punto de vista metodológico, que por sus resultados teóricos, muy lastrados por su teoría de las necesidades básicas. No sólo la teoría de las necesidades básicas contribuye a la rigidez de la teoría, sino que, llegado cierto momento en su obra, las conclusiones y nuevas hipótesis se generan con demasiado atropello, y se separan de la base empírica apreciada en su obra *Motivación y personalidad*. Esto, evidentemente, es un serio peligro de la teorización.

Puede parecer un contrasentido nuestra valoración positiva de las actitudes metodológicas de este autor y la crítica a sus concepciones teóricas. Sin embargo, los elementos que hemos considerado positivos son los que están relacionados con los aspectos metódicos y técnicos de su obra.

La teoría de las necesidades básicas, piedra angular de su trabajo, se elabora bajo la concepción positivista y biológica que hemos criticado. No vamos a repetir que Maslow no adopta ante la teorización una postura metodológica correcta, la que asume las relaciones entre el ser y la conciencia en su devenir histórico-social.

En la medida que sus experiencias con los seres autorrealizados y el síndrome que los define, y el estudio de las experiencias cumbres y los estados de trascendencia, puedan verse con cierta independencia de sus postulados teórico-filosóficos, entonces, encontraremos en estos estudios, desde el punto de vista técnico, enseñanzas de gran validez. Esto no significa que

entre su teoría y los métodos utilizados no se den interrelaciones; sólo subrayamos los elementos que nos parecen valiosos.

En nuestro criterio, el estudio de las personas autorrealizadas, las experiencias cumbres y los estados de trascendencia, unido a los asuntos técnicos de su trabajo, son la causa de la inmensa popularidad de este autor norteamericano, más que sus proposiciones teóricas básicas. Al atacar de lleno los problemas centrales de la psicología del hombre sano, con una visión optimista, ha dado a sus lectores, sin diferenciarlos por su nivel cultural, profesión o intereses, un material cercano, que habla de ellos como son: de carne y hueso.

CONCLUSIONES

La teoría de las necesidades básicas propuesta por Maslow, recoge muchos elementos de la teoría psicológica freudiana: la esencia biológica del hombre, el principio del placer y las fijaciones en el desarrollo del individuo con sus posibles regresiones.

La analogía biológica, mediante la cual el autor pretende fundamentar su teoría de las necesidades básicas, no tiene en cuenta los hechos psicológicos que destacan la diferencia esencial entre la realidad biológica y la psicológica.

De esta forma, la teoría de las necesidades básicas se convierte en una simplificación abstracta que, además de impedir explicar conocidos hechos de carácter psicológico, aleja a los investigadores de problemas esenciales para el desarrollo de la psicología. Por tanto, aunque Maslow tiene una intuición correcta de la unidad de lo cognitivo y lo afectivo, su explicación parte de la teoría de las necesidades básicas, y no resulta convincente. Además, la concepción de los valores, al tener como base esta teoría, reduce éstos al funcionamiento biológico del hombre, sin analizar su grado de dependencia de los procesos objetivos de carácter histórico-social que intervienen en su formación y apropiación por parte de la personalidad.

Maslow, como todos los intuitivistas, sostiene en su obra dos esencias separadas: el hombre y la sociedad. Al reducir la caracterización de la sociedad al concepto de sinergia, el autor no tiene en cuenta los factores objetivos esenciales que la fundamentan. Por todo ello, la contraposición entre instintos débiles

y una cultura represiva es un círculo vicioso que, pensamos, no puede solucionarse a partir de hacer extensiva la psicoterapia.

Pese a hacer un énfasis correcto en las tendencias al desarrollo y en el papel de las decisiones, es incapaz de explicar, de manera rigurosa, la regulación a nivel psicológico del proceso del desarrollo.

Se aborda con acierto en la obra del autor la contraposición entre problemas y métodos en el estado actual de desarrollo de la psicología. No obstante, la contradicción planteada entre el enfoque nomotético e ideográfico desconoce el carácter histórico del proceso de desarrollo del conocimiento psicológico, que justifica los diversos enfoques.

Es un importante valor en la obra de Maslow el estudio de las personas autorrealizadas, las experiencias cumbres y los estados de trascendencia, en tanto se relacionan con importantes mecanismos de la motivación humana.

La descripción de este autor de la determinación de un síndrome es un ejemplo acertado de adecuación del método a los problemas en el estado actual de la psicología. El proceso iterativo, en nuestro criterio, no sólo es valioso en el proceso de definición de categorías, sino también desde el punto de vista técnico.

CARL ROGERS

CRITICA DE LA SOCIEDAD CAPITALISTA NORTEAMERICANA

Antes de exponer las posiciones teóricas y metodológicas de Carl Rogers, parece conveniente comentar la actitud crítica de este autor ante los problemas de su sociedad.

La psicología humanista o tercera fuerza es un grupo que en una u otra medida, ha sido compulsado en sus estudios no sólo por una oposición teórica en relación con el conductismo y el psicoanálisis, sino también por una situación social que es, en cierto grado, responsable de los problemas psíquicos de las personas y a la cual, desde el ángulo de la psicología, algunos han enfrentado.

Carl Rogers explicita esta actitud crítica en su obra, lo cual se refleja en las palabras siguientes: «La parte de la cultura occidental que se desarrolló en Estados Unidos parece estar en un proceso de decadencia. La convicción, cada vez más intensa, que las personas tienen de que son incapaces de gobernarse a sí mismos —lo que representa una creciente falta de fe en el proceso democrático—, acaso sea el síntoma más importante de este hecho. Nuestros ciudadanos creen que nuestras ciudades escapan al control de los administradores elegidos. Los deberes y los derechos cívicos dejaron de tener una importancia vital. Si se sometiese a un plebiscito la Declaración de los Derechos Humanos de la Constitución muy probablemente sería derrotada. Es profundo el escepticismo en relación al gobierno y a sus miembros. La desconfianza es recíproca. El gobierno desconfía profundamente de los ciudadanos. Caminamos a paso firme hacia un régimen militar en el que la fuerza sea la autoridad suprema. Las recientes denuncias de que fue blanco la élite federal del poder, muestran claramente que la mentira, el fraude, la invasión delictiva de la vida privada, la falta de respeto a la ley, la vigilancia policiaca, el tormento y la prisión a

que son sometidos los disidentes, han constituido los procedimientos políticos empleados para someter al pueblo. Nuestra política exterior indica también que estamos a un paso del totalitarismo. La creencia de que el poder produce la justicia. En las guerras no declaradas y secretas, el bombardeo de gentes indefensas, sin ninguna consideración por sus derechos humanos y políticos, se estima medio adecuado para alcanzar la meta diplomática llamada paz.

«Pero no encontramos estas fallas en la esfera gubernamental sólo. También se encuentran en decadencia las demás instituciones. La iglesia dejó de ejercer hace algún tiempo una influencia social significativa. La familia como institución se encuentra en un estado de desorden y confusión; en la mayoría de ellas predomina la distancia entre los cónyuges y entre los padres y sus hijos adolescentes.

«Desde un punto de vista económico, la situación es curiosa. La nación más rica del mundo es incapaz de proporcionar una adecuada asistencia sanitaria a sus habitantes. Los esfuerzos para exterminar la pobreza son a su vez exterminados por el hecho de que el 8% de la población tiene una renta mayor que el 50% que constituye la capa inferior. Tal separación entre los pobres y los ricos de este país y entre las naciones pobres y las naciones ricas, en el conjunto mundial, aumenta cada vez más. Hay empresas poderosas que no sólo ejercen una extraordinaria influencia sobre nuestro gobierno y sobre nuestras vidas, sino que también se inmiscuyen altaneramente en los asuntos de países extranjeros. En la actualidad los altos cargos administrativos están ocupados predominantemente por hombres ricos, de tal manera que de nuestros cien senadores, supuestos representantes del pueblo, 40 son considerados multimillonarios. El hombre de la calle no cuenta con representantes sensibles y solidarios ni en el plano de la institución en la que trabaja, ni en el gobierno que lo dirige» (47; 231-232).

Rogers es consciente de una situación de crisis en el plano económico, social y espiritual, y esto lo impele a la denuncia, lo que lo coloca en una posición de carácter progresista, frecuente en los psicólogos humanistas. No obstante, como en todos ellos, la solución es insuficiente: cambiar a las personas.

Por supuesto, los que así hablan se ubican en una posición progresista, pero no son, ni siquiera, simpatizantes del comunismo. Cualquier persona con el grado de honestidad suficiente

y la preocupación social necesaria, es capaz de reflejar de manera coherente el estado de crisis capitalista.

Presentadas estas ideas, como ejemplo de las posiciones asumidas en lo político-social por algunos de los representantes de la tercera fuerza, podemos entrar de lleno en el análisis de las proposiciones rogerianas, en específico, las psicológicas.

POSICIONES TEORICAS

La teoría de Rogers, pese a su simplicidad aparente, es en realidad de gran complejidad. Basta decir que la teoría está conformada por unas 40 categorías, y se extiende al individuo normal, el psicológicamente afectado, la terapia, las relaciones interpersonales, y diversas esferas, como la dirección, la familia, la educación, y otras.

El nombre de este autor, por lo general, se asocia a la creación de la psicoterapia no directiva o centrada en el cliente.

Para la exposición de su contenido vamos a guiarnos, en lo fundamental, por una descripción sistemática de la teoría realizada por su autor (40) a petición de la American Psychological Association, pues, como él mismo dice: «Trabajé con más ahínco en esta formulación teórica que en cualquier otra cosa escrita antes o después. En mi opinión, formulé la teoría sobre el proceso de cambio de la personalidad y del comportamiento más rigurosa jamás presentada hasta entonces» (47; 47).

La formulación de la teoría rogeriana, desde el punto de vista histórico, comenzó por el intento de buscar un ordenamiento en el proceder psicoterapéutico, de ahí que sea, en primer término, una teoría de la psicoterapia. En la misma medida en que sus concepciones se desarrollaban, comenzó a tomar cuerpo una teoría de la personalidad, y, más tarde, una teoría de las relaciones interpersonales, así como diversas aplicaciones.

En realidad, la teoría de Rogers se compone de varias teorías, que pueden analizarse con cierta independencia. Por ello, las vamos a describir en el orden que parece más comprensible y también incluiremos algunas cuestiones que han sufrido modificaciones, como se expresa en obras más recientes. Dada la coherencia de sus categorías, nos parece más adecuado, para

su mejor comprensión, realizar la descripción completa de su teoría y pasar con posterioridad al plano de la crítica.

DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

Según Rogers, durante la infancia, el individuo percibe su experiencia como una realidad. Esta experiencia constituye para él la realidad y, por tanto, tiene más posibilidades que cualquier otra persona de saber lo que es su realidad, pues sólo él domina sus puntos de referencia internos.

Experiencia significa simbolizar —sea o no a nivel verbal—, de forma adecuada, en el plano de la conciencia, los hechos sensoriales o viscerales (47; 27). El marco de referencia interno es el campo de percepciones, sensaciones, significaciones y recuerdos asequibles a la conciencia en cada momento (47; 45), y la conducta del individuo es un intento orientado del organismo a realizarse en la realidad, tal como él la percibe.

La tendencia a la realización constituye un concepto capital en la obra de Rogers. Ella es innata, y es el organismo, como totalidad, quien la expresa. Existe en todas las formas de vida y es, en esencia, un proceso vital que tiende a la diferenciación, mantenimiento y preservación de la vida, y a su expansión continua (47; 24-25).

En el proceso de interacción del organismo; que se comporta como un todo, como una Gestalt, se da un proceso de valoración orgánica de la experiencia. Esto significa que el organismo valora su experiencia, para lo cual toma como criterio la tendencia a la realización, de tal forma que la satisfacción o insatisfacción aparecen allí donde la tendencia a la realización es favorecida o entorpecida en su experiencia respectiva (47; 44).

Con la valoración orgánica, el organismo puede orientarse hacia la búsqueda de experiencias, percibidas como satisfactorias, es decir, favorables a su enriquecimiento, y evitar las insatisfactorias.

Una parte de la experiencia del organismo se simboliza en la conciencia y se describe como experiencia del yo, hasta el momento del desarrollo adecuado para la formación del concepto del yo (o sí mismo), que también formará parte de su campo experiencial y que es, por tanto, objeto de percepción.

El yo (o concepto del yo o de sí mismo) consiste, para Rogers, en una Gestalt compuesta de percepciones del yo y de sus relaciones con los otros y el ambiente. Éste es un proceso, pero en un momento dado es una entidad específica disponible a la conciencia (47; 30). Es decir, el yo o concepto del yo es una estructuración que se forma en la experiencia del organismo, en su experiencia vital, y con cierta participación de la conciencia.

En la misma medida que el concepto del yo se exterioriza, surge la necesidad de consideración positiva, la cual es universal y se supone adquirida. La gratificación de esta necesidad se logra por medio de inferencias de la experiencia del individuo en su relación con otras personas. Este proceso es recíproco, así, cuando se satisface la necesidad de consideración positiva en otro, también resulta gratificante para el organismo.

Los efectos de la gratificación de la necesidad de consideración positiva, tanto en el individuo como en otro, son tan intensos que la persona puede preferir estas experiencias a las que tienen valor positivo para la realización del organismo.

Cuando la consideración positiva es experimentada de manera independiente de las manifestaciones de consideración positiva por parte de los demás, se denomina consideración positiva de sí mismo, y da paso al surgimiento de una nueva necesidad adquirida de sí mismo. «De igual forma —dice Rogers— que la consideración positiva, la consideración positiva de sí mismo que se experimenta en relación con cualquier experiencia del yo o grupo de experiencias del yo, se comunica al complejo de consideración del yo global» (47; 66).

El término complejo de consideración «destaca el carácter estructural y dinámico de las experiencias que implican una consideración positiva o negativa por parte del otro» (47; 42). Es una Gestalt de experiencias relativas al yo que implican consideración positiva.

La necesidad de consideración positiva de sí mismo se desarrolla a partir de la asociación de experiencias con la gratificación o frustración de la necesidad de consideración positiva.

Un proceso importante es el desarrollo de la valoración condicionada de sí mismo. Éste ocurre cuando se buscan experiencias del yo porque se percibe que otro, personalmente significativo, las valora de manera positiva. De esta forma se vuelve selectiva la consideración positiva de sí mismo, de acuerdo con la

consideración de otro y no con la relación con la propia experiencia orgánica.

Lo más valioso para la personalidad sería que el sujeto experimentara una consideración positiva incondicional de sí mismo, lo que no plantearía discrepancias entre su valoración orgánica y su necesidad de consideración positiva. No obstante, la valoración condicional aparece en las personas en grado diverso, y su monto determina la posición del sujeto en un continuo cuyos polos son el funcionamiento pleno o la patología.

La valoración condicional trae como consecuencia la introducción de pautas.

TEORÍA DEL FUNCIONAMIENTO PLENO DE LA PERSONA

Si la necesidad de consideración positiva y la necesidad de consideración positiva de sí mismo se gratifican, la tendencia innata a realizar las potencialidades y la capacidad del individuo para simbolizar de manera adecuada a nivel conciente se expresan sin obstáculo, lo cual permite el funcionamiento óptimo de la personalidad.

El individuo que funciona de manera plena presenta, según Rogers, las características siguientes:

1. Está abierto a su experiencia y, por tanto, no manifiesta conductas defensivas.
2. Todas sus experiencias son accesibles a la conciencia; es decir, pueden ser simbolizadas de manera adecuada.
3. Sus percepciones son tan exactas como lo permiten los datos de su experiencia.
4. La estructura del yo es congruente con la experiencia.
5. La estructura del yo es una Gestalt fluida que se modifica con flexibilidad en la asimilación de nuevas experiencias.
6. El sujeto se percibe como centro de valoración y el proceso de su valoración es continuo y orgánico.
7. El proceso de valoración no está sujeto a condiciones externas (valoración condicional) y, por tanto, se experimenta un sentimiento de consideración positiva incondicional de sí mismo.
8. Es adaptativo y creativo.
9. Descubre que es capaz de valoración autónoma y que ella

representa una guía para lograr conductas más satisfactorias:

10. Dado que la consideración positiva recíproca es gratificante, el individuo vive en armonía con los demás (47; 82-83).

Aunque, según el autor, el sustrato de toda motivación humana es la tendencia a la realización, esta tendencia puede llevarlo a buscar comida o satisfacción sexual y, no obstante, a menos que sean muy grandes, serán buscados de manera que promuevan la autoestima.

EL DESARROLLO PATOLÓGICO

El inicio del desarrollo patológico se ubica en fases tempranas de la vida del individuo, y se debe al desarrollo de la incongruencia entre el yo y la experiencia.

Con el desarrollo de la valoración condicional de sí mismo, y el carácter selectivo que este proceso imprime a la percepción de su experiencia, algunas de éstas son percibidas y simbolizadas a nivel conciente; y las contrarias a la valoración condicional (es decir que otro no le daría su valoración positiva y por tanto sería frustrante para el individuo) son distorsionadas o negadas. Este proceso genera un cierto grado de incongruencia entre el yo y la experiencia, e implica cierto grado de inadaptación psicológica y vulnerabilidad.

Como consecuencia de la incongruencia entre el yo y la experiencia se generan trastornos en la conducta: algunos son congruentes con el yo y se simbolizan; otros enriquecen partes de la experiencia no asimiladas a la estructura del yo y se perciben de manera selectiva y distorsionada, para hacerlas congruentes con el yo.

Las experiencias no congruentes con el yo se suscriben, es decir, se reconocen por debajo del nivel conciente, como amenazantes; pues, si fueran concientizadas, la necesidad de consideración de sí mismo se vería frustrada y se desencadenaría la angustia.

Mediante los procesos de defensa —distorsión de la experiencia— es posible mantener la congruencia entre la experiencia, la estructura del yo y las condiciones de valoración.

Si el estado de incongruencia entre el yo y la experiencia es grande, entonces una experiencia significativa puede poner de

manifiesto la incongruencia, lo que el individuo suscribe y siente angustia. Ante esta situación, las defensas psicológicas del sujeto para distorsionar la experiencia pueden no ser eficaces y la incongruencia puede ser concientizada, lo cual provoca la desorganización psíquica.

El estado de salud y la enfermedad están en un continuo, y uno se desprende lógicamente del otro durante el desarrollo de la personalidad (formación de la valoración condicional), dados una cierta deformación del yo y ciertas experiencias significativas.

La formación de la valoración condicional implica una cierta deformación del yo, pero como éste es una Gestalt, tiende a mantener su conformación y, por eso, hay parte de la experiencia que no se concientiza, si su percepción puede dar lugar a la insatisfacción de la necesidad de valoración positiva de sí mismo. Debido al carácter gestáltico del yo, es comprensible que, si una experiencia importante para el sujeto es concientizada y va en contra de la valoración condicional, el yo pueda variar de una forma total y el sujeto sienta una desvalorización de su persona, la aceptación de sí mismo se transforma en rechazo.

El proceso de valoración condicional estimula la introyección de pautas y toma de decisiones, sobre la base de ciertos conceptos u opiniones de otras personas, grupos u organizaciones de valor para el sujeto. Es, por ejemplo, el caso de un individuo cuya pareja no es aceptada por sus padres, lo cual puede frustrar la necesidad de consideración positiva de este sujeto por parte de sus padres, y la necesidad de consideración positiva de sí mismo, al pensar que si no sigue la orientación paterna es un mal hijo. Todo ello, como mecanismo de defensa, desencadena una deformación de su experiencia, de tal forma que la pareja posible se experimenta de manera negativa. Resultado: el individuo no hace una real valoración orgánica, es decir, no compara su experiencia con la posible pareja con su tendencia a la realización. Su marco de referencia no es interno.

La repetición de procesos semejantes hace que el individuo supere cada vez más la valoración orgánica que constriñe sus tendencias a la realización y, para protegerse, levante defensas sobre la base de la distorsión de sus experiencias. De esta forma, evita la angustia que se desencadenaría si concien-

tizase su problemática. Nos encontramos aquí en el proceso patológico.

Cierta experiencia significativa, es decir, un comportamiento extraordinario por parte de la pareja, o bien una desvalorización repentina de los padres, puede llevar a la concientización de su situación y, por tanto, a una desestructuración del yo, pérdida de la valoración de sí, etc., que, como no está preparado para manejar, ocasiona una crisis aguda neurótica o psicótica.

TEORÍA DE LA TERAPIA

En la teoría de la terapia rogeriana hay dos puntos de partida fundamentales: en primer lugar, él se propone establecer las condiciones que permiten un proceso terapéutico exitoso, más que una técnica particular; en segundo lugar, estas condiciones, según él, son universales y no tienen en cuenta el tipo de paciente, diagnóstico, o cualquier otra condición del cliente.

Para Rogers, las condiciones de un proceso terapéutico exigen que

1. Dos personas estén en contacto.
2. La primera persona, el cliente, se encuentra en un estado de incongruencia, de vulnerabilidad o de angustia.
3. La segunda persona, el terapeuta, sea congruente en la relación con el cliente.
4. El terapeuta experimente una condición positiva incondicional hacia el cliente.
5. El terapeuta experimente una comprensión empática hacia el contexto de referencia interno del cliente.
6. El cliente perciba, por lo menos en un grado mínimo, las condiciones 4 y 5 (47; 49-54).

La congruencia del terapeuta se refiere a que sea él mismo en su consideración incondicional y empática del cliente.

La consideración positiva incondicional es un concepto básico de la teoría de Rogers, y significa que el terapeuta debe aceptar como dignas de atención todas las expresiones del sujeto y no tratar de dictarle orientaciones o darle consejos. Según la teoría, el paciente debe comprender él mismo sus problemas y su tendencia a la realización se impone si tiene condiciones

para ello. Precisamente la consideración positiva incondicional es la condición más importante para que ocurra este proceso.

La comprensión empática, en lo fundamental, es un método fenomenológico por esencia, mediante el cual el terapeuta puede comprender qué ocurre en el sujeto. Es el complemento básico de la actitud de consideración positiva incondicional, pues que el terapeuta a través de la empatía logre colocarse en el marco de referencia interno del cliente, le posibilita aprehender y aceptar sus manifestaciones, completamente legítimas.

Según Rogers: «El estado de empatía, o de comprensión empática, consiste en percibir correctamente el marco de referencia interno de otro, con los significados y componentes emocionales que contiene, como si fuera la de otra persona, pero sin perder nunca esa condición "de como si" (...) Si esta condición "de como si" está ausente, nos encontramos ante un caso de identificación» (47; 45).

Dadas estas condiciones, en el contexto terapéutico puede lograrse un proceso de reintegración psíquica. Como consecuencia de la consideración positiva incondicional del terapeuta y el proceso empático por medio del cual se comprende al cliente desde su marco de referencia interno, el sujeto tiene posibilidades de valorar su experiencia de forma no condicional: al ser aceptada su valoración crecerá la valoración positiva incondicional de sí mismo y logrará, de manera paulatina, simbolizar conscientemente las amenazas e integrarlas al concepto del yo. Esto redundará en un individuo mejor adaptado, libre de tensiones incontroladas y, por tanto, de un mejor funcionamiento psicológico general (47; 54).

En esencia, ocurre que estas condiciones permiten al cliente volver a valorar, de manera orgánica, su experiencia, es decir, tomando como criterio de valoración su tendencia a la realización.

Como parte de su trabajo científico, Rogers realiza una descripción del proceso terapéutico en función de una serie de parámetros: la comunicación del sí mismo, reconocimiento de significados y sentimientos personales, rigidez de los contactos personales, relación comunicativa y percepción de problemas propios.

Sólo con el objetivo de dar una idea del proceso, resumimos aquí algunos datos relativos a la expresión de sentimientos en

diversas etapas (38; 123-143). El proceso terapéutico, en el contexto descrito por él, tiene siete etapas:

Primera etapa: en ésta, por lo general, no se solicita la ayuda del terapeuta. Ello se debe a que los propios problemas no se perciben, las relaciones se sienten peligrosas, el sí mismo no quiere ser revelado y el sujeto no manifiesta deseos de cambios.

Segunda etapa: comienza a fluir la expresión, pero es absolutamente externa al sujeto. «La desorganización sigue reinando en mi vida», «Nunca puedo hacer nada bien», «Mi problema es estar deprimido».

En estas dos primeras etapas existen dificultades en el éxito con el paciente; el problema fundamental parece residir en encontrar las vías para que el paciente reconozca la aceptación positiva incondicional del terapeuta.

Tercera etapa: se comienzan a revelar sentimientos, pero no se aceptan. Son considerados vergonzosos, malos, anormales e inaceptables. «Había tantas cosas malas que no podía contarle a la gente.»

Cuarta etapa: el paciente puede acercarse a su experiencia, pero le es difícil aceptarla de manera conciente. «Hay un nudo en alguna parte de mí...», «Me dan ganas de enfurecerme y llorar y huír!»

Quinta etapa: los sentimientos comienzan a ser reconocidos en tiempo presente, pero inspiran temor. «Se me escapó y en realidad no lo comprendo. Estoy tratando de entender qué es ese terror.»

Sexta etapa: el sentimiento es experimentado en presente de forma inmediata y sin temor. «Esto me toca muy cerca, esta idea de amarme y cuidarme. Es muy linda, linda.»

Séptima etapa: los sentimientos se experimentan tanto dentro como fuera de la relación terapéutica.

TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERPERSONALES

La teoría de las relaciones interpersonales tiene como base empírica los datos aportados por la psicoterapia, al estilo rogeriano. Ello es posible porque la relación psicoterapéutica se asume como un caso, particular, de las relaciones interpersonales.

Para que la comunicación tenga un efecto positivo, cada participante en el proceso debe presentar un elevado grado de congruencia interna entre su experiencia de comunicación con el otro, su simbolización de esta experiencia y la expresión conciente verbal o no verbal de esta experiencia. Cuando esta congruencia desaparece, al menos en uno de los participantes del proceso de comunicación, el otro se percata de las contradicciones y ambigüedades, y, entonces, sólo atiende a los elementos manifiestos de la expresión del otro. En la misma medida, si la incongruencia aparece en ambos partícipes de la comunicación, el proceso representa una amenaza y la relación tiende a resquebrajarse.

Si hay una alta congruencia en los que entran en relación, entonces la comunicación es eficaz, y se caracteriza, cada vez más, por sentimientos de consideración positiva recíproca de los participantes, lo cual gratifica a ambos.

Los procesos descritos pueden darse cualquiera que sea el número de personas con las cuales un sujeto entre en relación, y la expresión de la congruencia tendrá entonces valores diversos y, por tanto, se darán todo tipo de relaciones.

La resolución de los conflictos de grupo requiere, al menos, de un sujeto facilitador, que experimente consideración positiva incondicional y empática hacia los demás sujetos, por lo menos en relación con el aspecto conflictivo.

Estos factores (empatía y consideración positiva incondicional) deben percibirse por los restantes miembros del grupo. Debido a ello, cada elemento del grupo considerará sus experiencias hacia los demás como menos amenazantes, y podrán simbolizar de manera adecuada el objeto real de la comunicación y su experiencia en relación con él.

APLICACIONES. SU TEORÍA

Aunque las posiciones teóricas de este autor, como es comprensible, pueden ser aceptadas y criticadas en sí mismas, debemos mencionar algunas de sus extensiones a situaciones prácticas; primero porque es una teoría que, más que otras de la tercera fuerza, ha buscado extender sus aplicaciones con el afán de validarse y, segundo, porque mediante esas extensiones se comprende mejor todo su sistema teórico y sus consecuencias.

El contenido de la teoría de Rogers y este afán de aplicación práctica en las más variadas esferas de la vida, le dan a esta obra cierto carácter revolucionario silencioso. Según un autor: «Carl Rogers no es conocido por su política. Es más probable que la gente asocie su nombre con innovaciones muy aplaudidas en técnica de asesoría, teoría de la personalidad, filosofía de la ciencia, investigación en psicoterapia (...) Pero en años recientes, yo he llegado a pensar sobre él más en términos de una figura política, un hombre cuyos efectos acumulativos en la sociedad lo han hecho uno de los (...) revolucionarios sociales de nuestro tiempo» (18; 147).

Estas aplicaciones, aunque en fase experimental, revelan cuestiones preocupantes, pues al ser la teoría un sistema cerrado no tiene en cuenta, muchas veces, factores esenciales para el manejo de ciertas situaciones.

En sus aplicaciones a la educación del niño en la familia, la teoría es bastante consistente: la piedra angular de la influencia positiva en el niño es la valoración positiva incondicional del mismo. Ello no significa que la educación se centre de manera absoluta en el niño; se admite que sus padres tienen también derechos legítimos, los cuales deben hacérsele comprender al niño (es esta una cuestión que muchos padres olvidan, convirtiendo al niño en un ser insoportable, primero, hasta llegar al desarrollo de tendencias antisociales en éste). El asunto básico, según Rogers, para que este respeto recíproco se logre, es evitar las conductas e imposiciones autoritarias, y desde muy temprano, comenzar el intercambio de vivencias entre padres e hijos.

Una aplicación de mayor preocupación es la del matrimonio. Las bases son las mismas, es decir, la valoración positiva incondicional de los cónyuges. No obstante, en los protocolos presentados por Rogers (39) aparece una complicación importante: la consideración positiva incondicional se extiende al intercambio sexual de los cónyuges fuera de su relación, y el resultado más frecuente en la práctica, si se es consecuente con la teoría, es una especie de familia extendida, artificialmente injertada en un contexto socio-económico no correspondiente con ella.

No se trata de enjuiciar, de manera prejuiciada y dogmática, estos resultados. La familia extendida ha existido y existe en muchas culturas, y su efectividad para el mantenimiento y desarrollo de las mismas no se puede cuestionar. Sin embargo, la

familia nuclear monogámica, tal como existe en la cultura occidental, es producto de un complejo proceso socio-histórico, que no puede desconocerse cuando se habla de transformación.

La pregunta es, entonces, si desde el punto de vista socio-económico y afectivo, es posible generalizar la familia extendida. La respuesta, en nuestra opinión, es negativa, tanto en el capitalismo, como en el socialismo en su etapa actual. Puede haber excepciones, las ha habido y las habrá en el futuro, pero el problema general depende de factores que no están contenidos en la teoría de Rogers. Las leyes objetivas de la sociedad no pueden ser determinadas por la psicología individual ni social.

Las aplicaciones en la educación resaltan también la valoración positiva incondicional, y la libertad individual se expresa en que el individuo y los grupos pueden elegir libremente no sólo las normas de la disciplina escolar, sino, además, el contenido de la enseñanza.

La proposición del sentido común que refiere que se aprende mejor lo que nos interesa, no merece ser cuestionada, lo principal es que el contenido de la educación, en todas las sociedades occidentales actuales, no constituye sólo una función de la autorrealización del individuo.

La educación es, sobre todo, una función de las necesidades económico-productivas y de servicio de la sociedad, tanto en el capitalismo como en el socialismo. Ella sirve para preparar al ser humano para asumir la dirección, control, investigación y creación de nuevos medios científicos y técnicos.

El contenido de la enseñanza tiene, necesariamente, que estar supeditado a objetivos socio-económicos; de otro modo, confiando en las simples necesidades personales, no puede garantizarse el personal adecuado.

Por supuesto, estos factores, más allá de los factores intrapsíquicos e interpersonales, no están contenidos en la teoría de Rogers.

No debe entenderse, por ello, que abogamos por una educación autoritaria. En nuestra opinión las técnicas de Rogers pueden ser muy útiles en ciertos contextos educativos, tales como la formación de valores morales, la reeducación (delincuentes, drogadictos, alcohólicos), la esfera sexual en tanto se liga a un patrón moral, en la formación artística general de las personas, etcétera, las cuales no se utilizan y se pierden muchas de las potencialidades reales de los estudiantes. Lo discutible es la po-

sibilidad de generalización incontrolada de la teoría de Rogers, y que se asuman los factores por él planteados como los únicos que defienden la educación contemporánea.

En las aplicaciones de Rogers a la solución de conflictos, sean de índole nacional, laboral e incluso entre países y potencias, utiliza los mismos principios, y peca, por tanto, de los mismos defectos: se ignoran los factores sociales, económicos, históricos y políticos, muchas veces irreconciliables, que determinan de manera objetiva los conflictos.

En la actualidad no existen dudas sobre la importancia del proceso de comunicación en todas las áreas donde la relación interpersonal está presente. Y Rogers ha hecho lo suyo para intentar clarificar, de manera científica, este proceso y revelar su importancia en el desarrollo de la personalidad. Así, nos ha legado cosas útiles, tanto desde el punto de vista teórico como técnico psicológico.

No obstante, la restricción de todas estas aplicaciones a procesos psicológicos de comunicación y del desarrollo humano es una reducción, desde el mismo momento que se obvian factores esenciales presentes en los complejos fenómenos sociales.

PRINCIPIOS BÁSICOS DE SUS CONCEPCIONES

Pudiera parecer extraño que exponamos los principios casi al final de la teoría. No obstante, desde el punto de vista rogeriano, estos principios se han plasmado y cobrado fuerzas en la misma medida que él actuaba, no sólo como terapeuta, sino, también, como científico.

De acuerdo con el contenido de este libro, la exposición de estos principios, seguramente captados en la propia exposición de la teoría de Rogers, nos revela con claridad por qué la ubicación de este autor en la tercera fuerza o psicología humanista.

En nuestro criterio pueden señalarse los principios siguientes:

Primero: la tendencia a la realización, definida como tendencia biológica, innata, que lleva a la diferenciación, mantenimiento y superación del organismo, y constituye el sustrato motivacional de éste.

Segundo: en virtud de esta tendencia, el individuo trata de ser lo que es. Quiere decir, busca la plenitud mediante la acepta-

ción de sí mismo y sus más diversas experiencias; es capaz de concebirse como un proceso en cambio permanente; y logra una coherencia entre sus intenciones y su conducta.

Tercero: cada persona es plena en un sentido muy específico para ella; en este sentido es singular e irrepetible.

Cuarto: para llegar a esta plenitud es necesario pasar por un proceso, a veces doloroso, que implica: 1) lograr una simbolización (concientización) progresiva de todos sus sentimientos y experiencias; 2) en este proceso es importante la libertad del individuo para la toma de decisiones, facultad que posee.

Quinto: el proceso que ubica en las decisiones del individuo el desarrollo de su plenitud, es un regreso a la confianza en el organismo. El organismo resulta más sabio que el intelecto y, de esta forma, las reacciones orgánicas son la base para las decisiones. Este proceso desaloja de manera progresiva la valoración condicional y las pautas introyectadas. En última instancia, ello significa la confianza en la tendencia a la realización.

Sexto: como una especie de corolario del punto anterior, se definen los valores sanos y verdaderos para el individuo, los surgidos o aceptados por su organismo.

Séptimo: todo este proceso es la única base adecuada para la relación interpersonal. Ésta debe posibilitar el enriquecimiento del individuo; e individuos más plenos y ricos son capaces de establecer mejores relaciones.

Octavo: para que la relación interpersonal adopte estas características es necesario la aceptación positiva del otro y la empatía. El ser comprendido resulta gratificante, y el comprender también, sólo así el vínculo se hace sólido y enriquecedor.

PRODUCTIVIDAD CIENTÍFICA DE LA TEORÍA

La teoría rogeriana es, entre las de la tercera fuerza, la que más ha impulsado la investigación empírica. Esto se explica por la inquietud de Rogers de transmitir sus hallazgos en el lenguaje más comprensible para los científicos, lo cual ha condicionado su énfasis en la formulación de categorías operacionalizables, cuestión olvidada, tanto por sus críticos, como por sus apolo-

Como la teoría surge, en lo fundamental, de la relación terapéutica, no es de extrañar que, tanto los fenómenos y procesos de la psicoterapia, como sus resultados, sean las áreas de su teoría más generadoras de investigación.

Por otra parte, en esta área casi no se habían desarrollado investigaciones empíricas, por lo cual es un gran mérito de Rogers haber proyectado la terapia del contexto del proceso interpersonal y oculto, al campo de la investigación científica.

Las inquietudes de esta teoría se han manifestado en concreto en las investigaciones sobre el centro de valoración del cliente y su cambio durante la terapia; cambios fisiológicos concomitantes al proceso terapéutico; relación de las técnicas psicoterapéuticas con la recuperación del cliente; modificaciones del concepto de sí mismo en el proceso terapéutico; madurez que aporta el proceso terapéutico; influencia de la empatía en el proceso terapéutico; cambios que produce la terapia breve en relación con la terapia de larga duración; comparaciones entre la terapia adleriana y la centrada en el cliente; comparación del proceso terapéutico en esquizofrenias crónicas, agudas e individuos normales.

Las relaciones interpersonales en la enseñanza se han relacionado, de manera significativa, con la lectura en alumnos de tercer grado, los promedios de calificaciones y el aumento del interés y la productividad del trabajo escolar. En estas investigaciones se han utilizado técnicas conocidas, como el Inventario Multifacético de la Personalidad de Minnesota (MMPI), test de Rorschach; test de apercepción temática (TAT); la prueba Q, de Stephenson; el diferencial semántico, de Osgood.

De las necesidades especiales de estos estudios se ha descubierto el perfeccionamiento de análisis formales del lenguaje para el análisis de contenido de las entrevistas grabadas, y escalas de madurez basadas en la conceptualización rogeriana.

BALANCE CRÍTICO DE SUS CONCEPCIONES TEÓRICAS

La teoría de Rogers, desde nuestro punto de vista, constituye un sistema complejo cuyos principios y categorías merecen ser estudiados con profundidad y serenidad crítica, debido a su valor cognoscitivo. A nuestro juicio, hay varias concepciones contenidas en el sistema cuyo valor debe tenerse presente.

Rogers da una importancia adecuada al papel de la autoconciencia y la autovaloración de las personas. En su teoría, el autor expone mecanismos concretos de formación y desarrollo y, muy en especial, tiene en cuenta que estas formaciones dependen, en gran medida, de la valoración social.

El concepto de valoración condicional permite, al menos en teoría, comprender la base de los conflictos intrapsíquicos, determinantes del desarrollo de estas formaciones. Estos conflictos intrapsíquicos están socialmente condicionados en el proceso de desarrollo, uno de cuyos factores puede ser la imposición moral socialmente condicionada.

En la teoría de Rogers, con independencia de la tendencia biológica del individuo, se destacan las necesidades adquiridas socialmente; son ellas: la necesidad de valoración positiva y la necesidad de valoración positiva de sí mismo, que tienen un desarrollo producto del intercambio social, y que surgen, ontogenéticamente, la una de la otra.

Mediante estos conceptos, el autor subraya los sutiles mecanismos que, en diversos campos de actividad humana, condicionan el desarrollo de la personalidad, por la vía de la plenitud o del desajuste psicológico.

La autodeterminación de la personalidad se destaca también como una de las metas fundamentales del desarrollo psicológico, y señala condiciones, cuyo estudio resulta muy interesante, para que el organismo cumplimente este objetivo.

En esta teoría, desde el principio mismo del desarrollo ontogenético, se acepta la estricta unidad entre los factores afectivo y cognitivos. Estos no se asientan, de manera exclusiva, en el sustrato biológico, pues el comportamiento, según Rogers, está determinado por factores tan complejos, que sus mecanismos adquieren una cierta independencia relativa de este sustrato biológico, aunque en menor medida que la que le concederemos nosotros.

Dignos de consideración son los conceptos y mecanismos implicados en la forma de conciencia del sujeto, los cuales rebasan la simplificación psicoanalítica, y muestran las condiciones de conciencialización y de no conciencialización sobre la base de complejos factores de índole social e intrapsíquicos.

Rogers y sus colaboradores, además, han hecho un gran esfuerzo en la realización de investigaciones bien controladas para validar los aspectos centrales de su teoría. Para ello, han

reformulado sus conceptos, con frecuencia para hacerlos operacionales y, a su vez, los datos obtenidos han sido base de nuevas modificaciones. Por eso, este sistema es muy productivo para el trabajo científico y, además, supone una base fáctica muy amplia.

El problema central a criticar en la teoría de Rogers es que su posición teórica resulta completamente cerrada en el ámbito de lo interpersonal y psicológico y, por tanto, ofrece pocas posibilidades a la entrada de otros elementos, cuya repercusión en la explicación del comportamiento del individuo se ubica más allá de lo psicológico e interpersonal.

Esto se advierte al evaluar su posición ante la terapia y la enfermedad. Con independencia del valor que tiene su definición de las condiciones del proceso terapéutico y de las alteraciones específicamente psicógenas, su enfoque se cierra ante otros tipos de consideraciones, no tanto sociales, como biológico-concretas.

Existe mucha información sobre la influencia de ciertos factores biológicos, de tipo bioquímico y aun molecular, en ciertas enfermedades, como la esquizofrenia y la psicosis maniaco-depresiva, a la cual toda teoría psicológica debe estar abierta, y estos elementos no se integran en la teoría de Rogers.

Otro ejemplo: en su exposición teórica del problema de la conciencia y la simbolización, éstas están determinadas, sólo, por causas psicológicas. Se excluyen ciertas particularidades de la simbolización cuyo sustrato, y uno de sus determinantes, son los procesos, e incluso las alteraciones, del sustrato material de lo psíquico.

Puede objetarse que los problemas planteados no son de índole psicológica y que, por tanto, un psicólogo no debe preocuparse de ello. Pero, en nuestra opinión, una teoría psicológica será más completa si su cuerpo teórico se abre a la consideración de estos factores biológicos, de los cuales, si hoy sólo se conoce un poco, mañana se sabrá aún más.

En nuestro criterio, la postura rogeriana evidencia, aquí, su carácter abstracto y reduccionista a lo psicológico, y, sin dudas, esto se debe a su visión filosófica, en esencia, dualista del individuo. Es el dilema de la relación mente-cuerpo. En el mejor de los casos pudiera plantearse que esta teoría es, metodológicamente, psicologista.

La solución de este dilema en Rogers, como en otros psicólogos, está dada por la consideración de una tendencia bio-

lógica en el organismo; sin embargo, ello ha llevado a la creación de un sistema cerrado a la entrada de factores concretos, producto de la investigación biológica.

La tesis biológica fundamental en Rogers, que es el aspecto central de su teoría motivacional, es la tendencia a la realización. Una de las últimas definiciones del autor precisa: «He señalado que esta tendencia incluye un desarrollo hacia la diferenciación de órganos y funciones; incluye un mejoramiento a través de la reproducción y significa una dirección hacia la autorregulación y un alejarse del control de fuerzas externas» (43; 166).

Como categoría o concepto de máxima generalidad es poco susceptible a la crítica; no obstante, es reacia en manos de Rogers a darle entrada a ciertos factores concretos. Así, por ejemplo, en una planta azotada por los golpes de la marea se conoce como el DNA participa en su regeneración, y como la planta crece encima de la roca y no en un lugar más protegido por sus características fototrópicas; y luego añade: «En un sentido fundamental, tal conocimiento no explica nada», aunque lo reconoce valioso (43; 165).

Sin embargo, sin la revelación de estos mecanismos concretos sería muy poco interpretable la conducta de la planta, desde el punto de vista científico.

El aspecto psicologizante de la teoría de Rogers, en relación con el plano biológico, se manifiesta de igual forma en sus vínculos con el plano social. La teoría de Rogers resulta cerrada, también, a factores sociales histórica y objetivamente condicionados, los cuales van más allá de la relación interpersonal. Los conflictos sociales se explican por la contradicción entre las formas que adoptan diversas tendencias actualizantes, lo cual deja a un lado sus determinantes socio-económicas.

Por esta razón, Rogers puede aplicar su teoría a situaciones tan disímiles como los conflictos políticos, de nacionalidades, la confrontación entre potencias y los problemas laborales. El factor esencial, que pasa por alto Rogers al acometer la solución de estos conflictos mediante su teoría, es que estas situaciones, en esencia, no son un simple malentendido: están constituidas por antagonismos objetivos, históricamente condicionados. La simple variación en el enfoque de la discusión no las puede solventar, aun cuando ello permitiera que los interlocuto-

res entendieran mejor las cuestiones que se plantean mutuamente.

Lograr valoraciones no condicionales en el plano individual, y sobre esta base dirigir la propia conducta, haciendo patente la libertad de elección, es sólo posible en una sociedad, hasta hoy, utópica. Son muchos los lugares del mundo contemporáneo donde factores ajenos al funcionamiento psicológico, y objetivamente condicionados, se oponen al modelo rogeriano.

En el plano social, si aplicamos el esquema rogeriano hasta sus últimas consecuencias, los cambios verdaderamente revolucionarios sólo pueden ocurrir por el cambio paulatino de muchas personas. «Políticamente, entonces, si estamos buscando una base confiable desde la cual operar, nuestro mejor objetivo sería descubrir y posiblemente incrementar el número de individuos que están cerca de convertirse en personas plenas, que se están moviendo hacia un conocimiento de y hacia una armonía con su experiencia más interna, y quienes reciben, sin defensa alguna, todos los datos provenientes de personas y objetos en su medio externo» (43; 174).

Por otro lado, el criterio de libertad de Rogers y otros psicólogos humanistas es miope en relación con otras acepciones de ésta. De hecho, en las sociedades actuales más progresistas hay imperativos sociales que entran en contradicción con las necesidades personales, tal como son concebidas por los psicólogos humanistas, y ello no significa de manera necesaria el derrumbe psicológico, sino, más bien, son la base de un fortalecimiento de lo específicamente humano. En la teoría de Rogers no tiene lugar que la libertad se exprese, muchas veces, mediante la comprensión de la necesidad. Según él, esta situación conduciría de manera inevitable a una valoración condicional de sí mismo, a la larga, fuente de incongruencia, vulnerabilidad e inadaptación psicológica.

En el plano de la valoración de los problemas psicológicos, Rogers pasa por alto algunas cuestiones importantes y absolutiza los mecanismos utilizados para facilitar el crecimiento humano.

Si un niño dice a su padre que sólo desea jugar a la pelota, el padre, con toda razón, le recordará que debe ir a la escuela. Se podrán encontrar múltiples formas de motivar a un niño a ir a la escuela, pero en la inmensa mayoría de los casos su orga-

nismo le dice que lo que quiere, en realidad, es jugar. En última instancia, puede imponerse la autoridad.

Rogers podría responder que el problema está en la escuela. El niño sano expresa sus necesidades cognitivas y la escuela debe respetarlas y dejar que cada niño busque y encuentre el conocimiento que necesita.

Con independencia de que esta solución supone una educación absolutamente individualizada, para la cual no tenemos posibilidades, ¿hasta qué punto estamos convencidos de que el niño va a preferir dedicar, instintivamente, un alto número de horas al aprendizaje?, ¿los hábitos de disciplina y de conocimiento son instintivos en el niño, o son un producto cultural que debe ser asimilado? Estas preguntas aluden a un problema objetivo y no de perversidad instintiva en el niño.

En un nivel mayor de edad, según Rogers, ocurre lo siguiente: «Un niño siente, aunque tal vez de un modo no conciente, que sus padres lo aman y aprecian más cuando piensa en ser médico que cuando habla de ser artista. Gradualmente va introyectando los valores relacionados con el hecho de ser médico (...) Luego, en la Universidad, se ve frustrado por sus repetidos fracasos en química, asignatura absolutamente necesaria para recibir el título de médico, a pesar de que el profesor guía le asegura que tiene capacidad para aprobar el curso. Sólo en sus entrevistas con el asesor empieza a darse cuenta de que ha perdido por completo el contacto con sus reacciones orgánicas, llega a decir no me gusta la química; no me interesa en absoluto ser médico, aunque les importe más a mis padres, y no soy un fracaso por ser así» (42; 106).

Aceptamos la valoración condicional que genera la pauta introyectada de ser médico y, después, preguntamos: desaprobó química, ¿y las demás asignaturas? Porque si es curricularmente básica la química, la medicina es mucho más que la química. ¿El fracaso en la química es en realidad un indicador de que no quiere ser médico, o es lo que ocasiona su rechazo a la medicina?

Por último, y es lo más importante: ¿la valoración orgánica de las intenciones del niño pequeño tiene las mismas características que la valoración orgánica de una intención profesional, que es una formación compleja?, ¿el carácter complejo y socialmente condicionado de cierta intención adulta es asimilable a la intención instintiva del niño pequeño? En nues-

tra opinión, las diferencias cualitativas son tan grandes que la respuesta afirmativa es, en el mejor de los casos, arriesgada.

La cuestión de la valoración organísmica (el organismo como fuente de valores sanos) requiere, por su importancia dentro de la psicología humanista, una mayor atención. En nuestro criterio, se exageran las posibilidades del hombre de contrastar sus valores con las tendencias de realización, lo cual es patente tanto en Maslow como en Rogers.

Esta situación ha sido señalada por el conductista B. F. Skinner, quien pregunta: «¿qué prueba existe de que un paciente llegue alguna vez a ser verdaderamente autodirectivo? ¿Qué prueba existe de que alguna vez haga una elección verdaderamente interna de ideales o metas? Aun cuando el terapeuta no haga la elección, aun cuando aliente la autorrealización, no está fuera de control mientras se mantiene dispuesto a intervenir cuando la ocasión así lo pida, cuando, por ejemplo, el paciente elige la meta de volverse un perfecto mentiroso o la meta de asesinar a su jefe. Pero suponiendo que el terapeuta, de hecho, se aleja completamente o ya no es necesario, ¿qué pasa con las otras fuerzas que actúan en el paciente?, ¿es la meta elegida por él mismo independiente de su entrenamiento ético y religioso anterior?, ¿es independiente de la sabiduría popular de su grupo?, ¿es independiente de las opiniones y actitudes de otros que son importantes para él? Desde luego que no» (46; 44).

Esta crítica, en general, es aceptable. Aunque, por supuesto, no estamos de acuerdo con Skinner en incluir todos estos aspectos, sin más análisis, en la categoría de reforzadores, y obviar el proceso de selección individual.

Tanto la posición conductista, como la humanista, resultan unilaterales, aunque ambas resaltan importantes aspectos de este proceso. Los valores son, seguramente, reforzadores de la conducta y, en efecto, el ser humano tiene una guía interior para determinar cuál es el más cercano a su configuración personal.

El problema reside en la esencia de estos valores y el proceso social mediante el cual se forman e interiorizan por un ser humano en particular. La primera cuestión es: en qué medida un valor constituye un reflejo de una necesidad social. Ello, por supuesto, no puede ser establecido utópicamente, por un diseñador conductista de sociedades, sino que es el resultado obje-

tivo de la constitución y desarrollo de una formación económico-social determinada.

Desde el punto de vista de la persona, es necesario que el sujeto sea capaz de convertir su valor, personalmente significativo, en un valor importante para la sociedad. Todo proceso, visto desde el ángulo de la persona, implica, de acuerdo con sus motivos, estructura personal y madurez, diferentes niveles de funcionamiento de la personalidad. Por tanto, se debe conocer si las normas han sido asimiladas debido al condicionamiento o a la elección, mediante procesos conscientes y voluntarios, que se expresan en la reflexión y la autodeterminación.

La elección de nivel consciente-volitivo, de ser explicada por el condicionamiento, genera una fundamentación no correspondiente con la filosofía conductual, pues supone un conjunto de condicionamientos cuya demostración objetiva resulta imposible. En este sentido, los conductistas son contradictorios; les resulta difícil reconocer la existencia de una imagen, pero admiten, de buen grado, la suposición de un conjunto de condicionamientos anteriores indemostrables. Sin embargo, en nuestra opinión, algunos fenómenos subjetivos tienen más posibilidades de demostración objetiva que ciertos tejidos de condicionamientos anteriores.

El trabajo reflexivo de la conciencia en la valoración o desvalorización de un valor o norma (o un reforzador cualquiera), puede seguirse mediante índices concretos, como ha hecho Rogers en sus entrevistas; pero sería imposible, en absoluto, evidenciar el conjunto de condicionamientos causantes de estos resultados.

Las tendencias o instintos, o como quiera llamárseles, hacia la autorrealización pueden explicar, por sí solas, la guía interior en la selección de valores, sólo al precio de considerarlos un criterio absoluto e inmodificable, lo cual es una exageración. La guía real es la reacción de la personalidad, en toda su complejidad psicobiológica, ante el proceso de análisis subjetivo del valor, reacción condicionada por el proceso de formación de la personalidad y, por tanto, de extrema complejidad en sus determinaciones.

Esto significa, además, que si la personalidad tiene criterios para seleccionar sus propios valores y éstos pueden ser, con frecuencia, los más positivos para ella, de manera imprescindible no son los criterios conformadores de los mejores valores

(o normas) sociales. En otras palabras, no existe la ruta biológica o psicológica hacia la conformación de los valores y normas; éstos son, en esencia, sociales.

La tendencia a la construcción atropellada de teorías, en la psicología burguesa, es responsable de estos sistemas que no prestan suficiente atención a los detalles, y las explicaciones se convierten en panaceas, que generan modos científicos y cuya aplicación puede encerrar más de un serio peligro, aunque se trate de una teoría centrada en la persona.

Pese a estas consideraciones críticas, la teoría de Rogers tiene un gran valor cognoscitivo para todos los psicólogos marxistas que tratan de comprender las formaciones psicológicas humanas y su interrelación, los problemas de la comunicación como mecanismo esencial del desarrollo de la personalidad, los factores implicados en el desarrollo de la autodeterminación personal como base del hombre que la sociedad socialista necesita; así como elementos para el arsenal de técnicas psicoterapéuticas y pedagógicas. Sin embargo, pese a ser un científico penetrante que ha logrado sintetizar un gran número de hechos dispersos, teórica y metodológicamente no encontró un punto de vista auténticamente revolucionario, que le permitiera aprehender y analizar la psicología humana en sus condicionamientos socio-históricos.

En el plano social, y determinado de manera directa por el carácter reduccionista abstracto de su teoría, su revolución no es más que una utopía, asentada en la incomprensión de las leyes objetivas del desarrollo socio-histórico.

POSICIONES METODOLOGICAS

ACTITUD HACIA LA INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA

«Con respecto a la investigación y la teoría (...) la investigación científica, tal como la conocemos actualmente y que procede por el conducto de las definiciones operacionales, los métodos experimentales y las verificaciones matemáticas, es la mejor manera de evitar el error» (40; 17).

La investigación científica, para Rogers, es: «... un esfuerzo constante y disciplinado tendente a ordenar los fenómenos de la experiencia vivida y conferirles un sentido» (40; 11-12).

«En mi opinión, el tipo de comprensión que denominamos ciencia puede situarse en cualquier nivel de complejidad del

conocimiento. La ciencia no tiene por base la acumulación de instrumentos de laboratorio, sino la observación penetrante y el pensamiento profundo y creador» (40; 12).

«Creo que hay una sola afirmación que puede aplicarse correctamente a todas las teorías (...) a saber, que en el momento de su afirmación toda teoría contiene un grado desconocido (y hasta ese momento incognoscible) de error y de inferencias erróneas (...) Pero a menos que consideremos el descubrimiento de la verdad como un libro cerrado y terminado, siempre se producirán nuevos descubrimientos que entrarán en contradicción con las mejores teorías que podamos construir» (40; 15).

En Rogers hay una actitud positiva hacia el proceso investigativo y una comprensión del carácter relativo de la verdad. No obstante, si el hombre vive en un mundo personal y subjetivo, el cual le impide precisar la categoría de realidad objetiva, en el plano ontológico, y la de verdad, en el plano gnoseológico, sólo es posible un criterio positivista de la verdad. «En resumen, debo decir que aunque me doy cuenta del que puede existir una verdad objetiva, me doy cuenta también que nunca podré conocerla plenamente. Todo lo que puedo saber es que, subjetivamente, ciertos conceptos parecen tener las cualidades de la verdad objetiva. O sea, que el conocimiento científico no existe; sólo hay percepciones individuales de lo que a cada persona le parece que es esa clase de conocimiento» (40; 17).

Por tanto, esta corriente es, en última instancia, agnóstica e idealista-objetiva. Esta actitud se filtra, decididamente, tanto en la metodología como en las posiciones teóricas de Rogers.

En primer lugar, debemos explicar que la importancia de la fenomenología en la investigación de Rogers y, también, de las investigaciones objetivas realizadas a partir de la elaboración de hipótesis, operacionalización de conceptos y análisis matemático, son propios del positivismo lógico. El primer método le permite orientar las experiencias; el segundo le sirve para el convencimiento (obtener el acuerdo de muchas personas sobre datos objetivos). Metodológicamente se yuxtaponen el método fenomenológico y el neopositivismo.

La utilización de estos métodos, sobre la base de su actitud ante el conocimiento, para la elaboración teórica, implica la formulación de la teoría en términos de la experiencia, concebida, en el sentido empirista, sólo a partir de lo que el sujeto puede

conocer. Desde estas posiciones se arriba por necesidad a una teorización encerrada en lo psicológico.

Evidentemente, el método fenomenológico no puede dar razón a los vínculos de la actividad psíquica con el sustrato material, ni con los factores socio-históricos objetivos. Mientras, los recursos experimentales, o de medición, tampoco arrojan otras relaciones, pues son utilizados para hacer concordar las relaciones obtenidas por vía fenomenológica. Así se revela, con claridad, el hilo filosófico metodológico que aporta el carácter psicologizante a la teoría de Rogers.

ELABORACIÓN Y COMPROBACIÓN DE LA TEORÍA

Si nos atenemos a los límites gnoseológicos adoptados por el autor, es evidente que la teoría queda abierta a su comprobación empírica dentro de ciertos límites.

De hecho, Rogers se ha esforzado por seguir el siguiente esquema: experiencia clínica terapéutica; formulación de la teoría; verificación de la teoría por medio de la investigación; obtención de nuevos datos a partir de la investigación; modificación de la teoría sobre la base de los nuevos datos; revisión y verificación de los conceptos teóricos (40; 100).

Para ello, Rogers y sus colaboradores se han esforzado en lograr la operacionalización de una gran parte de las categorías propuestas y, también, de utilizar instrumentos, o construirlos, capaces de alcanzar una observación o medición lo más precisa posible dentro de los límites del desarrollo de la psicología, y que permitan, si es posible, el tratamiento matemático de los datos.

Rogers fue un pionero de la grabación magnetofónica de las entrevistas terapéuticas para su estudio, y basado en este recurso, utilizó métodos formales para el análisis del lenguaje. «Los constructos de la teoría quedaron reducidos a aquellos que podían ser objeto de una definición operacional» (40; 102).

Pese a reconocer el esfuerzo realizado, la anterior afirmación no es enteramente válida, ya que, por ejemplo, el concepto de experiencia no se pudo operacionalizar de manera satisfactoria, y los instrumentos usados para ello se consideraron inadecuados (40; 109).

No obstante, es un hecho encomiable, metodológicamente, que el autor y sus colaboradores se centraron en el problema

de integrar técnicas de los más diversos tipos, adaptados a las necesidades del mismo y que estimularan, en todo momento, la creatividad.

LA FENOMENOLOGÍA EN SU OBRA

Este autor usa el método fenomenológico, tanto en el aspecto práctico psicoterapéutico como en el científico, para estudiar los datos obtenidos a partir de su utilización.

Si tomamos el estudio de una relación terapéutica como punto de partida, de acuerdo con la teoría de Rogers, se descubren una serie de elementos que posibilitan el estudio del paciente a nivel fenomenológico.

En primer término, tiene que haber dos personas en contacto. Rogers considera dos personas en contacto cuando «están en presencia una de otra y cada una afecta el campo experiencial de la otra en forma percibida o subliminal» (40; 40).

Esta definición tiene dos consecuencias importantes: primero, la afectación del campo experiencial puede ser percibida de manera conciente o no; y, segundo, la afectación puede ser verbal o extraverbal.

En segundo término, tiene que establecerse, por parte del terapeuta, una relación empática. Con posterioridad, Rogers se ha referido al concepto de empatía de la forma siguiente: es «penetrar en el mundo de las percepciones de otra persona y sentirse totalmente a gusto en él (...) Significa vivir temporalmente su vida, moverse delicadamente dentro de ella sin emitir juicios, percibir los significados que él o ella casi no percibe, todo ello sin tratar de revelar sentimientos de los que la otra persona no tiene conciencia (...) Supone transmitir la manera como uno siente el mundo de él o ella, a medida que examina, sin influencias externas y sin miedo, los aspectos que la persona tiene» (47; 87).

Esta relación empática, por sus propósitos, debe seguir las prescripciones del método fenomenológico, es decir, no anteponer a la comprensión, actitudes, prejuicios ni referencias teóricas preconcebidas.

En tercer término, el terapeuta debe asumir la actitud de aceptación positiva incondicional.

En cuarto término, con independencia de la importancia de los factores extraverbales, o el carácter conciente o no de los

elementos aparecidos en la terapia, un canal de comunicación imprescindible es el verbal, pues sus entrevistas revisten la forma de un diálogo.

Para la comprensión concreta del procedimiento de Rogers, es necesario basarse en un ejemplo de entrevista terapéutica. Sirva también el ejemplo para esclarecer algunos conceptos deformados sobre el proceder de Rogers, referidos a que su técnica estriba en dar respuestas especulativas o repetir las últimas frases del entrevistado. Estas opiniones parten de un desconocimiento profundo del proceso real.

En la exposición del ejemplo, nos interesa, sobre todo, la conducta del terapeuta y no la del cliente.

La entrevista se realizó a una joven graduada que había pensando suicidarse. En ésta se pone de manifiesto su afán de que otro asuma la dirección de su vida; y comienza, entonces, a advertir que parte de sus dificultades se debían a que ella no asumía ninguna iniciativa. (Designaremos por C el cliente, por T el terapeuta y por Cm nuestro comentario sobre el comportamiento del terapeuta):

C: ahora bien, me pregunto si no habré estado adquiriendo conocimientos superficiales, sin captar, realmente, el significado de los hechos, sin profundizarlos.

T: tal vez te han estado sirviendo cucharaditas aquí y allá en lugar de cavar hondo en un lugar determinado.

Cm: el terapeuta trata de interpretar con sus propias palabras, lo que le han dicho. Es la forma de hacer ver al cliente que lo entendió.

C: mmm, por eso digo... (lenta, pensativamente) bueno... con ese tipo de cimientos, bueno, en realidad depende de mí. Es decir... me parece bastante evidente que no puedo depender de otro para recibir educación (con mucha suavidad), tendré que conseguirla yo sola.

T: comienza a hacersele claro... sólo hay una persona que puede educarla... se da cuenta que quizás ningún otro puede darle una educación.

Cm: las palabras del terapeuta repiten, en su esencia, pero con otras palabras lo que ha entendido del cliente. Obsérvese que la primera fase: "comienza a hacersele claro", es valorativa e impulsa a la cliente a ese género de reflexión, pero no se impone como una conclusión desde fuera del paciente.

C: mmm (pausa prolongada, piensa). Tengo todos los síntomas del miedo (ríe por lo bajo).

T: ¿miedo?, ¿quiere decir que esto la atemoriza?

Cm: el terapeuta pregunta para percatarse de si ha entendido bien lo que el paciente expresa.

C: mmm (pausa muy larga).

T: ¿quiere agregar algo más acerca de lo que acaba de decir, qué, realmente, le da síntomas de miedo?

Cm: el terapeuta la estimula a continuar hablando y seguir el hilo de sus propias reflexiones.

C: (ríe) yo este... no sé si en realidad sé. Es decir... bueno, en realidad me parece que me he abierto sin pensarlo (pausa) y parece que estoy muy... no sé... en una posición vulnerable, pero... este... yo traje esto a colación y... este... salió casi sin decirlo. Me parece que... es algo que dejé salir.

T: que difícilmente forma parte de usted.

Cm: ante las excusas de la cliente, el terapeuta señala algo implícito en sus palabras: la dificultad de aceptarlo. Él traduce y acepta, de manera incondicional, de forma positiva. Ni se disgusta, ni se sorprende, ni rechaza, ni impone (38; 113-114).

Este extracto es revelador del comportamiento terapéutico de Rogers. Ahora bien, la utilización de estos principios en un número alto de casos diversos, es lo que le ha permitido, a través de la formulación y de la reformulación de categorías comprobadas en la realidad fenomenológica, establecer el cuerpo técnico y las etapas del proceso terapéutico e interpersonal.

Sin embargo, pese a la importancia adjudicada por Rogers a este proceder, sus generalizaciones sobre base fenomenológica sólo pueden ser comprobadas por otro, que realice el trabajo como psicoterapeuta y aplique las concepciones rogerianas. La validez del trabajo sólo puede ser comunicado, de manera científica, a otros si se presentan pruebas del proceso en desarrollo, y sus resultados, mediante un método científico extremo. En este caso, Rogers acepta el enfoque neopositivista.

Esto nos explica su preocupación por el establecimiento de categorías operacionalizables y, a la vez, el efecto de esta postura en la generación de investigaciones empíricas a partir de su obra, estimuladas en gran parte por él mismo.

SOBRE LA COMPATIBILIZACION DE SUS ENFOQUES METODOLOGICOS: SUS RAICES EPISTEMOLÓGICAS

En un artículo, «¿Personas o ciencias? Una disyuntiva filosófica», Rogers incursiona en el campo gnoseológico que se requiere para establecer vínculos entre las diferentes posturas metodológicas utilizadas en su obra (18; 179-200).

Como punto de partida plantea la posición del científico, concebida de manera neopositivista, y la del fenomenólogo (en la obra consultada se aplica la expresión «experimentalista», lo cual no expresa el verdadero sentido, pues se trata de vivenciar).

Para Rogers, las preguntas del científico ante la fenomenología y su experiencia terapéutica son: 1) el reclamo de objetividad; 2) imposibilidad de perfeccionar la habilidad terapéutica, que se limita a las vivencias; 3) Impide el establecimiento de causa y efectos; y 4) alcances del método científico que han sido comprobados como válidos. Ante estas cuestiones el fenomenólogo se pregunta: 1) la ciencia trata los fenómenos como objetos, sin dar lugar a las experiencias; 2) esta actitud no puede sostenerse en la terapia, pues el otro no es sólo un objeto: es una persona; 3) la ciencia social tiende al control y manipulación, y eso pone en peligro la existencia individual; y 4) las consideraciones éticas son más importantes que las científicas, en la aplicación de las ciencias.

Estas diferentes posiciones, según Rogers, constituyen un dilema, y son «los puntos de vista opuestos que aparecen explícitos y, más a menudo, implícitamente en el pensamiento psicológico actual» (38; 192). Y se pregunta: «¿No existirá una alternativa más amplia, capaz de incluir ambos puntos de vista sin perjudicar a ninguno de los dos» (36). Para él, la solución es la siguiente: «Como observador empleo todos los elementos que surgen de la experiencia viviente; para evitar engañarme y lograr una idea más adecuada del orden existente, uso todos los cánones de la ciencia» (38; 199).

Esta fórmula, que aparenta una postura científica sana, en realidad es un intento de establecer una síntesis metodológica basada en una posición, en esencia, idealista. Para lograr la unidad, es decir, la síntesis, se acepta que la ciencia también es subjetiva, tanto en lo concerniente a la formulación de hipótesis, como a su verificación, interpretación de datos y utilización prác-

tica. Por tanto, no tiene nada de contradictorio emplear en la obtención de datos la subjetividad del investigador y, luego, validarlos por otros recursos científicos.

En esencia, ésta es una posición agnóstica, cuya expresión se sitúa en el positivismo lógico y que, llevada a sus últimas consecuencias, desea realizar una síntesis del positivismo con la fenomenología. Por ello, se acredita una posición epistemológica, rectora a la fenomenología, pues la primera permite el estudio de lo concreto, el caso real; y el segundo comete el pecado, en virtud de su propia esencia, de no sobrepasar la comparación de características.

Según Rogers: «Valoro pues la metodología científica por lo que realmente es: un modo de evitarme decepciones respecto de mis presentimientos subjetivos, desarrollados a partir de mi relación con el material de estudio. En este contexto, y tal vez solamente en éste, ocupan un lugar significativo la vasta estructura del operacionalismo, el positivismo lógico, la planificación de las investigaciones, los tests de significación estadística, etc. Tales instrumentos no tienen validez en sí mismos, sólo sirven para verificar, mediante la confrontación con el hecho objetivo, la creación subjetiva que aparece como sentimiento, presentimiento e hipótesis» (38; 195).

En el libro *La psicología humanista, fundamentación epistemológica, estructura y método*, Miguel Martínez fundamenta todos estos puntos de vista (30). Sin embargo, la verdadera síntesis no se alcanza a partir de estas posiciones, esto sólo constituye la yuxtaposición de datos provenientes de dos enfoques diferentes en relación con la ciencia.

En la presentación de uno de sus artículos, Rogers confiesa: «Encuentro muy arduo el intento de presentar un estudio completamente objetivo, o bien totalmente subjetivo. Prefiero reunir ambos mundos en estrecha yuxtaposición, aunque no sea posible conciliarlos por completo» (38; 46).

Una consecuencia importante de las concepciones metodológicas rogerianas, desde el punto de vista de la teoría psicológica, es el dualismo o paralelismo psíquico-físico. Otro efecto, no menos importante, es que su concepción mantiene una separación tajante entre la persona y la sociedad, como dos esencias separadas, que sólo interactúan en el plano interpsicológico.

Desde nuestro punto de vista, estas concepciones gnoseológicas de Rogers son determinantes en el carácter psicológico

cerrado de su teoría. La superación de estas posiciones sólo puede efectuarse utilizando el materialismo dialéctico, el cual tiene, como uno de sus pilares, el principio del historicismo.

Todas las variantes del idealismo, al encerrarse en la experiencia como la única realidad cognoscible, terminan por perder el punto fundamental y único de referencia: la materialidad del mundo, su realidad objetiva, donde estriba su unidad. Con independencia de que el hombre participe con su subjetividad en el acto de creación científica, y los problemas, las hipótesis y su verificación puedan, en el acto de creación individual, evidenciar decisiones subjetivas; estos elementos tienen, en la práctica socio-histórica, determinantes objetivas.

A largo plazo, la hipótesis no resulta cierta porque un investigador haya decidido subjetivamente que sus datos (en cantidad y calidad) son suficientes para confirmarla, sino porque resiste la utilización en la solución de innumerables problemas de orden práctico y científico-técnico.

El uso de la ciencia en favor o en contra de los hombres no es tampoco una decisión subjetiva —aunque en la conciencia del que la ejerce pueda parecerlo—, ni sólo un problema ético abstracto; está condicionada de manera objetiva dentro de los límites e intereses de las formaciones económico-sociales.

Desde el punto de vista psicológico, el uso de datos subjetivos y el aprovechamiento de recursos empáticos en la búsqueda de hechos científicos se fundamentan, gnoseológicamente, en la complejidad y multilateralidad de la expresión de su objeto de estudio. Esto no está reñido, en modo alguno, con la aplicación de técnicas que permitan la objetivación de estos datos, lo cual no es sólo un modo de «convencer», sino una actividad inherente a la profundización del conocimiento psicológico. Por supuesto, no siempre están a mano las técnicas adecuadas para la objetivación de los fenómenos subjetivos, y esta carencia no debe paralizar la investigación. No obstante, ello no nos exime de la creación y perfeccionamiento de dichas técnicas.

BALANCE CRITICO DE SUS CONCEPCIONES METODOLOGICAS

La aproximación de Rogers al estudio psicológico se establece desde posiciones agnásticas e idealistas, y por ello, al tratar de

realizar una síntesis metodológica, obtiene una yuxtaposición de métodos.

Por otra parte, el carácter psicologista de la concepción teórica de Rogers se desprende de su aproximación metodológica al objeto de estudio psicológico, que da lugar a una teoría, a nuestro juicio, cerrada a la entrada de elementos que vinculen lo psíquico con su sustrato material y sus determinantes socio-históricas.

Podemos indicar ahora la continuidad, en el plano metodológico, de Rogers con la larga tradición de hacer generalizaciones teórico-psicológicas a partir de sujetos afectados desde el punto de vista psíquico; no obstante, en las aplicaciones de su teoría fuera de la terapia, él ha intentado compensar, en parte, el sesgo que introduce la teorización sobre la base de la enfermedad mental.

En nuestra opinión, el mérito fundamental de Rogers, en el plano metodológico, estriba en los aspectos técnicos de sus procedimientos no-directivos, los cuales se han logrado perfilar como técnicas de trabajo, tanto en la psicoterapia, como en la investigación concreta.

Los procedimientos no directivos constituyen un verdadero aporte técnico a la psicología y, además, establecen una verdadera ruptura con la técnica psicoanalítica y con los enfoques psicométricos.

La actitud hacia la creación de técnicas nuevas en el campo psicológico, centradas en el problema, sin temor al riesgo de la imperfección, y que contribuyan a llevar a la psicoterapia a contextos científicos, debe ser valorada como un rasgo positivo en este autor.

CONCLUSIONES

La psicología marxista debe prestar atención a ciertos elementos de la teoría rogeriana, de interés teórico indiscutible. Los problemas relacionados con la autoconciencia y la autovaloración; el condicionamiento social de los mismos; el énfasis en la autodeterminación; la vinculación de lo cognitivo y lo afectivo; y las

diversas facetas de la concientización, merecen una determinada consideración para la solidez de cualquier sistema psicológico.

Por supuesto, esto debe y puede realizarse en contextos teóricos más amplios, que incluyan hechos y mecanismos para los cuales la teoría de este autor resulta cerrada. No obstante, en sí mismos son de considerable valor cognoscitivo.

Las interpretaciones rogerianas son importantes, también, en términos de su aplicación a la psicoterapia, la educación y las relaciones interpersonales. Sobre todo, es necesario reconocer que el autor arroja una clara luz sobre un problema psicológico central en el momento actual: la comunicación, la cual, aunque dentro de las limitaciones señaladas, es entendida como un verdadero sistema complejo, posibilitador del desarrollo de la personalidad.

Desde el punto de vista metodológico, las críticas señaladas nos muestran un científico bastante conservador en cuanto a métodos, aunque le reconozcamos el haber prescrito, con exactitud, la utilización de los procedimientos no-directivos.

Sí es necesario valorar la obra de Rogers en su conjunto, pues es allí donde realmente ha sabido encauzar su trabajo de forma productiva. Así ha hecho énfasis en factores esenciales del desarrollo de la personalidad, y ha expuesto mecanismos concretos de desarrollo, dando contenido psicológico real a categorías indispensables para describir el funcionamiento psicológico, tanto patológico como normal.

Al estudiar en profundidad la obra de Rogers pensamos que es uno de los psicólogos burgueses con más independencia del pensamiento psicoanalítico. Y ello no se debe, en realidad, a que haya producido en su obra una total ruptura teórico-metodológica con el psicoanálisis, sino a que es el psicólogo que ha sabido plasmar con más exactitud y creatividad teórica los ideales de la psicología humanista en un sistema teórico psicológico.

A pesar de este logro teórico, la visión rogeriana del hombre tiene muchos puntos comunes con la teoría psicoanalítica; pues, a nuestro juicio, ambas parten de la consideración de la tendencia biológica, innata, hacia la realización, cuya actuación no está mediatizada por estructuras desarrolladas por el individuo, socio-históricamente, en los planos filo y ontogenético. Esta tendencia es el centro de referencia del individuo en todos los momentos de su desarrollo, sin dar consideración a la complejidad real del problema a solucionar.

A partir de esta tendencia a la realización, postulada por Rogers, encontramos manifestaciones del principio del placer y de la realidad freudianos y, también, un marcado énfasis en los factores inconcientes de la personalidad y el mecanismo freudiano de hacer conciente lo inconciente como paso a la salud mental.

En todos estos aspectos, Rogers es seguidor bastante cercano de los postulados psicoanalíticos, con independencia de su reconocida creatividad.

Su limitación, como la de todos los psicólogos humanistas y psicólogos burgueses en general, es la falta de una concepción teórico-metodológica de partida que les permita una aproximación cualitativamente diferente al estudio de la realidad psicológica. Al parecer, sobre las bases del agnosticismo, el neopositivismo y el existencialismo, no pueden describirse otros factores esenciales para la comprensión psicológica de la personalidad.

POSICIONES TEÓRICAS

Rollo May es un terapeuta norteamericano radicado en Nueva York; y atiende su consultorio, situado en Madison Avenue, a orillas del río Hudson. Madison Avenue significa dinero y poder; es decir, los pacientes potenciales de este destacado psicólogo tienen una posición de clase correspondiente a la alta burguesía de Estados Unidos; y, por tanto, el terapeuta recibe holgados recursos económicos. Este aspecto no debe perderse de vista al conocer la obra de May. Muchas de las características, según él, típicas del «hombre occidental» parecen reflejar, en muchos casos, los problemas y conflictos más comunes entre las personas de altos ingresos. O sea, su «muestra» del «hombre occidental» se reduce a ricos, del país occidental más rico. De acuerdo con ello, la generalidad de sus afirmaciones debe ser cuidadosamente meditada.

No obstante, aunque la posición de clase de sus pacientes, y la suya propia, pueden dificultarle una visión más profunda de los factores económicos y sociales generadores de conflictos intrapsicológicos, su trabajo le da una óptica aguda de las repercusiones de estas fuerzas ocultas; la soledad, el vacío, la ansiedad y la hostilidad son los temas recurrentes en sus pacientes, y estos hechos le permiten cuestionar importantes aspectos de la realidad social.

Rollo May es uno de los psicólogos norteamericanos contemporáneos que ha recurrido al existencialismo con el objetivo de hallar una conceptualización filosófica para enfrentar, metodológicamente, la tarea psicoterapéutica. Además, es poseedor de una vasta cultura psicoanalítica, en concordancia con su formación como psicoterapeuta en la corriente psicoanalítica y, en particular, en la línea de pensamiento de Harry Stack Sullivan.

Estos antecedentes justifican sus reiteradas citas de Kierkegaard, Nietzsche, Schopenhauer, Sartre y otros clásicos del existencialismo; así como su profundo sentido crítico de la obra de Sigmund Freud.

El acercamiento conceptual entre el psicoanálisis y el existencialismo no es un hecho ilógico en ningún sentido. Revela la insuficiencia y contradictoriedad de la concepción freudiana del hombre en la práctica terapéutica, con independencia de los hechos y mecanismos que señaló con acierto.

Según May: «En la próxima década, las batallas críticas entre los distintos enfoques de la psicología y el psicoanálisis, en nuestra cultura, pienso que tendrán lugar en el terreno de la imagen del hombre, es decir, acerca de las concepciones del hombre que subyacen en la investigación empírica» (36: 126). Y, antes que estas palabras fuesen escritas, un filósofo existencialista, como Sartre, sometió a un análisis profundo la obra de Freud y señaló las posibles rutas a seguir para la elaboración de un psicoanálisis existencial.

Por supuesto, de la filosofía existencialista no puede derivarse, de manera automática, la fundamentación de la psicoterapia y la psicología. En todo caso, si ello fuera posible, en parte sería el fruto de la labor de psicólogos y psiquiatras decididos a trabajar sobre la base de principios existenciales, lo cual, a largo plazo, implicaría la selección o modulación de los principios filosóficos y la remodelación conceptual y metodológica de la psicología y la psicoterapia. Es éste el camino de la psicología de Rollo May.

Todo ello revela la preocupación de May por situar, como punto de partida, una concepción del hombre. El resume las características distintivas del hombre de la manera siguiente:

1. Capacidad para ser conciente de sí mismo, de su mundo y su interrelación con él.
2. Sopesar las consecuencias de largo alcance de sus actos (acto social que incluye un juicio de valores).
3. «El hombre (...) no es meramente empujado en forma ciega por la marcha de la historia, no es justamente un producto de la historia (como todos los animales), sino que tiene la capacidad de ser autoconciente de su historia. Puede ser selectivo hacia la historia, puede adaptarse a partes de la misma, puede cambiar otras partes; y dentro de ciertos límites moldear la historia»

en direcciones por él elegidos. Esta capacidad para trascender la situación inmediata y conocer los determinantes temporales, da a la conducta del hombre su flexibilidad y libertad distintivas» (36; 234).

Estos criterios sobre el hombre, en opinión de May, son suficientes para ubicar su obra en la corriente de pensamiento humanista en la psicología. Otros rasgos de ésta, como la aceptación de las potencialidades humanas, su posición holista y el respeto a las decisiones del ser, reafirman su posición en la tercera fuerza.

Más allá de las similitudes de principio, en términos de conceptualización, este autor se diferencia bastante de los psicólogos comentados con anterioridad. Con quien más semejanza pudiera encontrarse es con Carl Rogers, pues ambos hacen énfasis en el proceso del cambio en la relación psicoterapéutica. Pero, mientras Rogers se dedica al estudio de las condiciones para que el cambio se produzca, May explora el mecanismo interno del cambio.

Al adoptar May una posición humanista, como los restantes psicólogos de esta corriente, se ve obligado a cuestionar el conductismo. Para May, como para nosotros, el control del conductismo es el control ejercido por un grupo privilegiado. Sobre esto observa: «El control implica control por alguien o algo. ¿Quién controlaría la mente? ¿La persona misma? En ese caso algunas partes de su mente o de su yo ejercerán el control. Pero este punto de vista no es aceptable, pues nos encontramos entonces suponiendo una visión fragmentaria del yo que es difícilmente sostenible y que confunde aún más nuestro problema. ¿O queremos decir que la sociedad controla la mente? Pero la sociedad está compuesta por nosotros, las personas cuyas mentes supuestamente controla.

»¿Significa la frase que algún grupo especial —psiquiatras, psicólogos u otros científicos— controla la mente, es decir, la mente de otra gente? Infortunadamente, pienso que éste es el inescrutado supuesto subconsciente de mucha gente que utiliza la frase...» (36; 232).

Este psicólogo, de todas formas, no puede extenderse hasta la deducción final: ese grupo científico sería el instrumento de la clase económica y políticamente dominante.

La sobrevaloración del control deja a un lado la cuestión más importante. Para May la pregunta pertinente es: «¿Con qué objeto, o sea, sobre la base de qué valores se efectúa el control de la mente, y hacia qué fines está dirigido este control?» (36; 232). Esta pregunta resulta vital para la especialidad de May: la psicoterapia. Y además, al proponer como problema central los valores, reafirma, una vez más, su posición humanista.

«Una solución inadecuada es el supuesto, popular hace una o dos décadas, de que nuestra tarea en el consejo y la psicoterapia es simplemente "liberar" a la persona; y, por ende, los valores sostenidos por el terapeuta y por la sociedad no intervienen en el proceso» (36; 227).

«Pues por más que el consejero o terapeuta proclamaran que no asumían valores en su práctica, el paciente o el aconsejado sabían, aun cuando no se atrevieran a expresarlo, que tal proclama no era cierta; y el terapeuta introducía de contrabando sus propios valores, más perniciosamente, por cuanto no lo admitía» (36; 228).

Con estos señalamientos, estamos en condiciones de exponer los aspectos teóricos centrales de la obra de May, los cuales resultan muy interesantes.

EL DILEMA HUMANO

«El dilema humano —dice May— es aquel que emerge de la capacidad del hombre para vivirse a la vez como sujeto y objeto» (36; 21).

Como objeto, el hombre debe ejecutar una tarea con eficiencia, en el plano previsto; y para ello utiliza la técnica adecuada a la tarea. Mientras, como sujeto, se entrega a una actividad sin tomar en consideración el tiempo, ni los parámetros de eficiencia.

En su concepción de libertad, May no concibe la solución de esta dicotomía con el individualismo o el ensimismamiento; para él: «Mi libertad, en sentido genuino, no reside en mi capacidad de vivir como puro sujeto, sino en mi capacidad para vencer ambos estados, para vivir en una relación dialéctica» (36; 23).

El hombre como objeto: debe y tiene; como sujeto: desea, siente, quiere y valora.

«El objetivo de la primera situación es una conducta eficiente, el significado de lo que hago es principalmente extrínseco a mis acciones. El acento en la segunda situación se pone en la experimentación y elección de cosas cuyo significado es intrínseco» (36; 21).

Para May, tanto Skinner, como, curiosamente, Rogers son psicólogos que tratan los extremos del dilema. La crítica al conductismo, en esencia, reproduce la de otros humanistas. Pero es interesante considerar las críticas a Carl Rogers. Para su análisis se basa en su experiencia como uno de los jurados de terapia centrada en el cliente, desarrollada en esquizofrénicos, por Rogers, en la Universidad de Wisconsin.

Las observaciones de los jueces mostraron que, si bien los terapeutas rogerianos reflejaban bien la soledad, resignación, abandono, tristeza, etc., en la práctica nunca tenían en cuenta los sentimientos de ira. Por ello, May se pregunta: «¿El énfasis de Rogers en lo racional y su creencia en que el individuo elegirá lo que es racional para él, no dejará de lado un gran sector del espectro de la experiencia humana, es decir, todos los sentimientos irracionales?» (36; 36).

Aunque en sus escritos Rogers reconoce los extremos de la libertad y el condicionamiento, May cuestiona si en realidad es conciente del cambio que el dilema humano produce en el supuesto básico del hombre únicamente racional; observación válida también; en nuestro criterio, en relación con la psicología de Maslow: «Pues si admitimos la anterior paradoja [el dilema], no podemos hablar ya del simple crecimiento como necesidad básica del ser humano, porque el crecimiento se da siempre dentro de una relación dialéctica en un dilema que no es nunca resuelto por completo» (36; 37).

May no basa el desarrollo psicológico y la creatividad humana en necesidades más o menos en lucha con otras o con el medio; sino en una contradicción no psicológica: la existencial, es decir, la que caracteriza al ser humano ontológicamente. Es la situación de inestabilidad entre estos dos puntos de apoyo ontológicos y la actitud humana ante su propia situación inestable, el aspecto esencial condicionante del desarrollo, o como él dice: «Pero también debemos tomar en cuenta las implicaciones de este dilema en nuestra teoría psicológica. Entre los dos extremos, de este dilema el hombre desarrolló símbolos, el arte, el lenguaje y el tipo de ciencia que progresa siempre

sobre la base de sus propias suposiciones. El coraje de asumir este dilema, creo, es la fuente de la actividad humana» (36; 39).

Este es un cambio teórico esencial. Desde el punto de vista metodológico, se pasa del positivismo biologista al existencialismo. La derivación de los conceptos, y su naturaleza misma, sufrirán, en este autor, importantes variaciones en relación con el pensamiento humanista tradicional, que goza la ilusión de tener una referencia, exclusivamente, psicológica.

Este dilema, que ha adquirido diferentes expresiones en los autores existencialistas, resulta de extraordinaria importancia para fundamentar la psicología humana; y rehuir sus consecuencias lleva, de manera inevitable, a puntos de vista teñidos de biologismo o a la aplicación mecánica de los principios marxistas, lo cual los convierte en base del sociologismo, o en una expresión del conductismo.

La concepción histórica del desarrollo psicológico debe ser aplicada al ser humano, y en este procedimiento los existencialistas, y en específico May, cometen errores graves por la superficialidad de su historicismo; pero, también, en la psicología marxista de la personalidad han existido fuertes tendencias a explicar el desarrollo humano como si se tratara de un objeto y no de un sujeto, y se ha deslizado la teoría hacia la flagrante contradicción de situar en primer plano el desarrollo de la conciencia, mientras se omite su cualidad de autoconciencia.

El mismo nivel de interés que tiene el principio de la actividad y el de la comunicación, presente en los últimos años en la concepción psicológica marxista, debe tener el concepto de conciencia de sí y sus efectos. Estas influencias (actividad y comunicación) actúan sobre el desarrollo como función del sí mismo, el cual se modifica hacia estados impersonales (de objeto) o personales (humanos), y facilitan una relación entre estos polos, ya sea con la elevación de la eficiencia y creatividad o con la crisis de esta relación y su conducción hacia uno de los polos, lo cual desencadena la patología.

Resulta importante señalar que todos los psicólogos humanistas tienen a la conciencia de sí como un concepto fundamental sobre el cual expresan diferentes criterios, los cuales pueden hacernos profundizar en su contenido real. Ante todo, la conceptualización de la conciencia de sí como base de diversos mecanismos psicológicos, tesis expuesta por diversas escuelas, como

el psicoanálisis, y cuya explicación parte, por tradición, de un enfoque mecanicista.

Estas cuestiones son dignas de ser estudiadas con profundidad y asimiladas, de manera crítica, por la psicología marxista, lo cual, a mediano plazo, conformará instrumentos valiosos para la investigación y la práctica social de este psicólogo.

LA ANSIEDAD

De acuerdo con sus raíces existencialistas, el concepto de ansiedad alcanza en May la importancia que tenía para Freud y otros psicoanalistas, y que había perdido en los autores humanistas descritos.

En sentido general, define la ansiedad como: «la aprensión producida por la amenaza a algún valor que el individuo juzga esencial para su existencia como un yo» (36; 103). Pero establece diferencias entre la ansiedad normal y neurótica, que lo alejan del esquema clásico del psicoanálisis.

Resulta normal la ansiedad proporcional a la amenaza, sin represión, y que puede enfrentarse a nivel conciente o mitigarse si se altera la situación objetiva. La ansiedad neurótica, en cambio, además de ser desproporcionada en relación con la magnitud de la amenaza, provoca represión y otras formas de conflicto intrapsíquico, que redundan en bloqueos de la actividad y la conciencia.

Al postular estas diferencias, se busca un espacio para la ansiedad como aspecto dinámico esencial de la personalidad: «La ansiedad es usada constructivamente cuando la persona es capaz de relacionarse con la situación valorando y luego comprometiéndose en el curso de la acción, en un modo de vida» (36; 77).

Otro concepto, muy relacionado con éste, es el relativo al sentimiento de culpa. El autor expresa así sus divergencias: «Cuando estamos en el proceso de enfrentar un objetivo o cuando traicionamos algo importante para nuestra existencia o supervivencia, estamos en estado de ansiedad; cuando nos damos cuenta que hemos traicionado algo significativo para nuestra existencia, estamos en estado de culpa. La culpa neurótica —lo mismo que la ansiedad neurótica— es simplemente el resultado final de la culpa normal no enfrentada, reprimida» (36; 149).

Esta forma de comprender la ansiedad exige cambios en los objetivos del proceso terapéutico que persiguen los psicoanalistas ortodoxos. El fin del proceso no es, por tanto, que la ansiedad desaparezca, sino convertir la ansiedad neurótica en normal. Sobre esta base, también critica May el abuso de ansiolíticos, antidepresivos y otras drogas; pues éstos sin operar sobre las causas, hacen desaparecer la ansiedad que es el agente dinámico del cambio.

LOS VALORES Y LA ANSIEDAD

En la misma definición de ansiedad, aportada por May, están implícitos los valores. Para él el valor es «un avance hacia una forma nueva de conducta; objetivos, fines de la vida a los que nos dedicamos y hacia los cuales elegimos dirigirnos porque creemos que son los modos de vida más deseables» (36; 285). Además, este término se emplea «en el sentido de la quinta-esencia de la experiencia. Son un extracto de las más auténticas interrelaciones y satisfacciones» (36; 109).

En opinión de May, existe una relación inversa entre la estabilidad del sistema de valores individual y la ansiedad. Esto es, cuanto más firmes sean los valores, mayor será la capacidad para enfrentar, de manera constructiva, la ansiedad.

Este psicólogo niega el reduccionismo de los valores a necesidades o experiencias pasadas: «Es un error pensar que estos valores subsiguientes son meramente la extensión del valor originario de conservar el cuidado y el amor maternos, o pensar que todos los valores son diferentes formas de la satisfacción de necesidades primarias.

«Pero cuanto más sana es una persona, en menor proporción pueden comprenderse sus valores de adulto como una suma de sus necesidades e instintos previos» (36; 106).

Ahora bien, los valores humanos verdaderos son valores maduros. Ellos trascienden la situación inmediata, y abarcan, en sí mismos, el pasado y el futuro. Sobrepasan al grupo inmediato, e incluyen a la comunidad y, de manera ideal, a la humanidad como un todo.

Los valores maduros presentan, según May, cierta independencia de su satisfacción: «Cuanto más maduros son los valores de un hombre, menos le interesa si los mismos son realmente

satisfechos o no. La satisfacción y la seguridad residen en sostener esos valores» (36; 117).

Como para otros humanistas, los valores y la libertad de elección están muy relacionados; así, postula una relación dialéctica entre los valores sociales y la libertad individual, de manera que los unos no existen sin la otra; planteamiento muy importante.

La libertad, según May, tiene una connotación que recuerda a Hegel y a Marx. Se desarrolla el hombre hacia la libertad (y la responsabilidad correlativa) en la medida que se vuelve más conciente de sus propias determinaciones. «La libertad —dice— no es así el opuesto del determinismo. La libertad es la capacidad del individuo para saber que él está determinado; para hacer una pausa entre el estímulo y la respuesta y dirigir su paso, por pequeño que sea, para elegir una respuesta particular entre las muchas posibles» (36; 236).

La relación dialéctica entre elección y valores provoca la real adopción de un valor y, además, la posibilidad del cambio de valores de la sociedad. Para lo primero, considera «la importancia de respetar el derecho y la capacidad del individuo para cuestionar» (36; 288). Sobre el cambio de valores de la sociedad, dice: «Esta relación dialéctica entre la libertad individual y los valores sociales se establece, a la vez, en la autoconciencia subjetiva del individuo y en su conducta objetiva, y cambia la sociedad a medida que se desarrolle» (36; 285).

Sobre el mecanismo que conduce a la adopción de un valor por parte del individuo, la idea se completa de la manera siguiente: «Ser capaz de cuestionar es el comienzo de la propia experiencia de identidad» (36; 289).

«Los valores humanos no son nunca un simple camino con una sola dirección, sino que siempre implican un no, tanto como un sí (...). Afirmo ahora que esta libertad para decir no, es la que da realidad y fuerza a la propia experiencia de identidad, en la medida en que prueba que lo que uno siente y piensa, importa» (36; 290).

Para May, la unidad de la personalidad se expresa en el acto de valorar: «Es en el acto de valorar que la conciencia y la conducta llegan a ser una unidad» (36; 296).

A partir de la metodología existencial, este autor llega a conclusiones similares a las de otros humanistas: la importancia que tiene la libertad del individuo para discrepar de lo estableci-

do en la formación de la personalidad. Los valores reales, que dan unidad a la persona y le permiten ser consecuente en sus actos y en sus opiniones, son un producto de la libre expresión de la aceptación y el rechazo hacia los mismos. Ningún proceso educativo o propagandístico logrará promover si en él no existe, como premisa inviolable, la tolerancia a la opinión personal. En todo caso, la inculcación mecánica de valores tendrá consecuencias nefastas para la persona y la sociedad, tales como la aparición de una doble moral y, en relación con ella, la producción de síntomas neuróticos, de trastornos funcionales y otras formas de alteración psicológica.

Por ello, no basta que un valor se considere justo, sino que es necesario conceder importancia plena al mecanismo por el cual puede ser incorporado a la personalidad; y tenerlo muy en cuenta a la hora de diseñar la propaganda, los mecanismos de discusión de las cuestiones sociales y los sistemas educativos.

Este es un tema serio de discusión en la psicología marxista actual, la cual, al profundizar en él, será más capaz de influir en el proceso de construcción del socialismo y la personalidad del hombre comunista.

CENTRISMO, CONCIENCIA, AUTOCONCIENCIA, INCONCIENCIA

Para May, a la hora de desentrañar el significado de los términos conciencia, autoconciencia e inconciencia es necesario partir de la caracterización ontológica del ser humano.

Un ser humano, como todo animal, trata de preservar cierto centro. «La primera característica ontológica es que todos los seres humanos están potencialmente centrados en sí mismos, no importa cuán distorsionado por el conflicto esté su centrismo», y añade: «supongo del mismo modo que este hombre tiene la característica de autoafirmación, o sea, la necesidad de preservar su centrismo» (36; 132). Pero, además: «El paciente como todos los seres humanos tiene la necesidad y la posibilidad de salir de su centrismo para participar con otros seres» (36; 132).

A partir de estas características ontológicas, May define la conciencia como el aspecto subjetivo del centrismo. Pero éste, según él, se comparte con los animales inferiores, por lo cual no expresa el dilema existencial específicamente humano.

La autoconciencia, de acuerdo con el autor, «es la forma de conciencia distintivamente humana. La capacidad particularmente humana no sólo de saber algo sino para saber que yo lo sé, es decir, sentirme a mí mismo como sujeto en relación con un objeto o como un yo en relación con un tú» (36; 170).

En la concepción de May, la conciencia de sí tiene una serie de particularidades:

La conciencia de sí mismo manifiesta las primeras señales de su existencia alrededor de los dos años, y llega a su punto de máximo desarrollo cuando el individuo se convierte en persona; con independencia de la edad del sujeto.

Según May, no es necesario probar la existencia del sí mismo como si fuera un objeto. Por otra parte, es imposible, pues la conciencia de sí es anterior a la ciencia, está implícita en el hecho de ser científico.

Este autor combate el carácter intelectualizado de la conciencia de sí: «nos experimentamos como una unidad que piensa—intuye—siente—actúa» (37; 74). Así aplica el principio de la unidad cognitivo—afectiva del ser humano.

En cuanto a la definición del sí mismo ofrece varias, desde distintas facetas y con centro en elementos diferentes, la cual resulta lógico dada la complejidad del fenómeno. El nos dice: «El sí mismo es la función organizada dentro del individuo por medio de la cual un ser humano puede relacionarse con otro» (37; 73).

«El sí mismo es, no una mera suma de los distintos roles que uno representa, o sea, la capacidad por medio de la cual uno sabe que los representa; es el centro desde el que vemos y tomamos conciencia de los llamados diferentes aspectos de sí mismo» (37; 74).

«La conciencia de sí es un distintivo singular del hombre y nos da la posibilidad de salir del presente e imaginar el ayer o el mañana, fundamentalmente la capacidad de usar símbolos y vernos tal como otros nos ven y tener empatía con ellos» (37; 69).

Ahora bien, la conciencia de sí no se forma de manera espontánea, sino, en general, mediante el combate del sujeto con las influencias que exigen de él la represión. Por ello, el proceso está marcado por el surgimiento de la ansiedad y la lucha interior.

May, como Maslow por ejemplo, da una gran importancia a la concientización de las sensaciones interiores producidas ante

los aspectos propios, para actuar o modificar la conducta en consecuencia. Y al hablar de las relaciones del sujeto con su cuerpo, destaca la necesidad de «Sintonizar las respuestas que nos llegan por medio de nuestro cuerpo, al igual que los propios sentimientos en las relaciones emocionales con el mundo y con las personas que nos rodean» (36; 86).

Por esta razón, no existe el peligro de que el sujeto exprese, de manera constante, sentimientos y conductas inadecuadas, pues «En la persona madura los sentimientos y los deseos suceden en una configuración (...) cuando escuchamos el concierto de un cantante no nos consume el deseo sexual aun cuando la persona resulte atractiva: la configuración está dada. Cuanto más integrada es una persona, menos compulsivas son sus emociones» (37; 90).

También otorga un gran valor, en el desarrollo de la conciencia de sí, al redescubrimiento de los deseos subconscientes mediante los sueños.

Como dijimos con anterioridad, la conciencia no se desarrolla de manera espontánea, y, por tanto, el sujeto debe asumir un carácter activo para promover su desarrollo. May describe de la siguiente forma los factores opuestos al desarrollo equilibrado de la organización interna.

La sujeción autoritaria que primero soporta la persona es externa. Ella debe encarar y ajustarse, de un modo u otro, al mundo en el cual ha nacido. Pero, en el desarrollo personal, el problema autoritario se internaliza de manera gradual: el individuo en crecimiento se hace cargo de las normas y las fija en sí mismo, y propende a actuar toda su vida como si todavía estuviera combatiendo las fuerzas originales que pueden esclavizarlo (37; 109).

El psicólogo humanista critica las connotaciones corrientes del concepto de inconciente. Primero, el inconciente no significa un lugar. Segundo, no puede hablarse de cosas o entidades inconcientes. De acuerdo con ello, propone la definición siguiente: «La experiencia inconciente es la potencialidad para la acción y la conciencia que la persona no quiere o no puede actualizar» (36; 172).

Según estas definiciones, la autoconciencia y el inconciente surgen de una conciencia indiferenciada. El proceso total de la vida psicológica puede desplazarse entre los dos polos del dilema: objeto-sujeto. En tanto la ansiedad lleve al sujeto a

reprimir la experiencia (por no poder afrontarla conscientemente), éste perderá sus potencialidades de expresarse como sujeto y, por tanto, será cada vez más un objeto a merced del medio.

El proceso represivo implica, además, la no concientización de importantes aspectos de la experiencia, los cuales al no ser actualizados imposibilitan la actuación como sujeto.

LA PSICOTERAPIA

Rollo May realiza una profunda crítica a los sistemas de psicoterapia centrada sobre todo en dos cuestiones: la falta de definición de los objetivos de la psicoterapia y el desconocimiento de los factores en juego en el proceso.

Según él, por tradición se ha entendido la salud como lo que resta después de eliminar la enfermedad. Este punto de vista convierte la salud en un término «vacío y aburrido» o relleno de desperdicios, tales como «ajuste» y «adaptación».

Sobre los factores en juego en el proceso psicoterapéutico, dice: «Después de Freud tuvimos un concepto claro de la transferencia; y como consecuencia tenemos toda clase de estudios acerca de la transferencia, que nos informan de todo, excepto de lo que realmente tiene lugar entre dos seres humanos» (36; 168).

Para él, resulta indispensable un estudio profundo de lo que denomina, como otros existencialistas (Buber), el encuentro. Y, para caracterizarlo, parte de suposiciones ontológicas. Ante dos personas solas en un espacio cerrado, el paciente trata de conservar su centrismo y, a la vez, tiene necesidad de salir del mismo. En estas condiciones, el encuentro es «siempre una experiencia potencialmente creativa: normalmente se continúa con la expansión de la autoconciencia, el enriquecimiento del yo» (36; 167).

Por otra parte, todo encuentro es un productor de ansiedad y, a la vez, de alegría, dado el riesgo de entrega que exige a los participantes.

La relación total que debe lograrse en un encuentro sólo se alcanza en diferentes niveles: el de personas reales, el de amistad, el de estima, y puede aparecer el erótico.

El terapeuta, según May, es un fino instrumento de detección de los sentimientos del enfermo, mediante alguna forma no esclarecida aún de resonancia humana. Sobre ello, dice: «Propor-

go la hipótesis de que en la terapia, suponiendo un adecuado esclarecimiento del terapeuta, no es posible que una persona experimente un sentimiento sin que la otra lo haga también en cierto grado» (36; 167).

En opinión del autor, sólo a partir de estas características existenciales es posible situar los dinamismos del psicoanálisis sobre bases concretas. Así, la transferencia, por ejemplo, «debe entenderse como la distorsión del encuentro» (36; 163).

En cuanto a la enfermedad, ésta debe entenderse «como el método que el individuo utiliza para preservar su ser» (36; 132). Pero el problema central a resolver «no es única o principalmente el problema mecánico acerca de qué trauma particular bloqueó la experiencia, sino más bien es la cuestión de qué es lo que sucede en esta persona que no puede permitirse la experiencia total: yo soy yo; yo soy este ser con todas las potencialidades y posibilidades que constituyen este ser, este yo» (36; 136).

La salud mental, de acuerdo con los conceptos definidos por el autor, puede definirse como: «la capacidad para ser consciente de la distancia entre el estímulo y la respuesta, junto con la capacidad para utilizar esta distancia en forma constructiva. Así, a mi juicio, la salud mental se ubica en el polo opuesto del condicionamiento y el control» (36; 235).

Sobre la motivación de la curación, señala: «El impulso y la actividad para el cambio y la realización no deben traerse desde afuera, mediante el voluntarismo victoriano, el condicionamiento o el moderno conformismo moralista. Surge directamente del propio ser del paciente y de su necesidad de realizar ese ser» (36; 173).

Los objetivos de la terapia, según May, deben ser: ayudar al paciente a realizar sus potencialidades, transformar la culpa y la ansiedad neuróticas en normales y aumentar su capacidad para utilizar sus capacidades de manera creativa. No puede irse mucho más allá en la definición de la salud y los objetivos de la terapia: «Se puede ser siempre específico acerca de los aspectos neuróticos, puesto que la neurosis es, por naturaleza y por definición, una experiencia trunca, pero no se puede ser tan específico respecto a los aspectos positivos. Todo lo que puede decirse es que una persona debe estar abierta o libre para actuar en cualquier acción en que se comprometa y la culpa debe superarse existencialmente» (36; 149).

Las limitaciones en cuanto a la definición de salud y los objetivos de la terapia son compartidos por May y otros humanistas, aunque no alcancen el nivel explícito. Ello no significa que haya niveles más específicos de objetivos, pues la vida sana de cada persona estriba en su interrelacionarse con la realidad material y social, sin barreras emocionales opresivas. Cualquier precisión constituye siempre una limitación a la generalidad del planteamiento. Por tanto, si se concibe la vida como una experiencia altamente individualizada y se acepta el cambio histórico de la sociedad, es teóricamente imposible hablar con más concreción. Ello no es una deficiencia teórica, sino un reflejo teórico de premisas insoslayables.

Sin embargo, en relación con la caracterización del encuentro y la definición de sus mecanismos psicológicos, los aspectos señalados por el autor no incrementan el potencial teórico de la conceptualización clásica. Aunque a partir de este enfoque pueden sugerirse hipótesis dignas de contrastación y, en este sentido, éste puede ser productivo, el mismo no se revela como teoría esencial para la sustentación de todos los mecanismos planteados.

Las potencialidades humanas y la necesidad de desarrollarlas; la enfermedad como una expresión de la personalidad bloqueada; la característica del enfermo de preservar su personalidad y, a la vez, tener la posibilidad de cambiarla; la relación terapéutica como una relación entre dos, en la cual ambos cambian, se modifican y crean; son aspectos tratados por muchos científicos, la mayor parte de las veces a partir de los asuntos señalados por May; y, sobre todo, entre los psicólogos humanistas.

LA LIBERTAD

La libertad, como tema del existencialismo, está presente también en la obra de May. Pero su importancia se avala, en este caso, por la experiencia terapéutica de este psicólogo. Ya comentamos algunas cuestiones sobre la relación de la libertad y los valores en la obra de May, pero es útil precisar algunas particularidades.

Este autor no sólo acepta la posibilidad del ser humano para decidir, sino que destaca el profundo significado del acto de elección para la conformación de la personalidad.

La libertad para expresar los sentimientos e ideas y actuar en consecuencia, no debe ser confundida con la tendencia a la rebelión inmotivada: «la rebelión presupone siempre una estructura externa —normas, leyes, expectativas— contra las cuales uno se rebela; y la propia seguridad, la sensación de libertad y de fuerza, depende, en realidad, de esa estructura» (37; 124).

«La rebelión actúa como sustituto del proceso más difícil que es luchar por la propia autonomía, por nuevas creencias, por una saturación en la que pueden echar nuevos cimientos sobre los cuales construir» (37; 126).

Por tanto, ésta es la libertad para la toma de decisiones personales con un efecto relevante en su conformación. Cuando la posibilidad está bloqueada externamente, se producen sentimientos destructivos. «Además, el ser humano no puede resignar su libertad sin que algo venga a restaurar el equilibrio interno, algo que emerge de la libertad interna cuando se le niega la exterior y este algo es el odio por su conquistador. Odiar o tener resentimiento es con frecuencia la única forma en que la persona puede sustraerse al suicidio psicológico o espiritual» (37; 120).

La presencia de sentimientos destructivos cuando la libertad se bloquea, manifiesta la importancia de la libertad para el individuo. Pero May va más lejos, al situar el ejercicio de la libertad como un mecanismo imprescindible para la conformación de la personalidad: «El ser humano —dice— no sólo puede hacer esta elección de valores y metas, sino que es el animal que debe hacerlo así para poder alcanzar la integración. Porque el valor-meta, en dirección al cual se mueve le sirve como un centro psicológico, una especie de núcleo de integración que aúna sus fuerzas, como el centro de un imán reúne las líneas de fuerza del mismo» (37; 141).

May comenta el caso de la oposición entre libertad y tradición: «La batalla (...) no es entre la libertad individual y la tradición como tal. Una vez más la solución está en la manera en que se usa ésta. Si una persona pregunta ¿qué quiere la tradición de mí?, la está convirtiendo en normas autoritarias. Pero si pregunta ¿qué tiene la tradición para enseñarme acerca de la vida humana, en la época que vivo y con respecto a mis

problemas?, está utilizando el caudal de sabiduría acumulado en la tradición histórica para su propio enriquecimiento y guía como persona libre» (37; 167).

No obstante, para May usar la posibilidad de ser libre exige tener coraje, como cualidad de la personalidad. El coraje —dice— «consiste en la capacidad de enfrentar la ansiedad que se produce a medida que uno logra la libertad. Es la voluntad de diferenciarse, de llegar desde los dominios protectores de la dependencia parental hasta nuevos niveles de libertad e integración» (37; 179). Esta capacidad puede y debe ser desarrollada, pero es difícil saber cómo se alcanza de manera independiente. Más bien parecen escasos los individuos que logran este desarrollo sin ayuda exterior, sea de los padres, maestros y otros allegados, o del terapeuta.

El vínculo entre la toma de decisiones personales y el desarrollo de la personalidad, señala, a nuestro juicio, una relación importante entre el individuo y la sociedad, a la cual no se le da siempre el relieve necesario.

La libertad es una precondition social del desarrollo de la personalidad, pues ésta se alimenta de la toma de decisiones personales. Por ello, no es posible el desarrollo de la personalidad y los valores humanos si la estructura y el funcionamiento social imponen barreras infranqueables, o en extremo difíciles de superar, a la libre expresión de la toma de decisiones individuales. Es decir, hace falta una dosis moderada de coraje humano que permita avalar una toma de decisión, y no disponer obstáculos sociales contra los cuales se desintegre el coraje personal y se impida la decisión espontánea. De esta forma, se establece la posibilidad de un aumento constante del coraje y la libertad humana en la medida que el individuo reconoce su potencialidad para ejercer su coraje y sus decisiones.

CARACTERIZACION DEL HOMBRE OCCIDENTAL CONTEMPORANEO

Ya formulamos nuestra opinión sobre lo controvertido de la categoría hombre occidental contemporáneo, debido a los factores complejos que actúan sobre el ser humano en cada sociedad y a la restricción de la muestra trabajada por el autor. No obstante, consideramos útil exponer esta caracterización para

revelar la situación psicológica de las personas que viven en países altamente desarrollados y cuentan con altos ingresos económicos.

Según May, uno de los problemas básicos del hombre occidental, en el presente, es el de sentirse carente de significado como individuo. Este sentimiento se basa en el cambio radical de los valores de occidente. El resultado es la desorientación, el pánico y, al final, la ansiedad aguda y crónica.

Para él, la dicotomía entre razón y emoción y el aislamiento del individuo de su comunidad, fueron y son aspectos históricamente fundamentales para el problema de la ansiedad en la época actual.

Según el autor, la creencia sobre la disipación de la ansiedad mediante la persecución de la ganancia individual y la armonía automática que ello establece con los semejantes, perdió eficacia en el siglo XIX cuando la razón individual se volvió represión intelectual y el *laissez faire* de la economía se transformó en una racionalización de la deshumanización y mecanización del individuo, lo cual llevó a la ruptura del hombre con su propia naturaleza.

En la actualidad se está en un círculo vicioso, pues la ansiedad genera apatía; ésta, hostilidad, la cual, a su vez, separa a unos hombres de otros, y ello produce sentimientos de desamparo, generadores, nuevamente, de ansiedad.

En el hombre occidental esta ansiedad se acompaña de vacío interior y soledad. La vaciedad significa que las personas no saben lo que desean y, muchas veces, ni lo que sienten en realidad. La persona, entonces, puede responder ante los estímulos del medio, pero ha perdido la fundamentación de la elección.

El peligro de la vaciedad es descrito por May con las palabras siguientes: «El ser humano no puede vivir en un estado de vaciedad por mucho tiempo; si no evoluciona en dirección a algo, no es capaz de permanecer estancado; las potencialidades reprimidas se convierten en morbosidad y desesperación y, eventualmente, en actividades destructivas» (37; 19).

La vaciedad se acompaña de apatía y ausencia de sentimientos, como defensa contra la ansiedad. El hombre moderno, dice May, tiene miedo a estar solo, ya que esta situación lo enfrenta a su propia vaciedad y la carencia de medios para llenar su vida. Estar solo significa perder el centro de orientación

externo. «Muchas personas juzgan el valor de sus acciones no sobre la base de la acción misma, sino de la aceptación que tiene para los demás» (37; 48).

Desaparece el sentido de dignidad humana, y, a su vez, el lenguaje para comunicarnos unos a otros los profundos significados personales. Esto se revela no sólo en la semántica, sino también en las artes, donde hay obras que sólo tienen significado para su autor.

BALANCE CRITICO DE SUS CONCEPCIONES TEORICAS

Como puede observarse, muchos de los conceptos teóricos claves de la obra de May son reelaborados a partir de las concepciones existenciales.

El dilema humano, al cual da una conceptualización psicológica y presenta como concepto metodológicamente clave, es uno de ellos. Este concepto resulta importante, y tiene una gran relación con los niveles de regulación de la personalidad: el conciente-volitivo y el de estereotipos y normas. Estos niveles reflejan la forma de regulación en la cual el sujeto se autodetermina, o se mueve como un objeto, por la aceptación mecánica de consignas ajenas a él mismo, respectivamente.

Y, de la misma manera que bajo distintos trastornos de orden psicológico o fisiológico se encuentra una regulación estereotipada, May opina que la salud está en el polo opuesto del condicionamiento y el control.

Muy sugerente, y relacionada con concepciones establecidas por psicólogos marxistas, es la idea de May sobre el inconciente y la autoconciencia como derivados de la conciencia.

Un punto de contacto de este autor con otros humanistas y también con nosotros, es su insistencia en atorgarles más importancia, para la explicación psicológica, a los valores actuales que a la historia infantil del sujeto, lo cual califica, de manera abierta, de reduccionismo.

May valora de manera apropiada la ansiedad cuando expresa su faceta constructiva como promotora del cambio y la creatividad, sin apelar a «alambiques» sublimadores. De otra parte, la relación entre su surgimiento y los valores, sigue muy de cerca, lo que conocemos respecto a la relación entre los estados emocionales y la motivación.

Por esta vía, afirma con mucha agudeza la importancia de los valores y, a la larga, construye toda su psicología alrededor de ellos. Así, establece también la relación entre valores y elección, lo cual fundamenta la importancia de la libertad; y toda la solución del dilema como un producto de la capacidad para ejercer la elección de valores.

Ahora bien, con independencia de lo sugerente que puedan ser las ideas de May, él no logra construir una teoría de la personalidad que por sus características sistémicas logre la explicación y el encauce de la investigación. En este sentido encontramos una teoría mucho menos acabada que la de Rogers o Maslow, y, también menos abarcadora y multilateral que la de Gordon Allport.

En realidad, los conceptos se reducen a reflejar un campo bastante estrecho de la problemática de la personalidad.

Los estudios de May pecan, también, de no situar con claridad la dialéctica de lo social y lo individual en el desarrollo de los valores. Esta tendencia es compartida con la psicología humanista como un todo. En ella, el análisis de lo social, como aspecto diferente en calidad de la realidad y con capacidad para la generación de valores, se soslaya de manera sistemática. En este punto, de ninguna manera, podemos coincidir, por considerarlo una simplificación grosera de la complejidad de la realidad objetiva.

POSICIONES METODOLOGICAS

LA FENOMENOLOGIA Y LAS TÉCNICAS PSICOLOGICAS

Este autor hace agudas críticas en relación con la metodología en la psicología. Según su criterio, la distorsión parte de la incompreensión del dilema (persona sujeto-persona objeto) por parte de los psicólogos. Por tanto, este concepto teórico, central en su obra, será utilizado como criterio para el análisis metodológico de la ciencia psicológica.

Así, puede plantear: «El dilema que arduamente estamos delineando ha sido comprensiblemente un estorbo y en cierto sentido un escándalo para la psicología. Intentando construir sistemas científicos empíricos, los psicólogos se encontraron inmediatamente

sumergidos en un caldera de autocontradicciones. Cuando más enérgicamente intentaron ser puramente objetivos con sus datos y su trabajo, más caían en lo subjetivo, aun cuando intentaban negarlo» (36; 28). La gran ansiedad acerca de la metodología en psicología parece relacionarse con esta inseguridad (producto del dilema), tal como la esperanza de que con sólo encontrar el método correcto nos liberamos del dilema, esperanza que creo, a la larga, será seguramente tan ilusoria para nosotros como lo fue para los físicos» (36; 30).

Para May, la honestidad que conduce a los psicólogos a buscar métodos objetivos y, muchas veces, cuantitativos, aunque es moralmente encomiable, no resulta bien encausada en este tipo de búsqueda. En la práctica es una necesidad neurótica del dilema, que, como *boomerang*, regresa y se manifiesta en que hemos pasado por alto cosas muy importantes. «Pero pido que no dejemos que el anhelo de honestidad nos ponga anteojeras y nos limite la visión hasta el punto en que perdamos de vista el objeto que nos proponíamos entender, es decir, el ser humano viviente.

»Debemos superar la ingenua creencia de que si sólo pudiéramos llegar de algún modo y al fin a los hechos empíricos descarnados estaremos sanos y salvos en el puerto» (36; 30-31).

Es necesario ser muy cuidadoso en el análisis de este tipo de críticas. En nuestro criterio, aunque pueda haber cosas bastante justas en la crítica en sí, es como si lo hecho dependiera de la voluntad de un hombre que, simplemente, tiene un concepto equivocado. Y ésa no es la situación real.

Las opiniones de May carecen en lo fundamental de una comprensión de la historia de la psicología, que le permita entender que nuestra ciencia ha encontrado serias dificultades para la definición de su objeto y que, en la lucha por definirlo, se han generado una gran cantidad de técnicas particulares, aptas algunas para la exactitud matemática. Y en estas búsquedas, si bien es muy sana la llamada a ocuparse del hombre como sujeto, se han elaborado muchas técnicas para solucionar problemas concretos, tanto prácticos como científicos.

El concepto utilizado por May (dilema) lo obliga a analizar los supuestos de la metodología psicológica. «El problema de tratar con los componentes de la conducta es siempre: ¿cuál es el supuesto sobre cuya base selecciono los componentes por estudiar?, ¿en qué forma me propongo unirlos?»

Este es el momento que requiere una investigación de la concepción subyacente que se supone. Por cierto, es un momento muy positivo; puesto que el principio mediante el cual se selecciona y la forma que puede confiabilmente unir las observaciones, son las contribuciones creativas al problema» (36; 129).

Aquí se encierra una de las profundas razones que lo comprometen con el existencialismo, pues un principio del enfoque fenomenológico «es que todos los medios para comprender al hombre, todos los métodos de psicoterapia se basan en algunos presupuestos y cada enfoque necesita examinar continuamente esos presupuestos» (36; 124).

Además, por sus características, el método fenomenológico parece ser idóneo para la comprensión de lo ocurrido en la relación entre dos personas y, principalmente, de los estados del paciente. Según May, la fenomenología es un «nuevo modo de ver la realidad del paciente» (36; 122), donde el significado de lo expresado por el paciente es más importante que la relación que manifiesta el acto de comprender.

Por último, el aspecto más sobresaliente del método fenomenológico es su insistencia en el problema ontológico. «El enfoque existencial sostiene que debemos plantearnos la pregunta acerca de la naturaleza del hombre como tal» (36; 129). Esto es muy importante para May, quien considera que los procesos y hechos aportados por la investigación psicológica están en el aire si no se responde la pregunta crucial sobre la naturaleza humana.

EL SIGNIFICADO DE LA HISTORIA

Para May, «la historia es un proceso dinámico que se encarna y opera en los presupuestos inconcientes de todos nosotros, como en los de la totalidad de nuestra cultura» (36; 82). No se dice en qué consiste ese proceso, ni qué factores esenciales entran en juego en el mismo.

La historia, afirma, es un aspecto importante en las ciencias sociales y, en particular, en la psicología, planteamiento que suscribimos de manera absoluta. Sobre este tema May dice: «Pero las ciencias sociales muestran particularmente la falta de sentido dinámico de cómo la historia las moldea y les da forma, y parecen especialmente truncadas por el supuesto no analizado

de que surgen, como la armada Atenea, de la frente de algún Zeus del siglo XIX. Y la psicología, en especial, se empobreció por la falta de sentido dinámico y orgánico de la historia. Puesto que si ignoramos el hecho de que la gente que estudiamos, nuestros propios métodos de estudio y nosotros mismos somos producto de muchos miles de años de arte, lenguaje, exploraciones, reflexiones y otros aspectos de la conciencia emergente del hombre, nos separamos de nuestras propias raíces. Amputar la historia es romper los nexos que nos unen a la humanidad» (36, 81-82).

Aquí, surge la contradicción: ¿cómo resulta posible que, con un criterio semejante, la crítica metodológica de la psicología no tenga en cuenta el decursar histórico? Como recordarán, esto fue objeto de nuestra crítica con anterioridad.

May reserva los criterios históricos sólo para explicar algunos de los conceptos que utiliza, como en la cita siguiente: «Así, la ansiedad del individuo y sus modos de enfrentarlas están condicionados por el hecho de que se encuentra en un momento determinado en el desarrollo de la cultura» (36; 83).

El sentido de la historia de este psicólogo le permite afirmaciones con las que, aparentemente, podemos concordar. No obstante, cuando realiza análisis histórico-psicológico nos percatamos de la falta de rigor sobre la perspectiva histórica de los elementos esenciales promotores del desarrollo. Su conceptualización histórica, a veces, no se aplica; otras veces, se produce por analogías; y, en ocasiones, por deducciones extemporáneas. Por ejemplo, veamos el análisis siguiente:

«La creencia del siglo XVII en el control racional de las emociones se transformó, ahora, en el hábito de reprimir las emociones (...) Así vemos a este ciudadano del siglo XIX tratando de resolver sus problemas psicológicos personales con los mismos métodos que fueron tan efectivos para dominar la naturaleza física y tan exitosos en el mundo de la industria» (36; 94).

Esta aseveración histórica, muy atractiva a primera vista, funciona sobre una transformación del control en el hábito de la represión verdaderamente superficial, pues en ningún caso se refiere a los factores condicionantes de este cambio.

Cuando caracteriza la psicología del «hombre occidental», realiza una generalización, en apariencia avalada históricamente que, en nuestro criterio, es falsa. Y su falsedad estriba en su incapacidad de comprender que, de una parte, en sus pacientes se refle-

jan conflictos propios de las clases dominantes, y de otra, que este tipo de «hombre» es una abstracción vacía, pues existen muchos tipos de hombre occidental en dependencia de la idiosincrasia del país, el sistema social imperante, su pertenencia clasista, o el nivel de desarrollo de la sociedad. Factores todos, históricamente condicionados.

Esta circunstancia se agrava por su relación, principalmente, con casos patológicos en su práctica.

No obstante sus limitaciones, la conceptualización utilizada le sirve para intuir la relación de las teorías psicológicas (o filosóficas) con los problemas predominantes en la época de su elaboración, de forma tal que el análisis gana en profundidad con relación a los de otros autores humanistas, aunque May no sea capaz, tampoco, de operar históricamente de forma sistemática.

En nuestro criterio, dentro de la psicología humanista, los argumentos históricos de este psicólogo tienen el mérito de revelar la importancia de la historia en las ciencias sociales y, en particular en la psicología, lo cual no se encuentra en otros humanistas.

BALANCE CRITICO DE SUS CONCEPCIONES METODOLOGICAS

El dilema humano, esto es, la doble naturaleza humana de ser objeto y sujeto, es el concepto metodológico fundamental de May. En realidad, éste es reconocido, en ciertos límites, por todos los psicólogos humanistas, y se impone también en los análisis marxistas, aunque presentado en forma diferente.

A partir de la aceptación de este dilema, May critica acremente los llamados métodos objetivos de la psicología y propone el método fenomenológico, concretado en el encuentro, como la vía idónea del conocimiento psicológico.

Así, el autor cae en la unilateralidad, pues el mismo dilema presupone una contradicción dialéctica que, muchas veces, se resuelve en el hombre objeto. Entonces, por la misma naturaleza del dilema, los métodos criticados tienen un campo de utilización nada despreciable. Por otra parte, la alternativa propuesta, esto es, el encuentro, resulta definida de manera insuficien-

te para sustentar la pretensión de convertirlo en el método de la psicología.

Pensamos, y a ello volveremos luego, que en el momento actual de desarrollo es imposible establecer estas fronteras tajantes entre los «nuevos» y «malos» métodos.

Otro aspecto criticable, desde el punto de vista metodológico, son las generalizaciones de este autor. Primero, por la pertenencia de clase de sus pacientes y, segundo, por la preminencia del caso patológico. El mismo May apunta que, a veces, se considera salud lo que está después de eliminar la enfermedad; pero no puede ser de otra forma si jamás se estudia al hombre sano. Éste es, precisamente, uno de los méritos de Maslow, quien sometió a estudio no sólo personalidades sanas, sino de alto nivel de autorrealización. Sólo después de estos estudios pueden señalarse, con mayor profundidad, las características de la salud. Por lo tanto, es evidente el sesgo de la teorización de May.

Por último, aunque May revela la importancia de la historia en las ciencias sociales y, en particular, en la psicología, e intenta utilizar el análisis histórico para fundamentar algunas de sus conclusiones, el vínculo entre el desarrollo de la personalidad y la historia sigue siendo externo, pues el autor es incapaz de introducir y revelar los aspectos esenciales del devenir histórico-social. Por eso, desde el punto de vista metodológico, May no produce aportes relevantes a la psicología.

CONCLUSIONES

Al introducirnos en la obra de May entramos, a la vez, en el existencialismo. En la crítica filosófica marxista, esta corriente es definida como una representante de la filosofía irracionalista, producto de la decadencia de la sociedad burguesa. Por lo general, se avalan los planteamientos críticos a partir de las expresiones de diversos filósofos de la existencia, incluso teóricamente contradictorios entre sí. No obstante, se ha realizado, en nuestro criterio, mucho menos esfuerzo para dar respuesta a los problemas del hombre planteados por el existencialismo en primer plano.

Primero, debe reconocerse, para no realizar un análisis esquemático, los asuntos comunes de las distintas variantes del existencialismo.

N. Abbagnano, conocido existencialista italiano, plantea: «Se aplica a menudo este término a partir, más o menos de 1930, a un conjunto de filosofías o de direcciones filosóficas que tienen en común el instrumento de que se valen: el análisis de la existencia, aunque no tengan en común los supuestos y conclusiones. Estas direcciones toman la palabra existencia en su tercer significado, o sea, como el modo de ser propio del hombre en cuanto es un modo de ser en el mundo, o sea, siempre en una situación determinada, analizable en términos de posibilidad» (1; 493).

«Existir significa hallarse en relación con el mundo, o sea, con las cosas o con los otros hombres, y ya que se trata de una relación no necesaria en sus modos de actitud, las situaciones en que toma forma pueden ser analizadas solamente en términos de posibilidad. Este tipo de análisis ha sido posibilitado por la fenomenología, la cual ha elaborado el concepto de trascendencia. Según tal concepto la relación entre el sujeto cognoscente y la cosa conocida es una relación por la cual la cosa misma no está dentro del sujeto, sino que permanece fuera de él y se da a él en su propia persona» (1; 490).

A partir de aquí, de estos nódulos comunes, comienzan las diferencias entre las escuelas existencialistas. Heidegger, Jaspers y Sartre truecan teóricamente la posibilidad de ser en imposibilidad. Ésta es una de las formas del existencialismo criticada en primer término por el marxismo, con toda razón; por su visión de desesperanza e inutilidad de la vida humana. Y, de estos autores, se deriva la noción popular del existencialismo como filosofía negativa, llena de extravagancias, de tomar la vida como viene, etcétera.

Marcel y Lavelle, por el contrario, a partir de objetivos religiosos transforman la posibilidad en realidad, que siempre ocurre debido a determinados designios, al parecer divinos.

Santucci, Abbagnano y Paci admiten la posibilidad y trabajan sobre el supuesto de los pro y contra que pueden o no permitir su paso a la realidad.

Pero la existencia de la problemática planteada por estas corrientes, con algún acierto o con ninguno, es difícil ponerla en duda. Sería más bien importante trabajar estos problemas desde la óptica marxista, a partir de situar en su lugar el método fenomenológico. Sin embargo, no nos confundamos; nosotros no estamos en condiciones de fundamentar estas cuestiones.

desde la filosofía marxista. Tampoco May trabaja el ángulo filosófico de esta cuestión, sino su aspecto específicamente psicológico. De hecho, rescata para la psicología un campo que, aparentemente, abarcaba la filosofía existencial, y en ello consiste uno de sus méritos.

Para él, la filosofía es una condición, no su fin. Su fin inmediato es la psicología, cuyos datos encuentra en su práctica cotidiana y sistemática.

El problema consiste, entonces, no en rechazar a May sobre la base de su posición ante el problema fundamental de la filosofía, sino saber qué conocimientos ha logrado obtener de esa práctica.

En este autor, la postura teórica existencialista se concreta en temas de carácter psicológico, y los hechos y su interpretación son hechos e interpretaciones psicológicas. Por su contacto firme con la realidad del hecho psicológico, el existencialismo resulta en él modulado por la realidad. No es el simple verbalizar especulativo que induce a muchos filósofos existenciales a decir cosas, cuando no inútiles, al menos unilaterales o distorsionadas.

En todo caso, en su posición de científico estaría mucho más capacitado para elaborar la filosofía existencial sin los extremismos de sus antecesores. Este principio de la elaboración de la filosofía marxista, pensamos, es válido incluso, dentro de ciertos límites, para filosofías que, de plano, se autocolocan por encima de la investigación científica.

Una primera cuestión a analizar en la obra de este psicólogo es el dilema: el hombre como sujeto y como objeto. Este problema tiene diferentes aristas. En tanto posibilidad de contemplar al hombre como objeto o sujeto, o que se comporte como tal, no hay dudas que ello constituye un hecho psicológico fundamental. O que el hombre puede ser condicionado por causas histórico-social a perder la capacidad de considerarse como sujeto, tampoco hay dudas de que estamos en presencia de un mecanismo psíquico al cual apuntan las diversas escuelas psicológicas. Pero plantear que por estas características los procedimientos llamados objetivos resultan inútiles, es bien discutible por su unilateralidad.

Al analizar con profundidad este razonamiento, sentimos que el conductismo positivista y el humanismo existencial están más cerca

uno del otro de lo que parece a primera vista. En esta captación o comprensión del ser postulada por los humanistas, se busca también el «dato» lo más «puro» posible; y el nuevo paradigma del conocimiento pretendido por toda la psicología humanista, y de forma aguzada por May, no es más que la única forma posible de obtener un «dato puro», mucho más confiable a los fines de la teorización. Con la contradicción implícita de que ninguno es capaz de establecer los principios metodológicos y, mucho menos, la fundamentación de esta capacidad.

Como este «dato» resulta bastante controvertido para mostrarlo a otros, si no se pasa previamente por la experiencia (que en puridad es irreplicable), entonces se tiende a enfatizar la justificación teórica de la imposibilidad del conocimiento en psicología por los recursos objetivos tradicionales.

En esta cuestión, vista a la luz del desarrollo de la ciencia psicológica, las posiciones extremas colindan con el absurdo.

En la actualidad se fragua un nivel de desarrollo superior de la psicología, y la cuestión estriba en obtener materiales empíricos reveladores y explotar las revelaciones de datos obtenidos por diversas vías, más que decidir, por consideraciones teóricas abstractas, cuál es el «método» para excluir automáticamente cualquier otra forma de penetración de la realidad mental.

Otro asunto importante, coincidente con el desarrollo de toda la psicología humanista, es el valor de la conciencia de sí como nódulo psicológico vital del sujeto. Casi siempre decimos que para querer a otros es necesario, primero, amar a los padres; para querer al mundo es necesario amar a la patria; pero casi nos insultamos cuando se dice que para lograr estos rasgos el individuo debe apreciarse a sí mismo. De inmediato, resuenan las críticas porque se promueve el egoísmo, el individualismo, la autosuficiencia y otras nefastas cualidades.

Simplemente, se aplica la lógica formal, y se olvida que esta cuestión requiere un análisis dialéctico. La investigación demuestra que los seres más útiles, desde el punto de vista social, por sus capacidades creativas en las ciencias, las artes, la tecnología y otras áreas del saber, son personas alta y delicadamente individualizadas. Sólo personas con gran conciencia de su individualidad pueden establecer verdaderas colectividades: sólo

cuando no tenemos miedo o desprecio de nosotros mismos deponemos las barreras ante los demás.

Un mecanismo importante, destacado por May en primer plano, presente también en la psicología humanista, es la toma personal de decisiones.

Este proceso se relaciona, de manera íntima, con el crecimiento normal del sí mismo. Pero, esta libertad de expresión de las decisiones propias configuradas, como explica May, no debe apreciarse como factor anarquizante. Una sociedad sana debe posibilitar las vías de autoexpresión, y educar a todos los ciudadanos en el respeto irrestricto al derecho ajeno a expresarse. La violación de este principio conduce, como bien señalan los autores humanistas, a la entrega absoluta o la opinión social (el hombre objeto, o como diríamos nosotros, la personalidad funcionando en el nivel de estereotipo) con un sinnúmero de manifestaciones patológicas o desviaciones éticas concomitantes: entre ellas, expresiones de tipo fisiológico, como las cardiovasculares, o a la conformación de una discrepancia sistemática entre acción-emoción-pensamiento, con ataques de ansiedad, depresión hasta el suicidio, alcoholismo y problemas sexuales, entre otros.

La solución al problema de la libertad humana no sólo es importante para la psicoterapia, sino, además, para canalizar las relaciones humanas y el desarrollo de la personalidad a distintos niveles sociales. Por tanto, resulta esencial para determinar el carácter de las interacciones del individuo con la estructura social.

Al sustituir la concepción generalizada de la situación terapéutica por el encuentro existencial, aparte de lograr enfatizar cuestiones importantes del proceso, en realidad no se produce un vuelco importante de la concepción y la práctica psicoterapéutica, como parece opinar el autor. La fundamentación del encuentro, por el existencialismo, adolece de un sinnúmero de lagunas en su comprensión y, ante todo, no se puede sintetizar orientación metodológica alguna. En este sentido, el trabajo de Rogers nos parece superior, aun cuando aceptemos la aguda crítica de May a este autor.

Tampoco realiza Rollo May un trabajo profundo al intentar utilizar el principio del historicismo, aparte de señalar su importancia vital, en lo cual se diferencia de otros humanistas.

PARTICULARIDADES DE LA PSICOLOGIA HUMANISTA NORTEAMERICANA

En este libro nos hemos ocupado del proceso de desarrollo y la conceptualización característica de la psicología humanista o tercera fuerza en psicología.

A partir del enfoque de las influencias teóricas y metodológicas que la han determinado y la visión de conjunto de sus características, hemos estudiado importantes exponentes de ésta, los cuales cubren una variedad de posiciones desde el personalismo allportiano hasta el existencialismo de May, pasando por Angyal, quien denota la influencia profunda de la Gestalt.

Con independencia de los matices de cada posición, en todas se da, en una u otra medida, las características generales siguientes:

1. El hombre es más que instintos o conducta: es persona.
2. La persona, en su singularidad, es irrepetible, por ello se interpreta de manera holística e ideográfica la personalidad.
3. La persona es portadora de fuerzas hacia la autorrealización. Cuando estas fuerzas están bloqueadas aparece la enfermedad.
4. La autodeterminación es un mecanismo fundamental para el desarrollo psicológico; de ahí la sustitución de las causas por propósitos e intenciones.
5. Por igual razón, los valores ocupan una posición central en el desarrollo humano.
6. Los valores están condicionados por las necesidades humanas.
7. El hombre es responsable de su vida y su futuro.

Si bien estas características son propias del humanismo en psicología, sin importar el origen nacional de sus autores, los teóricos seleccionados para ser estudiados en este libro son

todos norteamericanos. Sería conveniente preguntarse si el humanismo en la psicología norteamericana expresa, además de los rasgos propios de la posición humanista, elementos que lo caracterizan como psicología norteamericana.

Sí, en efecto, en términos teóricos generales, el humanismo se alza como una fuerza entre el conductismo y el psicoanálisis; para los psicólogos norteamericanos presentados en los capítulos anteriores, no sólo el psicoanálisis, sino también el conductismo, es un punto de confrontación teórica, como puede ser para el humanismo europeo. Para los estadounidenses es también, por fuerza, una corriente influyente en su obra.

Es decir, este grupo de psicólogos norteamericanos asume la elaboración teórica de la psicología desde posiciones humanistas, pero su labor creadora se orienta en las raíces del pensamiento psicológico de su país, uno de cuyos productos conspicuos es el conductismo.

Esta afirmación lleva a cuestionarse si en estrecha relación con las características propias de la psicología humanista, este grupo de autores presenta particularidades que reflejan, además, las concepciones epistemológicas, metodológicas y teóricas de la psicología norteamericana.

En nuestra opinión, la única forma de objetivar este perfil propio del humanismo norteamericano, es compararlo con el pensamiento humanista generado en la psicología y psiquiatría europeas. Y esta comparación es mejor si tomamos como ejemplo concreto de la psiquiatría humanista europea la teoría de Viktor Emil Frankl.

Frankl es un psiquiatra austriaco que recibió la influencia de la psiquiatría alemana, el psicoanálisis y el existencialismo. Profesor universitario y director de la Policlínica de Viena, por su país de origen y condición humana sufrió en carne propia los horrores de la Segunda Guerra Mundial: estuvo internado en los campos de concentración de Dachau y Auschwitz.

Pero, lo que más favorece nuestro objetivo es su comunicación intensa con los psicólogos y psicoanalistas estadounidenses en los trece viajes realizados a Estados Unidos, durante los cuales impartió conferencias en Arkansas, Texas, California, Iowa y, en 1961, fue profesor invitado en la Universidad de Harvard. En sus obras cita a humanistas y psicoanalistas norteamericanos, de la misma forma que en éstos aparecen refe-

rencias a sus textos. Es un contemporáneo de los autores reseñados.

LA CONCEPCIÓN PSICOLÓGICA DE VIKTOR FRANKL

CONCEPCIÓN DE LA PERSONALIDAD

El hombre es un ser unitario e indivisible, pero no puede partirse de sus funciones inferiores para explicar las superiores, ni de éstas para explicar las primeras. Tanto el monismo materialista como el monismo espiritualista fallan al explicar al individuo, porque sus distintos niveles son inconmensurables. El ser humano no es una suma de sus dimensiones, ya que estas dimensiones se proyectan en planos diferentes, sin ser explicación unas de otras.

Las más importantes de las posibles dimensiones del hombre son: la disposición vital, estudiada por la biología y la psicología; y la situación social, atendida por la sociología. La disposición vital y su situación social conforman la posición natural del hombre: ésta puede ser fijada y comprobada por la biología, la psicología y la sociología.

Sin embargo, lo distintivo de la persona no es su posición natural. Dice Frankl: «Pero no debemos olvidar que el verdadero ser hombre comienza allí donde terminan toda comprobabilidad y fijabilidad, donde cesa toda determinabilidad inequívoca y definitiva; lo que allí empieza, lo que sólo entonces se suma y se asocia a la posición natural de un hombre es su actitud personal, la postura que adopte en cuanto persona ante todo ello, ante cualquier disposición y cualquier situación» (20; 195).

Esta posibilidad caracteriza la cuarta dimensión humana: el cambio de actitud existencial.

Según el autor, los factores de esta dimensión, la propiamente humana, son: la espiritualidad, la libertad y la responsabilidad.

Lo espiritual es irreductible. Las funciones psíquicas y somáticas son la condición para el despliegue de lo espiritual, pero ellas no lo originan ni lo producen. La aceptación de una dimensión espiritual, más allá del componente anímico o psi-

quico, no reducible a él ni a lo biológico o social, es, según el autor, una necesidad en la elaboración de una psicología de la personalidad. «Pero estrictamente hablando no puede haber una psicología científico-natural; al menos cuando aspira a ser una psicología también de la personalidad tiene que ser por fuerza psicológica llámesela así o no» (20; 215).

No obstante, de la misma manera que previene contra el monismo materialista, así previene también contra el monismo espiritualista: «No solamente en la altura, en la dimensión altura, en la de lo espiritual, es el hombre, sino que es en el espacio de lo corporal-anímico-espiritual, en cuanto espacio de lo humano, donde el ser hombre comienza a despuntar. En ésta trinidad es donde el *Homo humanus* tiene su morada, donde reside su *humanitas*» (20; 214).

De todas formas, lo espiritual conserva su independencia relativa y está presente en el comportamiento integral del ser humano: «La instintividad del hombre (como sus otros componentes) desde siempre ha estado envuelta en esta espiritualidad, de modo que no sólo cuando los instintos son reprimidos, sino también cuando están sueltos, desde siempre el espíritu ha estado en acción, desde siempre ha intervenido o se ha abstenido» (20; 194).

El hombre es libre ante el medio, la herencia y sus instintos (dotación psicológica); puede tomar una actitud hacia todos y cada uno de estos elementos y las posibles limitaciones que se opongan a su desenvolvimiento como persona.

«No tengo por qué condescender —dice— en todo lo que quiera imponerme mi propio yo. Yo puedo distanciarme de lo que se encuentra dentro de mí mismo, no solamente de lo psíquicamente normal, sino también —hasta cierto grado y dentro de límites estables— de lo psíquicamente anómalo que hay en mí. De suerte que no estoy sujeto de un modo absoluto a cosas, tales como el tipo biológico que represento o el carácter psicológico. Pues un tipo de carácter “lo tengo” pero lo que “soy” es persona y este mí, ser persona, significa libertad, libertad para el devenir-personalidad» (20; 196).

La libertad humana no se identifica con omnipotencia, ni arbitrariedad, pues está subordinada a la responsabilidad. La libertad entra en juego, también, cuando se trata de la creación de valores espirituales, aunque, en este caso, se halla condicio-

nada. «No por ello hemos de negar que las creaciones espirituales se hallan condicionadas de un modo o de otro, psicológica y también biológica y sociológicamente, pero ello no quiere decir que se hallen causadas» (19; 30).

La responsabilidad implica el «cumplimiento del sentido concreto de existencia personal» (20; 196) y de la realización de valores.

Con la expresión precedente entra en juego, en la teoría de Frankl, un aspecto humanista esencial: los valores: «Así, pues, el análisis existencial ve al hombre como un ser que está orientado según un sentido y que aspira a los valores, contra la concepción analítico-dinámica corriente del hombre como ser determinado sobre todo por los instintos y con tendencia al placer» (20; 222).

Para dar sentido a la vida el hombre puede desarrollar valores creadores: un hecho o una obra. O bien puede desarrollar valores vivenciales: asimilar lo bello, lo bueno, lo verdadero, esto es, la cultura; o, también, puede amar a una persona.

Cuando estas alternativas están bloqueadas, sea por la situación exterior o por la enfermedad, el ser humano puede dar un sentido a su vida con una posición de enfrentamiento a su destino, aunque éste sea de sufrimiento. Éstos los denomina valores de actitud. El individuo, gracias a su libertad, siempre está en capacidad para lograr el objetivo de apelar a, lo que él llama, la fuerza resistente del espíritu.

Para Frankl, recurrir a esta fuerza resistente es más bien una excepción: «Afortunadamente, el hombre no necesita siempre hacer uso de la fuerza resistente del espíritu. No necesita resistir siempre a sus instintos, a su herencia y a su medio ambiente, por la sencilla razón de que los necesita; pues tantas veces al menos como el hombre se afirma, a pesar de sus instintos, de su herencia y de su medio ambiente, otras tantas lo hace también en virtud de sus instintos, gracias a su herencia y a su ambiente» (20; 218).

La realización del sentido concreto de la existencia, no se alcanza entregándose a la actividad con este objetivo. En velada crítica a ciertas interpretaciones del humanismo norteamericano, dice: «Una cosa podemos asegurar desde ahora: dónde no está, en modo alguno el sentido de la existencia. Y no está, precisamente, en esa autorrealización o en esa autoconsumación de

que últimamente se ha hablado tanto y de que se ha hecho moda; por el contrario, el hombre no está ahí para consumarse o realizarse a sí mismo, sino que siempre que con relación al hombre se puede hablar de una autorrealización o una autoplificación, ha de tenerse en cuenta que ambos han de resultar por efecto y no por intención» (21; 65).

A esta altura del desarrollo de la teoría, Frankl ha dejado suficiente espacio para introducir su propia actitud ante la religión.

Si bien el autor ha establecido la libertad y la responsabilidad del sujeto como un componente de su existencia y ha expresado «para qué» es libre y responsable, ahora expone «ante quién» es responsable: «¡Pero el hombre no puede tampoco responsabilizarse ante sí mismo! Detrás de su conciencia hay una entidad sobrehumana, aunque con mucha frecuencia inconciente para él» (20; 200), y esta entidad sobrehumana es, precisamente, Dios.

Contradice la explicación psicoanalítica de la divinidad, al plantear que Dios no es una imagen paterna proyectada, sino, por el contrario, el hombre es una imagen de Dios: «Solamente ontogenética, biológica y biográficamente hablando el padre es lo primero: ontológicamente, en cambio, es Dios primero» (20; 200).

No sólo la interpretación psicoanalítica, sino cualquier consideración materialista y atea, según el autor, presupone lo contrario.

El religioso trata de no ceder a Dios sus culpas y preocupaciones; pero esto entraña una renuncia, que expresa, en el fondo, un profundo amor a Dios: «La renuncia a un sentido presupone el sentido de tal renuncia y este sentido es lo que yo designo con el nombre de suprasentido» (21; 202).

La creencia en Dios, así como la moral y ciertos aspectos espirituales, puede permanecer inconciente, lo cual equivale a decir no reflexionado: «Hay una espiritualidad inconciente, una moralidad inconciente y una creencia inconciente» (21; 101).

LA PSICOTERAPIA. ANÁLISIS EXISTENCIAL Y LOGOTERAPIA

Pese a la cruda afirmación de un componente constitucional sobre el que descansa la neurosis, relacionada con la tradi-

ción de la psiquiatría alemana, Frankl adjudica a la psicoterapia un papel en el tratamiento del enfermo mental: «Pero no somos fatalistas de la herencia; ni mitólogos del cerebro, ni mucho menos estamos tentados de ver un fatum en un factum como el de la psicopatía. Tampoco somos nihilistas en terapéutica. Más bien tenemos como perfectamente posible y absolutamente necesaria una psicoterapia activa, aun en la región de la psicopatía. Nos referimos a una especie de ortopedia psíquica. Una psicoterapia orientada en este sentido parte de lo sano del paciente y quizás no hace demasiado caso a lo enfermo del hombre» (20; 95).

Por otra parte, Frankl apunta «un vacío en el espacio científico de la psicoterapia» (19; 22). Éste se expresa en la carencia de una psicoterapia dirigida al espíritu, más que a lo psíquico. «Lo que se echa de menos es una psicoterapia que se remonte más allá de esa dinámica y que, por detrás de los padecimientos psíquicos del hombre neurótico, se dé cuenta de su combate espiritual» (19; 22).

Esta psicoterapia es el análisis existencial y la logoterapia. Según él, esta psicoterapia tiene una indicación específica para las neurosis noógenas; pero es también un tratamiento posible para otras neurosis y, desde el punto de vista psicosomático, siempre que aparece una frustración existencial, aunque no devenga neurosis.

El análisis existencial tiene, para su creador, dos significados íntimamente relacionados. Por un lado, es la explicación ontológica de la existencia y, en este sentido, constituye una antropología precedente a la psicoterapia. Por otro, el análisis existencial es explicación de la existencia óntica, en tanto el terapeuta ayuda al paciente a darle un sentido a su existencia. Cuando el análisis existencial opera en este último sentido es psicoterapia y, en particular, logoterapia.

La logoterapia tiene como objetivo «ampliar lo más posible el campo visual de valores en el enfermo, para dejar luego a su iniciativa por cuál quiere decidirse; qué sentido concreto quiere consumir y qué valor personal quiere realizar —y ante qué—: si ante algo, o mejor ante alguien, cree él ser responsable de su existencia» (21; 88).

A partir de la concepción del hombre de Frankl, se hace posible ayudar al paciente a evocar la voluntad de sentido si se

recurre a la misma. El sentido buscado tiene un carácter concreto, que depende de las peculiaridades del hombre y su situación concreta. No significa imponer valores, sino ayudar al paciente a encontrarlos, para lo cual se ofrece, en todo momento, la seguridad de su posible identificación.

En condiciones extremas, sin solución objetiva y con bloqueo de las posibilidades de entregarse a valores creativos o vivenciales, siempre resulta posible la creación de valores de actitud con el uso de la potencia del espíritu.

Para ayudar al paciente a encontrar su propio sentido personal, el terapeuta debe descubrir, junto al paciente, sus propias posibilidades. Indudablemente que primero se ha de comenzar por poner en orden todo aquello que —si me es lícito expresarme así— significa o representa las condiciones naturales de posibilidad para la existencia espiritual y personal del hombre; la equivocación está tan sólo en pretender localizar de una manera tendenciosa y exclusivista, el origen de todas las perturbaciones en la zona de lo psíquico» (21; 33).

Estos criterios no logran estructurar de manera completa el proceder en la psicoterapia, ellos nos definen una técnica transmisible. En defensa de esta crítica, el autor plantea que las técnicas de la logoterapia son la intención paradójica y la reflexión.

La intención paradójica de Frankl es un recurso bastante utilizado, pero con independencia de la argumentación del autor. Puede justificarse teóricamente a partir del conductismo, los reflejos condicionados, o los principios de la terapia por exposición, como hace Marks (29).

La idea de la técnica de la intención paradójica surge del hecho clínico de la potenciación en el paciente de su angustia por el miedo a la angustia, en el caso del ansioso; o por el miedo a la obsesión, en el caso del obsesivo. El ansioso se da a la fuga ante la angustia, mientras el obsesivo hace resistencia a sus obsesiones, lucha contra ellas.

Al ayudar al paciente, el problema no consiste en persuadirlo de lo injustificado de su ansiedad o sus obsesiones. El problema es instruirlo para que desee que le ocurra algo. Si tiene miedo a la angustia porque teme tener un ataque cardíaco o porque le hará temblar las manos en cierto momento, es necesario convencerlo que desee el ataque o se disponga conscientemente

a temblar. A partir de aquí, la ansiedad y los temblores desaparecen. El obsesivo por la limpieza debe ser convencido de ensuciarse ex profeso y sus temores fóbicos desaparecerán.

El fundamento de esta técnica es explicado por Frankl de la forma siguiente: «El paciente ha de objetivar la neurosis y distanciarse de ella, es decir, ha de distanciarse como persona espiritual de la neurosis como afección del organismo psicofísico, esto es, lo espiritual del hombre ha de distanciarse de lo anímico que hay en él. Para ello el médico apela al antagonismo psicoonético facultativo y trata al enfermo conforme a una psicoterapia apelativa» (20; 115).

Como al parecer la intención paradójica tiene un carácter sintomático, reñido con los fines de la logoterapia, Frankl vuelve a ello de manera reiterada: «tocante a la afirmación de que lo que aquí se lleva a efecto es una terapéutica sintomática, la logoterapia, incluso en lo que se refiere al método de la intención paradójica usado por ella, no es propiamente hablando un tratamiento sintomático, sino que ha de ser entendido como una terapéutica que se dirige a la actitud personal (...) Pero la intención paradójica es, precisamente, el medio de llegar hasta conseguir un cambio profundo de actitud, que toca en lo existencial y logra, digamos, la reinstauración de una primordial confianza en la propia existencia» (21; 43).

Como a la angustia de expectación se asocia la obsesión de autoobservación, el autor pone en práctica la técnica de la derreflexión, cuyo objetivo es que el paciente se ignore a sí mismo, mediante la dirección de su atención al exterior. En el caso de dificultades sexuales, por ejemplo, se le prohíbe al paciente, de manera temporal, el coito y se orienta que se acaricie con su pareja, lo cual evita la autoobservación obsesiva de sus dificultades.

No obstante las explicaciones de Frankl, en estas técnicas puede verse la desproporción entre los procedimientos y la conceptualización inicial. Es difícil considerar que la intención paradójica y la derreflexión sean la técnica de la logoterapia, sino más bien uno de sus posibles procedimientos, con lo cual volvemos de nuevo a la crítica de la estructura u organización del método.

Según Frankl, la sintomatología de la enfermedad puede ser fenopsíquica o fenosomática. Por su parte, la etiología puede ser somatígena, psicógena o sociógena.

A partir de estas categorías, para él, las psicosis son enfermedades fenopsíquicas y somatígenas; mientras, la neurosis es fenopsíquica y psicógena. No obstante, las pseudoneurosis son fenopsíquicas y somatígenas.

La unidad entre lo psíquico y lo somático plantea la unidad de lo psicógeno y lo somatígeno; pero Frankl añade: «por muy unidos que estén en el hombre lo psíquico y lo somático siempre se trata de dos modos de ser sustancialmente distintos y lo único que éstos tienen en común es ser, precisamente, modalidades de un mismo ser» (20; 17).

Este planteamiento va dirigido a la negación del monismo materialista, aunque cuestiona también el paralelismo psicofísico.

Al analizar la enfermedad considera importante preguntarse sobre la causa primaria, sea esta somatígena o psicógena, lo cual, en su opinión, es metodológicamente posible: «se puede distinguir perfectamente en un caso particular concreto dónde ha comenzado el acaecer circular —si en la zona psíquica o en la somática—, por más que lo psíquico y lo somático se condicionen después mutuamente» (20; 19).

Con la ampliación de la clasificación preliminar mediante la inclusión de nuevos conceptos, el autor presenta enfermedades no causadas desde lo psíquico, sino sólo desencadenadas desde lo psicológico. Estas son las enfermedades psicósomáticas.

Tanto en las pseudoneurosis orgánicas como en las enfermedades psicósomáticas, el paciente reacciona con efectos psíquicos a su sintomatología inicial, por lo cual pueden ser consideradas reactivas. También las neurosis son reactivas cuando hay una reacción neurótica ante algo psíquico cuya etiología es psicógena.

Un caso particular de neurosis reactiva es cuando el motivo se debe al comportamiento del médico. Estas son las neurosis yatrógenas.

Todas estas cuestiones tienen un valor práctico para Frankl, pues determinan el curso del tratamiento integral a seguir, el cual no es sólo psicológico, sino también biológico.

Sin embargo, el punto culminante de la clasificación del autor es el siguiente: «Ahora bien, puede ocurrir que más allá de la psicógenes de una neurosis psicógena no haya que buscar la verdadera causa de la enfermedad en el terreno psíquico, sino en un terreno que se encuentra esencialmente más allá del psiquismo: en el terreno noético, en el terreno espiritual.

«En aquellos casos, por fin, en que un problema espiritual, un conflicto moral o bien una crisis existencial originan etiológicamente la neurosis en cuestión, hablaremos de neurosis noógena» (20; 21).

En la concepción del autor, el hombre puede enfermar psíquicamente por el sentimiento de falta de sentido: «Hablamos de frustración existencial en esos casos en que el hombre se queda con las manos vacías en esta su exigencia de encontrar un sentido a su existencia» (20; 158).

Sin embargo, y aquí se revela la importancia del carácter unitario del hombre, no toda frustración existencial da lugar a una neurosis. Según el autor, es necesario que exista una afección somatopsíquica precedente a la frustración. Es decir, la frustración existencial se intercala en una afección en curso. La enfermedad noógena, aunque surge del espíritu, no es una enfermedad del espíritu, es una enfermedad del individuo en su unidad.

En resumen, ni toda frustración existencial es patógena, ni toda neurosis es noógena. En general, metodológicamente, no sólo la frustración existencial, sino «los complejos, conflictos, problemas y traumas psíquicos en cuya patogénesis, presuntamente tan específica, se viene insistiendo constantemente, han de considerarse como prácticamente ubicuos, y siempre que se comprueban anamnésicamente no hay que pensar que son ellos los que han causado la enfermedad» (20; 166). Ellos pueden representar no la causa, sino el efecto de una enfermedad; en todo caso hay que determinar, con la mayor exactitud, su influencia en la patogénesis.

En sentido paraclínico, Frankl establece también lo que llama neurosis colectivas, cuya patogénesis es de carácter social. Se definen por los síntomas siguientes: 1) actitud de existencia provisional; 2) fatalismo; 3) el pensar colectivista (contrario al pensar comunitario, y que se caracteriza por el rechazo al surgimiento de personalidades dentro de una masa); 4) fanatismo.

En general, entre neurosis colectivas y noógenas existe una proporción inversa: dadas las características de la neurosis co-

lectiva, los conflictos de conciencia y de existencia tienden a negarse y, por tanto, hacen imposible (o improbable) el surgimiento de una neurosis noógena.

Bajo toda neurosis Frankl aduce un componente constitucional: «Lo que importa en cada caso es que el paciente aprenda a arreglárselas de una manera adecuada con los ataques de angustia o las ocurrencias obsesivas y, en última instancia, consigo mismo. Pues ciertamente es el propio paciente el que hace de la psicopatía una neurosis obsesiva; de ahí que cuanto más consigamos convencerle de que no se preocupe de ello, tanto más se irá debilitando el luchar y arremeter contra las ocurrencias obsesivas, que es propiamente lo patógeno, y finalmente, se produce una reducción de los síntomas obsesivos a un mínimum soportable, al núcleo fatídico» (20; 95).

DIFERENCIAS ENTRE LA CONCEPTUALIZACIÓN DE FRANKL Y EL HUMANISMO NORTEAMERICANO

A partir del análisis de los conceptos utilizados por Frankl no resulta difícil establecer algunas diferencias entre su obra, como producto típico del humanismo europeo, y la de los psicólogos norteamericanos de la tercera fuerza.

El asunto no consiste en situar la verdad o la perfección del enfoque de un lado o de otro, sino en relacionar estas diferencias con el pensamiento psicológico norteamericano que está en la raíz de la psicología humanista norteamericana.

Entre los conceptos de Frankl hay uno que se destaca por su ausencia: la ansiedad, la angustia. Esto es realmente curioso, porque la teorización existencialista, por lo general, lo sitúa en primer plano y, como es conocido, para el psicoanálisis la ansiedad resulta un concepto fundamental.

El problema reside en que la utilización de la ansiedad implica, en mayor o menor medida, que su monto cuantitativo no sólo sea un efecto, sino también una causa provocadora de la conducta humana. Y, para Frankl, la cuestión de la determinación del comportamiento es un proceso cualitativo, en el cual no resulta necesario destacar, en un plano estelar, la ansiedad. En su teoría, el hombre siempre es capaz de distanciar-

se de cualquier fenómeno ansiógeno, sea externo o interno, y tomar una actitud ante él.

Sin embargo, para cualquier psicólogo norteamericano, incluido el existencialista Rollo May, adoptar esta posición sería saltar no sólo por encima del psicoanálisis, sino de las corrientes psicodinámicas elaboradas en Estados Unidos y de las teorías de la motivación, en términos de impulso, forjadas en Norteamérica.

Un aspecto diferencial entre la teoría de Frankl y la corriente humanista norteamericana es, aparte de la ansiedad, los factores determinantes del tipo de fuerza que impele a la persona al cambio. Como hemos visto, entre los psicólogos norteamericanos estas fuerzas tienen una raigambre psico-biológica. Son tan biológicas como la libido psicoanalítica, aunque su signo resulta positivo en toda circunstancia. Por el contrario, en Frankl estas fuerzas son espirituales e irreducibles a lo biológico o a lo psicológico.

A la luz del desarrollo en Estados Unidos —no sólo del psicoanálisis, sino del funcionalismo y del conductismo, donde el aparato biológico constituye el sustrato de la determinación conductual—, la posición consecuentemente existencialista de Frankl no puede ser compartida por ningún psicólogo humanista norteamericano. Esta posición trae a la teoría consecuencias importantes.

Dada la caracterización biológica del potencial humano, el bloqueo de las fuerzas interiores conduce a la enfermedad; mientras, en Frankl, el obstáculo a las potencialidades y la frustración existencial no producen, de manera mecánica, la enfermedad. Al mantener la conceptualización biológica freudiana, aunque la vistan con otro ropaje, los humanistas norteamericanos deben asimilar sus consecuencias. La consideración biológica en el humanismo norteamericano matiza, de manera desfavorable, una de sus características centrales.

Tanto en este grupo de psicólogos como en Frankl, se intenta construir una psicología de la personalidad en la cual los valores tienen el lugar que merecen en la determinación del comportamiento humano. Sin embargo, mientras en el autor europeo los valores tienen una existencia independiente del hombre (aunque en última instancia dimanen de Dios), entre los norteamericanos está muy difundida la interpretación de los

valores en términos de una dinámica propiamente biológica, el hombre es capaz de descubrir los valores vitales para él en tanto éstos gratifican sus necesidades. Por esto, dicen los humanistas norteamericanos que el organismo es más sabio que el propio hombre, y que le permite una guía infalible para el descubrimiento de sus valores propios, en tanto sepa escuchar sus reacciones. Esto nos lleva, de manera directa, a pensar que los mejores valores de la humanidad aparecen en consonancia con la dinámica biológica del hombre y, por tanto, son un producto biológico. En ello reside la distorsión de la concepción norteamericana.

Pese a que las fuerzas fundamentales dinamizadoras del comportamiento tienen profundas raíces biológicas, las relaciones entre el aparato biológico y el psíquico permanecen, aparte de algunas vagas referencias, como un problema no trabajado. Se obvia metodológicamente y se pasa, de manera directa, a la construcción de modelos psicológicos, cuya relación con lo biológico se supone a partir de la connotación biológica de las fuerzas tendentes a expresarse en el desarrollo psicológico. Ésta, por supuesto, no es más que la solución freudiana.

En Frankl sí notamos la investigación de las relaciones entre lo biológico, lo psicológico y lo espiritual, tanto en el plano de los hechos clínicos, como en el filosófico. Y, si bien este autor llega a la negación del monismo, tanto espiritual como materialista, mediante la interpretación de las dimensiones humanas como proyecciones de la persona en distintos planos y de carácter irreductible, el humanismo norteamericano nos conduce a un monismo materialista reduccionista calcado del psicoanálisis.

La falta de trabajo teórico sobre las relaciones mente-cuerpo en la tercera fuerza norteamericana tiene dos explicaciones complementarias, pero válidas.

El problema, en el caso norteamericano, no consiste sólo en reproducir de manera acrítica la solución freudiana.

Primero, la psicología humanista en Estados Unidos utiliza sus esfuerzos teóricos en dos direcciones fundamentales, determinadas por el desarrollo de la ciencia psicológica en ese país. Una, en avalar la importancia de la determinación psíquica de la conducta, en lucha descarnada contra las posiciones del conductismo, y renunciar, a la vez, al apoyo en la teoría psicoanali-

tica. La otra aboga por sus preferencias metodológicas, caracterizadas por el holismo, el enfoque ideográfico y la fenomenología, ante una psicología, que si bien reconoce la importancia de lo psíquico, se interesa en lo fundamental en los recursos de medición, fundamentados conductualmente, con el objetivo de revelar las diferencias individuales. Tanto el conductismo como las teorías que impulsan la utilización de los test psicológicos, son productos genuinos de la psicología norteamericana.

Segundo, estos psicólogos no están convencidos de la posibilidad de fundamentar, teóricamente, estas relaciones, pues no cuentan con hechos indubitables que las demuestren más allá de toda duda razonable.

En el fondo, el humanismo norteamericano lleva en sí la carga del positivismo, cuya expresión más consecuente y sobresaliente es el propio conductismo norteamericano.

Si al imponer la determinación psíquica de la conducta y sus preferencias metodológicas el humanismo estadounidense lucha contra el positivismo, ante las relaciones mente-cuerpo y, también, en la construcción teórica ecléctica vacila ante él de manera irremediable.

La falta de una posición teórica clara sobre las relaciones soma-psíquico se expresa, en la práctica, en otra importante diferencia. Mientras en Frankl encontramos un énfasis vigoroso en la causalidad biológica y en los aspectos somáticos que, en su criterio, no son modificables pero sí responsables de la enfermedad, en los humanistas estadounidenses estas cuestiones pasan inadvertidas. Esta situación conspira contra una de sus posiciones metodológicas fundamentales: el holismo.

Si Frankl, al considerar las posibles relaciones mente-cuerpo y sus manifestaciones concretas en caso de enfermedad, concibe la persona en su integridad biopsico-socio-espiritual, para los humanistas norteamericanos el holismo tiene sus límites en la estructura psicológica, pues de lo somático sólo quedan las fuerzas biológicas provocadoras del crecimiento psicológico.

CONCLUSIONES

El humanismo en la psicología norteamericana no es la única posición humanista en psicología. Hemos intentado profundizar

en este hecho mediante la presentación de la teoría de Viktor Frankl. Pero éste es un autor contemporáneo con los humanistas estadounidenses, cuya obra hemos reseñado con anterioridad. En realidad, el desarrollo del humanismo en la psicología ha continuado su avance hasta nuestros días con importantes exponentes fuera de Estados Unidos.

Las posiciones generales del humanismo en la psicología son las mismas en cualquier latitud, en tanto se enfatiza la unidad, el carácter de persona, los valores, etc. No obstante, con el grupo norteamericano estas características, de la forma en que se presentan, expresan matices compatibles con las raíces epistemológicas y el desarrollo de la psicología en su país. Ésta no es, por supuesto, una opinión peyorativa, sino al contrario; con independencia de las limitaciones a que conduce, es éste un fenómeno que siempre se expresa en la elaboración teórica cuando se trata no de importar de manera mecánica una concepción determinada, sino de crear de acuerdo con las condiciones concretas en que se desarrolla la teoría y la práctica psicológica de cada autor.

En tanto seamos capaces de reconocer la esencia de las limitaciones de la teoría, estaremos en condiciones de intentar su superación. En este sentido, el grupo de humanistas norteamericanos tiene bastante para mostrarnos.

Por último, en el humanismo en general, y en el caso de Frankl y otros autores, no es una excepción la poca importancia concedida a lo social. En los norteamericanos esto puede ser, en parte, debido a su rechazo al conductismo, pero, también, a las características de la teorización psicológica en su nación de origen.

Pasar del énfasis en lo social a absolutizar lo psicológico y las posibilidades del hombre, no es una solución acertada. La psicología está en el deber de contribuir a una concepción de la persona que se autodetermina en el contexto de su vida social, lo cual no sólo impone determinados límites, que hay que precisar, sino también matiza las alternativas seleccionadas por el hombre y, en este proceso, al hombre mismo.

LA PSICOLOGÍA HUMANISTA Y LA ORIENTACION MARXISTA EN PSICOLOGIA

El movimiento conocido como psicología humanista —algunos de cuyos autores principales hemos presentado a lo largo de este libro— representó una alternativa de respuesta al empirismo imperante en las ciencias sociales norteamericanas que, inspirado en el positivismo, proponía un psiquismo humano fenoménico y atomizado, en escuelas como el conductismo, el dimensionalismo y las investigaciones positivistas en general. En ellas el fenómeno psíquico era una expresión aislada de variables concretas.

Los psicólogos humanistas ubicaron en su justo lugar el complejo proceso de la subjetividad humana, y se plantearon al hombre en una comprensión sistémica y activa, la cual trascendió tanto al psicoanálisis, como al conductismo, fuerzas que durante mucho tiempo monopolizaron la lógica para la comprensión del comportamiento humano.

Por primera vez en la historia de la psicología, el movimiento humanista enfrentó, de manera resuelta, las necesidades, tanto teóricas como metodológicas, imperantes en el estudio de la personalidad humana. Su lógica no podía ser aprehendida en la orientación parcial, que los test y experimentos de laboratorio exigían para la determinación de la autenticidad científica de los resultados.

La adscripción de la psicología a un concepto estrecho de ciencia, delimitado por los valores presentes en las ciencias exactas, cuyo objeto difiere en su comportamiento del de las ciencias sociales, determinó, durante mucho tiempo, el prevalecimiento de esquemas de «rigor» metodológico que no permitían penetrar en la esencia de los fenómenos psicológicos. Ante esto, los psicólogos humanistas propusieron una alternativa audaz, con exigencias metodológicas de un nuevo tipo, orientadas a una

utilización de lo cualitativo en la metodología de nuestra ciencia.

Los conceptos presentados por los psicólogos humanistas son amplios, reveladores de la integridad cognitivo-afectiva del hombre, como se expresa en los conceptos de *propium* e intención de Allport, en la tendencia a la autorrealización de Maslow y en muchos otros. En el plano de las categorías psicológicas, se supera la dependencia lineal entre un contenido psicológico y formas atomizadas de comportamiento concreto. El mundo interior, psicológico, adquiere una importante dimensión en el comportamiento humano.

Forman parte de la naturaleza humana y se regulan por el comportamiento psicológico, fenómenos que, tanto para el psicoanálisis como para el conductismo, eran explicados por resortes internos o externos, ajenos a la naturaleza del hombre. Los actos generosamente humanos son una expresión de las propias potencialidades humanas y no una manifestación de fuerzas externas ante las cuales el individuo es pasivo.

La psicología humanista, muy influida por el existencialismo, lo trasciende en su optimismo y en el peso otorgado a los valores, creencias y presencia de una filosofía unificadora en el hombre, garantizadora de su integración plena en la sociedad en que vive.

La individualización y el compromiso personal con los valores apuntados por la psicología humanista, definen una posición activa del hombre en la consecución de éstos, que transforman la concepción estática de la regulación moral, centrada en los contenidos de formas concretas de comportamiento, y que obvia el vínculo establecido por el sujeto, en su mundo interior, con estos comportamientos. Miguel Martínez sintetiza muy bien el sentido de los valores para la psicología humanista cuando afirma: "La búsqueda de valores en una persona no consiste en un examen de conceptos vagos e irrelevantes para su vivir cotidiano, sino en su esfuerzo continuo por encontrar significados profundos que validen su autoidentidad y que establezcan y apoyen los compromisos y las responsabilidades que toma" (30; 80).

La psicología humanista responsabiliza al individuo en su condición de sujeto del comportamiento. El ser humano no es un simple reservorio de rasgos, normas y dimensiones al margen

de su acción. Por el contrario, es un activo organizador de todo su potencial psicológico en las direcciones esenciales de sus compromisos personales.

El papel activo otorgado por la psicología humanista al hombre, hace de éste un sujeto con orientaciones y proyectos futuros bien definidos, los cuales estructura y actualiza en su comportamiento cotidiano, para encontrar un sentido a los distintos eventos actuales en el sistema organizado de su cosmovisión de la vida. Esto consolida su compromiso individual en sus distintas manifestaciones comportamentales.

Unido a sus indudables aciertos, que hacen de la psicología humanista un necesario punto de referencia para todo investigador de la personalidad humana, la misma presenta un conjunto de limitaciones que, a nuestro modo de ver, limitan sus propias posibilidades humanísticas.

La primera, su propia concepción de la naturaleza humana, en la cual designan como inherentes a ella tendencias esenciales que, en realidad, son adquiridas, como la tendencia a la realización y a la actualización de la personalidad. La afirmación de una tendencia natural a la realización y hacia la madurez, obstaculiza la comprensión de cómo estas importantes tendencias se organizan en la vida del individuo, y puede conducir a inculpar a la persona de comportamientos definidos por los sistemas de interrelaciones necesarias en que éste participa, determinados tanto por la organización socio-política actual de la sociedad, como por las costumbres, históricas y tradiciones de su acervo individual.

Esta visión del hombre de los psicólogos humanistas, además de sus influencias filosóficas establecidas en Leibniz, la psicología y el existencialismo, está muy influida por el tipo de personas consultadas, quienes representan grupos y clases sociales con un alto nivel de vida, dentro de un país muy industrializado, como Estados Unidos. El nivel de acceso a la cultura, educación, bienes de consumo y tecnología de estas personas, les facilita una elevada capacidad de acción individual que, precisamente, refleja los atributos propuestos por estos psicólogos como inherentes a la naturaleza humana.

Este énfasis en la naturaleza humana produce en sus enfoques, tanto sobre la educación, como sobre la industria y otras formas de actividad humana, la absolutización de mecanismos

individuales como vía para la solución de todos los problemas, y provoca la subvaloración de las regularidades del comportamiento social e institucional que, en sus diferentes niveles, tienen un papel determinante en las potencialidades individuales de las personas insertas en la vida social. En este sentido, Tod Sloan expresa a partir de una cita de J. Henríquez: «el humanismo en la psicología industrial tiende a ver las prácticas indeseables en las organizaciones como un hecho que puede ser remediado por medio de buenas relaciones interpersonales y por una nueva ética» (49; 243).

La hipertrofia de lo individual en la explicación de todos los comportamientos humanos no tiene, necesariamente, consecuencias humanistas. Así, distintas investigaciones realizadas con latinoamericanos (J. M. Salazar, O. Romero García, Colombia S. de Bustamante, A. Rodríguez y otros psicólogos sociales latinoamericanos) evidencian en sujetos venezolanos y brasileños una baja necesidad de logro y alta externalidad, lo cual se opone a los resultados de los estudios realizados con población norteamericana.

Este camino pudiera conducir a la aseveración de la existencia de diferentes niveles de desarrollo de las potencialidades psicológicas inherentes al hombre, en dependencia de su raza, del clima en que viven, etc. Esto pudiera erigirse en una perfecta plataforma ideológica del racismo y la diferenciación social a través de atributos inherentes a una supuesta «esencia humana».

La psicología humanista, al absolutizar y generalizar la importante dimensión descubierta por ella en el comportamiento humano, comete el mismo error de las otras escuelas psicológicas al convertir su hallazgo en una filosofía general del hombre que impide la asimilación de los conocimientos resultantes de otros niveles del comportamiento humano.

La propia terapia centrada en el cliente, derivada de los planteamientos humanistas, es posible sólo ante determinados tipos de trastornos y con un tipo de sujeto, portador de potencialidades no expresadas, de manera general, en todos los sectores de la población.

En este análisis queremos destacar el carácter necesariamente histórico y en desarrollo de cualquier dirección del pensamiento, con vistas a no encerrar la connotación humanista en una sola escuela y poder organizar la evolución de este pensamiento,

con otros aportes que enriquecen el valor humanista de nuestra ciencia.

La impronta de las distintas corrientes filosóficas en el pensamiento psicológico se manifiesta tanto en los postulados teóricos y metodológicos más generales de éstas, como en su orientación al establecimiento de una definición última y cerrada de la psicología humana, que no acepta evidencias de ningún tipo para la introducción de nuevas alternativas en la explicación de su objeto.

Al igual que el existencialismo, el irracionalismo, el personalismo, el positivismo y otras tantas posiciones filosóficas han influido en el pensamiento psicológico, también el marxismo ha marcado la psicología como ciencia concreta. Muchos autores han intentado asumir el marxismo como un complemento de la psicología, que no ejerce consecuencias sobre la especificidad del propio pensamiento psicológico, ejemplo de lo cual ha sido el llamado pseudo-marxismo.

El pensamiento marxista ha tenido influencia en distintos autores, sobre todo franceses y latinoamericanos (Wallon, Politzer, Reich, Pichon Riviere, Merani, Bleger y otros), quienes, más que en nombre de las corrientes de pensamiento que algunos de ellos representan, han logrado, de manera individual, incorporar con creatividad importantes aspectos de la filosofía marxista en su obra.

De forma más organizada, con un nivel de estructuración en direcciones concretas del pensamiento psicológico, se ha desarrollado la orientación marxista en diferentes países socialistas, entre ellos Cuba.

A diferencia de las escuelas tradicionales, hemos deseado agrupar este pensamiento, que asume de manera conciente como respaldo filosófico al marxismo, en lo que denominamos psicología de orientación marxista. La llamamos así, más que psicología marxista, porque en realidad, bajo esta denominación se integran alternativas muy diversas en la psicología como disciplina concreta, manifestaciones de aproximaciones teóricas y metodológicas diferentes al objeto estudiado, así como interpretaciones variadas sobre el propio objeto de la psicología, lo cual la distingue, por su heterogeneidad y carácter abierto, de las escuelas psicológicas tradicionales.

Esta heterogeneidad y carácter abierto es definitorio de la especificidad del conocimiento particular, pues las ciencias particulares crecen a través de múltiples tendencias y no por conceptos preformados que impidan la asimilación de lo nuevo, como muchas veces ocurre en psicología.

La posibilidad de afirmar de manera conciente una posición filosófica, permite a los psicólogos plantearse, con claridad, qué vínculos deben caracterizar esta relación de dos niveles diferentes del conocimiento: el filosófico y el psicológico; y, con ello, tratar de evitar generalizaciones filosóficas a través de datos particulares de la psicología que no apoyen las mismas. En este sentido, los psicólogos de orientación marxista, a pesar de explicitar nuestra posición filosófica en las investigaciones particulares, presentimos nuestros hallazgos menos permeados por valoraciones filosóficas no justificadas, que otras escuelas de pensamiento psicológico.

La relación entre filosofía marxista y ciencia particular se plantea en términos de la autonomía y la especificidad de cada uno de estos niveles de conocimiento, cuyo vínculo no significa la utilización inmediata de las categorías de un nivel en el otro, ni la suplantación de las categorías y problemas de la psicología por los de la filosofía.

La filosofía marxista no constituye un sistema cerrado, como muchas veces se presenta en algunas interpretaciones. La redefinición del objeto de la filosofía, realizada por Marx y Engels, transforma, de manera radical, la orientación cerrada de los sistemas filosóficos tradicionales, y convierte a la filosofía de ciencia de las ciencias, en síntesis de las síntesis; ciencia dentro del sistema de las ciencias, con lo cual, su cuerpo teórico está en constante desarrollo, subordinado al avance del conocimiento particular. Por esto, la filosofía marxista, aunque nace con Marx, lo trasciende, para convertirse en un reflejo vivo y activo de la historia del conocimiento humano, que crece con nuevas reflexiones y concepciones de forma permanente.

También, a diferencia de las filosofías anteriores, la marxista tiene un sistema de pensamiento unido a la economía política y la historia, que derivó en una praxis político-transformadora generadora de múltiples prejuicios hacia ella, los cuales han determinado el carácter subversivo de cualquier acercamiento a la misma, incluso como fuente del conocimiento humano.

La filosofía marxista influye sobre la psicología tanto en aspectos teóricos y metodológicos generales, sobre los que se construyen aproximaciones particulares en la psicología, como a través de su concepto de esencia humana y su teoría del conocimiento, cuyas repercusiones son de un elevado valor heurístico para la psicología.

Esta ascendencia se traduce en un conjunto de principios generales, que se convierten en postulados aceptados por las diferentes tendencias y autores de esta orientación, aunque la propia interpretación realizada sobre algunos de estos principios, sus relaciones y el énfasis en unos más que en otros, también se expresan como rasgos diferenciales en las posiciones presentes hoy bajo la definición de orientación marxista.

En realidad, el marxismo ha permitido incorporar a la ciencia psicológica elementos necesarios para su propio desarrollo, de acuerdo con el momento actual de nuestra ciencia.

Sin embargo, la psicología como ciencia social refleja la ideología de quienes la crean y la aplican, pues el sentido de sus elaboraciones teóricas y los principios anticipatorios necesarios a toda teoría, presuponen postulados que son parte de la cosmovisión del investigador, en los cuales lo ideológico desempeña un importante papel.

En este sentido, la concepción del hombre de la elaboración psicológica concreta, es portadora de un importante contenido ideológico, al margen de las intenciones de quienes la utilizan; y es precisamente en este punto, donde se produce un momento clave de diferenciación entre los psicólogos con una orientación marxista y los representantes de otras tendencias psicológicas.

La concepción del hombre asumida por nuestra orientación define la esencia humana como social, como producto del sistema de interrelaciones que, orgánicamente, caracterizan la vida del hombre en la sociedad. Este determinismo social, sin embargo, no es mecánico ni inmediato, sino histórico.

La historicidad del determinismo social es un atributo diferencial de otras formas de determinismo presentes en la psicología, como, por ejemplo, el determinismo del conductismo, cuyo carácter contingencial ignora el papel del sujeto y, a su vez, simplifica la compleja acción del medio sobre el hombre.

El medio social no está representado por un conjunto de contingencias aisladas y parciales que provocan comportamientos

estereotipados en el nivel de la conducta. Por el contrario, el medio social contiene una compleja integración sistémica de múltiples formas de interrelación características de una sociedad, las cuales se agrupan, de forma necesaria, en las diferentes alternativas de expresión del sistema para las distintas clases, grupos sociales e individuos.

Este sistema de relaciones que constituye la sociedad, se expresa, a su vez, en un sistema de normas, valores, tradiciones, estereotipos, etc., que reflejan tanto la organización social actual como la historia de un pueblo, la cual es un elemento activo y presente de toda sociedad. La historicidad mediatiza los distintos sistemas de influencias sociales, no sólo por su presencia en el desarrollo social actual, sino también en el individuo concreto quien aporta un sentido psicológico a los sistemas de influencias que le afectan.

El determinismo socio-histórico que proponemos no es la inscripción mecánica de lo social en lo psicológico. El contexto social del hombre constituye un límite a sus alternativas individuales posibles de desarrollo; no obstante, en este ambiente, el sentido psicológico que él da a los sistemas de influencia actuantes sobre él, dependerá de sus potencialidades y de su propia historia individual, sintetizada en su personalidad.

En el hombre como personalidad, lo social deviene como lo histórico individual en la organización psicológica del individuo, sobre cuya base el sujeto participa de manera activa en el sentido psicológico de los diferentes sistemas de influencias actuantes sobre él.

El determinismo socio-histórico de lo psíquico no puede comprenderse aislando del principio del carácter activo del sujeto y del principio de la personalidad, a partir de los cuales entendemos al hombre como el sujeto de su sistema de interrelaciones, dentro del cual organiza su expresión individual y proyecta su propia historia, como un agente activo de este proceso transformador.

El ser humano como portador de personalidad psíquica representa, también, una integración sistémica, que se incluye, de manera permanente, en los sistemas de interrelaciones en que vive, y se mantiene abierto a las informaciones que recibe, muchas de las cuales se convierten en relevantes y se vuelven agentes potenciales del desarrollo individual. Y, a su vez, mantiene una

relativa organización y estabilidad en estas interrelaciones, las cuales dependen de su personalidad.

Cualquier influencia social particular debe ser individualizada para actuar como elemento relevante de modificación personal y, en este proceso, el individuo personaliza, construye de manera activa y coherente para él la multiplicidad de influencias que le afectan en un momento histórico concreto.

El camino de la orientación marxista en la psicología, como el de toda ciencia, no ha sido lineal, ha estado plagado de contradicciones entre los enfoques dogmáticos y mecanicistas y los abiertos y flexibles, orientados al conocimiento verdadero del objeto de estudio.

Durante un periodo bastante largo, muchos representantes de la orientación marxista en la URSS, enfatizaron más el momento del determinismo social de lo psíquico, que el de la subjetividad, lo cual encontró un auge particular con la teoría de la actividad de A. N. Leontiev.

El énfasis desmedido en el papel de la actividad para el desarrollo de la vida psíquica, llevó a muchos psicólogos a subestimar el valor de la comunicación humana y de la personalidad. Y algunos, incluso, concebían los complejos procesos del aprendizaje, como cadenas de operaciones externas, que de forma generalizada y despersonalizada se convertirían en operaciones internas.

El principio de la actividad en psicología —que representa la posibilidad de superar la pasividad del sensorialismo imperante en la comprensión de los procesos psíquicos y permitió comprender lo psíquico, expresión de la actividad humana, en su carácter social— se generalizó, de manera inadecuada, a todas las esferas del psiquismo humano y condujo a esquemas dogmáticos y simplificadores del determinismo social.

Sobre este momento hipertrofiado en el desarrollo de la psicología de orientación marxista han reaccionado múltiples autores a lo largo de la historia de la psicología soviética, así V. N. Miasichev, ya en 1960, había planteado: «Sin embargo, la psicología soviética sufre un subdesarrollo; y esencialmente su laguna radica en que lo psíquico se examina preferentemente como proceso, pero su portador, la personalidad, se estudia insuficientemente. La actividad se investiga separada de su autor. El objeto

(los procesos psíquicos de la actividad) se estudia sin el sujeto (la personalidad)» (17; 6).

Con particular agudeza se desarrollaron las críticas contra esta etapa a partir de la década del 70, lo cual se plasma en el simposium «El problema de la actividad en la psicología soviética», donde autores de diferente procedencia toman posición ante las limitaciones de tipo mecanicista provocadas por la comprensión hipertrofiada de la categoría actividad en la psicología. Así N. A. Menchiskaya, en polémica con N. Talizina en el libro *El problema de la actividad en la psicología soviética*, expresa: «El niño recibe una parte significativa de su conocimiento (tanto en la enseñanza organizada, como en la no organizada) de la comunicación verbal con las personas que le rodean; para muchos conocimientos adquiridos en la escuela no es necesario y, muchas veces, es imposible crear una situación tal, en la cual el niño realice acciones prácticas (materiales o materializados), que posibiliten la asimilación del contenido del conocimiento» (p. 42).

En este mismo libro, producto del simposium, N. Nepamni-chaia manifiesta: «La realización del enfoque de la actividad, que por sí mismo tiene un significado decisivo para el desarrollo de la psicología materialista, ha dado lugar concretamente a una concepción unilateral y limitada, sobre el objeto de la investigación psicológica.

«En el trabajo real tiene lugar una parcialización, una división de las distintas partes del objeto de estudio de la psicología. El pensamiento, los procesos sensoriales y la actividad son separados de la personalidad, y el concepto de personalidad se limita, por ejemplo, al de motivo, y no incluye ningún otro aspecto del sujeto integral» (p. 68).

Más recientemente, V. E. Chudnovsky, en el artículo «El problema de la subjetividad a la luz de las tareas actuales de la psicología de la educación», publicado en *Cuestiones de psicología* (No. 4), planteó: «Es imposible no afirmar que en el curso de varios decenios, el problema de la subjetividad en nuestra ciencia y en la práctica social fue subvalorado (...) La necesidad de una lucha por la comprensión materialista del desarrollo social exigió (y esto fue completamente correcto) el acento en la influencia decisiva de las fuerzas productivas y las relaciones de producción sobre la ideología de la sociedad y, a través de ella, en el desarrollo de la conciencia y la persona-

lidad del hombre concreto. Lamentablemente, estas posiciones que, en sí mismas, constituyen un indiscutible pilar del marxismo, se absolutizaron y se convirtieron en un dogma» (p. 15).

Como podemos apreciar, ni aun en los momentos de una mayor presión política sobre la psicología en la URSS, la orientación marxista representó un bloque monolítico, una sola tendencia dentro del pensamiento psicológico.

Por otra parte, sería un error identificar psicología de orientación marxista, con las posiciones concretas de la psicología en uno u otro país, a pesar del innegable aporte de la psicología soviética en las distintas direcciones de pensamiento que, sobre esta orientación, se han desarrollado en diferentes partes del mundo.

El marxismo ha dejado una impronta en la ciencia y el pensamiento social de todo el mundo, y en la propia psicología ha influido de formas muy diversas en pensadores del mundo entero. En nuestro continente, ya en la década del 40 se destaca la obra de Aníbal Ponce, como psicólogo orientado a la aplicación del marxismo en su obra, quien aporta un trabajo de gran actualidad. La obra de Aníbal Ponce se inscribe en la orientación teórica general característica del pensamiento psicológico latinoamericano, antes de la penetración positivista norteamericana. (Sobre este tema puede consultarse *Psicología latinoamericana: entre la dependencia y la identidad*, de Carolina de la Torre, en proceso editorial.)

La orientación marxista se expresa, también, en autores como Bleger y Pichon Riviere, que aún sin romper de manera conciente con el psicoanálisis, desarrollan una posición sobre el hombre como sujeto del comportamiento y el determinismo social de éste, incompatibles con la concepción freudiana del hombre.

En la actualidad, tanto en Europa, como en Estados Unidos y América Latina, se presentan muchos autores, cuya orientación, explícita o no, es portadora de una importante influencia marxista, la cual ha logrado un status dentro del pensamiento psicológico contemporáneo, susceptible de un fuerte desarrollo futuro.

Decir orientación marxista en la psicología no representa ni el monopolio de la verdad, ni el único camino para una reflexión y una praxis de cambio a través de esta ciencia, sino una aproximación a nuestro objeto de estudio. Quienes la compartimos pensamos que puede ser más fecunda por las posibilidades de

sus principios para penetrar la realidad de nuestro objeto en su existencia viva, compleja y contradictoria:

Esto, por supuesto, tiene consecuencias heurísticas y prácticas que, a nuestro modo de ver, permiten ampliar el pensamiento psicológico de manera constante y, por tanto, expresar sus consecuencias, aplicadas con un prisma histórico, que permita la integración de la psicología en el sistema de las ciencias sociales y en la praxis social.

La orientación marxista en la psicología, más que apologizar un status permanente en la comprensión del hombre y de monopolizar el conocimiento de la realidad a través de generalizaciones inadecuadas sobre el comportamiento psicológico humano, contribuye a ubicar el análisis psicológico en su justo lugar en el sistema de las ciencias, así como a enfatizar la necesidad de su constante desarrollo, en consonancia con el desarrollo socio-histórico permanente del individuo y la sociedad.

En el nivel psicológico, la explicitación de los principios filosóficos asumidos determina un conjunto de consecuencias concretas, entre las cuales deseamos señalar las siguientes:

1. Recuperación del status real de lo teórico en el pensamiento psicológico. Se destaca tanto su papel anticipatorio en el proceso de conocimientos, como su capacidad para crecer constantemente dentro de un sistema organizado de categorías que nos presente nuevas formas y alternativas de comportamiento del objeto de estudio. En esta orientación se presentan las distintas teorías como sistemas abiertos, en desarrollo, y se supera la tendencia ahistórica de los sistemas psicológicos cerrados característicos de la historia de la psicología.

2. Se presenta la personalidad humana como resultado de un determinismo socio-histórico, lo cual no es sinónimo de mecanicismo, sino expresión dialéctica del sistema hombre-sociedad. Este determinismo no se puede identificar con interiorización, pues trasciende por su complejidad este mecanismo.

El determinismo en nuestra comprensión no significa ver lo psíquico como una huella inmediata de una influencia social, lo cual implicaría representarnos al hombre como un simple objeto de influencias externas. Tampoco es la influencia fatal del sistema de factores sociales y el conjunto de sus determinantes históricas sobre el hombre.

Este determinismo es un proceso del cual es el hombre un elemento inseparable, sólo que su acción individual y colectiva está vinculada, aun cuando lo trascienda, con el sistema de interrelaciones y determinantes del momento que le tocó vivir.

Determinismo no implica subordinación, expresión individual de alternativas ya predeterminadas por el contexto objetivo en que se desarrolla el hombre; sino integración y acción del individuo en un determinado contexto objetivo, proceso del cual surgen las más disímiles variantes de desarrollo humano que, con independencia de cuáles sean, llevan el sello de su historia.

En este sentido, Freud fue un activo reflejo, con su construcción teórica sobre el ser humano, de su época. Representa, con su teoría, una opción conceptual posible para reflejar este hombre; sin embargo, las transformaciones ulteriores de la sociedad determinan cambios sustanciales en el propio sujeto, que no son susceptibles de reflejarse en la concepción psicoanalítica.

Los límites del determinismo socio-histórico de la personalidad humana no están en el hombre, en sus posibilidades y capacidades, ni tampoco en el medio tomado por separado, pues el medio, en sí mismo, no es portador de un valor por sí, en su influencia sobre el hombre. Los límites del determinismo socio-histórico están en las propias características del proceso de interrelación del hombre y su medio, las que ocurren en una temporalidad necesaria en relación con una historia anterior.

Por esta razón, absolutizar una esencia humana fuera de este proceso puede tener una significación que, lejos de conducirnos por los derroteros de un humanismo consecuente, nos lleve a centrar en el individuo responsabilidades ajenas a él. Esta posición tiene una cara humanista cuando, como ocurre en la psicología humanista, se centra en la capacidad del hombre para trascender sus dificultades, en el optimismo, etc., pero también lleva por caminos antihumanistas cuando el plano de la individualidad es incapaz de trascender las complejas regularidades que actúan fuera de él y, sin embargo, lo responsabilizamos de tal suerte.

El atractivo de la imagen del hombre como portador de un ilimitado potencial creativo, capaz de trascender todas las dificultades que enfrenta en su desarrollo, optimista y fuerte, autorrealizado, que aun cuando presente dificultades con su medio

siempre es capaz de recuperar el potencial de su individualidad, resulta seductor; sin embargo, es una fantasía que no responde a los resortes reales del funcionamiento psicológico, ni a las regularidades de su formación.

Los avances alcanzados por los psicólogos humanistas sobre el conocimiento de los mecanismos psicológicos de la personalidad en su carácter sistémico, constituyen una piedra angular para el desarrollo de los estudios sobre la personalidad humana, y ubican la subjetividad y el carácter activo del hombre en su verdadero lugar, cuestión ésta muy difícil para nuestra ciencia.

Los avances logrados en la comprensión psicológica del hombre y, en específico, de su personalidad, han sido asumidos por los psicólogos de orientación marxista y continuados hacia nuevos niveles de elaboración, quizás de forma más consecuente que estos autores en sus propios países de origen, como ocurrió con Allport, cuya obra prácticamente no tuvo una continuidad consecuente en el empirismo dominante en la psicología norteamericana.

Sin embargo, los principios filosóficos orientadores de la cosmovisión humanista, los lleva a una inadecuada generalización de un nivel del comportamiento psicológico del hombre que, a pesar de ser su nivel superior de regulación y lo distingue en la regulación personalógica, repite el mismo error de las otras escuelas, de generalizar, en calidad de filosofía sobre el hombre, un nivel parcial de sus hallazgos particulares.

3. Papel activo del ser humano en calidad de sujeto de su comportamiento. La explicitación de este principio en la labor particular de los psicólogos con una orientación marxista, tampoco ha seguido un camino lineal, ni es asumido de igual forma por las distintas corrientes orientadas por estos principios.

Como señalamos, en un momento histórico particular, el énfasis en la demostración del carácter social de lo psicológico, condujo a un empobrecimiento del tratamiento de la subjetividad y, en particular, de la personalidad humana. En este sentido, los aportes de la psicología humanista han constituido un antecedente importante en el desarrollo de las posiciones de psicólogos de orientación marxista.

En la actualidad, el desarrollo de una concepción de la personalidad, unido a la incorporación de resultados relevantes de otras escuelas, ha logrado una organización conceptual y meto-

dológica propia, y se puede comprender la subjetividad, así como los complejos procesos de su determinación histórico-social, sin reducir mecánicamente los aspectos funcionales y de contenido de uno de dichos polos al otro.

La personalidad, como aspecto esencial para comprender al hombre en un plano psicológico, como sujeto de su actividad, pasa a ser un principio más de la ciencia psicológica, pues todo proceso, hecho o fenómeno de la psicología humana, además de sus especificidades, puede ser entendido en su relación con otras regularidades y formaciones dentro de la personalidad humana.

4. Otro principio esencial presente en los autores de orientación marxista, es el carácter reflejo de lo psíquico. En este nivel de la personalidad, por carácter reflejo de lo psíquico no entendemos una imagen, ni la copia fiel en el sujeto de algo que transcurre fuera de él.

En congruencia con nuestra interpretación del determinismo socio-histórico del fenómeno psicológico, pensamos que en el nivel de la personalidad, el carácter reflejo de lo psíquico se expresa en la relación necesaria del fenómeno psicológico con la realidad, en la cual el propio sujeto es uno de sus componentes objetivos.

En la forma en que el sujeto recibe la acción de su medio y cómo participa y organiza ésta a través de su personalidad, es esencial para el sentido psicológico que la multiplicidad de influencias externas adquieren para él, y en este nexo necesario de determinación entre lo externo y lo interno, comprendemos el carácter reflejo de lo psíquico, donde el hombre como sujeto, aun cuando es un activo agente de este proceso, representa un momento secundario en relación con lo externo que, muy tempranamente, lo involucra en una determinada lógica de participación no elegida por el individuo.

5. La propia teoría del conocimiento del materialismo dialéctico, al suponer al objeto en la integración cualitativa de su esencia con el fenómeno, nos orienta a evitar la referencia positivista y la atención en las constelaciones de manifestaciones fenoménicas, en nuestro caso conductuales, susceptibles de ser evaluadas por métodos denominados por ellos «objetivos», como la observación y el experimento, en los que el dato no es mediado por elaboraciones de la conciencia.

En esta orientación metodológica existe también un importante punto de congruencia entre los autores de orientación marxista y los psicólogos humanistas para enfrentar los estudios de la personalidad humana.

Por su carácter y definición, la psicología de orientación marxista es una psicología humanista, pues pone en el centro de su atención al hombre, no sólo para el conocimiento de sus mecanismos psicológicos, sino para comprender cuáles son las relaciones causales entre los distintos sistemas de interrelaciones en que él participa en la sociedad, y el desarrollo de sus potencialidades psicológicas, lo cual, a nuestro modo de ver, es una aproximación más a una comprensión humanista de la psicología humana.

6. Otro principio general es el del carácter sistémico de lo psíquico y de su determinación. Lo psíquico exige la integración de distintos planos de análisis de los elementos que participan en su definición y en sus funciones, que no es reducible a ninguno de ellos.

Los elementos del sistema se integran en una relación necesaria, que se expresa en una nueva cualidad del fenómeno. El sistema no representa nunca la sobrevaloración de un elemento que subordina a los demás en una interrelación unilateral.

La naturaleza de lo psíquico sólo puede ser comprendida sobre la base del enfoque sistémico, es decir, de la comprensión de lo psíquico en la multiplicidad de las relaciones internas y externas en las cuales existe.

La sobrevaloración de uno u otro mecanismo psíquico, de uno u otro sistema de influencias sobre lo psíquico, de uno u otro nivel de la conciencia en la regulación de la conducta, ha marcado la historia de diferencias irreconciliables en nuestra ciencia.

Resultan indiscutibles los hechos sobre los que se apoyan las distintas escuelas del pensamiento psicológico para sus elaboraciones teóricas, lo que es inaceptable es el nivel de generalización otorgado a estos hechos en el análisis del comportamiento humano. Esto produce elaboraciones teóricas que, más que reflejar categorías psicológicas necesarias, representan elaboraciones filosóficas que trascienden toda posibilidad de integrarse al nivel particular del conocimiento psicológico.

Esto se refleja en categorías como el ello, del psicoanálisis; la tendencia actualizante o a la autorrealización, de los psico-

logos humanistas; y el lugar del condicionamiento, en el conductismo. Estas expresan, a nivel teórico, la hipertrofia de aspectos propios de la regulación psicológica, pero de ninguna manera ocupan el lugar que sus autores le dan en el funcionamiento integral de la personalidad, ni representan mecanismos propios y únicos inherentes a la naturaleza humana, lo que marca un importante momento de diferenciación entre las escuelas tradicionales y la psicología de orientación marxista.

Las corrientes que simultáneamente se desarrollan en el proceso de crecimiento de una ciencia, no pueden ser excluyentes por antagonismos, sino permeables a la lógica del desarrollo del conocimiento. Ellas no pueden representar esquemas cerrados donde cada nuevo hecho de la realidad se encuentre preestablecido, sino ser sensibles a crecer conceptualmente para explicar niveles más complejos del comportamiento de lo estudiado.

La psicología de orientación marxista no niega los aportes de las escuelas anteriores, por el contrario, se esfuerza por asimilar sus hechos relevantes, y los saca de los sistemas cerrados en que se han presentado. Nuestros puntos de discrepancias con otras escuelas no estriban en el valor de los hechos sobre los que se apoyan, ni en los instrumentos para trabajar estos hechos, sino en las concepciones filosóficas más generales en las que pretenden encerrar estos hechos con la aspiración de erigirse en teorías psicológicas.

Paradójicamente, nuestra psicología, que asume su denominación de forma abierta por el vínculo con un sistema filosófico concreto, el marxismo, es menos cerrada, como nivel particular, que los sistemas tradicionales, los cuales no siempre se plantean la relación entre lo filosófico y lo psicológico de forma explícita; sin embargo, presentan en un nivel filosófico cerrado sus representaciones sobre el objeto de estudio.

ANEXO. PSICOLOGIA DE ORIENTACION MARXISTA Y PSICOLOGIA CRITICA

La psicología crítica tuvo su surgimiento en Berlín occidental en la década del 60 y ha tenido repercusión en diferentes países del mundo. Ha crecido de forma significativa en los últimos diez años, tanto en Estados Unidos como en América Latina.

El surgimiento de la psicología crítica estuvo muy influido por la escuela socio-cultural de la psicología soviética encabezada por L. S. Vigotsky, cuya comprensión de la naturaleza social de lo psíquico fue particularmente relevante para estos autores.

En el espíritu de los psicólogos fundadores de este movimiento (K. Holzkamp, V. Osterkamp, K. Braun y otros), la psicología crítica representa la posibilidad de la fundamentación marxista de la psicología en las condiciones de la sociedad burguesa.

En su definición sobre qué es la psicología crítica, K. Braun escribe: «... esta psicología no constituye una dirección o una escuela en el amplio espectro de las escuelas existentes; ella representa (como el marxismo en su conjunto y las ciencias particulares fundamentadas en él) un nivel nuevo y superior, una etapa cualitativamente nueva en el desarrollo de la psicología, la cual abre perspectivas teórico-prácticas completamente nuevas y, en principio, más amplias a la psicología» (17; 29).

En esta valoración, el autor expresa el sentido de la psicología crítica, tal como hemos definido la psicología de orientación marxista, sin el ánimo de que se constituya como escuela cerrada y enfatizando su nuevo sentido cualitativo, en cuanto a posibilidad real de analizar el fenómeno psíquico en otro nivel de su comportamiento, así como su naturaleza socio-histórica.

Sin embargo, en la extensión de este término muchos autores hablan en nombre de la psicología crítica, y toman como punto

de partida su rechazo a las escuelas tradicionales, pero sin un planteamiento estructurado sobre la especificidad cualitativa de esta posición. Ellos destacan, a su vez, la desvinculación del carácter crítico de su posición con el marxismo.

Esta indefinición, que aún se manifiesta entre muchos partidarios de la psicología crítica, se expresa muy bien en la siguiente expresión del psicólogo norteamericano Tod Sloan: «Es decir, aunque haya mucha gente explotando las estrategias implicadas por la teoría crítica, hay una confusión muy grande sobre las metas y las medidas apropiadas para lograrlas» (49; 250).

La teoría crítica se orienta sobre un conjunto de fundamentos teóricos generales, que destacan, básicamente, la naturaleza socio-histórica del hombre y se expresan en una metodología cualitativa, comprendida en una relación flexible con su teoría de base.

Como fundamentos generales para el estudio de la personalidad, T. Sloan señala, entre otros, los siguientes:

1. La esencia de la personalidad se constituye en las relaciones sociales, históricas, culturales, en las cuales se produce la socialización del individuo.
2. Las contradicciones de la sociedad (debidas a las relaciones de producción, las estructuras de clase, y otras desigualdades) se expresan en la estructura del carácter emocional del individuo.
3. Esta estructura de carácter tiene una función ideológica, es decir, sirve para reproducir los distintos tipos de dominación social en los que han sido producidos los individuos. Los aspectos de la conducta, opuestos a las estructuras opresivas, representan momentos importantes de la subjetividad e intersubjetividad, y no se deben catalogar entre los rasgos fijos y automáticos de la personalidad (49; 250).

Estos fundamentos son muy similares a los trabajados en la psicología de orientación marxista, y valdría la pena lograr un vínculo más cercano entre los representantes de ambas direcciones, las que, unidas en un planteamiento crítico sobre la psicología tradicional, se encuentran, con fines similares, en momentos distintos de reflexión sobre su objeto de estudio.

En el propio movimiento de la psicología crítica están quienes siguen las posiciones del grupo surgido en Berlín, las cuales son

más cercanas a nuestras posiciones, pues parten de un nuevo nivel de integración cualitativa de la teoría psicológica y, también, psicólogos que asumen la psicología crítica a partir de la Escuela de Frankfort, cuyo planteamiento, aun cuando es muy interesante en muchos aspectos, está orientado a tomar como base para la construcción psicológica el psicoanálisis, enriqueciendo su reflexión con el determinismo social del sujeto.

Tod Sloan se inscribe más en la segunda posición, aun cuando muchos de los principios de la misma no encajan totalmente en sus reflexiones sobre la personalidad humana.

La psicología de orientación marxista es una alternativa crítica con relación a las escuelas psicológicas tradicionales, tanto por sus categorías, conceptos y métodos esenciales, como por su propia lógica de desarrollo como ciencia.

No es nuestro objetivo hacer un análisis profundo de la psicología crítica, lo cual valdría la pena realizar en algún trabajo ulterior, pero es indiscutible que muchas de sus apreciaciones se reflejan en la psicología de orientación marxista y que, de forma general, tanto en las corrientes críticas, como en la orientación marxista, encontramos un nuevo momento en el desarrollo de un pensamiento humanista.

BIBLIOGRAFIA

1. ABBAGNANO, NICOLA: *Diccionario de filosofía*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1972.
2. ADORNO, T. W.: «El psicoanálisis revisado», en *Teoría crítica del sujeto*, Siglo XXI, México, 1986.
3. ALLPORT, G. W.: «European and American Theories of Personality», en *Perspectives in Personality Theory*, Basic Books, New York, 1961.
4. -----: *Filosofía y psicología*, Cartago, Buenos Aires, 1968.
5. -----: *La psicología del yo*, Grijalbo, Buenos Aires, 1964.
6. -----: *Psicología de la personalidad*, Paidós, Buenos Aires, 1965.
7. -----: *La personalidad: su configuración y desarrollo*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1967.
8. -----: *Cartas de Jenny*, Granica, Buenos Aires, 1972.
9. -----: *La estructura del ego*, Siglo XX, Buenos Aires, 1972.
10. -----: «Lo general y lo particular en la ciencia psicológica», en *Teoría de la personalidad*, Limusa, México, 1978.
11. -----: «Repaso de los rasgos» en *Teoría de la personalidad*, Limusa, México, 1978.
12. ANGYAL, ANDRAS: *Foundations for a Science of Personality*, Commonwealth Foundation, New York, 1941.
13. -----: *Neurosis and Treatment: a Holistic Theory*, John Wiley, New York, 1965.

14. -----: «La teoría de la ambigüedad universal», en *Teoría de la personalidad*, Limusa, México, 1978.
15. ANSBACHER, R.: *The Individual Psychology of Alfred Adler*, Basic Books, New York, 1965.
16. BORDEN, GEORGE: *La comunicación humana*, Ateneo, Buenos Aires, 1982.
17. BRAUN, K. H.: *Crítica al pseudo-marxismo*, Progreso, Moscú, 1982.
18. FALSON, R.: «Carl Rogers, un revolucionario silencioso», en *Educación*, 1974, No. 2.
19. FRANKL, VIKTOR: *Psicoanálisis y existencialismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1952.
20. -----: *Teoría y terapia de las neurosis*, Gredos, Madrid, 1964.
21. -----: *La idea psicológica del hombre*, Rialp, Madrid, 1965.
22. GOBLE, FRANK: *La tercera fuerza. La psicología propuesta por Abraham Maslow*, Trillas, México, 1980.
23. GOLSTEIN, KURT: *Human Nature in the Light of Psychopathology*, Harvard Press, 1940.
24. *Journal of Humanistic Psychology*, abril-mayo, 1971.
25. JUNG, CARL: *Memories, Dreams, Reflection*, Mac Grath Publishing, New York, 1970.
26. KOFFKA, KURT: *Principles of Gestalt Psychology*, Brace, Harcourt, 1935.
27. LINDZEY, GARDNER y CALVIN HALL: *Teoría de la personalidad*, Limusa, México, 1978.
28. LORINZER, A.: «Símbolo, intensión y praxis», en *Teoría crítica del sujeto*, Siglo XXI, México, 1986.
29. MARKS, ISAAK: *Tratamiento de la neurosis*, Martínez Roca, Barcelona, 1986.
30. MARTINEZ, MIGUEL: *La psicología humanista; fundamentación epistemológica, estructura y método*, Trillas, México, 1982.
31. MASLOW, A. H.: *Motivation and Personality*, Harper and Row, New York, 1954.
32. -----: *El hombre autorrealizado. Hacia una psicología del ser*, Kairós, Barcelona, 1974 (tercera edición).
33. -----: *Psicología de la ciencia*, Editores Asociados, México, 1979.

34. -----: *La amplitud potencial de la naturaleza humana*, Trillas, México, 1982.
35. MAY, ROLLO: *The Meaning of Anxiety*, Ronald, New York, 1950.
36. -----: *El dilema existencial del hombre moderno*, Paidós, Buenos Aires, 1978.
37. -----: *El hombre en busca de sí mismo*, Central, Buenos Aires, 1982.
38. ROGERS, CARL: *El proceso de convertirse en persona*, Paidós, Buenos Aires, 1961.
39. -----: *El matrimonio y sus alternativas*, Kairós, Barcelona, 1973.
40. -----: *Terapia, personalidad y relaciones interpersonales*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1978.
41. -----: «La autovaloración y más allá de ella», en *Teoría de la personalidad*, Limusa, México, 1978.
42. -----: «El proceso de valoración de la persona madura», en *La educación y la personalidad del niño*, Paidós, Buenos Aires, 1978.
43. -----: *El poder de la persona*, El Manual Moderno, México, 1980.
44. -----: «La naturaleza del hombre», en *Desarrollo del potencial humano*, Trillas, México, 1981, Vol. I.
45. -----: «Cuarenta y seis años en retrospectiva», en *Desarrollo del potencial humano*, Trillas, México, 1981, Vol. II.
46. ROGERS, CARL y B. F. SKINNER: «Algunas teorías acerca del control de la conducta humana», en *Desarrollo del potencial humano*, Trillas, México, 1981, Vol. II.
47. ROGERS, CARL y R. L. ROSENBERG: *La persona como centro*, Editorial Herder, Barcelona, 1981.
48. SKINNER, B. F.: *Reflexiones sobre conductismo y sociedad*, Trillas, México, 1981.
49. SLOAN, T.: «Visión crítica de la personalidad», en *Revista de Psicología*, El Salvador, 1988, No. 24.
50. SOKOLOVA, E.: «La psicología crítica» en *Vestnik de psicología*, 1988, No. 3.
51. WILSON, COLLIN: *Nuevos derroteros de la psicología*, Diana, México, 1979.
52. -----: *A la búsqueda de Wilhelm Reich*, Argos, Barcelona, 1981.